

EN UNA SELVA
OSCURA
NICOLE KRAUSS



EN UNA SELVA OSCURA

NICOLE KRAUSS

Nicole Krauss

EN UNA SELVA
OSCURA

 narrativa
salamandra

En una selva oscura

Nicole Krauss

ISBN edición en papel: 978-84-9838-896-1

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-27-2

Primera edición en libro electrónico (epub): junio 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Forest Dark*

Traducción del inglés: Rita da Costa

Ilustración de la cubierta: Greg Heinemann

Detalle de la ilustración de la cubierta: Alamy

Copyright © Nicole Krauss, 2017

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Para mi padre
ולגב"א

La expulsión del Paraíso es, en gran medida, eterna: así, la expulsión del Paraíso es definitiva, y la vida en el mundo inevitable, pero la eternidad del proceso hace posible, sin embargo, no sólo que hubiéramos podido quedarnos permanentemente en el Paraíso, sino que de hecho estamos siempre allí, lo sepamos o no.

KAFKA

1

AYEKA

En el momento de su desaparición, Epstein vivía en Tel Aviv desde hacía tres meses. Nadie había visto su piso. Su hija Lucie había ido a visitarlo con los nietos, pero él los había instalado en el Hilton, donde quedaba con ellos para compartir unos desayunos opíparos en los que él se limitaba a beber un té a sorbitos. Cuando Lucie pidió que la invitara a su piso, Epstein le dio largas con la excusa de que era pequeño y humilde, que no reunía las condiciones necesarias para recibir visitas. Todavía tratando de encajar el divorcio tardío de sus padres, ella lo había mirado entornando los ojos —hasta entonces, «pequeño» y «humilde» eran adjetivos que nadie habría asociado con Epstein—, pero pese a sus sospechas tuvo que aceptar la decisión de su padre, junto con todos los demás cambios que había experimentado recientemente. Al final, fueron los agentes de policía quienes abrieron a Lucie, Jonah y Maya el piso de su padre, que según supieron entonces se encontraba en un edificio destartalado cerca del antiguo puerto de Jaffa. La pintura estaba desconchada y el agua de la ducha caía directamente sobre la taza de váter. Una cucaracha se paseaba muy ufana por el suelo de piedra. Sólo cuando el agente de policía la aplastó con el pie se le ocurrió a Maya, la más joven e inteligente de los hijos de Epstein, que tal vez hubiese sido la última en ver a su padre con vida, si es que había vivido allí siquiera. Los únicos indicios de que había habitado el piso eran unos pocos libros alabeados a causa del aire húmedo que entraba por la ventana abierta y un frasco de pastillas de warfarina que tomaba desde que le habían diagnosticado una fibrilación auricular cinco años atrás. No podía decirse que fuera una vivienda miserable, y sin embargo tenía más en común con los barrios de chabolas de Calcuta que con las habitaciones en las que ellos se habían hospedado con su padre en la costa amalfitana o en Cap d'Antibes, si bien, al igual que aquellas otras habitaciones, ésta tenía vistas al

mar.

A lo largo de esos últimos meses se había vuelto difícil ponerse en contacto con Epstein. Sus réplicas ya no llegaban de sopetón a cualquier hora del día o la noche. Si hasta entonces siempre había dicho la última palabra, era porque jamás había renunciado a contestar, pero sus mensajes empezaron a llegar cada vez más espaciados. El tiempo se expandió entre éstos porque también se había expandido en él: las veinticuatro horas que antes llenaba con todas las cosas habidas y por haber se vieron sustituidas por una escala de miles de años. Su familia y amigos se acostumbraron a esos silencios intermitentes, por lo que nadie se alarmó cuando no dio señales de vida durante la primera semana de febrero. Al final, fue Maya quien se despertó por la noche sintiendo un temblor en el hilo invisible que aún la mantenía unida a su padre, y pidió al primo de éste que fuera a asegurarse de que estaba bien. Moti, que había sido el beneficiario de muchos miles de dólares de Epstein, acarició el trasero de la amante que dormía en su cama, encendió un cigarrillo y metió los pies desnudos en los zapatos, pues pese a lo intempestivo de la hora se alegraba de tener un pretexto para hablarle a Epstein de una nueva inversión. Pero cuando Moti llegó a la dirección de Jaffa que llevaba garabateada en la palma de la mano lo primero que hizo fue llamar a Maya. Tenía que haber un error, le dijo, su padre jamás viviría en semejante tugurio. Maya llamó al abogado de Epstein, Schloss, el único que aún sabía algo de él, que se limitó a confirmar que la dirección era correcta. Cuando Moti al fin logró despertar a la joven inquilina de la segunda planta llamando insistentemente al timbre con un dedo rechoncho, ésta le dijo que, en efecto, Epstein llevaba unos meses viviendo en el piso de arriba, pero que hacía varios días que no lo veía o, mejor dicho, no lo oía, pues se había habituado a la cadencia de sus pasos en el techo por la noche. Aunque no podía saberlo cuando salió a abrir, adormilada, y entabló conversación con el primo alopécico de su vecino de arriba, en la rápida sucesión de hechos que vino después, la joven se acostumbraría al sonido de mucha gente yendo y viniendo por encima de su cabeza, reproduciendo una y otra vez los pasos de un hombre al que apenas conocía y con el que, sin embargo, había llegado a sentirse extrañamente unida.

El caso no llevaba ni un día en manos de la policía cuando el Shin Bet

asumió el mando. Shimon Peres en persona llamó a la familia para asegurar que se removería cielo y tierra. Localizaron al taxista que había recogido a Epstein seis días antes y se lo llevaron para interrogarlo. Muerto de miedo, el hombre sonreía sin parar, enseñando su diente de oro. Más tarde, guió a los agentes del Shin Bet hasta la carretera que bordeaba el mar Muerto y, tras alguna confusión fruto de los nervios, se las arregló para conducirlos hasta el punto donde había dejado a Epstein, un cruce de carreteras cerca de los montes yermos que se alzan entre las cuevas de Qumrán y el oasis de Ein Guedi. Las partidas de rescate peinaron a fondo el desierto, pero lo único que encontraron fue un maletín vacío con el monograma de Epstein, algo que — en palabras de su hija Maya— sólo hacía más creíble la posibilidad de que se hubiese transustanciado.

A lo largo de esos días y noches, reunidos en las habitaciones de la suite del Hilton, sus hijos se debatieron entre la esperanza y el duelo. Siempre había algún teléfono sonando —sólo Schloss manejaba tres— y cada vez que eso ocurría se aferraban a las últimas novedades que llegaban. Jonah, Lucie y Maya descubrieron así cosas que ignoraban sobre su padre, aunque ninguna sirviera, a la postre, para averiguar qué pretendía con todo aquello, ni qué había sido de él. Según pasaban los días, las llamadas se volvieron cada vez menos frecuentes y ninguna llevaba consigo el ansiado milagro. Poco a poco, los hijos de Epstein se fueron acomodando a una nueva realidad en la que su padre, tan firme y decidido en vida, los había abandonado con un último acto sumamente ambiguo.

Llamaron a un rabino que les explicó en un inglés con fuerte acento británico que, según la ley hebrea, los rituales de duelo no podían celebrarse sin la absoluta certeza de la defunción. En ausencia del cadáver, bastaba que hubiese un testigo de la muerte. Y aunque no hubiese cadáver ni testigos, se consideraba suficiente prueba que alguien asegurara que la persona había muerto a manos de unos ladrones, o se había ahogado, o había caído presa de algún animal salvaje. Pero en este caso no había cadáver, ni testigos, ni información alguna. Ni ladrones ni animales salvajes, que se supiera. Tan sólo una ausencia inescrutable en el lugar que hasta entonces había ocupado su padre.

Nadie se lo podría haber imaginado y, no obstante, hasta cierto punto,

parecía un final digno de Epstein. La muerte era demasiado insignificante para él. En retrospectiva, ni siquiera parecía una posibilidad real. En vida, había ocupado todo el espacio disponible. No es que fuera grande, sólo incontenible. Existía en exceso, se desbordaba constantemente. Todo en él manaba hacia fuera a borbotones: la pasión, la ira, el entusiasmo, el desprecio hacia los demás y el amor hacia toda la humanidad. Se había criado entre discusiones constantes, y las necesitaba para saberse vivo. Se había desentendido de tres cuartas partes de las personas con las que se había entendido; quienes permanecían en su vida eran incapaces de hacer nada malo y tenían su amor eterno. Conocerlo era sentirte aplastado o aupado a un pedestal absurdo, y uno apenas se reconocía en sus descripciones. Epstein tenía una larga colección de protegidos que crecía a ojos vistas, como todos aquellos a los que decidía amar, pues les insuflaba su propia personalidad hasta que echaban a volar como globos gigantes. Pero un buen día se enredaban en las elevadas ramas morales de su mentor y reventaban. A partir de entonces, sus nombres pasaban a ser anatema. En sus hábitos inflacionistas, Epstein era profundamente estadounidense, pero no así en su nulo respeto por los límites y en su tribalismo. Era único, y esa naturaleza única lo abocaba una y otra vez al desacuerdo.

Y sin embargo se las había arreglado para atraer a los demás, para ponerlos de su parte bajo el amplio paraguas de sus reglas. Una luz brillaba con fuerza en su interior y se derramaba hacia fuera con el abandono de quien no necesita escatimar ni ahorrar. A su lado no existía la monotonía. Pasaba de la euforia a la desesperación sin solución de continuidad, perdía los estribos, se mostraba implacable, pero nunca era menos que completamente absorbente. Su curiosidad no conocía límites, y cuando se interesaba por algo o alguien, emprendía una investigación exhaustiva. Jamás dudaba de que los demás sentían la misma fascinación que él por sus objetos de interés, pero pocos podían seguirle el ritmo. Cuando salía a cenar, siempre eran sus acompañantes los que insistían en retirarse primero, y aun así Epstein los seguía al salir del restaurante, acribillando el aire con un dedo, ávido por defender y recalcar su opinión.

Siempre había sido el mejor en todo. Allí donde carecía de dones naturales, la fuerza de voluntad lo había llevado a superar sus propios límites. De joven nunca había sido un gran orador, por ejemplo, pues ceceaba al

hablar. Tampoco era de complexión atlética, pero con el tiempo llegó a destacar justo en esas facetas. Superó el ceceo —tras la necesaria intervención, había que escucharlo con atención microscópica para apreciar una levísima tendencia a arrastrar las palabras—, y tras pasar muchas horas en el gimnasio, afilando un instinto taimado y feroz, se convirtió en un campeón de los pesos ligeros. Allí donde se topaba con un muro, lo embestía una y otra vez, levantándose tras cada golpe, hasta que un buen día lograba atravesarlo limpiamente. Toda esa presión y esfuerzo eran palpables en cuanto hacía, y sin embargo lo que en otra persona habría parecido una lucha sin cuartel, en él se percibía como un estado de gracia. Ya de niño, sus aspiraciones eran titánicas. En la manzana de Long Beach, Long Island, en la que se crió, Epstein cobraba una cuota mensual a diez vecinos, a cambio de la cual les ofrecía su disponibilidad veinticuatro horas al día, con un tope de diez horas al mes, para llevar a cabo una serie de servicios detallados en un folleto en constante expansión que enviaba junto con la factura (cortar el césped, sacar al perro, lavar el coche y hasta desatascar váteres, pues, a diferencia de otros, él carecía de ese resorte que se activaba y hacía que los demás se echaran atrás ante determinadas tareas). Iba a ser inmensamente rico porque ése era su destino; mucho antes de casarse con una chica de buena familia ya sabía exactamente qué hacer con el dinero. A los trece años compró con sus ahorros un pañuelo de seda azul que lucía con tanta naturalidad como sus amigos las zapatillas de deporte. ¿Cuántas personas saben qué hacer con el dinero? A su mujer, Lianne, siempre le había dado alergia la fortuna familiar, que la ponía tensa y la volvía una mujer reservada. Había pasado sus años de juventud tratando de borrar sus propias huellas en un mundo de lujo. Pero Epstein le enseñó qué hacer con el dinero. Compró un Rubens, un Sargent, una tapicería de Mortlake. Colgó un pequeño Matisse en el retrete. Se sentaba en paños menores debajo de una bailarina de Degas. Y no porque fuera grosero o estuviera fuera de su elemento. No, Epstein era un señor. No es que fuera un hombre refinado —tampoco deseaba renunciar a sus aristas—, pero había pulido sus modales con esmero. No veía motivo alguno para avergonzarse del placer; el suyo era grande y sincero, por lo que lograba sentirse cómodo incluso entre las cosas más exquisitas. Todos los años, en verano, alquilaba el mismo castillo «destartalado» en Granada donde podía arrojar el diario al suelo y poner los pies en alto. En sus paredes encaladas encontró un rincón para señalar con un lápiz el crecimiento de los

niños. En sus últimos años se le empañaba la mirada ante la mención de ese lugar. Se había equivocado en muchas cosas, lo había echado todo a perder, pero allí, donde sus hijos habían jugado en libertad bajo los naranjos, algo había hecho bien.

Aun así al final había sufrido una especie de deriva. Más tarde, cuando sus hijos echaran la vista atrás e intentaran comprender lo sucedido, señalarían la pérdida de interés en el placer como el desencadenante de su transformación. Se abrió un abismo entre Epstein y su gran apetito, que retrocedió hasta más allá del horizonte que todo hombre guarda en su interior. Entonces pasó a vivir al margen de la adquisición de belleza exquisita. Carecía de lo necesario para dotar al conjunto de armonía, o bien se cansó de alimentar esa ambición. Durante un tiempo los cuadros permanecieron colgados en las paredes, pero él se fue distanciando de ellos, que siguieron con sus vidas, soñando entre marcos. Se había producido un cambio en Epstein. La fuerte borrasca de su personalidad ya no soplaba hacia fuera con furia. Una quietud inmensa y extraña se adueñó de todas las cosas, como ocurre justo antes de un fenómeno meteorológico devastador. Luego el viento cambió de dirección y comenzó a soplar hacia dentro.

Fue entonces cuando Epstein empezó a deshacerse de sus pertenencias. Todo se inició con un pequeño molde de Henry Moore que regaló a su médico, que había manifestado su admiración por la obra durante una visita a domicilio. Desde la cama, donde estaba postrado a causa de la gripe, Epstein indicó al doctor Silverblatt en qué armario encontraría el plástico de burbujas para envolverlo. Unos días más tarde, se sacó el anillo de sello del meñique y lo dejó caer a modo de propina en la palma de la mano del portero, Haaron, que lo miró desconcertado. Cerrando la mano desnuda bajo la luz otoñal, Epstein sonrió para sus adentros. Poco después se deshizo de su Patek Philippe. «Me gusta tu reloj, tío Jules», le había dicho su sobrino, y Epstein desabrochó la correa de piel de cocodrilo y se lo dio sin más. «También me gusta tu Mercedes», aventuró el chico, a lo que Epstein se limitó a sonreír y darle unas palmaditas en la mejilla. Pero no tardó en volver a las andadas. En el afán creciente por desprenderse de sus bienes materiales, los regalaba con el mismo ímpetu que lo había llevado a comprarlos. Uno tras otro, los cuadros fueron a parar a varios museos; había guardado en el teléfono el número de una empresa de embalaje y transporte, y sabía a qué operarios les

gustaban los bocadillos de pan de centeno con pavo y cuáles los preferían de mortadela italiana, y los encargaba de antemano con entrega a domicilio para que estuvieran esperándolos. Cuando su hijo Jonah trató de disuadirlo de aquel súbito fervor filantrópico, intentando no dar la impresión de que actuaba movido por el egoísmo, Epstein le dijo que estaba despejando espacio para pensar. Si Jonah hubiese señalado que su padre siempre había sido un pensador austero, tal vez éste le habría explicado que se refería a un pensamiento de naturaleza muy distinta: un pensamiento que no sabía de antemano adónde pretendía llegar. Un pensamiento que no esperaba alcanzar nada. Pero Jonah —que ocultaba su resentimiento tras un gesto pétreo, al punto de que cierta noche, en el transcurso de una visita privada a las nuevas galerías grecorromanas del MET, Epstein se había detenido frente a un busto del siglo II a. C. y había creído ver en él a su primogénito— se había limitado a contestar con un silencio dolido. Como sucedía con todo lo que hacía su padre, se tomaba ese derroche deliberado de sus bienes como una afrenta y el enésimo motivo de agravio.

Más allá de lo ya comentado, Epstein no hizo el menor esfuerzo por explicar sus motivos a nadie, excepto a Maya, en una sola ocasión. Habiendo nacido trece años después que Jonah y diez después que Lucie, en una época menos turbulenta y agitada de la vida de Epstein, ésta veía a su padre bajo una luz distinta. Se llevaban bien sin necesidad de esforzarse. Mientras paseaban por las lindes septentrionales de Central Park, donde los carámbanos festoneaban los grandes afloramientos de esquisto, le dijo a la menor de sus hijos que había empezado a sentirse asfixiado por todas las cosas que lo rodeaban. Que anhelaba intensamente la levedad, algo, comprendía de pronto, a lo que había permanecido ajeno toda su vida. Se detuvieron junto al lago, recubierto por una capa delgada de hielo verdoso. Cuando un copo de nieve se posó sobre las pestañas negras de su hija, Epstein lo barrió delicadamente con el pulgar y Maya vio a su padre, con mitones en las manos, empujando un carrito de súper vacío por Upper Broadway.

Costeó los estudios universitarios de los hijos de varios amigos, mandó enviar neveras a domicilio, pagó un par de caderas nuevas a la mujer de un conserje veterano de su bufete de abogados. Hasta dio la entrada para la casa de la hija de un viejo amigo; no una casa cualquiera, sino una gran mansión

de estilo neogriego con árboles centenarios y una extensión de césped tan grande que su nuevo propietario no sabía qué hacer con ella. No consintió que su abogado, Schloss —que era también su albacea y confidente desde hacía mucho—, opinara al respecto. Schloss había tenido otro cliente contagiado por la enfermedad de la caridad extrema, un millonario que había regalado sus casas, una tras otra, hasta quedarse sin suelo bajo los pies. Era una especie de adicción, le dijo a Epstein, y le advirtió que tal vez acabara arrepintiéndose. Al fin y al cabo, aún no había cumplido los setenta; podría vivir treinta años más. Pero Epstein ni siquiera parecía escucharlo, tal como había pasado cuando el abogado se había opuesto enérgicamente a que Lianne se llevara consigo toda la fortuna de su familia, tal como pasaría unos meses más tarde cuando tratara de disuadirlo de nuevo, esta vez de jubilarse del bufete del que era socio desde hacía más de veinticinco años. Ahora, sentado frente a él, Epstein se limitó a sonreír y se fue por las ramas hablándole de sus lecturas, que últimamente tendían a lo místico.

Según reveló a Schloss, todo había empezado con un libro que Maya le había dado por su cumpleaños. Siempre le regalaba libros raros, y algunos los leía, aunque la mayoría no, algo que nunca pareció molestar a su hija. Maya, espíritu libre donde los hubiera, era la cara opuesta de su hermano Jonah y rara vez se ofendía por nada. Cierta noche, Epstein había abierto el libro sin la menor intención de leerlo, pero el texto lo había arrastrado con una fuerza casi magnética. Su autor era un poeta israelí, polaco de nacimiento, que había muerto a los sesenta y seis años, dos menos de los que Epstein acababa de cumplir. Sin embargo, aquel librito autobiográfico, el testimonio de un hombre solo frente a Dios, había sido escrito cuando el poeta contaba tan sólo veintisiete años. Se había sentido abrumado, le dijo a Schloss. A los veintisiete, él vivía cegado por una ambición y un apetito desmedidos, de éxito, de dinero, de sexo, de belleza, de amor, de abarcarlo todo, pero también de llegar al meollo de las cosas, de todo aquello que podía verse, olerse, palparse. ¿Cómo habría sido su vida si se hubiese aplicado con el mismo ahínco al mundo espiritual? ¿Por qué se había cerrado en banda a esa posibilidad?

Mientras Epstein hablaba, Schloss lo escrutaba: sus ojos de mirada inquieta, el pelo plateado que le caía sobre el cuello de la camisa, llamativo por lo escrupuloso que él siempre había sido con su aspecto. «¿Qué opina

usted de la polémica del bistec y sus competidores?», solía preguntar al camarero. Pero ahora el plato de lenguado permanecía intacto, desmintiendo su apetito habitual. Sólo cuando el camarero se acercó a la mesa para preguntar si algo iba mal, miró hacia abajo y recordó la comida, pero se limitó a empujarla de un lado a otro del plato con el tenedor. Schloss intuía que los cambios en la vida de Epstein —el divorcio, la jubilación, que todo empezara a ceder, a desmoronarse en torno a él— habían empezado no con un libro, sino con la muerte de sus padres. Pero más tarde, cuando metió a Epstein en el asiento trasero de un sedán oscuro que lo esperaba a la puerta del restaurante, el abogado se detuvo unos segundos con la mano apoyada en el techo del vehículo. Al ver aquella versión extrañamente difusa de Epstein en el interior oscuro del coche, se preguntó por unos instantes si no le pasaría algo más grave a su cliente de tantos años, algún trastorno neurológico que podría agravarse de forma extrema antes de ser diagnosticado como un problema médico. Schloss ahuyentó esa idea, pero más tarde volvería a asaltarlo como un mal presentimiento.

Y es que, en efecto, tras pasar casi un año entero dilapidando las riquezas acumuladas a lo largo de toda una vida, Epstein alcanzó por fin la capa más profunda de todas. Allí desenterró el recuerdo de sus padres, que tras la guerra habían desembarcado en las costas de Palestina y lo habían concebido bajo una bombilla fundida que no tenían dinero para cambiar. A sus sesenta y ocho años, habiendo despejado ya un espacio para pensar, se descubrió consumido por esa oscuridad, profundamente conmovido por ella. Sus padres habían emigrado con él, su único hijo, a Estados Unidos, y en cuanto aprendieron inglés reanudaron el combate a voces que habían empezado en otras lenguas. Más tarde nació su hermana Joanie, pero era una niña soñadora y apática que se negaba a entrar al trapo, por lo que la batalla conservó su dinámica triangular. Los padres de Epstein se gritaban entre ellos, le gritaban a él, y él les respondía a gritos, a los dos juntos y por separado. Su esposa, Lianne, nunca se había acostumbrado a esa forma de amor violento, aunque al principio, viniendo de una familia que reprimía hasta los estornudos, se había sentido atraída por esa pasión. Al inicio de su noviazgo, Epstein le había dicho que de la brutalidad y la ternura de su padre había aprendido que no se puede reducir a una persona a un estereotipo, lección que le había

servido de guía a lo largo de toda la vida, y durante mucho tiempo Lianne había visto en ello —en la complejidad de Epstein, en su resistencia a las etiquetas fáciles— algo digno de amar. Pero al final la había agotado, tal como había agotado a tantos otros, aunque nunca a los padres de Epstein, que siguieron siendo sus sacos de combate, incansables, y que se aferraban a la vida con uñas y dientes, pensaba a veces Epstein, con la única finalidad de atormentarlo. Él los había cuidado hasta el último aliento, que habían apurado en un ático de lujo comprado por Epstein en Miami, entre alfombras mullidas de pelo tan largo que les llegaba a los tobillos. Pero nunca había hallado la paz con ellos, y sólo tras la muerte de ambos —su madre falleció tres meses después de que lo hiciera su padre— y tras haberse desprendido de casi todas sus pertenencias, sintió la punzada aguda de los remordimientos. La bombilla desnuda se encendía y apagaba con un chisporroteo intermitente tras sus párpados inflamados cuando intentaba dormir. No podía conciliar el sueño. ¿Acaso lo había regalado sin darse cuenta, junto con todo lo demás?

Quería hacer algo en recuerdo de sus padres, pero ¿el qué? En vida, su madre había sugerido que pusiera un banco a su nombre en el parquecillo que solía frecuentar, mientras en la planta de arriba su padre iba perdiendo las facultades mentales en presencia de Conchita, la enfermera a domicilio. Su madre, que siempre había sido una gran lectora, solía llevarse un libro al parque, y en sus últimos años de vida se había aficionado a Shakespeare. En cierta ocasión, Epstein la había oído decirle a Conchita que tenía que leer *El rey Lear*. «Seguro que está en español», le había dicho a la enfermera. Cada tarde, cuando el sol ya no estaba en su apogeo, bajaba en el ascensor con una edición en letra grande de alguna obra del bardo en el bolso imitación de Prada que había comprado a un africano en la playa pese a la oposición de Epstein, que se había ofrecido para regalarle uno auténtico. (¿Qué necesidad tenía ella de poseer uno auténtico?) El parque estaba descuidado, las atracciones infantiles cubiertas de cagadas de gaviota, pero ¿quién iba a subirse a ellas si no quedaba nadie en el barrio que tuviera menos de sesenta y cinco años? Se preguntó si su madre habría sugerido lo del banco en serio o con su sarcasmo habitual. No lo sabía, así que, por si acaso, encargó para ese mugriento parque de Florida un banco de madera de ipé, resistente al clima tropical, en el que una placa de bronce atornillada anunciaba: EN RECUERDO DE EDITH «EDIE» EPSTEIN. «NO TENGO POR QUÉ

COMPLACERTE EN MI RESPUESTA», WILLIAM SHAKESPEARE. Epstein pagó al portero colombiano del edificio de sus padres doscientos dólares por adelantado para que sacara brillo a la placa dos veces al mes, cuando le tocara limpiar los dorados del vestíbulo. Pero cuando el portero le envió al móvil una foto del flamante banco, Epstein tuvo la sensación de que era peor el remedio que la enfermedad. Recordó que su madre solía llamarlo cuando llevaba mucho tiempo sin tener noticias suyas, y con la voz ronca tras sesenta años fumando, citaba a Dios, que había preguntado a Adán tras su caída: «Ayeka?» (¿Dónde estás?). Pero Dios sabía dónde estaba Adán físicamente.

La víspera del primer aniversario de la muerte de sus padres, Epstein decidió dos cosas: pedir una línea de crédito de dos millones de dólares sobre su piso de la Quinta Avenida y emprender un viaje a Israel. Lo del préstamo era una novedad, pero Israel era un lugar al que había regresado con frecuencia a lo largo de los años, atraído por una maraña de lealtades. Según un ritual propio, siempre se instalaba en el salón ejecutivo de la planta quince del Hilton, donde recibía a una larga sucesión de amigos, parientes y socios, ocupándose de todo en persona, repartiendo dinero, opiniones, consejos, resolviendo viejas disputas y encendiendo otras nuevas. Pero esta vez su ayudante recibió la orden de no llenar su agenda como de costumbre y de pedir cita con las oficinas de desarrollo de Hadassah, el Instituto Weizmann y la Universidad Ben Gurión para valorar la posibilidad de hacer una donación a alguna de estas entidades en nombre de sus padres. También le dijo que el tiempo restante debía quedar libre de compromisos. Tal vez se decidiera por fin a alquilar un coche y visitar ciertas zonas del país en las que no había estado desde hacía muchos años. Era algo que siempre decía que haría, pero nunca había hecho porque estaba demasiado ocupado enfrentándose con alguien, involucrándose de lleno en algo, atrapado en una espiral sin fin. Quería volver a ver la aldea de Kinneret, el desierto del Néguev, los áridos montes de Judea. El azul mineral del mar Muerto.

Mientras él seguía hablando, su ayudante, Sharon, alzó la vista y en el rostro familiar de su jefe vio algo que no alcanzó a reconocer. Si esto le produjo cierta inquietud fue sólo porque saber lo que él quería, y cómo le gustaba exactamente que se hicieran las cosas, era lo que le permitía desempeñar bien su trabajo, algo de lo que se preciaba. Había sobrevivido a

sus explosiones, y tras ello se había percatado de la generosidad que convivía con el mal genio de Epstein, que a lo largo de los años se había ganado la lealtad de Sharon demostrándole la suya.

El día antes de partir hacia Israel, Epstein asistió a un pequeño acto con Mahmud Abás, celebrado en el Plaza Hotel y auspiciado por el Centro para la Paz en Oriente Próximo. Cerca de cincuenta representantes de la comunidad judía estadounidense se reunirían con el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, que había viajado a Nueva York para pronunciar un discurso ante el Consejo de Seguridad de la ONU y había accedido a disipar los temores de los judíos en el transcurso de una comida formal. En otros tiempos, Epstein habría aceptado la invitación sin pensárselo dos veces y se habría lanzado de cabeza a la reunión, haciendo valer su influencia. Pero ¿adónde podría llevarlo eso ahora? ¿Qué podía contarle el hombre de rostro cuadrado nacido en Safed que no supiera ya? Estaba cansado de todo aquello, del palabrerío y las promesas hechas de cara a la galería por unos y otros. También él quería paz. Sólo en el último instante cambió de opinión y envió un mensaje urgente a Sharon, que se las vio y deseó para recuperar el puesto que le habían asignado en una delegación creada in extremis por el Departamento de Estado estadounidense. Epstein se había desprendido de muchas cosas, pero aún no había perdido la curiosidad. De todos modos, tenía que pasar antes por las oficinas del departamento jurídico del banco, que quedaba a la vuelta de la esquina, para firmar —desoyendo los ruegos de Schloss— los documentos del préstamo sobre su piso.

Y sin embargo, tan pronto como se sentó a la larga mesa, hombro con hombro con los adalides de su pueblo, que se dedicaban a untar mantequilla con cebollino en sus panecillos mientras el palestino de voz serena hablaba sobre el fin del conflicto y de las reivindicaciones, lamentó haber cambiado de idea. La sala era diminuta; no tenía escapatoria. En otros tiempos se habría escabullido. El año anterior, sin ir más lejos, durante una cena de gala en honor de Shimon Peres celebrada en la Casa Blanca, se había levantado para ir a orinar mientras Itzhak Perlman interpretaba *Tempo di Minuetto*. ¿Cuántas horas de su vida habría pasado escuchando a Perlman? ¿Una semana entera? Los del servicio secreto se habían abalanzado sobre él; nadie podía abandonar la sala una vez que el presidente tomaba asiento. Pero todos los hombres son

iguales ante la llamada de la naturaleza. «Se trata de una emergencia, caballeros», había dicho, abriéndose paso entre los trajes oscuros. La otra parte dio su brazo a torcer, como siempre sucedía con Epstein. Lo escoltaron hasta el lavabo, dejando atrás a los guardias militares con sus botones de bronce. Pero ahora la necesidad de afirmarse lo había abandonado.

Sirvieron la ensalada César, se abrió el turno de palabra y la vibrante voz de Dershowitz —«Mi viejo amigo Abu Mazen»— resonó en la sala. A la derecha de Epstein, el embajador de Arabia Saudí trasteaba con el micrófono inalámbrico, tratando de averiguar cómo funcionaba. Enfrente tenía a Madeleine Albright, con los párpados pesados como un lagarto al sol, irradiando una inteligencia introspectiva; ella tampoco estaba del todo presente, pues cavilaba sobre asuntos de naturaleza metafísica, o eso le pareció a Epstein, que sintió el impulso de llevársela aparte para comentar esas inquietudes más profundas. Se palpó el bolsillo interno de la chaqueta en busca del librito con las tapas forradas en una tela verde y gastada que Maya le había regalado por su cumpleaños, y que desde hacía un mes llevaba siempre encima. Pero no estaba allí; lo habría dejado en el abrigo.

Fue entonces, al sacar la mano del bolsillo, cuando Epstein vio con el rabillo del ojo a un hombre alto y barbudo que lucía un traje oscuro y una gran kipá negra. Estaba de pie junto a un extremo de la mesa, lo que significaba que no era lo bastante importante para tomar asiento a la misma. Una sonrisa le bailaba en los labios, haciendo aflorar arrugas en torno a sus ojos, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho como si tratara de reprimir una energía incontenible. Pero Epstein intuyó que tras ese dominio de sí mismo no había un afán de humildad, sino otra cosa.

Los líderes de la comunidad judía estadounidense siguieron desgranando sus preguntas sin interrogantes; los camareros indios retiraron los platos de ensalada y los sustituyeron por salmón en papillote. Finalmente, llegó su turno de tomar la palabra. Epstein se inclinó hacia delante y accionó el interruptor del micrófono. Un sonoro chisporroteo causado por la electricidad estática hizo que el embajador saudí diera un respingo. En el silencio que siguió, Epstein estudió los rostros que lo miraban, expectantes. No había reflexionado sobre lo que iba a decir, y de pronto su mente, que siempre iba directa al objetivo como un avión teledirigido, vagaba sin rumbo. Paseó la vista alrededor de la mesa. Los rostros de los demás comensales, que no

sabían cómo reaccionar ante su silencio, se le antojaban de pronto fascinantes. Su incomodidad lo fascinaba. ¿Habría sido inmune en el pasado a la incomodidad ajena? No, «inmune» era una palabra demasiado fuerte. Pero no le habría prestado demasiada atención. Ahora los veía clavando la mirada en los platos y removiéndose en los asientos, hasta que por fin la moderadora se vio obligada a intervenir.

—Si Jules... es decir, el señor Epstein, no tiene nada que añadir, pasaremos a... —Pero justo entonces una voz a su espalda la interrumpió, obligándola a volverse.

—Si él no quiere aprovechar su turno de palabra, lo haré yo.

Buscando el origen de la intrusión, Epstein se topó con la mirada penetrante del hombretón con la kipá de punto negro. Estaba a punto de replicar cuando éste volvió a hablar.

—Presidente Abás, gracias por haber venido. Le debo una disculpa, pues al igual que mis colegas no tengo preguntas para usted, sino tan sólo algo que decir.

Un murmullo de risas aliviadas recorrió la sala. Su voz se oía con toda claridad, por lo que no parecía necesario recurrir a los micrófonos.

—Soy el rabino Menachem Klausner. Vivo en Israel desde hace veinticinco años. Soy el fundador de Gilgul, un proyecto que permite a los estadounidenses viajar a Safed para estudiar el misticismo judío. Los invito a todos a que nos visiten, y tal vez incluso que se sumen a uno de nuestros retiros. En la actualidad organizamos unos quince al año, y esa cifra no deja de aumentar. Presidente Abás, sería un honor recibirle, aunque por supuesto usted conoce los montes de Safed mejor que la mayoría de nosotros.

El rabino hizo una pausa y se acarició la barba lustrosa.

—Mientras escuchaba a mis amigos, me ha venido a la mente una historia. Una lección, en realidad, que el rabino nos enseñó en la escuela. Era un auténtico *tzadik*, uno de los mejores profesores que he tenido. De no ser por él, mi vida habría sido muy distinta. Solía leernos pasajes de la Torá. Ese día tocaba el Libro del Génesis, y después de leer el versículo «Dios terminó en el séptimo día la obra que hizo» se detuvo, alzó la vista y nos preguntó si no habíamos notado nada extraño, y nosotros nos devanamos los sesos. Todo el mundo sabe que el séptimo día se celebra el *sabbat*, ¿qué tenía eso de extraño?

»“¡Ajá!” dijo el rabino, levantándose de un brinco, como solía hacer cuando se emocionaba. “Pero ¿no dice que Dios descansó el séptimo día! Lo que dice es que terminó la obra que hizo. ¿Cuántos días tardó en crear el cielo y la tierra?”, preguntó. “Seis”, contestamos. “¿Y por qué no dice la Torá que Dios terminó entonces? ¿Los terminó el sexto día y el séptimo descansó?”

Epstein echó un vistazo a su alrededor, preguntándose adónde los llevaría todo aquello.

—Verán, el rabino nos explicó que cuando los antiguos sabios se reunieron para meditar sobre este punto, llegaron a la conclusión de que también debió de existir un acto de creación en el séptimo día. Pero ¿en qué consistió? El mar y la tierra ya existían, así como el sol y la luna. Las plantas y los árboles, los animales y las aves. Hasta el hombre. ¿Qué es lo que seguía faltando en el universo?, se preguntaron los antiguos sabios, hasta que al fin tomó la palabra un erudito de pelo canoso y edad avanzada que siempre se sentaba solo en un rincón. «*Menucha*», dijo. «¿Cómo?», preguntaron los demás. «Levanta la voz, no te oímos.» «Junto con el *sabbat*, Dios creó la *menucha*», dijo el viejo sabio, «y entonces el mundo se completó».

Madeleine Albright empujó la silla hacia atrás y abandonó la sala acompañada por el leve frufrú de su traje chaqueta. El orador no pareció inmutarse. Por unos instantes, Epstein pensó que tal vez incluso se apropiara de la silla vacía, tal como se había apropiado de su turno de palabra. Pero permaneció de pie, pues eso le permitía dominar mejor la sala. Quienes estaban cerca de él habían retrocedido para dejar un espacio libre a su alrededor.

—«¿Y qué es la *menucha*?», preguntó el rabino a ese puñado de chiquillos revoltosos que no apartaban los ojos de la ventana y cuyo único afán era salir a jugar a la pelota. Nadie contestó. El rabino esperó unos instantes, y cuando se hizo evidente que no iba a darnos la respuesta, un chico que estaba sentado al fondo del aula, el único con los zapatos relucientes, el mismo que siempre se iba derecho a casa al salir de clase para volver con su madre, el descendiente separado por incontables generaciones del viejo erudito canoso que guardaba en su interior la sabiduría ancestral de quien se sentaba en los rincones, tomó la palabra. «El descanso», dijo. «¡El descanso!», exclamó el rabino, rociándolo todo de saliva, como ocurría siempre que se emocionaba. «Pero ¿no sólo eso! Porque la *menucha* no es

simplemente una pausa en el trabajo, una interrupción del esfuerzo. No es sólo lo opuesto al sudor y el sacrificio. Si para que existiera tuvo que producirse un acto especial de creación, por fuerza tiene que ser algo extraordinario. No el negativo de algo que ya existía, sino un positivo único, sin el cual el universo estaría incompleto. No, no es sólo el descanso», afirmó el rabino. «¡La tranquilidad! ¡La serenidad! ¡El reposo! La paz. Un estado en el que no tienen cabida el conflicto ni el enfrentamiento. Tampoco el temor ni la desconfianza. *Menucha*. El estado en que el hombre abraza la quietud.»

»Abu Mazen, si me permite —Klausner bajó la voz y se acomodó la kipá, que le había resbalado hacia atrás—, en aquella clase de muchachos de doce años ninguno de nosotros entendió a qué se refería el rabino. Pero les pregunto: ¿acaso hay alguien en esta sala que lo entienda mejor? ¿Que comprenda ese acto de la creación que se distingue de todos los demás, el único que no estableció algo eterno? El séptimo día Dios creó la *menucha*. Pero la hizo frágil. Incapaz de perdurar. ¿Por qué? ¿Por qué, cuando todas sus demás creaciones son inmunes al paso del tiempo?

Klausner hizo una pausa, recorrió la sala con la mirada. Su frente enorme relucía de sudor, pero no había en él ninguna otra señal de esfuerzo. Epstein adelantó el cuerpo, expectante.

—Para que el hombre se vea obligado a recrearla una y otra vez —dijo Klausner al fin—. Para que comprenda, al recrear la *menucha*, que no es un mero espectador del universo, sino que participa en su devenir. Que, sin sus acciones, el universo que Dios quiso para nosotros seguirá estando incompleto.

Un aplauso solitario y perezoso resonó en los confines de la sala. Cuando se desvaneció en el silencio, el líder de los palestinos empezó a hablar, haciendo pausas para que el intérprete tradujera su mensaje sobre sus ocho nietos, que habían participado en el campamento Semillas de Paz, sobre la convivencia, el fomento del diálogo, la construcción de relaciones. Tras sus comentarios intervinieron los últimos oradores y el acto llegó a su fin. Todos los presentes se levantaron y Abás recorrió la mesa, estrechando una sucesión de manos extendidas. Luego abandonó la sala seguido por su séquito.

No menos ansioso por salir de allí estaba Epstein, que se fue hacia el guardarropa. Sin embargo, mientras hacía cola, alguien lo llamó con una palmadita en el hombro. Al volverse, se topó con el rabino que le había

robado el turno de palabra para echar un sermón. Le sacaba una cabeza y media y transmitía la fuerza nervuda, curtida por el sol, de quien ha vivido mucho tiempo a orillas del Mediterráneo. De cerca, sus ojos azules resplandecían como si guardaran la luz del sol almacenada en su interior.

—Menachem Klausner —repitió, por si Epstein no había retenido su nombre—. Espero no haberme pasado de la raya.

—No —repuso Epstein, golpeando la mesa con la ficha de su abrigo—. Has hablado bien. Yo no lo hubiese hecho mejor.

Lo decía de corazón, pero no le apetecía entrar en detalles. La encargada del guardarropa cojeaba al andar, y Epstein la vio alejarse para ir en busca de su abrigo.

—Gracias, pero la verdad es que el mérito no es mío. Se lo debo casi todo a Heschel.

—Creía que era una anécdota sobre un antiguo rabino tuyo.

—Eso hace que la historia resulte más fascinante —dijo Klausner, arqueando las cejas. Por encima de éstas, las profundas arrugas de su frente se reacomodaban cada vez que componía una de sus expresiones histriónicas.

Epstein no había leído a Heschel, y de todos modos hacía calor allí dentro y lo que más deseaba en el mundo era salir a la calle y respirar el aire fresco. Pero cuando la encargada del guardarropa volvió del perchero giratorio, llevaba el abrigo de otra persona colgado del brazo.

—Éste no es el mío —dijo Epstein, empujando el abrigo que descansaba sobre la mesa.

La mujer lo miró con desdén, pero él le devolvió una mirada fría y severa hasta que ella se dio por vencida y volvió renqueando al perchero. Tenía una pierna más corta que la otra, pero sólo un santo se compadecería de ella.

—En realidad, nos habíamos visto antes —dijo Menachem Klausner a su espalda.

—¿De veras? —repuso Epstein, sin apenas volverse.

—En Jerusalén, en la boda de la hija de los Schulman.

Epstein asintió pese a que no recordaba la ocasión.

—Nunca olvido a un Epstein.

—¿Y eso?

—Ni un Epstein, ni un Abravanel, ni un Dayan, ni nadie cuya estirpe se

pueda rastrear hasta la línea dinástica de David.

—¿Epstein? A menos que te refieras a los habitantes de algún villorrio judío de la vieja Europa, te equivocas.

—Qué va, eres uno de los nuestros, seguro.

Epstein no pudo evitar reírse.

—¿De los nuestros?

—Por supuesto. Klausner es un apellido importante en la genealogía davídica, aunque no tiene tanto pedigrí como Epstein, claro está. A no ser que uno de tus antepasados se sacara el apellido de la manga, cosa que me parece improbable, el linaje del que descendes se remonta directamente al rey de Israel.

Epstein se debatía entre dos impulsos contradictorios: el de sacar un billete de cincuenta dólares de la cartera para desembarazarse de Klausner y el de saber más. Había algo en el rabino que lo cautivaba, o lo haría en otras circunstancias.

La encargada del guardarropa seguía haciendo girar el perchero con indolencia, parándolo de vez en cuando para inspeccionar los números de las perchas. Cogió una gabardina de color caqui.

—Ése no es —se adelantó Epstein antes de que intentara endilgársela. La mujer le lanzó una mirada fulminante y siguió haciendo girar el perchero.

Harto de esperar, Epstein rodeó la mesa y entró en el guardarropa. La mujer retrocedió con sorpresa exagerada, como si temiera que él fuera a tumbarla de un porrazo. Pero esa expresión se vio reemplazada por otra de suficiencia cuando Epstein empezó a rebuscar en vano entre los abrigos colgados. La mujer se fue cojeando a coger la ficha de Menachem Klausner, pero el sermoneador con tres milenios de linaje protestó:

—No, no. Me da igual esperar. ¿Cómo es el abrigo, Jules?

—Azul marino —farfulló Epstein, rozando las mangas de tweed y lana según iban pasando por sus manos. Pero no había ni rastro de su abrigo. Y no podía reconocer que se parecía bastante al que había sobre la mesa, aunque el suyo era mucho más sedoso y había costado bastante más—. Esto es ridículo —rezongó—. Alguien se lo habrá llevado.

Epstein habría jurado que oyó la risa de la encargada del guardarropa, pero cuando se volvió la mujer le daba la espalda, encorvada y vagamente cuadrangular, y ya estaba despachando a la persona que iba detrás de

Klausner. Sintió que se le agolpaba la sangre en las mejillas y se le hacía un nudo en la garganta. Una cosa era regalar millones por voluntad propia y otra muy distinta que le robaran el abrigo delante de sus narices. Lo único que quería era largarse de allí y volver a casa cruzando el parque sin compañía y llevando puesto su propio abrigo.

Las puertas del ascensor se abrieron con un tintineo. Sin decir palabra, Epstein cogió el abrigo tirado sobre la mesa y corrió hacia él. Klausner lo llamó, pero las puertas se cerraron justo a tiempo y bajó solo hasta el vestíbulo.

En la salida lateral del hotel, los hombres de Abu Mazen se subían a la limusina, y Epstein reconoció su abrigo en el último de ellos.

—¡Eh! —gritó, agitando la prenda áspera que llevaba colgada del brazo—. ¡OYE! ¡Que te has llevado mi abrigo!

Pero el hombre no lo oyó, o se hizo el sordo, y cerró la portezuela de golpe. La limusina arrancó y se alejó por la calle Cincuenta y Ocho como flotando entre el tráfico.

Atónito, Epstein la siguió con la mirada. El portero del hotel lo observaba con inquietud, tal vez temiendo que fuera a montarle una escena. Contemplando con amargura el abrigo que tenía en las manos, Epstein soltó un suspiro, metió primero un brazo y luego el otro en las mangas y se lo acomodó encogiéndose de hombros. Los puños le llegaban hasta los nudillos. Mientras cruzaba la calle Central Park South, una ráfaga de viento helado traspasó el género fino y Epstein, de manera instintiva, echó mano de los guantes de piel que solía llevar en los bolsillos, pero lo único que encontró fue una latita de caramelos de menta con una inscripción en árabe. Se metió uno en la boca y empezó a chupetearlo. Era tan fuerte que se le saltaron las lágrimas. Así que ése era el secreto de los árabes para tener pelo en pecho. Bajó la escalera que conducía al parque y enfiló el sendero que bordeaba el estanque erizado de juncos.

El cielo se había teñido de un rosa palo, virando a naranja hacia poniente. Pronto se encenderían las farolas. Se levantó viento, y una bolsa de plástico blanca pasó volando mientras mudaba de forma lentamente.

El alma es un mar en el que nadamos. No tiene orilla a este lado, y sólo allí a lo lejos, al otro lado, hay una orilla, que es Dios.

Era una frase del librito verde que Maya le había regalado para su cumpleaños, casi dos meses atrás, y de tanto leerlos había memorizado algunos de sus pasajes. Al pasar por delante de un banco, Epstein volvió sobre sus pasos y se sentó en él al tiempo que hurgaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Al recordar que estaba vacío, se levantó de un brinco, alarmado. ¡El libro! ¡Lo había dejado en el abrigo! Su abrigo, que en ese instante se dirigía al este sobre la espalda de uno de los secuaces de Abás. Buscó a tientas el móvil para enviarle un mensaje a su ayudante, Sharon, pero tampoco lo encontró.

—¡Me cago en todo! —bramó.

Una mujer que pasaba por allí empujando un cochecito doble lo miró con recelo y apretó el paso.

—¡Oiga! —gritó Epstein—. ¡Perdone! —La mujer miró hacia atrás, pero no aminoró la marcha. Epstein corrió tras ella—. Oiga —dijo sin aliento cuando por fin le dio alcance—. Acabo de darme cuenta de que he perdido el móvil. ¿Podría prestarme el suyo un segundo?

La mujer miró de reojo a sus hijos, gemelos al parecer, embutidos hasta el cuello en sendos sacos con forro de pelo sintético, las naricillas húmedas y una mirada de alerta en los ojos oscuros. A regañadientes, hurgó en el bolsillo y sacó el móvil, que Epstein le arrebató de la mano sin esperar a que se lo tendiera. Luego le volvió la espalda y marcó su propio número. Le salió el contestador automático. ¿Había apagado el móvil antes, cuando había ido a firmar el crédito, o lo habría hecho el hombre de Abás? La idea de que el palestino recibiera las llamadas destinadas a él lo llenó de ansiedad. Marcó el número de Sharon, pero tampoco obtuvo respuesta.

—Un mensaje corto —explicó Epstein, y lo tecleó con dedos entumecidos por el frío: «Llama cuanto antes Consejo de Seguridad ONU. Lío de abrigos en el Plaza. Un gorila de Abás se ha llevado el mío: Loro Piana, cachemira, azul marino.» Pulsó la tecla de enviar, y luego añadió otra frase: «Móvil y otros objetos valor en bolsillo abrigo.» Pero justo cuando estaba a punto de enviarlo se lo pensó dos veces y lo borró por temor a levantar la liebre, pues cabía la posibilidad de que el hombre de Abás no supiera lo que tenía en su poder. Pero eso era absurdo. ¿Qué interés podría tener ese hombre en el móvil de un desconocido y en un oscuro libro escrito

por un poeta israelí que había pasado a mejor vida?

Los gemelos empezaron a estornudar y a sorber por la nariz mientras la madre se apoyaba ora en un pie, ora en el otro con impaciencia. Epstein, cuya experiencia como sujeto receptor de caridad era nula, volvió a escribir el mensaje, lo envió y siguió sosteniendo el móvil, esperando a que vibrara con la respuesta de su ayudante. Pero el aparato permaneció inerte en sus manos. ¿Dónde demonios se habría metido Sharon? «Éste no es mi móvil, obviamente», escribió. «Ahora te llamo otra vez.» Sólo entonces se volvió hacia la mujer, que le arrebató el teléfono de las manos con un gruñido de exasperación y se alejó a grandes zancadas sin molestarse en decirle adiós.

Tenía cuarenta y cinco minutos para llegar al Avery Fisher Hall, donde había quedado con Maura. Se conocían desde que eran niños, y tras el divorcio ella lo acompañaba a menudo a conciertos. Epstein se dirigió al noroeste, atajando por la hierba, mientras redactaba mentalmente un mensaje de texto tras otro. Al pasar por delante de un arbusto, una bandada de gorriones salió de entre la maleza y se dispersó en el cielo crepuscular. En ese súbito estallido de libertad, halló cierto consuelo. No era más que un viejo libro, se dijo. Seguro que encontraría otro ejemplar. Pondría a Sharon sobre la pista. O mejor aún, ¿por qué no dejar que el libro se fuera tal como había llegado? ¿Acaso no había sacado ya lo que necesitaba de él?

Enfrascado en sus pensamientos, enfiló el túnel que había bajo un paso elevado. El aire húmedo le produjo un escalofrío, y entonces un vagabundo salió de entre las sombras y le cortó el paso. Tenía el pelo largo, con greñas y apelmazado, y apestaba a orina y a algo más, algo purulento. Epstein sacó un billete de veinte dólares de la cartera y lo encajó en la mano áspera del desconocido. En el último momento, cogió la latita de caramelos y se la ofreció también. Pero fue un error, porque de pronto el hombre se movió bruscamente y, en la oscuridad, Epstein advirtió el destello de una navaja.

—Dame la cartera —farfulló el vagabundo.

Epstein no salía de su asombro. ¿En serio? ¿No había perdido bastante ya en una sola tarde? ¿Acaso se había desprendido de tantas cosas que de pronto el mundo se sentía con derecho a arrebatárselo todo, como si sus buenas obras fueran dejando un rastro pestilente? ¿O era justo lo contrario, y en realidad lo que el mundo trataba de decirle era que aún no se había desprendido de suficientes cosas, que no podía parar hasta que no quedara

nada? ¿Y cómo era posible que aún quedaran atracadores en Central Park?

No salía de su asombro, pero no sintió miedo. No era la primera vez que se las veía con un lunático. Como abogado que era, hasta podría decirse que se le daban bien. Evaluó la situación. La navaja no era grande. Podía hacerle daño, pero no matarlo.

—Vale, vale —empezó a decir con tranquilidad—. ¿Qué te parece si te doy todo lo que llevo en efectivo? Debe de haber por lo menos trescientos dólares, puede que más. Cógelo todo y déjame las tarjetas. No podrás usarlas, las cancelarán en un suspiro y seguramente acabarás tirándolas a la basura. Así nadie sale perdiendo.

Mientras hablaba, Epstein sostenía la cartera con el brazo extendido, alejándola de su cuerpo, y extrajo despacio el fajo de billetes. El hombre se lo arrancó de la mano, pero al parecer no se daba por satisfecho, pues masculló algo más que Epstein no alcanzó a entender.

—¿Qué?

Con un gesto rápido, el vagabundo deslizó el filo de la navaja por el pecho de Epstein.

—¿Qué tienes ahí?

Epstein retrocedió, llevándose una mano al corazón.

—¿Dónde? —replicó con un grito ahogado.

—¡Dentro!

—Nada —contestó sin levantar la voz.

—Enséñamelo —dijo el vagabundo, o eso creyó oír Epstein, pues arrastraba de tal forma las palabras que era casi imposible entenderlo. Se acordó de su padre, que había empezado a hablar del mismo modo tras sufrir un derrame cerebral, mientras el hombre seguía respirando de manera agitada y empuñaba el arma.

Despacio, Epstein se desabrochó el abrigo que no era suyo, y a continuación la chaqueta del traje de franela gris que sí lo era. Abrió el bolsillo con forro de seda que por lo general albergaba el librito verde y, poniéndose de puntillas, se inclinó hacia delante para enseñarle que estaba vacío. Todo aquello era tan absurdo que de buena gana se habría echado a reír si no fuera porque tenía una navaja muy cerca de la garganta. Y porque a lo mejor sí que podía matarlo. Miró al suelo y se vio tirado en un charco de sangre, incapaz de pedir auxilio. Una pregunta cobró forma en su mente, una

que llevaba semanas rondándolo sin acabar de definirse, y la formuló para sus adentros como si quisiera ponerla a prueba: ¿Acaso Dios había alargado la mano para señalarlo? Pero ¿por qué a él? Cuando volvió a levantar los ojos, no había rastro de la navaja. El hombre había dado media vuelta y se alejaba a la carrera. Epstein se quedó unos instantes paralizado, hasta que lo vio desaparecer en el círculo luminoso de la boca del túnel y se quedó a solas. No fue hasta que se llevó la mano a garganta cuando se dio cuenta de que le temblaban los dedos.

Diez minutos después llegó sano y salvo al vestíbulo del edificio Dakota y pidió prestado otro teléfono.

—Soy amigo de los Rosenblatt —le dijo al portero—. Acaban de atracarme. Entre otras cosas, me han robado el móvil. —El hombre descolgó el telefonillo para llamar al 14B—. No se moleste —se apresuró a decir Epstein—. Sólo quiero hacer una llamada y luego me iré.

Alargó la mano por encima del mostrador y se llamó a sí mismo una vez más. Volvió a escuchar su propia voz, grabada mucho tiempo atrás, pero que allí seguía. Colgó y llamó a Sharon, que esta vez se puso al teléfono y se deshizo en disculpas por no haber contestado antes. Ya se había puesto en contacto con la ONU. Abás iba a dar un discurso dentro de quince minutos, por lo que era imposible hablar con nadie de su equipo en ese momento, pero ella iba a tomar un taxi para interceptarlos antes de que abandonaran el edificio. Epstein le pidió que llamara a Maura para decirle que se fuera al concierto sin él.

—Dile que me han atracado —añadió.

—Vale, te han atracado —repitió Sharon.

—Es verdad —repuso Epstein, bajando la voz sin querer, porque una vez más se vio tendido en el suelo mientras un charco de sangre oscura se extendía despacio a su alrededor. Al levantar los ojos, su mirada se encontró con la del portero y comprendió que tampoco él le creía.

—¿Lo dices en serio? —preguntó su ayudante.

Epstein la cortó:

—Estaré en casa dentro de media hora. Llámame entonces.

—Oiga —le dijo al portero—, estoy en un aprieto. ¿Puede prestarme veinte dólares? No me olvidaré de usted esta Navidad. Mientras tanto, los Rosenblatt responderán por mí.

Tras darle los billetes, el portero paró un taxi que iba hacia el sur por Central Park West. No le quedaba nada con lo que premiar al hombre, ni dinero ni anillos, así que se limitó a asentir con humildad. Luego se volvió hacia el taxista para darle su dirección, al otro lado del parque y quince manzanas al norte. El hombre negó con la cabeza, contrariado, bajó la ventanilla y arrojó un grueso escupitajo al suelo. Siempre pasaba: si los apartabas de su recorrido natural y les pedías que dieran media vuelta, se lo tomaban como una afrenta. Era un rasgo casi universal de la psicología del taxista neoyorquino, explicaba Epstein a cualquiera que viajara con él en el asiento trasero. Cuando lograban ponerse en marcha, habiendo superado los escollos de los atascos y los semáforos en rojo, lo único que querían era seguir avanzando. El hecho de que ganaran dinero dando media vuelta y yendo en la dirección opuesta apenas les importaba en el momento de encajar la noticia. Lo vivían como una derrota y se lo tomaban fatal.

El ambiente en el taxi se enrareció todavía más cuando descubrieron que el tráfico estaba parado en sentido norte por Madison Avenue y que habían cortado todas las calles que iban hacia el este. Epstein bajó la ventanilla y llamó a un policía, fondón y musculoso como un jugador de béisbol, que vio apostado junto a una de esas barreras de madera con forma de caballete.

—¿Qué ha pasado?

—Están rodando una película —informó el agente sin demasiado afán, escrutando el cielo como si buscara la pelota.

—Me toma el pelo, ¿verdad? ¡Ya van dos veces este mes! ¿Quién le ha dicho a Bloomberg que podía vender la ciudad a Hollywood? ¡Los hay que seguimos viviendo aquí!

Una vez fuera del taxi maloliente, Epstein bajó a grandes zancadas por la calle Ochenta y Cinco, flanqueada por remolques que emitían un zumbido constante, alimentados por un generador ruidoso e inmenso. Al pasar por delante de la mesa de catering del rodaje, cogió un donut sin detenerse y le hincó el diente, lo que provocó que se saliera la crema del relleno.

Pero cuando enfiló la Quinta Avenida se detuvo al ver que allí había nevado. Los árboles, iluminados por focos enormes, estaban cubiertos por un manto blanco, y las lomas de nieve amontonadas a lo largo de las aceras resplandecían como si estuvieran hechas de mica. Todo era silencio y paz.

Hasta los caballos de tiro negros enganchados a una carroza fúnebre permanecían inmóviles, con la cabeza gacha, mientras la nieve caía formando remolinos a su alrededor. A través de las ventanillas del carruaje, Epstein vislumbró la sombra alargada de un ataúd de ébano, y una sensación de profundo respeto se apoderó de él. No sólo el asombro reflexivo que uno experimenta ante la muerte, sino algo más: el presentimiento de lo que el mundo, con sus misterios insondables, era capaz de hacer. Pero esa sensación no tardó en abandonarlo. Un instante después la grúa de grabación pasó rodando calle abajo y la magia se desvaneció.

Cuando por fin avistó el vestíbulo bañado por la luz cálida de su propio edificio, Epstein se rindió al agotamiento. Lo único que quería era llegar a casa para meterse en su bañera gigante y dejar que el día se diluyera en el agua y se fuera por el desagüe. Pero cuando echó a andar hacia la entrada se vio frustrado una vez más, en esta ocasión por una mujer con un anorak de plumas que blandía un sujetapapeles.

—¡Están rodando! —dijo ella entre dientes—. Tiene que esperar en la esquina.

—Vivo aquí —replicó Epstein con brusquedad.

—Igual que muchos otros, y todos ellos están esperando. Tenga un poco de paciencia.

Pero a Epstein se le había agotado la paciencia, y cuando la mujer se volvió para mirar la carroza fúnebre, que en ese instante arrancaba con un chirrido tirada por los caballos, burló su vigilancia y con un último impulso echó a correr hacia el edificio. Vio a Haaron, el portero, que seguía el rodaje desde el vestíbulo. Siempre estaba allí, con la cara pegada al cristal. Si en la calle no pasaba nada digno de interés, se entretenía escudriñando el cielo en busca del ratonero de cola roja que anidaba en una cornisa de esa misma manzana. En el último instante, Haaron se percató de la carrera desesperada de Epstein y, con gesto de sorpresa, abrió la puerta justo a tiempo para impedir que el inquilino del ático B se estampara contra el cristal. Epstein entró tan campante mientras el portero cerraba con llave, daba media vuelta y pegaba la espalda a la puerta.

—Es un rodaje, Haaron, no una revolución —observó Epstein con la respiración entrecortada.

Perplejo ante las costumbres de su país de adopción, el portero asintió y

se enderezó la pesada capa verde con botones dorados que lucía durante los meses de invierno. No se la quitaba ni estando a cubierto.

—¿Sabes cuál es el problema de este país? —preguntó Epstein.

—¿Cuál, señor? —repuso Haaron.

Pero al toparse con la mirada del portero, todavía llena de asombro después de cinco años viendo pasar la Quinta Avenida al otro lado del cristal, Epstein se lo pensó mejor y no contestó. Haaron tenía las manos desnudas, y sintió el impulso de preguntarle qué había hecho con el anillo de sello, pero una vez más se tragó sus palabras.

Cuando el ascensor revestido de madera se abrió frente a la familiar y colorida alfombra persa de su rellano, Epstein soltó un suspiro de alivio. Una vez dentro, encendió la lámpara, colgó el abrigo que no era suyo en el armario y se puso las zapatillas. Llevaba diez meses viviendo allí, desde que se había divorciado de Lianne, y a veces aún echaba de menos el cuerpo de su mujer al otro lado de la cama. Había dormido junto a ella durante treinta y seis años, y el colchón parecía distinto sin su peso, por leve que fuera, tal como la oscuridad parecía no tener medida sin la cadencia de su respiración. A veces se despertaba destemplado por la ausencia del calor que latía entre sus muslos y en el hueco de sus corvas. Tal vez la hubiese llamado incluso, si pudiera olvidar siquiera por un instante que sabía de sobra todo lo que ella iba a decirle. En realidad, si sentía nostalgia no era de lo que había tenido y a lo que había renunciado.

El piso no era grande, pero las habitaciones principales tenían vistas a Central Park y al Metropolitan por el sur, donde se exponía el templo de Dendur bajo una cubierta acristalada. Esta cercanía al mundo antiguo era importante para él. Si bien, en sí misma, la copia romana de un templo egipcio nunca lo había impresionado, a veces la vislumbraba por la noche y notaba que se le llenaban los pulmones de aire, como si su cuerpo recordara algo que había olvidado sobre la inmensidad del tiempo. Algo que había tenido que olvidar para poder creer en la grandeza y la singularidad de las cosas que le pasaban en cuanto individuo, capaces de marcar su vida como si alguien imprimiera una nueva combinación de letras en la cinta de una máquina de escribir. Pero Epstein ya no era joven. Estaba hecho de una materia más antigua que cualquier templo, y últimamente tenía la impresión de estar recuperando algo perdido. Algo volvía a fluir en él, tal como el agua

regresa al cauce reseco que esculpió mucho tiempo atrás.

Ahora que las paredes del piso estaban desnudas de cuadros y que se había deshecho de los muebles caros, le bastaba con plantarse en medio del salón desierto, mirando hacia las copas de los árboles que se mecían en la oscuridad, para que se le erizara la piel de los brazos. ¿Por qué? Por el simple hecho de seguir allí. Porque había vivido lo bastante para llegar al punto en que el círculo empezaba a cerrarse, porque había estado en un tris de perderselo, pero en el último instante había tomado conciencia de algo. ¿De qué? Del tiempo como un haz luminoso que se desplazaba sobre el suelo, y al final de cuya larga cola brillaba la luz que bañaba el parquet de la casa de Long Beach en la que se había criado. O del cielo que lo cubría, el mismo bajo el que había caminado desde que era un niño. No, era más que eso. Rara vez había sacado la cabeza de las poderosas corrientes que gobernaban su vida, demasiado ocupado tratando de vencerlas. Pero de vez en cuando se le presentaba la oportunidad de abarcar todo el conjunto hasta la línea lejana del horizonte, y lo que entonces veía lo llenaba de gozo y ansiedad a partes iguales.

Seguía allí. Privado de muebles, de dinero, del abrigo que lo protegía del frío, pero sin haber alcanzado todavía ese estado etéreo que tanto buscaba, Epstein sintió un vacío en la boca del estómago. Apenas había probado bocado en el Plaza, y el donut le había abierto el apetito. Rebuscando en la nevera, encontró un muslo de pollo que había dejado allí el chef que cocinaba para él tres veces por semana, y se lo comió de pie frente a la ventana. Un tátara, tátara, tátara, tataranieto de David. El joven pastor que arrojó una piedra a la cabeza de Goliat, del que las mujeres solían decir «Saúl mató a miles de guerreros, pero David mató a más de diez mil», si bien, para que no pasara a la historia como un hombre bestial, frío y calculador, para que gozara de la delicadeza judía, la inteligencia judía, la profundidad judía, lo convirtieron más tarde en autor de los versos más bellos jamás escritos. Epstein sonrió. ¿Qué más le quedaba por aprender sobre sí mismo? El pollo estaba bueno, pero antes de llegar al hueso tiró lo que quedaba a la basura. Alargó el brazo para abrir el armario y coger un vaso, pero se lo pensó mejor, metió la cabeza debajo del grifo y bebió directamente de éste hasta aplacar su sed.

En el salón pulsó un interruptor y las luces, conectadas a un

potenciómetro automático, se encendieron al instante, alumbrando el oro bruñido de dos aureolas sobre una pequeña tabla que colgaba en solitario de la pared orientada al este. Aunque lo había presenciado incontables veces, no podía observar este fenómeno sin sentir un cosquilleo en el cuero cabelludo. Esa tabla, la única obra maestra que conservaba, formaba parte de un retablo y había sido pintada casi seiscientos años atrás en Florencia. No había podido regalarla. Quería tenerla en su vida un poco más.

Epstein se acercó a las aureolas: la de María, inclinada y casi incorpórea bajo los pliegues rosados de su manto, y la del arcángel Gabriel, que bien podría confundirse con una mujer de no ser por las alas coloridas. El taburete que asomaba bajo el cuerpo de María indicaba que estaba arrodillada, o lo estaría si quedara algún vestigio físico de ella bajo el manto, si lo que María era no hubiese quedado ya completamente borrado para poder llenarla con el hijo de Dios. Su postura inclinada reproducía la línea arquitectónica de la bóveda blanca: ya había dejado de ser ella misma para convertirse en otra cosa. Sus manos de dedos largos aparecían cruzadas sobre el pecho plano, y en su rostro afloraba la expresión grave de una niña madura que se enfrenta a un destino difícil y trascendental. Unos metros más allá, el arcángel Gabriel la contemplaba con ternura, llevándose una mano al corazón, como si también él percibiera el dolor de ese futuro necesario. La pintura estaba muy cuarteada, pero eso no hacía sino subrayar la sensación de emoción contenida, de que una fuerza poderosa y violenta se debatía bajo la superficie en calma. Sólo los halos dorados y unidimensionales que nimbaban a los dos personajes permanecían extrañamente estáticos. ¿Por qué se empeñaban en pintar así las aureolas? ¿Por qué, cuando ya habían descubierto cómo crear la ilusión de profundidad, se replegaban siempre, y sólo en este caso, a una pertinaz ausencia de perspectiva, y más sabiendo que no se trataba de un tema cualquiera, sino que simbolizaba la fusión con el infinito a través de la cercanía con Dios?

Epstein descolgó el retablo de la pared, se lo metió debajo del brazo y lo llevó al dormitorio. El mes anterior se había desprendido de un desnudo de Bonnard, y desde entonces la pared que había enfrente de la cama estaba vacía. Sintió el súbito anhelo de ver la pequeña Anunciación colgada allí, para que le diera los buenos días y fuera lo último que viera antes de dejarse vencer por el sueño. Pero estaba intentando enganchar el alambre en el

cáncamo cuando sonó el teléfono, perturbando el silencio. Epstein se fue hacia la cama a grandes zancadas, dejó la tabla apoyada sobre las almohadas y descolgó.

—¿Jules? Soy Sharon. Lo siento, al parecer el tipo que se ha llevado tu abrigo estaba indispuerto y ha vuelto a su hotel.

Fuera, en la oscuridad inabarcable, las luces del West Side brillaban con luz trémula. Epstein se dejó caer en la cama, junto a la Virgen. Imaginó al palestino con su abrigo, arrodillado al pie de un váter.

—Le he dejado un mensaje pero aún no he podido hablar con él —añadió Sharon—. ¿Te parece bien que me espere a mañana para acercarme al hotel? Tu vuelo no sale hasta las nueve de la noche, así que tengo tiempo de sobra para presentarme allí a primera hora de la mañana. Es el cumpleaños de mi hermana, y esta noche da una fiesta.

—Ve a la fiesta —repuso Epstein con un suspiro—. No te preocupes por esto. Puede esperar.

—¿Estás seguro? Seguiré intentando localizarlo por teléfono.

Pero Epstein no estaba seguro. Ésta había sido la lenta revelación personal de los últimos meses, pero sólo en ese instante, cuando su ayudante le planteó la pregunta, sintió el aleteo de la claridad sobre su cabeza. No deseaba estar seguro de nada. Había perdido la confianza en la certeza.

SIN VENIR A CUENTA

La idea de estar en dos lugares a la vez me viene de lejos. Desde que tengo uso de razón, debería decir, puesto que uno de mis primeros recuerdos es estar viendo un programa infantil en la tele y de pronto descubirme a mí misma entre el reducido público del estudio. Aún hoy puedo evocar el tacto de la alfombra marrón del dormitorio de mis padres bajo las piernas, la necesidad de alargar el cuello para ver la tele, que parecía estar muy alta, y luego la sensación de vértigo que se instaló en mi estómago cuando la emoción de verme en ese otro mundo dio paso a la certeza de que nunca había estado allí. Podría decirse que, en los niños, la noción de uno mismo sigue siendo porosa. Que la sensación oceánica persiste durante algún tiempo hasta que al fin se desmonta el andamiaje de los muros que nos afanamos en levantar a nuestro alrededor, bajo las órdenes de una intuición innata si bien tocada por la pena de saber que nos pasaremos el resto de la vida buscando una vía de escape. Y sin embargo, aún hoy, no me cabe la menor duda de lo que vi entonces. La niña de la tele tenía un rostro idéntico al mío y llevaba puestas mis zapatillas rojas y mi blusa a rayas, pero hasta esos detalles podrían atribuirse a la casualidad. No así sus ojos, pues en los escasos segundos que la cámara se posó en ellos, reconocí la sensación de lo que significaba ser yo.

Tal vez fuera uno de los primeros recuerdos que mi cerebro conservó, pero con el paso de los años apenas volví a pensar en él. No tenía motivo alguno para hacerlo; jamás volví a toparme conmigo misma en ningún sitio. Y aun así, la sorpresa ante lo que había visto debió de quedar grabada en mi interior, y en la medida en que mi concepción del mundo se levantó sobre esa sorpresa, debió de transformarse en creencia: no de que hubiese dos yos, que es la materia prima de las pesadillas, sino de que mi singularidad era tal que

bien podía habitar dos planos distintos de la existencia. Pero tal vez fuera más preciso verlo desde el ángulo opuesto y referirme a lo que entonces empezó a cristalizar en mí como una sensación de duda, un escepticismo hacia la realidad que me era impuesta, tal como se les impone a todos los niños y va desplazando lentamente las otras realidades, más elásticas, que experimentan de forma natural. Sea como fuere, la posibilidad de estar aquí y allí a la vez quedó almacenada en mi mente como un sustrato, junto con todas las demás ideas infantiles, hasta que una tarde de otoño crucé el umbral de la casa que compartía con mi marido y nuestros dos hijos y tuve la sensación de que ya estaba allí.

Tan sencillo como eso: yo ya estaba allí. Moviéndome entre las habitaciones de la planta de arriba, o durmiendo en la cama; lo mismo daba dónde estuviera o qué estuviera haciendo, lo importante era la certeza con que sentí que ya estaba presente en la casa. Seguía siendo yo misma, me sentía como siempre, y sin embargo tenía la súbita sensación de que ya no estaba confinada a mi cuerpo, a las manos, brazos y piernas que llevaba toda la vida viendo, y también de que esas extremidades —que en mi campo de visión siempre se estaban moviendo o en reposo, y que había observado minuto a minuto desde hacía treinta y nueve años— no eran en realidad mis extremidades, no eran la última frontera de mi ser, sino que yo existía más allá y al margen de éstas. Y no en un sentido abstracto, no como alma o frecuencia, sino en carne y hueso, tal como estaba allí, en el umbral de la cocina, pero también en otro lugar, en la planta de arriba, de forma simultánea.

Al otro lado de la ventana las nubes pasaban raudas, pero aparte de eso nada parecía distinto ni fuera de lugar. Al contrario: todo en la casa, hasta la última taza, mesa, silla y jarrón, parecía ocupar su lugar, o incluso su lugar exacto, como rara vez sucede, porque la vida tiene la costumbre de manifestarse en los objetos inanimados, que mueve sin cesar un poco hacia aquí o hacia allá. Con el tiempo, esos pequeños desplazamientos acumulados se hacen perceptibles —de pronto el marco aparece torcido sobre la pared, los libros han retrocedido hacia el fondo de la balda—, por lo que pasamos buena parte del tiempo colocando esas cosas en el lugar que les corresponde, en vano y a menudo sin ser conscientes de ello. También nosotros deseamos manifestarnos en los objetos inanimados, a los que queremos creer que

governamos. Pero en realidad es la arrolladora fuerza de la vida la que aspiramos a controlar, y con la que insistimos en librar una lucha de la que jamás saldremos victoriosos.

Pero ese día fue como si alguien hubiese deslizado un imán por debajo de la casa, recolocando cada objeto en su sitio. Una especie de calma se había adueñado de todas las cosas, y sólo las nubes pasaban apresuradas, como si el mundo hubiese empezado a girar un poco más deprisa. Estando allí plantada en el umbral de la cocina, eso fue lo primero que pensé: que el tiempo se había acelerado, y que por algún motivo, en el camino de vuelta a casa, yo me había quedado rezagada.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me quedé paralizada, incapaz de moverme. Se había producido alguna clase de error, neurológico o metafísico, y podía ser algo tan benigno como un *déjà vu*, pero también podía no serlo. Algo había quedado desalineado, y tenía la impresión de que, si me movía, echaría a perder la posibilidad de que se corrigiera por sí solo.

Pasaron varios segundos, y entonces el teléfono de la pared empezó a sonar. Me volví instintivamente hacia él, y eso debió de romper el hechizo, porque cuando volví a mirar por la ventana, las nubes ya no se perseguían a toda velocidad y la sensación de que estaba aquí y allí —es decir, arriba— se había desvanecido. La casa volvía a estar desierta salvo por mí, que seguía en la cocina y había recuperado los límites familiares de mi propio ser.

Por entonces llevaba semanas durmiendo mal. Me costaba escribir, lo que me sumía en un estado de ansiedad constante. Pero si mi escritura era una especie de barco a la deriva, el paisaje a su alrededor —el mar en el que había empezado a presentir que zozobraría cualquier barco que intentara navegar— era un matrimonio que hacía agua. Mi marido y yo nos habíamos distanciado mucho. Dedicábamos tanto tiempo a los niños que el creciente abismo entre ambos quedó excusado primero, y más tarde enmascarado, por todo el amor y la cortesía que reinaban en la casa. Pero en un momento dado la utilidad de nuestro amor compartido por los niños alcanzó una especie de apogeo y a partir de entonces fue decayendo, hasta que, lejos de resultar beneficiosa para nuestra relación, se limitaba a poner de relieve lo solos —y lo faltos de afecto, en comparación con nuestros hijos— que estábamos cada uno de nosotros. El amor que en tiempos habíamos sentido y manifestado el uno hacia el otro se había agotado o estaba reprimido —todo era tan confuso que

resultaba imposible distinguir lo uno de lo otro—, y sin embargo, día tras día comprobábamos y nos conmovía la espectacular capacidad para amar del otro, que se evidenciaba en su relación con los niños. Mi marido era reacio a hablar de sentimientos incómodos. Había aprendido tiempo atrás a ocultármelos no sólo a mí, sino también a sí mismo, y después de intentar durante años que habláramos de ello, yo había acabado por rendirme. Entre nosotros no había lugar para el conflicto, no digamos ya la ira. Había que callarlo todo para que la superficie permaneciera inalterada. Así fue como me descubrí sumida de nuevo en una soledad profunda que, pese a hacerme desgraciada, por lo menos no me era ajena. «Yo soy básicamente una persona desenfadada y optimista —me dijo mi marido en cierta ocasión—, mientras que tú eres de las que siempre le están dando vueltas a todo.» Pero con el tiempo su desenfado acabó perdiendo la partida frente a las tensiones internas y externas de nuestra relación, y también él zozobraba en su océano particular. Y así llegamos a la conclusión de que, cada cual a su modo, habíamos perdido la fe en nuestro matrimonio. Y aun así no sabíamos cómo actuar partiendo de esa conclusión, del mismo modo que uno no sabe cómo actuar partiendo de la conclusión, por decir algo, de que no existe la vida tras la muerte.

Así estaban las cosas en mi vida. Para colmo, últimamente no conseguía escribir y cada vez me costaba más conciliar el sueño. Lo más fácil hubiese sido restar importancia a la sensación extraña que había experimentado esa tarde achacándola al error de una mente estresada y confusa. Pero lo cierto es que no recordaba haber sentido la mente tan despejada como durante los instantes que pasé en la cocina, convencida de que estaba a la vez en otro lugar cercano. Como si no hubiese sido sólo tocada por la lucidez, sino aupada hasta su misma cúspide, y todos mis pensamientos y percepciones se me hubieran presentado como tallados en cristal. Y sin embargo la mía no era la clase de lucidez que resulta de la comprensión. Era más bien como si el primer plano y el telón de fondo se hubiesen desplazado, y me permitieran ver todo aquello que la mente suele bloquear: la extensión infinita de lo que escapa a nuestro entendimiento y rodea la diminuta isla de lo que sí alcanzamos a comprender.

Diez minutos más tarde sonó el timbre. Era el mensajero de UPS, y firmé

la recepción del paquete. Le devolví el cacharrito electrónico y él me entregó una caja voluminosa. Me di cuenta de que el hombre tenía la frente perlada de sudor aunque hacía frío, y noté el olor a cartón mojado. Mi vecino, un actor de edad avanzada, me saludó desde la calle. Un perro levantó la pata y se alivió sobre la rueda de un coche. Pero nada de todo eso sirvió para atenuar la intensidad y extrañeza de la sensación que acababa de experimentar. Lejos de desvanecerse, como hacen los sueños en contacto con la vigilia, permaneció increíblemente vívida mientras iba de aquí para allá, abriendo armarios y sacando los ingredientes para la cena. De hecho, aquella sensación seguía siendo tan poderosa que tuve que sentarme para intentar asimilarla.

Media hora después, cuando la canguro llegó a casa con los niños, yo seguía sentada junto a la encimera. Mis hijos revoloteaban en torno a mí, explicándome las novedades de la jornada. Luego se salieron de su órbita y empezaron a corretear por la casa. Mi marido llegó poco después. Cuando entró en la cocina todavía llevaba puesto el chaleco reflectante de la bici. Por unos instantes, todo él brillaba. Sentí el impulso irrefrenable de contarle lo que había pasado, pero cuando acabé de hacerlo él me dedicó una sonrisa forzada, miró de reojo los ingredientes de la cena, que seguían intactos, cogió la carpeta de los restaurantes con reparto a domicilio y preguntó si me apetecía comida india. Luego se fue arriba, en busca de los niños. Me arrepentí al instante de haberle dicho nada. El incidente había tocado la falla geológica que había entre nosotros. Mi marido valoraba los hechos por encima de lo intangible, y había empezado a coleccionarlos y apilarlos a su alrededor como si levantara un baluarte. Por las noches se quedaba despierto viendo documentales, y si en alguna reunión social alguien se sorprendía de que supiera qué porcentaje de los billetes acuñados en Estados Unidos eran de cien dólares, o que Scarlett Johansson fuera medio judía, le gustaba decir que aspiraba a saberlo todo.

Los días fueron pasando sin que volviera a tener aquella sensación. Acababa de pasar la gripe, que me había tenido en cama, tiritando, sudando y contemplando el cielo con la conciencia levemente alterada que siempre conlleva la enfermedad, y empecé a preguntarme si eso habría tenido algo que ver con mi experiencia. Cuando estoy enferma es como si los muros que

me separan del mundo exterior se volvieran más permeables. En realidad eso es justo lo que ocurre, pues sea lo que fuere que me ha hecho enfermar ha encontrado la manera de colarse en mi cuerpo, venciendo sus mecanismos de defensa habituales, y como si imitara al cuerpo, también mi mente se vuelve más porosa, y las cosas que por lo general mantengo a raya, porque discurrir sobre ellas resulta demasiado difícil o intenso, empiezan a entrar a raudales. Ese estado de apertura, de sensibilidad extrema, en el que percibo intensamente cuanto sucede a mi alrededor, se ve acentuado por la soledad de estar tumbada en la cama mientras los demás se afanan en sus quehaceres. Por eso era fácil atribuir la sensación inusual que había experimentado a la enfermedad, aunque por entonces ya estaba casi recuperada.

Sin embargo, un mes después, mientras fregaba los platos de la cena, oí en la radio que hablaban del multiverso, la posibilidad de que el universo contenga un gran número, quizá incluso infinito, de universos. La premisa teórica era que, a causa de las ondas gravitacionales que se produjeron durante la primera fracción de segundo posterior al Big Bang —o, según sugieren los últimos hallazgos, a una serie de repulsiones eléctricas del Big Bang—, el universo temprano experimentó una inflación que provocó el crecimiento exponencial de las dimensiones del espacio, que pasó a multiplicar por mucho el tamaño de nuestro propio cosmos, dando así origen a universos completamente distintos con propiedades físicas desconocidas, tal vez carentes de estrellas, átomos o luz, y que, tomados en su conjunto, constituyen la totalidad del espacio, el tiempo, la materia y la energía.

Yo no tenía sino un conocimiento superficial de las últimas teorías en el campo de la cosmología, pero cada vez que caía en mis manos algún artículo sobre la teoría de cuerdas, o las branas, o las investigaciones que se llevaban a cabo en el Gran Colisionador de Hadrones de Ginebra, lo leía con mucho interés, así que por entonces algo había aprendido. El físico al que entrevistaban tenía una voz cautivadora, paciente e íntima a un tiempo, que dejaba traslucir una profunda inteligencia, y en un momento dado, ante la insistencia del entrevistador, se adentró un poco en las ramificaciones teológicas de las teorías sobre el multiverso, o por lo menos afirmó que venían a confirmar el papel del azar en la creación de la vida, puesto que si no existe un único mundo, sino un conjunto infinito o casi infinito de mundos, cada uno de ellos dotado de sus propias leyes físicas, ninguna

circunstancia puede seguir considerándose el resultado de extraordinarias improbabilidades matemáticas.

Cuando el programa llegó a su fin apagué la radio y oí el murmullo sordo, creciente, de los coches que se acercaban según los semáforos iban cambiando de color a unas pocas manzanas de allí, así como las voces claras y alegres de los niños que salían en tropel de la guardería que ocupaba el sótano del edificio contiguo, y luego la grave, lastimera, sirena de un barco en el puerto, a unos cinco kilómetros de distancia, como un dedo olvidado sobre el armonio. Yo nunca me había permitido creer en Dios, pero no me extrañaba que las teorías sobre la existencia del multiverso sacaran de quicio a cierta clase de personas, aunque sólo fuera porque afirmar que todo es posible en algún lugar no sólo sonaba a táctica evasiva, sino que además reducía cualquier búsqueda a una empresa inútil, puesto que todas las conclusiones posibles pasaban a ser igual de válidas. ¿Acaso parte del asombro que nos sobrecoge ante lo desconocido no proviene de saber que, si finalmente lo abrazáramos y se convirtiera en algo conocido, nos cambiaría para siempre? En nuestra visión del cosmos vemos reflejada nuestra propia naturaleza incompleta, todavía inacabada, o lo que es lo mismo, nuestro potencial para el cambio e incluso la transformación. El hecho de que nuestra especie se distinga de otras por el afán y la capacidad de cambio guarda una estrecha relación con la habilidad para reconocer los límites de nuestro propio entendimiento y reflexionar sobre lo inaprensible. Pero en un multiverso los conceptos de conocido y desconocido se vuelven inútiles, pues todo es conocido y desconocido en idéntica medida. Si hay mundos infinitos, e infinitos conjuntos de leyes, nada es esencial y no tenemos por qué esforzarnos en superar los límites de nuestra realidad y percepción inmediatas, pues lo que quiera que haya más allá de éstas no sólo no se aplica a nosotros, sino que no podemos aspirar a comprender más que una parte infinitesimalmente pequeña de ello. En ese sentido, la teoría del multiverso sólo nos anima a dar todavía más la espalda a lo incognoscible, algo que hacemos de mil amores, ebrios de nuestra capacidad de saber, habiendo elevado a la categoría de santidad el conocimiento que nos afanamos en perseguir día y noche. Si la religión evolucionó como forma de contemplar lo incognoscible y convivir con ello, ahora nos hemos convertido a la práctica opuesta, y a ella nos entregamos con idéntica devoción: la de saberlo todo,

creyendo que ese conocimiento es específico y siempre se alcanza mediante las facultades del intelecto. Desde Descartes, el conocimiento ha gozado de un prestigio creciente y casi inimaginable, pero al final no ha conducido al dominio y posesión de la naturaleza que éste imaginaba, sino tan sólo a la ilusión de ese dominio y posesión. Al final, hemos enfermado de conocimiento. Debo decir que odio a Descartes, y jamás he comprendido por qué deberíamos confiar en su axioma como el pilar inquebrantable de nada. Cuanto más habla de seguir una línea recta para salir del bosque, más me apetece perderme en ese bosque donde antaño vivíamos inmersos en el sentimiento de asombro, que entendíamos como condición imprescindible para una auténtica conciencia de nosotros mismos y del mundo. Ahora no nos queda más remedio que habitar las áridas llanuras de la razón, y en lo que respecta a lo desconocido, que en otras épocas nos lanzaba sus destellos desde los confines del horizonte, canalizando nuestros temores pero también nuestras esperanzas y anhelos, sólo podemos aborrecerlo.

Llegados a este punto, me brindó cierto alivio la idea que había empezado a cobrar forma en mi mente cuando apagué la radio. ¿Y si —me dije— en vez de existir en un espacio universal, cada uno de nosotros naciera en medio de un vacío luminoso al que vamos dando forma, encajando escaleras, jardines y estaciones de tren según nuestras preferencias personales, como si de un *collage* se tratara, hasta convertir nuestro espacio en un mundo propio? En otras palabras, ¿y si fueran la percepción y creatividad humanas las responsables de crear el multiverso? O tal vez...

¿Y si la vida, que parece transcurrir en incontables pasillos largos, salas de espera y ciudades extranjeras, terrazas, hospitales y jardines, habitaciones alquiladas y trenes abarrotados, sucediera de hecho en un solo lugar, una sola ubicación desde la que uno sueña esos otros lugares?

¿Realmente era tan descabellado? Del mismo modo que las plantas necesitan que nos sintamos atraídos por sus flores para poder crecer y multiplicarse, ¿no podría el espacio depender también de nosotros? Creemos que lo hemos conquistado con nuestras casas, carreteras y ciudades, pero ¿y si somos nosotros los que sin darnos cuenta hemos empezado a vivir subordinados al espacio, a su elegante plan para propagarse hasta el infinito a través de los sueños de seres finitos? ¿Y si no somos nosotros quienes nos movemos por el espacio, sino el espacio el que se mueve por nosotros, el que

se va tejiendo en el telar de nuestras mentes? Y si todo esto fuera cierto, ¿dónde está ese lugar desde el que soñamos acostados? ¿Una especie de gran contenedor suspendido en el no espacio? ¿Alguna dimensión de la que no somos conscientes? ¿O acaso en el único mundo finito del que han nacido y nacerán miles de millones de mundos, un lugar singular y distinto para cada uno de nosotros, tan banal como cualquier otro?

En ese instante supe sin lugar a dudas que, si estaba soñando mi vida desde algún sitio, tenía que ser desde el Hilton de Tel Aviv.

*

Para empezar, fue allí donde me concibieron. Finalizada la guerra del Yom Kippur, tres años después de que se casaran en la ventosa terraza del Hilton, mis padres ocupaban una habitación en la planta dieciséis del hotel cuando se dieron las condiciones únicas e irrepetibles que desembocarían en mi existencia. Apenas conscientes de las consecuencias, mis padres las aprovecharon de un modo instintivo. Yo nací en el hospital Beth Israel de Nueva York, pero menos de un año después, nadando a contracorriente, mis padres me llevaron de vuelta al Hilton de Tel Aviv, y desde entonces he regresado casi cada año a ese hotel que se alza sobre una colina entre la calle Hayarkon y el mar Mediterráneo (casi cada año si damos por sentado que alguna vez me he ido de allí, claro está). Pero si ese lugar posee una especie de aura mística para mí no es sólo porque simboliza el inicio de mi vida, ni por las numerosas vacaciones que pasaría más tarde en el hotel, sino también por la naturaleza inquietante de algo que me pasó allí, una experiencia que sólo vino a confirmar mi percepción de una brecha, un pequeño desgarró en el tejido de la realidad.

Ocurrió en la piscina del hotel cuando yo tenía siete años. Pasaba mucho tiempo en esa piscina, construida en una terraza amplia que daba al mar, de cuyas aguas saladas se alimentaba. El año anterior, nuestra visita había coincidido con la de Itzhak Perlman, y un buen día, después de desayunar, salimos al balcón y lo vimos frente al extremo más hondo de la piscina, lanzando una pelota a sus hijos, que se turnaban para zambullirse e intentar cogerla. La visión del gran violinista en su reluciente silla de ruedas, junto con el oscuro presentimiento de que la polio que lo había dejado lisiado tenía

algo que ver con las piscinas, me produjo pavor. Al día siguiente me negué a bañarme, y al otro nos fuimos de Israel y regresamos en avión a Nueva York. Al año siguiente volví al hotel con cierta aprensión, pero no coincidimos con Perlman. Además, ya en el primer día de nuestra estancia mi hermano y yo descubrimos que la piscina estaba llena de dinero. Había séqueles por todas partes, titilando en el fondo silencioso de la piscina, como si el desagüe estuviera conectado con el Banco Hapoalim. Cualquier resquicio de temor que pudiera quedarme se desvaneció como por arte de magia, arrastrado por el flujo constante de dinero que esperábamos encontrar. Como en cualquier operación bien organizada, no tardamos en repartirnos las tareas y especializarnos en lo nuestro: mi hermano, que me sacaba dos años, se convirtió en el buzo, y yo, que tenía menos capacidad pulmonar y mayor agudeza visual, me convertí en la oteadora. Siguiendo mis indicaciones, él se zambullía y buscaba a tientas en el fondo borroso de la piscina. Si yo tenía razón, y la tenía cerca del sesenta y cinco por ciento de las veces, mi hermano volvía a la superficie loco de contento, sujetando la moneda con fuerza entre los dedos.

Una tarde, tras una serie de falsas alarmas, empecé a sentirme desesperada. El día se acercaba a su fin y pronto tendríamos que irnos de la piscina. Mi hermano se paseaba dentro del agua con aire taciturno, bordeando la parte menos honda. No pude evitarlo, y grité desde el centro de la piscina:

—¡Ahí! —Era mentira, no había visto nada, pero no me resistí a la tentación de intentar darle otra alegría. Mi hermano vino chapoteando hacia mí—. ¡Justo ahí! —grité.

Mi hermano se zambulló. Yo sabía que no había nada en el fondo y allí me quedé, moviendo las piernas para mantenerme a flote y esperando con el corazón encogido a que mi hermano comprobara eso mismo. Más de treinta años después, puedo evocar con perfecta nitidez los terribles remordimientos que sentí durante esos instantes. Una cosa era mentirles a mis padres, y otra muy distinta traicionar a mi hermano de un modo tan descarado.

No tengo explicación para lo que pasó entonces. Salvo por la posibilidad de que las leyes a las que nos aferramos para convencernos de que todo es tal como parece nos hayan impedido una visión más compleja del universo, una visión que renuncia al consuelo de empequeñecer el mundo para adaptarlo al limitado alcance de nuestro entendimiento. De lo contrario, ¿cómo explicar

que cuando mi hermano volvió a la superficie y abrió los dedos, hubiera en la palma de su mano un pendiente con tres diamantes y, debajo de éstos, colgando de un aro de oro, un rubí con forma de corazón?

Con los trajes de baño chorreando, seguimos a mi madre por los pasillos gélidos del hotel, donde el aire acondicionado mantenía el calor a raya, hasta la joyería H. Stern del vestíbulo. Ella explicó la situación al joyero, un hombre de pelo ralo que nos miró con recelo mientras deslizaba una bandeja forrada de terciopelo azul sobre el mostrador de cristal. Mi madre depositó el pendiente sobre la bandeja y el joyero se colocó la lupa en el ojo para estudiar nuestro tesoro. Cuando por fin levantó la cabeza, su ojo gigante, aumentado por la lente, giró hacia nosotros.

—Es auténtico —sentenció—. El oro es de dieciocho quilates.

«Auténtico.» La palabra se me atraganta y no hay manera de que baje. Entonces nunca se me habría ocurrido que el pendiente pudiera ser falso en el sentido en que mi madre sospechaba que lo era. Y sin embargo sólo yo sabía lo irreal que era en verdad, y lo inverosímil que resultaba su hallazgo. Sólo yo sabía que se había materializado en respuesta a un anhelo. Ningún niño cree de forma innata que la realidad es inamovible, sino que la ve como algo elástico y abierto a sus ruegos. Pero poco a poco les enseñan a creer lo contrario, y por entonces yo tenía siete años, lo que significa que era lo bastante mayor para ir haciéndome a la idea de que la realidad era algo rígido e indiferente a mis deseos. Y ahora, en el último instante, era como si un pie impidiera que la puerta se cerrara del todo.

De vuelta en Nueva York, mi madre mandó transformar el pendiente en un colgante y me lo dio junto con una cadena. Lo llevé durante años, y aunque ella no podía saberlo, aquella alhaja sirvió para recordarme la existencia de una voluntad oculta, de los pliegues de acordeón que permanecen ocultos bajo la superficie de todo aquello que parece plano. No fue hasta el año pasado cuando mi hermano y yo nos enteramos de que en realidad era mi padre quien tiraba todas aquellas monedas a la piscina. Mi padre, el mismo hombre que por aquel entonces podía volverse hacia nosotros con amor infinito o ira aterradora, sin que nunca estuviéramos preparados para lo uno ni lo otro. Yo había dado la cadena y el colgante por perdidos, pero aparecieron cuando mis padres vaciaron una caja de seguridad en la que habían guardado parte de las joyas de mi madre. Me la devolvieron

en una bolsa diminuta que también contenía una de las consabidas etiquetas de mi padre, mecanografiada mucho tiempo atrás en su fiel Brother P-touch: «Cadena de Nicole, encontrada en la piscina del Hilton.» El hallazgo trajo consigo recuerdos, y fue entonces cuando mi padre comentó, como si tal cosa, que había sido él quien había sembrado la piscina de monedas. Le sorprendía que nunca lo hubiésemos sospechado, pero juró que no había tenido nada que ver con el pendiente del corazón de rubí.

*

Cuando se me ocurrió la idea de que tal vez estuviera soñando mi vida desde el Hilton, no pasaba por mi mejor momento, ni en lo personal, ni en lo laboral, como ya he apuntado. Todo aquello en lo que me había permitido creer —la invulnerabilidad del amor, el poder del relato, capaz de mantener a dos personas unidas a lo largo de sus vidas sin divergencias, el bienestar que trae consigo la rutina doméstica— había dejado de tener sentido para mí. Me sentía perdida. Por eso la teoría de que siempre había estado en un lugar concreto, simplemente soñando que me había perdido, me resultaba tan atractiva. No hacía mucho que había publicado mi último libro, y sabía que podía llevarme años escribir el siguiente. A veces, durante esos períodos agotadores e incoherentes, llego a creer que noto cómo mi propia mente se desintegra. Mis pensamientos se vuelven agitados, impacientes, y mi imaginación va de aquí para allá a toda velocidad, recogiendo cosas que luego desecha por considerarlas inútiles.

Pero entonces empezó a suceder algo distinto. El Hilton se instaló en mi mente como una especie de obstrucción, y durante meses apenas pensaba en nada más cuando me proponía escribir. Día tras día, me sentaba con diligencia al escritorio, que es como decir que me presentaba ante el Hilton de Tel Aviv. Al principio resultaba interesante, y hasta me preguntaba si sacaría algo provechoso de todo aquello. Luego, al ver que no era así, aquella obsesión se convirtió en algo agotador, y finalmente desquiciante sin más. No podía dejar de pensar en el hotel, pero tampoco lograba arrancarle una sola idea.

Y no estamos hablando de un hotel cualquiera, sino de una mole de hormigón rectangular levantada sobre pilotes, de estilo brutalista, que domina

la costa de Tel Aviv. En los lados más largos del rectángulo se suceden los balcones: catorce filas de veintitrés balcones cada una. En la fachada que da al sur la cuadrícula es perfecta, pero en la cara norte se ve interrumpida a una altura de dos tercios por una gigantesca columna de hormigón que parece metida con calzador para garantizar que hasta los brutalistas más acérrimos dieran su visto bueno al edificio. La parte superior de esa columna se eleva por encima del tejado y en la cara sur exhibe el logo del Hilton, coronado por una gran antena cuya punta emite destellos rojos por las noches para evitar que los aviones con destino al aeropuerto Sde Dov se estrellen contra ella. Cuanto más piensa uno en esa monstruosidad que se proyecta sobre la orilla, más se refuerza el presentimiento de que su existencia responde a alguna voluntad superior —geológica o mística, quizá— sobre la que sólo caben las conjeturas, algo que no tiene nada que ver con nosotros, sino con entidades mucho más poderosas. Visto desde el sur, el hotel se eleva solitario sobre el cielo azul y su cuadrícula implacable parece ocultar un mensaje encriptado, casi tan misterioso como el que aún no hemos podido descifrar en Stonehenge.

Pasé medio año confinada mentalmente a ese monolito. Lo que había empezado como la idea caprichosa de que soñamos toda nuestra vida desde un punto fijo se había convertido en la inquietante sensación de estar amarrada a ese punto, encerrada en su interior, sin poder soñar con otros espacios. Día tras día, mes tras mes, la aguja de mi imaginación seguía dando vueltas, trazando un surco cada vez más profundo. Apenas podía explicarme esa obsesión a mí misma, no digamos ya a cualquier otra persona. Poco a poco, el hotel fue adquiriendo una consistencia irreal. Cuanto más tiempo pasaba atascada en él, empeñada en el vano intento de sacarle algo por la fuerza, menos real se me antojaba, y más se parecía a una metáfora cuyo significado se me resistía. Más se parecía a mi propia mente. Desesperada por librarme de él, imaginé una inundación en la que el Hilton se soltaba de sus anclajes y se perdía mar adentro.

Y entonces, una mañana a principios de marzo, el primo de mi padre me llamó desde Israel. Se llamaba Effie y antes de jubilarse trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Conservaba la costumbre de leer tres o cuatro diarios al día y me llamaba de tarde en tarde, cuando encontraba alguna noticia relacionada conmigo. Estuvimos hablando sobre la colitis de

su mujer, Naama, los resultados de las últimas elecciones, si debía o no operarse de la rodilla. Cuando la conversación se centró en mi persona y Effie me preguntó qué tal me iban las cosas en el plano laboral, me descubrí hablándole de mi tira y afloja con el Hilton, de lo obsesionada que estaba con el hotel. No suelo hablar de mis libros mientras estoy metida de lleno en ellos, pero a lo largo de cuatro décadas, desde que el hotel se inauguró en 1965 y mis abuelos empezaron a alojarse allí, Effie había acompañado a mi familia infinidad de veces en el vestíbulo, junto a la piscina o en el restaurante King Solomon, y se me ocurrió que, por eso mismo, tal vez comprendiera mejor que nadie la extraña fascinación que el Hilton ejercía sobre mí. Pero justo entonces lo distrajo una llamada de su nieta al móvil. Le contestó brevemente, y cuando volvió a ponerse al teléfono hablamos sobre la carrera incipiente de ésta como cantante de cabaret.

Nuestra charla se agotaba. Effie me pidió que diera recuerdos a mis padres. Estábamos a punto de colgar cuando comentó con toda naturalidad, como si acabara de acordarse de una pequeña novedad familiar que casi se había quedado en el tintero:

—¿Te enteraste de que la semana pasada un hombre se mató tirándose por el balcón del hotel?

—¿Qué hotel?

—Antes has mencionado el Hilton, ¿verdad?

Di por sentado que se trataba de un suicidio, aunque en los días posteriores, sin saber absolutamente nada del fallecido, ni tan siquiera su nombre, acabé preguntándome si no habría sido un accidente. Si bien los lados más largos del edificio rectangular dan al norte y al sur, las ventanas y balcones sobresalen en diagonal, formando un patrón de diente de sierra que permite una mejor visibilidad del mar hacia poniente. Esto hace que sea posible abarcar con la vista parte de la costa, pero cuando uno mira hacia fuera, ya sea al norte, hacia el puerto de Tel Aviv, o al sur, en dirección a Jaffa, no puede evitar cierta irritación por no poder verla en toda su extensión. Raro será el huésped que no maldice a los arquitectos del hotel. ¿Cuántas veces, frustrada, había abierto la puerta corredera de la habitación y salido al balcón en busca de mejores vistas? Pero incluso allí la insatisfacción persiste, porque sigue siendo imposible contemplar el mar y el horizonte de frente, como te piden a gritos todos los átomos de tu cuerpo. Lo único que

puedes hacer es asomarte por encima de la barandilla y alargar el cuello. Y así, en el empeño de ver mejor las olas que trajeron los cedros del Líbano y arrastraron a Jonás hasta Tarsis, no sería raro que alguien se inclinara más de la cuenta por encima de la barandilla, al punto de precipitarse hacia abajo.

Effie me prometió que buscaría el recorte de diario, pero no estaba seguro de poder dar con él; Naama siempre sacaba la basura los domingos, y había pasado una semana, por lo menos, desde que había leído la noticia. Yo no encontré ninguna mención del suceso en *Haaretz*, Ynet o cualquier otro medio digital israelí escrito en inglés. Esa tarde escribí a mi amigo Matti Friedman, un periodista de Toronto afincado en Jerusalén, para preguntarle si podía buscar en la prensa israelí la noticia de la muerte en el Hilton. Debido a la diferencia horaria, no me contestó hasta la mañana siguiente. Me decía que no había podido encontrar nada y me preguntaba si estaba segura de que había sido en el Hilton.

*







Yo ya desconfiaba de la palabra de Effie, y motivos no me faltaban. Siendo yo una niña, lo habían destinado como cónsul de Israel a varios países, cada uno de ellos más pequeño que el anterior: primero fue Costa Rica, luego Suazilandia y finalmente Liechtenstein, tras lo cual no le quedó más remedio que jubilarse. Era doce años mayor que mi padre, y el racionamiento durante la Segunda Guerra Mundial le había truncado el crecimiento, por lo que no pasaba del metro cincuenta. En mi infancia, había llegado a convencerme no sólo de que su corta estatura tenía algo que ver con los países a los que lo destinaban, sino también de que todo en esas naciones diminutas estaba hecho a pequeña escala, como el primo de mi padre: los coches, las puertas y sillas, la fruta minúscula y las zapatillas de estar por casa, que se importaban en tallas infantiles procedentes de las fábricas de países más grandes. En otras palabras, tenía la impresión de que Effie vivía en un mundo vagamente fantasioso, impresión que —como tantas de las que se forman en la niñez— nunca se desvaneció del todo. De hecho, el propio

Effie se encargó de reavivarla cuando me llamó de nuevo unos días más tarde. Toda la vida se había despertado al alba —la noche le venía grande, como todo lo demás—, por lo que no tenía el menor reparo en llamar a alguien temprano, pero ese día dio la casualidad de que yo ya estaba sentada al escritorio a las siete de la mañana.

Oí un estruendo al otro lado de la línea y no entendí lo que me decía.

—¿Cómo dices? —lo interrumpí—. No he oído la primera parte.

—Son los cazas. Espera un segundo. —Una mano se posó sobre el auricular, amortiguando el sonido. Luego Effie volvió a hablar—. Estarán haciendo prácticas de vuelo. ¿Ahora me oyes bien?

El artículo no había aparecido, dijo Effie, pero sí otra cosa, algo que en su opinión me resultaría infinitamente más interesante. Entonces me contó que el día anterior alguien lo había llamado. «Sin venir a cuenta», añadió. Le encantaba echar mano de frases hechas, pero rara vez le salían bien.

—Era Eliezer Friedman. Tiempo atrás trabajamos ambos a las órdenes de Abba Eban. Yo me marché, pero Eliezer siguió a su lado cuando Eban se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores, y fue entonces cuando empezó a colaborar con el servicio de inteligencia. Más tarde regresó a la Universidad de Tel Aviv, donde estuvo dando clases de literatura. Pero ya sabes lo que pasa en estos casos... Nunca se desvinculó del todo del Mossad.

Mientras Effie hablaba yo miraba por la ventana. Había llovido bastante de madrugada, pero la tormenta se había retirado y las nubes que quedaban dejaban pasar una luz difusa. Yo trabajaba en la última planta, en una habitación con vistas a los tejados de las casas vecinas. Mientras Effie seguía perorando, hablándome de ese viejo amigo que se había puesto en contacto con él, la trampilla del tejado de enfrente se abrió de pronto y mi vecino salió a la superficie mojada, resplandeciente, de su tejado impoluto. Llevaba puesto un traje oscuro, como si estuviera a punto de salir hacia Wall Street, donde trabajaba. Sin la menor precaución, aquel hombre alto y flacucho, natural de las llanuras septentrionales de Holanda, se acercó al borde del tejado con sus relucientes zapatos negros. Con la meticulosidad de un cirujano, se puso un par de guantes de goma azules. Luego me dio la espalda y se llevó la mano al bolsillo como si fuera a coger el móvil, pero lo que sacó fue una bolsa de plástico. Plantado al borde mismo del tejado resbaladizo, se asomó para mirar hacia abajo. Por unos instantes me pareció que tenía la

intención de saltar. Aunque no fuera así, seguro que acabaría resbalando con aquellos zapatos de suave piel. Pero al final lo único que hizo fue arrodillarse y sacar manojos de hojas mojadas del canalón. Esta operación, que parecía tener algún significado oculto, le llevó tres o cuatro minutos. Cuando terminó, le hizo un nudo a la bolsa, regresó con paso resuelto a la trampilla abierta, bajó por ésta y la cerró tras de sí.

—¿Y bien, qué te parece? —iba diciendo Effie.

—¿El qué?

—¿Hablarás con él?

—¿Con quién? ¿Tu amigo el del Mossad?

—Ya te lo he dicho, quiere hablarte de algo.

—¿A mí? —Me eché a reír—. No lo dirás en serio.

—Te lo digo muy en serio —repuso con tono grave.

—¿Qué quiere de mí?

—No ha querido decírmelo. Sólo hablará contigo.

Se me ocurrió que tal vez Effie estuviera empezando a perder la chaveta. Tenía setenta y nueve años, y antes o después la mente empieza a fallar. Pero seguramente sólo estaba cargando las tintas, como de costumbre. Llegado el momento, me enteraría de que en realidad no era un antiguo agente del Mossad quien quería hablar conmigo, sino un amigo de ese amigo. O que, lejos de ser un agente secreto, se encargaba de repartir el correo en las oficinas del Mossad, o había actuado en alguna fiesta organizada por el servicio de inteligencia.

—De acuerdo, pues dale mi número.

—Quiere saber si tienes previsto venir a Israel en un futuro cercano.

Pero yo no tenía ninguna intención de emprender ese viaje, y así se lo hice saber. Mientras se lo decía caí en la cuenta de que no tenía planes, en general, y llevaba algún tiempo sin hacerlos. Cuando abrí el calendario en la pantalla del ordenador, comprobé que estaba casi vacío, a excepción de las actividades de los niños. Para planear algo tienes que poder imaginarte en un futuro que es una extensión del presente, y al parecer yo había dejado de imaginarlo, ya fuera por incapacidad o por falta de ganas, no hubiese sabido decirlo. Pero, por descontado, Effie ni lo sospechaba. Lo único que sabía era que viajaba a Israel a menudo, pues mi hermano se había instalado en Tel

Aviv con su familia y mi hermana también tenía allí un piso en el que pasaba parte del año. Además, tenía muchos amigos en la ciudad, y mis hijos habían pasado allí el tiempo suficiente para haberla incorporado también al paisaje de su infancia.

—Puede que vaya pronto —contesté, sin acabar de creérmelo. Effie dijo que hablaría con Friedman y volvería a llamarme, y tampoco acabé de creerle.

Hubo un silencio y al otro lado de la ventana el sol brilló de pronto como si la lluvia hubiese enjuagado la luz. Luego Effie me pidió que le recordara a mi padre que lo llamara.

*

Un mes después me despedí de mi marido y mis hijos y me subí a un avión que me llevaría de Nueva York a Tel Aviv. La idea del viaje se me había ocurrido en plena noche, durante una de aquellas largas travesías al margen del tiempo que no me dejaban conciliar el sueño pese a sentir un agotamiento creciente. Mejor dicho, había sacado una maleta a rastras del armario de la planta baja a las tres de la madrugada y la había llenado con una selección de prendas sin haber hablado con mi marido sobre la idea de hacer ese viaje ni haber llamado a las compañías aéreas para reservar el vuelo. Una vez hecho eso, me quedé dormida al fin y me olvidé por completo de la maleta, así que cuando me desperté al día siguiente su achaparrada y prometedora presencia junto a la puerta fue toda una sorpresa, no sólo para mi marido, sino también para mí. Al parecer ésa era mi forma de sortear la imposibilidad de hacer planes. Ya me estaba yendo, por así decirlo, tras saltarme por las buenas la fase de planificación, que hubiese requerido una capacidad de convicción y previsión de las que carecía en ese momento.

Cuando mis hijos me preguntaron por qué me iba de viaje, les dije que necesitaba documentarme para mi libro. «¿De qué va?», preguntó el más pequeño. Él siempre estaba escribiendo historias, a veces incluso tres al día, y no se habría inmutado si alguien le hubiese hecho esa misma pregunta sobre sus propios relatos. Durante mucho tiempo mi hijo había escrito las palabras tal como creía que había que hacerlo, sin espacios entre unas y otras, lo que —como la ininterrumpida ristra de letras de la Torá— abría su escritura a

infinitas interpretaciones. Sólo empezó a preguntarnos cómo se escribían las cosas cuando quiso usar la máquina de escribir eléctrica que le habían regalado por su cumpleaños, como si fuera ésta quien se lo exigiera, como si la máquina, con sus aires de profesionalidad y el mohín de su enorme barra espaciadora, se empeñara en que cuanto se escribía en ella resultara comprensible. Pero mi hijo tenía una actitud ambivalente al respecto. Cuando escribía a mano, retomaba sus viejos hábitos.

Le dije que el libro tenía que ver con el Hilton de Tel Aviv y le pregunté si se acordaba del hotel, en el que nos habíamos quedado alguna vez con mis padres. Negó con la cabeza. A diferencia de mi hijo mayor, que tenía memoria de elefante, el pequeño apenas retenía detalles de sus experiencias. Yo prefería no ver en ello una carencia innata, sino más bien la señal de que vivía tan absorto en la invención de otros mundos que no podía prestar demasiada atención a lo que sucedía en éste, donde su opinión casi no contaba. Mi hijo mayor quiso saber por qué tenía que documentarme sobre un lugar en el que había estado tantas veces, y el pequeño preguntó qué era eso de «documentarse». Por supuesto, mis dos hijos son artistas. Al fin y al cabo, la población mundial de artistas ha aumentado de forma exponencial, apenas queda nadie que no lo sea. Al tiempo que volcamos nuestra atención hacia dentro, también centramos todas nuestras esperanzas en el universo interior creyendo que podemos hallar o fabricar significado en él. Tras cortar todo vínculo con aquello que nos resulta incomprensible y que podría llenarnos de verdadero asombro, sólo podemos maravillarnos ante nuestra propia capacidad creativa. La escuela privada, progresista y profundamente creativa de mis hijos se dedicaba de forma prioritaria a convencer a todos sus alumnos de que eran, y sólo podían ser, artistas. Un día íbamos hablando sobre mi padre de camino a la escuela cuando el más pequeño se paró en seco y me miró sorprendido.

—¿A que es increíble? —dijo—. Alucino sólo de pensarlo. El abuelo es médico. ¡Médico!

Después de que se durmieran, llamé al Hilton para saber si tenían habitaciones libres. Puestos a escribir una novela sobre el Hilton, o inspirada en el Hilton, o incluso en la que el Hilton acabara reducido a escombros, saltaba a la vista, me dije, que el mejor lugar para empezar por fin a escribirla era el propio Hilton.

En el vuelo de El Al había *overbooking*, como de costumbre, con lo que ya desde el despegue reinaba entre el pasaje un ambiente tenso y hostil. El hecho de que ortodoxos y laicos tuvieran que convivir en un espacio tan reducido no hacía sino empeorar la situación, al igual que la creciente tensión política. En las últimas semanas, la muerte a tiros de un muchacho palestino a manos del ejército israelí había desencadenado los asesinatos brutales de varios jóvenes, tanto israelíes como palestinos, que perpetuaban una larga cadena de venganza ciega. En Cisjordania se demolieron varias casas y desde Gaza se dispararon cohetes, algunos de los cuales llegaron incluso a surcar el cielo de Tel Aviv, donde los misiles interceptores israelíes los hicieron detonar antes de que alcanzaran sus objetivos. Nadie a mi alrededor mencionó estos hechos; el guión resultaba demasiado familiar. Pero llevábamos menos de una hora de vuelo cuando el nerviosismo general estalló en una discusión entre una mujer que iba tocada con un pañuelo de color anodino y una estudiante universitaria que había reclinado su asiento hacia atrás.

«¡Sal de encima!», chilló la mujer ortodoxa, aporreando el respaldo del asiento delantero con ambos puños. Un pasajero estadounidense de cuarenta y pocos años puso una mano sobre el brazo de la mujer para intentar tranquilizarla, pero esta nueva afrenta —ningún hombre puede tocar a una mujer ortodoxa salvo su marido— la puso al borde de un ataque de nervios. Al final, sólo el sobrecargo, entrenado para lidiar con la fricción sociológica tal como lo habían entrenado para lidiar con una pérdida de presión en la cabina o con el secuestro del avión, fue capaz de serenar a la mujer buscando a alguien dispuesto a cambiar de asiento con ella. Mientras todo esto ocurría, una pareja de ancianos sentada cerca de mí, al otro lado del pasillo, discutía sin cesar de forma encarnizada, seguramente desde hacía medio siglo («¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Déjame en paz. No me hables», rezongó el hombre, pero la mujer, inmune a sus desplantes, siguió hablándole como si nada). O te tocan demasiado, o no lo bastante; es el equilibrio lo que parece imposible de alcanzar, y su ausencia lo que acaba dando al traste con la mayoría de las relaciones. Delante de la pareja de ancianos, una mujer peinaba con parsimonia los mechones cobrizos de una peluca que había colocado sobre el puño de la otra mano mientras contemplaba embelesada la

pantallita instalada en el respaldo del asiento delantero, donde Russell Crowe se paseaba con su falda metálica de gladiador. Cuando acabó de peinar la peluca, la mujer sacó una cabeza de porexpán de debajo de sus pies, le encasquetó el *sheitel* y, con una indiferencia que parecía contradecir el cuidadoso cepillado, lo metió todo en el compartimento superior, al lado de la abultada maleta de mano de la esposa locuaz, que sólo había cabido en un espacio tan reducido gracias a los esfuerzos de tres adolescentes que viajaban a Israel becados por la organización Taglit Birthright.

Doce horas más tarde Meir, el taxista que llevaba treinta años yendo a buscar a mi familia al aeropuerto Ben Gurión, vino a mi encuentro cuando salía de la zona de recogida de equipajes. Cuando estaba en la universidad pasé un verano en Barcelona, viviendo con una familia local, y desde entonces, al volver a Israel, Meir se había acostumbrado a hablarme en castellano, pues sus padres le habían enseñado ladino y su español era mejor que su inglés y que mi hebreo. A lo largo de los años yo había olvidado el poco castellano que sabía, así que, si antes sólo lo entendía a medias, ahora apenas comprendía nada de lo que decía. En cuanto arrancamos, empezó a hablar con gran entusiasmo y profusión de detalles sobre los misiles y el éxito del sistema Cúpula de Hierro, y yo fingí comprender lo que iba diciendo porque era demasiado tarde para contarle la verdad.

Era invierno en Tel Aviv, y por eso mismo nada parecía tener sentido en una ciudad donde todo giraba alrededor del sol y el mar, una urbe mediterránea que jamás dormía y cuyo frenesí iba a más conforme avanzaba la noche. Hojas sucias y páginas viejas de diarios barrían las calles, arrastradas por el viento, y a veces la gente las cogía al vuelo y se las ponía sobre la cabeza para protegerse de algún chaparrón. En las casas hacía frío porque los suelos eran de piedra y durante los meses de calor, que se hacían eternos, parecía absurdo imaginar que volvería el frío, así que nadie se molestaba en instalar sistemas de calefacción. Bajé la ventanilla del taxi de Meir y, en la brisa marina mezclada con la lluvia, casi me pareció reconocer el olor metálico de los calefactores eléctricos, con sus resistencias de color naranja relumbrando en las casas particulares como corazones artificiales, siempre amenazando con saltar por los aires o, cuando menos, provocar un apagón en toda la ciudad.

Mientras nos abríamos paso entre las calles, reconocí una fisonomía común a todo lo israelí —mandíbulas, posturas, edificios, árboles—, como si la resistencia en aquel pequeño rincón del Mediterráneo con sus extrañas circunstancias hubiese dado pie a una forma homogénea, la forma dura y decidida de todo aquello que vive y crece en oposición a algo.

¿Qué me había llevado realmente hasta Tel Aviv? En un relato, los personajes siempre deben tener un motivo para todo lo que hacen. Aunque de entrada parezca que no lo hay, siempre acaba revelándose más adelante a través del sutil armazón de la trama literaria y sus resonancias. La narración no puede sostener lo amorfo, del mismo modo que la luz no puede sostener la oscuridad. Es la antítesis de lo amorfo, por lo que nunca podrá comunicarlo del todo. El caos es la única verdad que la narración siempre debe traicionar, pues en la creación de sus delicadas estructuras, reveladoras de tantas verdades sobre la vida, la parte de verdad relacionada con la incoherencia y el desorden debe quedar oculta. Yo tenía cada vez más la sensación de que, en mis escritos, el grado de artificio superaba al de verdad, que el coste de proporcionar una forma a algo que en esencia carecía de ella podía equipararse al coste de doblegar el espíritu de un animal que de lo contrario se consideraría demasiado peligroso para vivir con él. Hacerlo nos permitiría observar la verdad del animal más de cerca sin riesgo de violencia, pero sería una verdad cuya esencia habría sido alterada. Cuanto más escribía, más sospechosos me parecían el buen juicio y la belleza estudiada que alcanzaba gracias a los mecanismos de la narración. No quería renunciar a ellos, no quería vivir sin su consuelo. Quería emplearlos en una forma capaz de contener lo amorfo para poder atarlo corto, tal como se ata corto el significado y se forcejea con él. Semejante aspiración debería haberme parecido imposible, pero sólo me pareció elusiva, por lo que no podía renunciar a ella. El Hilton se me presentaba como la promesa de esa forma — la casa de la mente que evoca el mundo entero—, pero no había podido llenarla de significado.

Absorta en estos pensamientos mientras Meir parloteaba en español, arrullándome con su musicalidad, apenas me di cuenta de que habíamos enfilado el camino de acceso al Hilton. Sólo cuando nos detuvimos bajo el voladizo de hormigón que preside la entrada al vestíbulo y mis ojos se posaron en la gigantesca puerta giratoria revestida de acero, coronada por la

inscripción HILTON TEL AVIV, comprendí lo extraño que se me hacía estar allí. Llevaba tantos meses habitando el hotel mentalmente que de pronto su manifestación real, física, se me antojaba discordante, fuera de lugar. Al mismo tiempo, sin embargo —no podía ser de otra manera—, me resultaba profundamente familiar. Freud se refería a esta confluencia de sensaciones con el término *unheimlich*, que capta mucho mejor que la palabra «extrañeza» el horror subrepticio que anida en lo más profundo de ese sentimiento. Había leído sus apuntes sobre este tema en la facultad, pero apenas los recordaba, y cuando llegué a mi habitación estaba demasiado exhausta para hacer nada que no fuera echar una siesta. Para colmo, ahora que por fin estaba en el hotel, caí en la cuenta de que todo en él —los pasillos enmoquetados, el mobiliario aséptico, las tarjetas de plástico que hacían las veces de llaves— era tan prosaico que no podía evitar sentirme tonta por mi absurda obsesión de los últimos meses.

Pese a todo, al día siguiente, después de llamar a casa y hablar con mis hijos, localicé los apuntes de Freud, que de pronto me parecieron una lectura imprescindible para mi novela sobre el Hilton, sin la cual no podría empezar de ninguna manera. Tumbada en la cama de la habitación, empecé a leer sobre la etimología de la palabra alemana, cuya raíz es *Heim*, «hogar», de modo que *heimlich* significa «familiar, nativo o propio del hogar». Freud redactó este artículo como réplica a la obra de Ernst Jentsch, que había descrito lo *unheimlich* como lo opuesto a *heimlich*: como el resultado de un encuentro con lo nuevo y desconocido que provoca una sensación de incertidumbre, de no saber «dónde estamos». Pero si bien *heimlich* puede significar «familiar» y «hogareño», su segunda acepción, señala Freud, abarca significados como «oculto» y «apartado de la vista», así como «descubrir o desvelar lo que permanece secreto» o incluso «alejado de la conciencia» (diccionario Grimm), por lo que, según nos adentramos en los matices de su propio significado, el adjetivo acaba coincidiendo con su opuesto, *unheimlich*, que el escritor alemán Schelling definió como «el calificativo que recibe todo aquello que debería haber permanecido [...] oculto y secreto pero se ha hecho visible».

De entre todas las circunstancias susceptibles de provocar un sentimiento de extrañeza, el primero que menciona Freud es la idea del doble. Como si me hubiese alcanzado un rayo, recordé de golpe lo que había sucedido medio

año atrás, cuando llegué a casa y tuve la sensación inequívoca de que ya estaba allí, experiencia que inició la cadena de pensamientos que me habían llevado hasta allí, hasta el Hilton. Otros ejemplos citados por Freud son un regreso involuntario a la misma situación y la repetición de algo aleatorio, que crea la sensación de que se ha producido un hecho fatídico o inexorable. Lo que comparten todos estos ejemplos es la importancia de la recurrencia, y cuando llega al meollo de su argumentación Freud propone al fin definir *unheimlich* como un tipo de ansiedad especial que nace de algo reprimido y se manifiesta de forma recurrente. En sus entresijos etimológicos, donde *heimlich* y *unheimlich* se revelan como un solo concepto, se esconde el secreto de esta ansiedad tan peculiar, nos dice Freud, que surge de un encuentro inesperado, sí, pero no con algo nuevo y desconocido, sino con algo familiar y antiguo de lo que la mente se ha distanciado mediante el proceso de represión. «Algo que debería haber permanecido oculto pero que sin embargo ha salido a la luz.»

Cerré el portátil y salí al balcón, pero una sensación súbita de vértigo me obligó a retroceder en cuanto vislumbré el empedrado de la acera, doce plantas más abajo, y me acordé del hombre que tal vez se había roto el espinazo o abierto el cráneo en ese mismo lugar. La víspera, al caer la tarde, cuando salía para dar un paseo pese a la llovizna, había reconocido al director del hotel en el vestíbulo y había estado a punto de ir tras él para preguntarle por el incidente. Pero se detuvo para estrecharle la mano a un huésped, y comprobé que irradiaba un aplomo discreto que nacía, o eso me pareció, de saber lo que querían sus huéspedes mejor incluso que ellos mismos, de entender sus deseos e incluso sus flaquezas pero sin que se le notara en absoluto, pues el secreto de su oficio debía de consistir en hacer creer al huésped que era él quien estaba al mando, quien pedía y recibía, quien impartía las órdenes que ponían a todo el mundo en danza. Viendo al director en acción, un prodigio de inteligencia contenida, mientras el alfiler dorado que lucía en la solapa brillaba como si perteneciera a alguna orden arcana de la excelencia, perdí toda esperanza de sonsacarle nada. Si uno de sus huéspedes hubiese muerto después de caerse o tirarse por el balcón, él habría hecho cuanto estuviera en su mano para mantenerlo en secreto y evitar así disgustar a los demás huéspedes, tal como hacía todo lo posible para que éstos no pensaran que alguno de los misiles lanzados desde Gaza podía surcar

el cielo sobre sus cabezas. Al fin y al cabo, en cuestión de segundos aquellos proyectiles pasarían de ser reales a desaparecer en las alturas, sin dejar más rastro que el estruendo de una explosión.

El sol había vuelto a salir, afilando una vez más los contornos del mundo. Nada parecía haberse alterado. La luz centelleaba en la superficie azul verdosa del agua. ¿Cuántas veces había contemplado aquel paisaje? Muchas más de las que alcanzaba a recordar, eso seguro. Si Freud estaba en lo cierto al creer que la extrañeza nace de algo reprimido que sale a la luz, ¿qué podía ser más *unheimlich* que regresar a un lugar y darnos cuenta de que tal vez no lo hayamos abandonado nunca?

Heim, «hogar». Sí, el lugar en el que hemos estado siempre, por más que esa certeza permaneciera oculta a nuestra propia conciencia, sólo puede llamarse así, ¿verdad? Y aun así, en otro sentido, podría decirse que el hogar sólo se convierte en hogar cuando nos alejamos de él, puesto que sólo con la distancia, sólo al regresar, somos capaces de reconocerlo como el lugar en que se refugia nuestro verdadero ser.

A lo mejor estaba buscando la respuesta en la lengua equivocada. En hebreo la palabra es *olam*, y de pronto recordé que mi padre me había contado en cierta ocasión que proviene de la raíz *alam*, que significa «esconderse» u «ocultar algo». En su búsqueda del punto en el que *heimlich* y *unheimlich* se funden en uno solo, desvelando un tipo de ansiedad (algo que debería haber permanecido oculto, pero que sin embargo ha salido a la luz), Freud rozó con la punta de los dedos la sabiduría de sus antepasados judíos. Pero al final, constreñido por el alemán y las aflicciones de la mente moderna, se quedó corto respecto al radicalismo de los otros. Para los antiguos judíos, el mundo siempre se ocultaba y se revelaba al mismo tiempo.

*

Cuando por fin conocí a Eliezer Friedman dos días después, llegué a nuestra cita más de media hora tarde. Habíamos quedado para desayunar en el Fortuna del Mare, a escasos minutos andando desde el Hilton. Pero la noche anterior no había podido conciliar el sueño hasta las tres de la madrugada, no había oído la alarma que yo misma había puesto y sólo me desperté cuando Friedman me llamó a la habitación del hotel. Era la primera

vez que hablaba con él —Effie se había encargado de todos los pormenores del encuentro—, y sin embargo su acento, israelí pero modulado por el alemán de su niñez, me resultaba profundamente familiar porque me recordaba a mi abuela y sus amigas, las mujeres que ella me llevaba a visitar de niña, cuyas puertas se abrían a Tel Aviv, pero cuyos pasillos llevaban a rincones perdidos de Núremberg y Berlín.

Farfullé una disculpa, me puse algo de ropa y salí corriendo hacia la playa por la puerta trasera del hotel. Había estado antes en el restaurante, un pequeño local italiano con un puñado de mesas y vistas a los mástiles de los veleros atracados en el puerto deportivo. Sentado a la mesa del rincón más alejado, vi a un hombrecillo con una corona de pelusa blanca; todo el color parecía haberse concentrado en sus cejas oscuras e hirsutas. Dos profundos surcos nacían en un punto situado justo por encima de sus aletas nasales y bajaban hacia las comisuras de los labios, que dibujaban sendas curvas descendentes. En general, su rostro transmitía una sensación de solemnidad aparentemente inapelable, salvo por el mentón, que se erguía con un gesto de desafío orgulloso. Vestía un viejo chaleco caqui lleno de bolsillos, como los que usan los reporteros, aunque a juzgar por el bastón que descansaba junto a su pierna derecha, colgado del canto de la mesa, había dejado atrás el trabajo de campo. Me acerqué a él apresuradamente y volví a disculparme.

—Siéntate —dijo Friedman—. Perdona que no me levante —añadió.

Estreché la mano de dedos gruesos que alargó en mi dirección y me senté al otro lado de la mesa, todavía intentando recuperar el aliento. Mientras me peleaba con los botones de la chaqueta vaquera, noté su mirada fija sobre mí.

—Eres más joven de lo que creía.

Me abstuve de comentar que él era más o menos como lo había imaginado, y que yo no era tan joven como aparentaba.

Friedman llamó a la camarera y se empeñó en que pidiera algo para desayunar aunque no tenía apetito. Di por sentado que él ya había pedido su desayuno y elegí algo de la carta sólo para que no tuviera que comer solo. Pero cuando la camarera volvió traía un plato de comida para mí y nada más que una taza de té para él. Pese a sus modales bruscos —Effie y él estaban hechos el uno para el otro—, desprendía cierta autoridad natural. Y sin embargo, cuando sacó la bolsita de té de la taza valiéndose de la cucharilla, me pareció apreciar un temblor en su mano. Sus ojos grises, aumentados por

las lentes semioscuras de las gafas, no perdían detalle.

No se anduvo con rodeos. Yo no esperaba verme sometida a un interrogatorio, pero su presencia autoritaria no fue lo único que me impulsó a sincerarme con él; también influyó la atención que prestaba a mis respuestas. Hacía un día ventoso y los veleros se mecían con un suave tintineo en el puerto deportivo mientras el mar embestía el rompeolas. Me descubrí hablando sin tapujos de mis muchos recuerdos de Israel, de las anécdotas que mi padre me había contado sobre su niñez en Tel Aviv y de mi propia relación con la ciudad, que a menudo se me antojaba mi verdadero hogar, por encima de cualquier otro sitio. Cuando me preguntó a qué me refería, intenté explicarle que me sentía cómoda entre sus gentes como nunca me había sentido en Estados Unidos, porque en Tel Aviv todo se podía tocar, porque las personas apenas ocultaban nada ni se mostraban reservadas, porque parecían ansiosas por entregarse a lo que quiera que los demás tuviesen que ofrecer, por turbio e intenso que fuera, y ese carácter abierto, esa inmediatez, me hacía sentir más viva y menos sola. Me hacía sentir, supongo, que era posible llevar una vida más auténtica. Muchas de las cosas que eran posibles en Estados Unidos resultaban imposibles en Israel, aunque también resultaba imposible no sentir nada, no provocar nada, andar por la calle sin existir. Pero el amor que sentía por Tel Aviv iba más allá, le dije. La arrogante decrepitud de los edificios, mitigada por las buganvillas de un fucsia chillón que crecían sobre la herrumbre y las grietas, reivindicando la necesidad de la belleza accidental frente a la de mantener las apariencias. El hecho de que la ciudad pareciera rechazar las convenciones de todo tipo; de que en todas partes pudieras toparte de pronto con bolsas de surrealismo en las que la razón era dinamitada, como una maleta sin dueño en el aeropuerto Ben Gurión.

Friedman iba asintiendo a todo lo que yo decía, y confesó que mis palabras no lo sorprendían, que siempre había intuido en mi obra cierta afinidad con Israel. Sólo entonces se decidió a desviar la conversación hacia mis libros y la razón por la que había querido quedar conmigo.

—He leído tus novelas. Todos lo hemos hecho —precisó, señalando las otras mesas del restaurante—. Tu voz viene a sumarse al relato de todo el pueblo judío, algo por lo que estamos muy orgullosos de ti.

Yo no acababa de entender a quiénes se refería con esa primera persona del plural. El restaurante estaba desierto salvo por una vieja perra de pelo

rizado y sin lustre que tomaba el sol tumbada sobre un costado. No obstante, el cumplido me llegó al alma, tal como ha llegado al alma de todos los descendientes de judíos desde hace milenios. Por un lado, me sentía halagada. Quería complacer. Desde que era una niña, había comprendido la necesidad de portarme bien y hacer todo lo posible para que mis padres se enorgullecieran de mí. No creo que haya ahondado jamás en lo que había detrás de ese anhelo; sólo sabía que tapaba un agujero por el que la oscuridad se colaría sin remedio si algún día lo apartaba, una oscuridad que siempre amenazaba con arrastrar a mis padres como la resaca del oleaje. Pero aunque volviera a casa con toda clase de honores bajo el brazo y llenara a mis padres de orgullo, no podía evitar cierto resentimiento por la carga y el esfuerzo que me suponía todo aquello, y era perfectamente consciente de lo mucho que me condicionaba. El hijo del primer judío fue maniatado y a punto estuvo de ser sacrificado por algo más importante que él, y desde que Abrahán bajó del monte Moriá convertido en un padre atroz pero un buen judío no hemos dejado de preguntarnos cómo seguir maniatando a nuestros hijos. He aquí la argucia que permitió esquivar la violencia de Abrahán: que las ataduras sean invisibles, que no haya prueba alguna de que existen, salvo por el hecho de que, cuanto mayor se hace el niño, más dolorosas se vuelven, hasta que un día, al mirar hacia abajo, comprueba que es su propia mano la que las va ciñendo. En otras palabras, hemos enseñado a los niños judíos a maniatarse a sí mismos. ¿Y con qué finalidad? No por estética, como los chinos, y ni siquiera por Dios, ni por el sueño de un milagro. Nos atamos y nos dejamos atar porque esas ataduras nos atan a quienes se han visto atados antes que nosotros, y a quienes se vieron atados antes que ellos, y así sucesivamente, en una cadena hecha de sogas y nudos que se remonta tres mil años en el tiempo, los mismos que llevamos soñando con cortar esas ataduras, con dejarnos caer de este mundo para entrar en otro donde no nos veamos atrofiados y deformados para encajar en el pasado, sino que podamos crecer asilvestrados hacia el futuro.

Pero a eso se había sumado algo más. La necesidad de que tus padres se sientan orgullosos de ti puede resultar asfixiante, pero no es nada comparada con la presión para que todo un pueblo se sienta orgulloso de ti. Al principio la escritura era algo muy distinto para mí. A mis catorce o quince años me aferraba a ella como un sistema de organización interna, no sólo para

explorarme y descubrirme a mí misma, sino también para cultivarme e impulsar mi propio crecimiento. Pero todo lo que la escritura tenía de ocupación sería lo tenía también de juego y fuente de placer. No obstante, con el paso de los años, lo que hasta entonces no era sino un oscuro proceso idiosincrático se fue convirtiendo poco a poco en un oficio, y mi relación con la escritura cambió. Ya no era suficiente que diera respuesta a una necesidad íntima; tenía que ser también muchas otras cosas, estar a la altura de otras expectativas. Y a medida que eso ocurría, lo que había empezado como un acto de libertad se fue convirtiendo en otra forma de atadura.

Quería escribir lo que quería escribir, por más que ofendiera, aburriera, provocara o defraudara a los demás, y despreciaba esa parte de mí misma que deseaba complacer. Había intentado desembarazarme de esa faceta, y hasta cierto punto me había salido con la mía: mi novela anterior había aburrido, provocado y defraudado a un número impresionante de lectores. Pero puesto que ese libro, como todos los que lo habían precedido, seguía siendo innegablemente judío, y estaba repleto de personajes judíos, y de los ecos de dos mil años de historia del pueblo judío, me las había arreglado para no herir el orgullo de los míos. Si acaso, había contribuido a reforzarlo, como sin duda desearía en secreto una parte de mí. En Suecia o Japón les daba bastante igual lo que escribiera, pero en Israel me paraban por la calle. En mi última visita, una anciana con un sombrero anudado por debajo de la papada me había abordado en el súper. Sujetándome la muñeca entre sus dedos regordetes, me arrinconó en la sección de los lácteos para decirme que leer mis libros era para ella como escupir en la tumba de Hitler —qué más da que no exista tal tumba— y que pensaba seguir leyendo cada palabra que yo escribiera hasta el día que también ella acabara bajo tierra. Acorralada frente al expositor de yogures kosher, sonreí educadamente y le di las gracias, y sólo después de alzar mi muñeca en el aire, como si fuera un campeón de los pesos pesados, y pronunciar mi nombre a voz en grito ante la indiferencia de la cajera, se marchó al fin, no sin antes enseñarme de forma fugaz los números de un verde desvaído que llevaba tatuados en el antebrazo, como si fueran el número de placa de un cuerpo secreto de la policía.

Unos meses antes, mi hermano se había casado en el hotel King David de Jerusalén. Los brindis se habían alargado bastante, y cuando por fin se acabaron me fui derecha al lavabo. Casi había atravesado el vestíbulo cuando

una mujer tocada con un pañuelo se cruzó en mi camino empujando un cochecito. Intenté sortearla, pero no me dejaba pasar y, mirándome a los ojos, pronunció mi nombre. Me sentí molesta y confusa, por no decir que tenía la vejiga a punto de reventar, pero no iba a librarme tan fácilmente. Con un golpe rápido de muñeca, la mujer retiró la capota del cochecito para enseñarme un bebé muy pequeño de rostro rubicundo. Con voz ronca, susurró el nombre de un personaje femenino que salía en uno de mis libros. La pequeña movió la cabecita, y cuando sus ojos grises y miopes se posaron por un momento sobre mí, mirándome sin verme, sus manitas salieron disparadas hacia delante, como un mono que intentara en vano agarrarse a la rama, y soltó un grito estridente. Miré el rostro hinchado de la madre y vi que tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Se lo puse por ti —susurró.

Pero lo peor de todo me había pasado el año anterior, cuando había viajado a Jerusalén para asistir al Festival Internacional de Escritores. Me habían invitado a hacer una visita especial a Yad Vashem, el museo del Holocausto, y después me habían separado de los demás escritores —no judíos— del festival y me habían acompañado hasta las oficinas del museo. Allí, bajo un inquietante óleo de Wallenberg, tan oscuro que bien podría haber sido rescatado de una casa en llamas, me ofrecieron unos documentos fotocopiados que hacían referencia al asesinato de mis bisabuelos, junto con una bolsa de la tienda de recuerdos del museo.

—Adelante, ábrala —me animó la directora, poniéndome la bolsa en las manos.

—Ah, ya la abriré más tarde —repuse.

—Ábrala ahora —ordenó la mujer con una sonrisa forzada. Tres o cuatro empleados revoloteaban a mi alrededor, observándome con atención. Abrí la bolsa, inspeccioné su contenido y volví a cerrarla, pero la directora me la arrebató, hurgó en su interior y sacó una libreta conmemorativa del sexagésimo quinto aniversario de la liberación de Auschwitz. El mensaje no habría quedado más claro si hubiesen estampado pilas de zapatitos sin dueño en las guardas de las libretas. De vuelta en Nueva York tiré la libreta a la basura, pero una hora después, atormentada por los remordimientos, la rescaté. Frente al escritorio, traté con todas mis fuerzas de escribir algo en la primera página que despojara a la libreta de su poder, pero después de sudar

tinta durante un cuarto de hora sólo había conseguido garabatear una lista de tareas pendientes: 1) llamar fontanero, 2) pedir hora gine, 3) pasta de dientes sin flúor. Luego había cerrado la libreta y la había enterrado en el fondo de un cajón.

—Y bien, ¿estás escribiendo una nueva novela? —me preguntó Friedman.

Sentí que una gota de sudor se deslizaba por mi pecho pese a la brisa fresca.

—Lo intento —contesté, aunque en realidad no lo estaba intentando, y de hecho llevaba tres días evitando intentarlo, pues nada más registrarme en el hotel comprendí que empezar una novela sobre el Hilton estando alojada en el Hilton iba a ser más difícil todavía que empezar una novela sobre el Hilton estando en Brooklyn.

—¿Y de qué va?

—No he llegado tan lejos —repose, tendiendo la mirada hacia el hotel, que se alzaba imponente sobre la línea de la costa.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

Al ver que no contestaba, Friedman dobló delicadamente la servilleta que descansaba en su regazo y la dejó sobre la mesa formando un triángulo perfecto.

—Te estarás preguntando por qué hemos quedado.

—Empezaba a preguntármelo, sí.

—Demos un paseo.

Eché un vistazo al bastón que descansaba junto a su brazo.

—No dejes que este trasto te engañe.

Friedman cogió el bastón y se levantó con desenvoltura. La vieja perra que yacía postrada en el suelo levantó la cabeza, y al comprobar que Friedman tenía intención de marcharse apoyó el peso sobre las ancas, alargó las patas delanteras para hacer palanca contra el suelo y se levantó con dificultad. Luego se quitó la modorra sacudiéndose espasmódicamente y esparciendo a su alrededor motas relucientes de polvo.

Dejamos atrás un pequeño comercio en cuyo escaparate se exponían tablas de surf desteñidas por el sol, y seguimos hacia el paseo marítimo que discurría paralelo a la costa. La perra nos seguía discretamente, y de vez en

cuando se detenía para olisquear sin demasiado afán alguna piedra o poste.

—¿De qué raza es?

—Pastor —contestó Friedman.

Pero la perra no se parecía en absoluto a un pastor, ni alemán ni de ningún otro tipo. En realidad, parecía una oveja a la que hubiesen sacado de los prados y encerrado durante mucho tiempo entre cuatro paredes, donde su pelaje lanudo y gris había empezado a desmadejarse.

Una motocicleta pasó a toda velocidad y el motorista le gritó algo a Friedman, que contestó en el mismo tono. No habría sabido decir si acababa de asistir a una refriega o un saludo amistoso.

—No hace falta que te diga que la vida aquí no es fácil —comentó mientras me llevaba hacia la calle Hayarkon—. Nuestros problemas no tienen fin, y cada día aparece uno nuevo. Se multiplican. Nos enfrentamos a ellos de un modo equivocado, si es que lo hacemos. Poco a poco, nos están sepultando.

Friedman se detuvo y se volvió para contemplar el mar, quizá en busca del rastro de los misiles. La víspera varios de ellos habían estallado en el cielo, precedidos por el ululato ensordecedor de las sirenas. La primera vez que pasó, me había levantado de la mesa de la cafetería y había bajado al refugio subterráneo. Las siete u ocho personas reunidas en aquel habitáculo de hormigón se comportaban como si estuvieran haciendo cola en la charcutería, con la diferencia de que, cada vez que se oía aquel estruendo, un murmullo de sorpresa recorría la estancia, como si una de las personas de la cola hubiese intentado comprar algo descabellado. La segunda vez que sonó la sirena, estaba con mi amiga Hana, que se limitó a dejar la frase a medias y ladeó la cabeza para mirar al cielo. A nuestro alrededor casi todos se quedaron también donde estaban, ya fuera porque creían en la impenetrable cúpula de las alturas, o porque reconocer el peligro implicaba reconocer muchas otras cosas que harían sus existencias menos posibles.

Yo también escuté el cielo en busca de alguna señal, pero no la había, más allá de las cabrillas blancas de un mar azotado por el viento. Cuando Friedman se volvió de nuevo hacia mí, las lentes de sus gafas se habían oscurecido a causa del sol y ya no podía verle los ojos.

—Durante veinticinco años he dado clases de literatura en la universidad. Pero ya nadie tiene tiempo para la literatura —dijo—. De todos modos, en

Israel los escritores siempre se han considerado *luftmenschen*, criaturas incómodas e inútiles, por lo menos según los principios fundacionales, que siguen teniendo su peso por más que nos hayamos alejado de ellos. En las aldeas judías de la vieja Europa Oriental conocían el valor de un Bashevis Singer. Por muy mal dadas que vinieran, se aseguraban de que nunca le faltaran papel y tinta. Pero aquí lo diagnosticaron como parte de la enfermedad. Le confiscaron la pluma y lo enviaron al campo a arrancar rábanos de la tierra. Y si aun así se las arreglaba para escribir unas pocas páginas en sus horas libres y publicarlas, se aseguraban de castigarlo imponiéndole la máxima carga fiscal, una práctica que ha persistido hasta nuestros días. La idea de apoyar y fomentar la literatura a través de programas y ayudas, como se hace en Europa y Estados Unidos, sería impensable en Israel.

—Casi todos los jóvenes artistas israelíes a los que conozco están buscando el modo de marcharse —apunté—. Pero un escritor no puede escapar de la lengua que recibió al nacer. Es un problema irresoluble. Aunque también es verdad que Israel parece haberse especializado en esa clase de problemas.

—Por suerte, no somos los únicos —dijo Friedman, subiendo los escalones del pequeño parque que lindaba con el Hilton—. El caso es que no todos estamos de acuerdo —añadió.

—Los israelíes jamás se ponen de acuerdo en nada. Aunque ya no sé muy bien a qué desacuerdo se refiere.

Friedman me lanzó una mirada severa y creí ver un atisbo de escepticismo en su rostro, aunque era difícil saberlo sin poder verle los ojos. Yo había tratado de hacer una broma, pero él debió de entenderlo como un comentario inapropiado. Antes de que pudiera ponerme en guardia, me invadió el deseo de complacer, o tal vez simplemente de no defraudar, y me propuse decir algo que convenciera a Friedman de que no se había equivocado conmigo, de que tenía buenos motivos para señalarme y depositar su esperanza en mí.

—Estábamos hablando de la literatura —dijo Friedman, sin darme la oportunidad de redimirme—. Algunos de nosotros nunca hemos olvidado su valor. El motivo por el que seguimos viviendo en este disputado trozo de tierra es el relato que empezamos a escribir sobre nosotros mismos en este

lugar hace casi tres milenios. En el siglo IX antes de Cristo Israel no era nada, un país atrasado en comparación con los imperios vecinos de Egipto o Mesopotamia. Y así habría continuado hasta caer en el olvido, junto con los filisteos y los pueblos del mar, si no fuera porque empezamos a escribir. Los escritos hebreos más antiguos que se han hallado datan del siglo X antes de Cristo, de la época del rey David. En su mayoría, no son más que sencillas inscripciones hechas en los edificios. Meros registros de datos. Pero en los cien o doscientos años siguientes sucedió algo extraordinario. A partir del siglo VIII hay abundantes muestras de escritura por todo el Reino Septentrional de Israel, y se trata de textos avanzados, complejos. Los judíos habían empezado a componer los relatos que habrían de quedar recogidos en la Torá. Nos gusta pensar que somos los inventores del monoteísmo, que se extendió como la pólvora e influyó en la historia mundial a lo largo de miles de años. Pero nosotros no inventamos la idea de un Dios único, sino que nos limitamos a escribir el relato de nuestra lucha por permanecer fieles a él, y al hacerlo nos inventamos a nosotros mismos. Nos dimos un pasado y nos proyectamos hacia el futuro.

Mientras cruzábamos un paso elevado, el viento empezó a soplar con más fuerza y levantó remolinos de arena. Sabía que debería sentirme impresionada por su discurso, pero no podía evitar la sospecha de que lo había repetido cientos de veces en la sala de conferencias de la facultad, y ya estaba un poco cansada de tanto rodeo. Seguía sin tener la menor idea de quién era Friedman ni de lo que quería de mí, si es que quería algo.

El paso elevado nos condujo a la zona húmeda y sombría que había debajo de un saliente de hormigón, en el complejo de edificios que rodeaban la plaza Atarim, cuyo brutalismo amenazante hacía que hasta el Hilton pareciera acogedor. Lo que en tiempos había sido una galería comercial semicubierta languidecía en el abandono más absoluto desde hacía mucho, abocada a una decadencia que la acercaba cada vez más al infierno con que su arquitecto se había limitado a coquetear. Imposible sustraerse al ambiente posapocalíptico que lo impregnaba todo. El hedor a orina era abrumador, y los bloques de hormigón manchados se alzaban a nuestro alrededor como una cárcel peor que ninguna de las que Piranesi hubiera podido imaginar. La pregunta que no me había atrevido a formular desde que me había sentado en el restaurante me asaltó de nuevo, y supe que si no se la planteaba en ese

momento, antes de que saliéramos a la luz del sol, ya no tendría valor para hacerlo.

—Effie me dijo que ha trabajado para el Mossad.

—¿De veras? —repuso Friedman. Su bastón repiqueteaba en el espacio cavernoso, punteado por el clic-clic de las uñas de la perra, que nos seguía. Pero su tono de voz no dejaba traslucir nada, y sentí que una oleada de calor me subía por la garganta, en parte bochorno, en parte fastidio.

—Tenía la impresión de que...

Pero ¿qué podía decir? ¿Que me habían hecho creer o me había dejado convencer de que él, Eliezer Friedman, un profesor de literatura jubilado y ocioso, me había elegido para algo especial? Ya me lo imaginaba preguntándome si quería acudir como invitada al club de lectura de su mujer.

—El Hilton queda en la otra dirección. Tendría que ir tirando.

—Voy a llevarte a un sitio que te resultará interesante, creo.

—¿Adónde?

—Ya lo verás.

Enfilamos el paseo flanqueado de árboles que discurre por la mediana de la avenida Ben Gurión. Quienes se cruzaban con nosotros debían de tomarnos por un abuelo y su nieta dando un paseo. Como si tratara de meterse en el papel, Friedman se ofreció para comprarme un zumo recién exprimido.

—Tienen de todo —dijo señalando el puesto de zumos, abarrotado de pesadas bolsas de malla repletas de fruta demasiado madura—. Guayaba, mango, maracuyá. Aunque te recomiendo una combinación de piña, melón y menta.

—Gracias, de verdad, pero estoy bien.

Friedman se encogió de hombros.

—Como quieras.

Me preguntó si conocía el país, más allá de Tel Aviv y Jerusalén, si había viajado al norte, hasta el mar de Galilea, o si había pasado algún tiempo en el desierto. El paisaje lo había dejado boquiabierto siendo un niño, cuando había llegado a Israel. Metió la mano en uno de los muchos bolsillos del chaleco y sacó un fragmento de cerámica que me tendió. Pisar el escenario de los relatos bíblicos, encontrar todo aquello que había quedado grabado en su imaginación ratificado por las piedras, los olivos, el cielo. El trozo de barro

cocido que descansaba en mi mano tenía tres mil años, dijo. Lo había encontrado no hacía mucho en Khirbet Qeiyafa, por encima del valle de Ela, donde David mató a Goliat. El suelo estaba literalmente sembrado de fragmentos como aquél. Algunos arqueólogos sostenían que se trataba de la antigua ciudad bíblica de Sagarayin, donde quizá se hallaran las ruinas del palacio del rey David. Un lugar tranquilo, en el que las flores silvestres asomaban entre las piedras y el agua de la lluvia estancada en bañeras ancestrales reflejaba el paso sigiloso de las nubes. Nunca habría consenso sobre la autenticidad del hallazgo, dijo Friedman. Pero los muros caídos y las vasijas rotas, la luz y la brisa que mecía las hojas... eran cuanto bastaba. El resto no era más que una sarta de tecnicismos. Los arqueólogos jamás habían encontrado ninguna prueba física de que hubiese existido allí un reino. Pero ¿qué más daba, a la postre, que el palacio de David hubiese sido fruto de los sueños de quien había escrito el libro de Samuel, del mismo modo que había salido de su mente la brillante interpretación del poder político que desde él se ejercía? David, que tal vez no fuera más que el líder tribal de un clan de las montañas, había puesto al alcance de su pueblo una cultura que desde entonces ha moldeado casi tres mil años de historia. Antes de él la literatura hebrea no existía. Pero gracias a David, doscientos años después de su muerte, dijo Friedman, los escritores del Génesis y del libro de Samuel establecieron los sublimes límites de la literatura casi en sus albores. Todo está ahí, en la historia que escribieron sobre él: un hombre que empieza como pastor, se convierte en guerrero y caudillo despiadado y muere como poeta.

—Los escritores trabajan solos —dijo Friedman—. Siguen su propia intuición, y nadie puede inmiscuirse en eso. Pero cuando se sienten atraídos de forma natural hacia determinados temas, cuando su intuición y nuestros objetivos convergen en un interés común, podemos darles ciertas oportunidades.

—¿A qué objetivos se refiere, exactamente? ¿A contar la experiencia judía desde una perspectiva particular? ¿A manipularla con tal de cambiar la forma en que nos ven? A mí eso me suena más a relaciones públicas que a literatura.

—No lo estás viendo con la suficiente distancia. Me refiero a algo mucho más amplio que la percepción. Se trata de la idea de la invención de uno mismo. Hechos, tiempo, experiencia: son cosas que nos ocurren. Uno puede

contemplar la historia de la humanidad como una progresión desde la pasividad extrema (la vida cotidiana como una reacción inmediata a la sequía, el frío, el hambre, los impulsos sexuales, sin la menor conciencia del pasado ni del futuro) hasta un ejercicio cada vez mayor de voluntad y control sobre nuestras vidas y nuestro destino. En este paradigma, el desarrollo de la escritura representó un salto descomunal. Cuando los judíos empezaron a redactar los textos centrales sobre los que habría de fundarse su identidad estaban ejerciendo esa voluntad, definiéndose de forma consciente (inventándose a sí mismos) como nadie había hecho hasta entonces.

—Ya, dicho así suena de lo más radical. Pero también podríamos decir que los primeros escritores judíos se hallaban en el umbral de la evolución natural. La humanidad había empezado a pensar y escribir en un plano más elevado, lo que permitía a los individuos definirse a sí mismos de un modo más sofisticado y sutil. De ahí a sugerir que había un nivel de conciencia suficiente como para alumbrar la invención de la propia identidad, como has dicho, es dar mucho por sentado sobre las intenciones de esos primeros escritores.

—No hay necesidad de dar nada por sentado. Las pruebas abundan en los textos, que no son obra de uno o dos individuos, sino de una serie de escritores y correctores que eran plenamente conscientes de cada elección que hacían. Los primeros dos capítulos del Génesis, tomados en su conjunto, hablan precisamente de eso: una reflexión sobre la creación como un conjunto de elecciones, y las consecuencias que se derivan de ello. Lo primero que nos encontramos en el primer libro judío de todos los tiempos son dos relatos contradictorios, y subrayo lo de «contradictorios», sobre la creación del mundo. ¿Por qué? Tal vez porque, al reproducir los gestos de Dios, los escritores comprendieron algo sobre el precio de la creación, algo que deseaban comunicarnos pero que, explicado a las claras rayaría en lo blasfemo, por lo que sólo podían insinuarlo de forma velada: ¿cuántos mundos había barajado Dios antes de decantarse por crear este que conocemos? ¿Cuántas escalas en las que no había luz ni oscuridad, sino algo totalmente distinto? Cuando Dios creó la luz, también creó la ausencia de luz. Hasta ahí todo está claro. Pero sólo en el silencio incómodo entre esos dos comienzos incompatibles es posible intuir que en ese mismo instante creó también un tercer elemento. A falta de un término mejor, lo llamaremos

arrepentimiento.

—O una teoría temprana del multiverso.

Pero al parecer Friedman no me escuchó. Estábamos en la esquina, esperando que el semáforo se pusiera en verde. El cielo mediterráneo era de un azul infinito, sin una sola nube. Friedman echó a andar por delante de un taxi que esperaba con el motor al ralentí y empezó a cruzar la calle con paso firme.

—Si se leen detenidamente esos primeros textos, es imposible negar que quienes los redactaron y editaron comprendían lo que estaba en juego —dijo—. Comprendían que empezar equivalía a pasar de lo infinito a una habitación con paredes. Que escoger a un Abrahán, un Moisés, un David, era también rechazar a todos los demás que podían haber sido y no fueron.

Enfilamos una tranquila calle residencial flanqueada por los mismos edificios de hormigón achaparrados que se ven por todas partes en Tel Aviv y cuya fealdad queda atenuada por la exuberante vegetación que crece a su alrededor y el fucsia rabioso de las buganvillas que trepan por sus muros. Cuando habíamos recorrido media manzana, Friedman se detuvo.

Según el letrero, estábamos en la calle Spinoza. Di por sentado que ése era el motivo por el que Friedman me había llevado hasta allí, puesto que Spinoza había sido el primer filósofo judío en afirmar que Dios no le había dictado el Pentateuco a Moisés, sino que era una obra de autoría humana. Pero ¿qué se proponía demostrar Friedman? En las afirmaciones del pulidor de lentes holandés subyacía la idea de que, por lo menos en lo tocante al judaísmo, el Dios de Israel era en sí mismo una invención humana, y como tal los judíos no deberían seguir atados a su Ley. Si alguien luchó contra la noción de las ataduras judías, fue Baruch Spinoza.

Pero Friedman ni siquiera mencionó el nombre de la calle, sino que señaló un edificio gris de cuatro plantas cuya fachada, cubierta por una especie de celosía hecha de bloques de hormigón huecos con forma de reloj de arena, era lo único que lo hacía destacar entre los demás edificios encalados de la manzana.

—Sé por tus libros que te interesa Kafka.

Tuve que reprimir una carcajada. Me resultaba cada vez más difícil seguir a Friedman. Toda la mañana había ido unos pasos por detrás de él, pero ahora era como si lo hubiese perdido por completo.

—Se diría que siempre sale de algún modo en tus libros. En cierta ocasión hasta le escribiste una necrológica, si mal no recuerdo. Seguro que estás al tanto de la suerte que corrieron los escritos de Kafka tras su muerte.

—Se refiere usted a la nota que dejó para Max Brod, en la que le pedía que quemara todos sus manuscritos, y a la que Brod...

—En 1939 —me interrumpió Friedman con impaciencia—, cinco minutos antes de que los nazis cruzaran la frontera checa, Brod se subió al último tren que salía de Praga llevando consigo una maleta llena hasta los topes con los papeles de Kafka, y así fue como salvó su propia vida y rescató de una destrucción casi segura toda la obra inédita del escritor más importante del siglo XX. Brod se instaló en Tel Aviv, donde pasó el resto de su vida y donde publicó parte de la obra de Kafka. Pero cuando murió, en 1968, algunos de los escritos que contenía aquella maleta aún no habían visto la luz.

Me pregunté cuántas veces habría contado también aquella historia. La misma perra parecía haberla oído ya antes, porque tras cuadrarse unos instantes, como sopesando la situación, dibujó unos círculos torpes sobre la hierba y se dejó caer con un gemido. Luego ladeó la cabeza de tal forma que podía seguir los movimientos de su amo con tan sólo levantar un párpado.

—Todo eso lo sé, sí. He leído lo mío de pornografía kafkiana.

—Entonces también sabrás que todo lo que quedaba en esa maleta se pudre en las condiciones más lamentables a menos de tres metros de donde estamos ahora mismo, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

Con la punta del bastón, Friedman señaló una ventana de la planta baja. Estaba protegida por una reja de barrotes de hierro curvos en cuyo interior se arrellanaban, amontonados, tres o cuatro gatos de aspecto sarnoso. Dos más holgazaneaban en los escalones del portal, y el hedor a orín de gato impregnaba el aire.

—Novelas sin terminar, relatos, cartas, dibujos, notas y a saber qué más descansan bajo la vigilancia negligente, pero patológicamente obsesiva, de la anciana hija de Esther Hoffe, amante de Brod, a cuyas manos llegaron por variopintas y cuestionables vías sucesorias. Eva Hoffe, que así se llama la hija, asegura haber guardado algunos de los escritos en cajas de seguridad de Tel Aviv y Zúrich para salvaguardarlos de posibles robos. Pero lo cierto es

que es demasiado posesiva y paranoica para perder de vista ninguno de los documentos. Detrás de esa reja, en el piso de Eva, junto con otros veinte o treinta gatos, hay cientos de páginas escritas por Franz Kafka que casi nadie ha visto.

—Pero los manuscritos de Kafka no pueden ocultarse al mundo con el argumento de que son propiedad privada, ¿verdad?

—A la muerte de Esther Hoffe, la Biblioteca Nacional de Israel acudió a los tribunales para revocar su testamento, asegurando que la voluntad de Brod era donar los papeles a la biblioteca y que los consideraba propiedad del Estado. El proceso judicial se arrastra desde hace años. Cada vez que se dicta sentencia, Eva apela.

—¿Cómo sabe que la mayor parte de los documentos está aquí, y no encerrada bajo siete llaves en el banco, como sostiene Eva?

—Porque los he visto.

—Pero ¿no me ha dicho que...?

—Sólo te he contado el principio.

El móvil de Friedman empezó a sonar, y por primera vez en lo que llevábamos de día, algo parecía pillarlo por sorpresa. Lo buscó a tientas en los bolsillos, palpándose el chaleco mientras seguía sonando el timbre estridente y alarmante de un teléfono de los de antes. Al ver que no daba con el aparato, me tendió el bastón y empezó a levantar las solapas de los bolsillos, una tras otra, hasta que por fin, justo cuando el móvil enmudeció, lo encontró en el bolsillo interior del chaleco. Echó un vistazo a la pantalla.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es —dijo, volviéndose hacia mí. En el silencio que siguió pareció estudiarme, y me pregunté si habría encontrado en mi rostro algo que le inspirara confianza. Llamó a la perra, que volvió en sí y emprendió la ardua tarea de levantarse.

»Entre los papeles que acumulan polvo en ese piso hay una obra de teatro que Kafka escribió hacia el final de su vida. Estuvo a punto de acabarla, pero la abandonó justo antes de morir. En cuanto la leí, supe que tenía que llevarla al cine. Ha costado mucho, pero por fin el proyecto está en marcha. Si todo va bien, el rodaje empezará dentro de seis meses.

—¿Va a convertirla en una película?

—A Kafka le encantaba el cine, ¿lo sabías?

—¡Eso no quiere decir que le hubiese dado su visto bueno!

—Kafka no daba su visto bueno a nada. Pocas cosas hay más ajenas a Kafka que la aprobación. La vida póstuma de su obra lo habría horrorizado. Y sin embargo, nadie que lo haya leído cree que debería haberse cumplido su voluntad.

—¿Por qué considera irrelevantes las intenciones de Kafka —pregunté—, pero glorifica las de los escritores y editores de la Biblia, que eran... cómo lo ha dicho antes... «plenamente conscientes» de las decisiones que tomaban?

—¿Dónde está la gloria? Ni siquiera sabemos quiénes eran, y buena parte de sus intenciones se perdieron o quedaron supeditadas a las necesidades de todos los que vinieron después. Bajo las incontables revisiones hay un Génesis escrito por una persona singular, con mucha inspiración y ninguna intención moral, cuya mayor hazaña fue la invención de un personaje llamado Yud-Hay-Vav-Hay, y cuyo libro bien podría haberse titulado *La educación de Dios* de no haberse visto abocado a otro destino. Pero, en última instancia, no es el escritor quien decide el uso que se dará a su obra.

—¿Y la hija paranoica y patológicamente obsesiva de Hoffe ha dado su brazo a torcer? ¿Qué pasa con la Biblioteca Nacional de Israel? ¿Me está diciendo que, con un proceso judicial en marcha, ha conseguido los derechos de explotación de parte de un fondo muy disputado, nada menos que una obra de teatro escrita por Kafka, para convertirla en una película?

Friedman miró más allá de mí, hacia la casa. Estaba claro que esa tarde no iba a resolver ningún misterio. Estaba demasiado ocupado sembrándolos.

—Habrá que hacer algunos cambios en el guión, claro está. Y el problema del final sigue pendiente de resolver.

Entonces sí que me eché a reír.

—Lo siento —dije—. Todo esto me supera un poco.

—Tómate tu tiempo —repuso Friedman.

—¿Para qué?

—Para decidir.

—¿Qué tengo que decidir?

—Si te interesa mi oferta.

—¡No sé qué me está ofreciendo!

Pero antes de que pudiera preguntarle nada más, me dio una palmadita paternal en la espalda.

—Te llamaré pronto. Mientras tanto, no dudes en ponerte en contacto conmigo.

Entonces abrió la cremallera de un abultado bolsillo del chaleco, sacó la cartera y extrajo de su interior una tarjeta que rezaba: ELIEZER FRIEDMAN. PROFESOR EMÉRITO, DEPARTAMENTO DE LITERATURA, UNIVERSIDAD DE TEL AVIV.

Con el rabillo del ojo vi que las cortinas del piso de la planta baja se movían levemente, como si las agitara la brisa, aunque la ventana estaba cerrada. Lo más probable es que no me hubiera fijado en ese detalle si los gatos que dormitaban entre las rejas no hubiesen dado un respingo al notar la presencia de quienquiera que hubiese al otro lado del cristal. Su dueña.

*

Regresé al Hilton paseando, intentando poner algo de orden en lo que Friedman había dicho. El sol había vuelto a sacar a todo el mundo a la calle y la playa estaba llena de bañistas, aunque hacía demasiado frío para meterse en el agua. Mientras los miraba, me vino a la mente algo que había leído en una de las cartas de Kafka, escritas desde un balneario a orillas del Báltico durante su último año de vida. Muy cerca del balneario había un campamento de verano para niños judíos alemanes, y Kafka los veía día y noche desde su ventana, jugando bajo los árboles y en la playa. El aire se llenaba con sus voces cantarinas. «Cuando me encuentro entre ellos no soy feliz —escribió—, pero me siento en el umbral de la felicidad.»

Todo el mundo estaba en la calle: los incansables jugadores de *matkot* con sus palas, los rusos de ascendencia vagamente judía, las parejas ociosas con bebés, las chicas que, sorprendidas por el sol, intentaban hacer pasar los sostenes por biquinis. Tal como se niegan a creer en la necesidad de instalar calefacción en sus casas, los habitantes de Tel Aviv parecen empeñados en ponerse menos ropa de la que toca, yendo por la vida en camiseta y chanclas, siempre desprevenidos ante la lluvia o sorprendidos por el frío, y al primer rayo de sol se echan a la calle para recuperar las posiciones perdidas. Toda la ciudad parecía haberse puesto de acuerdo en negar la existencia del invierno. O lo que es lo mismo, en negar un aspecto de la realidad que pone en tela de juicio su noción de identidad, pues se ven como un pueblo que vive

consagrado al sol, el salitre y la sensualidad. Un pueblo que, mientras toma el sol y se entrega al olvido junto al mar, tiene tanto que ver con los misiles como lo pueda tener un hombre con el vuelo de los pájaros. Y sin embargo, ¿no podría decirse lo mismo de todos nosotros? ¿Acaso no hay cosas que consideramos parte intrínseca de nuestra naturaleza aunque la realidad que nos rodea se empeñe en negarlo, y por tanto, para proteger nuestro frágil sentido de la integridad, decidimos no ver el mundo como realmente es, aunque lo hagamos de forma inconsciente? A veces esto nos lleva a la trascendencia; otras, a la desaprensión.

¿Cómo explicarme a mí misma, si no? ¿Cómo explicar por qué le seguí la corriente a Friedman e hice oídos sordos a todas las advertencias? A menudo oigo decir lo fácil que es provocar un malentendido, pero discrepo. En general no nos gusta reconocerlo, pero si en algo nos hemos especializado como especie es en eso que podría llamarse entendimiento. Nos pasamos la vida tratando de entender todo aquello que nos rodea: nosotros mismos, los demás, las causas del cáncer, las sinfonías de Mahler, las catástrofes de otras eras. Pero por entonces yo iba en otra dirección. Nadaba contra la fuerte corriente del entendimiento; iba en sentido inverso. Más tarde habría otros fracasos —más sonados incluso— que entender, tantos que nadie podría dejar de advertir en ellos cierta intencionalidad: un empecinamiento que permanecía soterrado, como el lecho de granito de un lago, de modo que, cuanto más clara y transparente se volvía la realidad, más salía a relucir mi negación de ésta. No quería ver las cosas tal como eran. Me había cansado de eso.

TODAS LAS VIDAS SON EXTRAÑAS

Ocurrió, por ejemplo, que una tarde, pocos meses después de la muerte de su madre, Epstein se levantó para ir a la cocina en busca de algo que beber y, mientras se incorporaba, la cabeza se le llenó súbitamente de luz. Se le llenó como se llena un vaso, desde la base hasta el borde. La idea de que se trataba de una luz ancestral se le ocurrió más tarde, mientras intentaba recordar cómo había sido, evocar la sensación del nivel subiendo en su cabeza y el carácter frágil de aquella luz antigua, llegada de muy lejos, que en su resistente perdurabilidad parecía transmitir cierta sensación de serenidad. De fuerza inagotable. Fueron tan sólo unos segundos, y luego la luz se desvaneció. En otro momento, Epstein lo habría catalogado como una sensación atípica y no le habría dado mayor importancia, como cuando creemos que nos llaman aun estando a solas. Pero ahora que nadie vivía con él y sus padres estaban muertos, y día tras día le resultaba más difícil ignorar el lento pero creciente desinterés que sentía por todo aquello que otrora lo había fascinado, percibía cierto compás de espera. La conciencia agudizada de quien espera que algo llegue.

Aquellas primeras mañanas en el Hilton, Epstein se había despertado frente al Mediterráneo y había salido al balcón para contemplar las olas, embelesado. En la larga y leve estela de un avión que se difuminaba en el cielo azul vio la línea de su vida. Mucho tiempo atrás, en la fiesta de *bat mitzvah* de Maya, habían contratado a una mujer que leía la mano. ¿Qué más daba que el judaísmo rechazara las ciencias ocultas? Era lo que su hija había querido («¿Qué es lo que más te gusta en el mundo, Mayashka?», le había preguntado en cierta ocasión, cuando no era más que una niña. «La magia y el misterio», había contestado ella sin vacilar.) Para darle el gusto, Epstein

había enseñado la palma de su mano a la frágil pitonisa, que lucía turbante y parecía llevar semanas sin probar bocado.

—¡Traedle a esta mujer un poco de pastel! —había ordenado él a voz en grito, y tres camareros sedientos de propinas se habían apresurado a obedecer llevándole sendas porciones de pastel cuya gruesa capa de glaseado blanco parecía ocultar una promesa de boda. Pero las tres porciones habían permanecido intactas junto al codo anguloso de la adivina, que era lo bastante lista para saber que comer en público habría hecho menguar su aura y desbaratado la ilusión de la clarividencia. Acarició la palma de la mano de Epstein con la suya, seca y fresca al tacto, como si le quitara el polvo, y luego empezó a recorrer las líneas de su mano con una uña pintada de rojo escarlata. Aburrido, Epstein se había vuelto hacia la pista de baile, donde la vara que usaban para bailar el limbo estaba tan baja que sólo una canija de séptimo curso, una preadolescente con la complexión de una acróbata, podía seguir inclinándose lo bastante para pasar por debajo de ésta con aire triunfal. Entonces notó que la mano de la pitonisa se cerraba con fuerza en torno a la suya, y cuando se volvió hacia ella vio un gesto de alarma en su rostro. Aquello era puro teatro, Epstein lo sabía de sobra, pero se sentía atraído por el drama y quería verla exhibiendo sus habilidades.

—¿Qué has visto? —preguntó en tono dicharachero.

La adivina lo observó con sus ojos negros perfilados con kohl. Luego, en un gesto rápido, dobló hacia dentro los dedos de la mano de Epstein y la apartó.

—Venga a verme en otro momento —suplicó en un susurro ronco.

Entonces encajó en su otra mano una tarjeta de visita con su dirección de Bayside, pero él se limitó a reír y luego se fue a increpar al encargado del catering porque apenas quedaban ya brochetas de pollo vietnamita. La semana siguiente, cuando encontró la tarjeta en el bolsillo, la tiró a la basura. Seis meses más tarde, Lianne le dijo que la pitonisa había muerto de cáncer, pero ni siquiera entonces lamentó Epstein no haber ido a verla. No sintió más que una punzada de curiosidad.

En ese momento, la estela del avión se iba evaporando despacio, desdibujándose hasta convertirse en algo indefinido. No, él no creía en las predicciones de las pitonisas, ni siquiera de las que estaban tocadas por la cercanía de su propia muerte. Lo cierto era que apenas creía en nada que no

podiera ver, y podría incluso decirse que estaba en contra de las creencias en general. No sólo por su enorme potencial de error. No le importaba equivocarse —¡o incluso pasar toda la vida equivocado!—, pero lo que Epstein no soportaba, lo que lo sacaba de quicio, era la idea de que alguien se aprovechara de él. La fe, con su carga de confianza pasiva, te obliga a ponerte en las manos de los demás, exponiéndote así a toda clase de falacias. Epstein lo veía por todas partes. No sólo en los trazos de brocha gorda de la religión: el goteo constante de denuncias de niños que habían sufrido abusos a manos de sus curas y rabinos, o los adolescentes que se hacían saltar por los aires a cambio de la promesa de setenta vírgenes, o que decapitaban a otros en nombre de Alá. También estaban las incontables pequeñas creencias que nos brindaban la oportunidad de ponernos una venda sobre los ojos, de que la gruesa venda de la fe oscureciera lo que de lo contrario veríamos a simple vista. Todos los anuncios publicitarios explotaban la inclinación humana a creer, inclinación que, como la de la torre de Pisa, se había revelado incorregible por más que las promesas hechas nunca se vieran cumplidas. ¡Gentes de bien a las que arrebatan su dinero y su derecho a vivir en paz, a veces incluso su dignidad y libertad, por culpa de un fallo estructural! O eso le había parecido a Epstein, que evitaba creer en nada que no pudiera tocar, sentir o medir por sí mismo.

Andaría sobre una base sólida o no daría un solo paso. No se la jugaría pisando la delgada capa de hielo de la fe. Pero últimamente las piernas se le movían sin su consentimiento, contrariando sus propios instintos. Eso era lo que más lo extrañaba. La sensación de que se movía en contra de su propia voluntad. ¡En contra de su buen juicio! ¡De su poderoso albedrío! En contra de todo lo que había logrado apuntalar tras sesenta y ocho años acumulando conocimientos, quizá incluso sabiduría. Y no sabía decir adónde lo conducían sus pasos.

Allá fuera, un barco se abría paso entre las crestas blancas de las olas, rumbo a Chipre o Trípoli. Epstein notó que se le expandía el pecho. ¿Por qué no darse un remojón?, pensó, y la idea le pareció tan buena, tan maravillosa, que volvió a entrar en la habitación y llamó a recepción para preguntar si podía comprar un traje de baño en las tiendas del vestíbulo. Le contestaron que sí, que podían incluso encargarse de comprarlo por él. Sólo necesitaban saber su talla.

Aún quedaba hora y media para que lo recogiera el coche que lo llevaría a visitar el Instituto Weizmann, que le había propuesto que hiciera una donación a cambio de abrir una línea de investigación en nombre de sus padres. Justo el mes anterior, los profesores Segal y Elinav habían descubierto que los edulcorantes artificiales podían elevar los niveles de glucosa en la sangre en lugar de reducirlos, información que ayudaría a millones de diabéticos, por no hablar del problema del sobrepeso. ¿Y a qué dedicaría sus esfuerzos la línea de investigación Edith y Sol Epstein? ¿Qué debería investigarse para honrar su existencia? ¿Qué tenéis, deseaba preguntar Epstein, que esté a la altura de semejante hazaña?

Mientras enfilaba el pasillo enmoquetado, vestido con el albornoz y las zapatillas del hotel, intentó recordar la última vez que se había bañado en el mar. ¿Cuando Maya era pequeña todavía? Recordaba una tarde en España en la que habían salido en barco. Él se había zambullido desde la proa —nunca se metía en nada despacio— y se había acercado nadando a la escalera de mano de la embarcación para ayudar a su hija pequeña, cuya cabecita de rizos negros asomaba por encima del voluminoso chaleco salvavidas. A la tercera había comprendido mejor las pautas del amor y la paternidad, cómo fracciones casi imperceptibles de tiempo y experiencia iban construyendo cierto apego, cierta ternura. Maya había soltado un gritito en cuanto sus piernas habían tocado el agua. Pero en lugar de darse por vencido y devolverla a los brazos extendidos de Lianne, Epstein le había hablado con dulzura. «Una bañera muy muy grande —le había dicho—. Una bañera llena de vida», y había evocado lo que sabía sobre mareas y delfines, sobre diminutos peces payaso en un mundo de coral, hasta que poco a poco la niña se había ido calmando y soltando a Epstein (soltándolo porque le inspiraba confianza, por lo que, en otro plano, se aferraba a él). Más tarde, no apartaría a su padre como habían hecho sus hermanos mayores. Con una mueca, Epstein recordó que en cierta ocasión había intentado convencer a Jonah durante veinte minutos para que se bañara en el mar y había acabado montando en cólera por la intolerable cobardía del chico, por su falta de fuerza y voluntad. Por no estar hecho de la misma pasta que él.

Se acercó a la orilla enfundado en su nuevo bañador amarillo. Le iba grande, y tuvo que ceñirse bien y anudar los cordones de la cinturilla para que no se le resbalara hacia abajo. El vello plateado de su pecho relucía al sol. En

esa época del año no había salvavidas en la playa. Epstein se adentró en el mar a grandes zancadas.

A su espalda quedaba la ciudad en la que había nacido. Por muy lejos que lo hubiese llevado la vida, Epstein procedía de allí, y ese sol y esa brisa eran su hábitat natural. Sus padres, en cambio, no procedían de ningún sitio. Su tierra natal había dejado de existir y, por tanto, no podían regresar a ella. Pero su hijo sí: a menos de diez minutos andando estaba la esquina entre las calles Zamenhof y Shlomo ha-Melekh, donde había llegado al mundo con tanta prisa que su madre no había tenido tiempo de llegar al hospital. Una mujer había bajado de su balcón, lo había ayudado a nacer y lo había envuelto en un paño de cocina. La mujer no tenía hijos propios, pero se había criado en una granja de Rumanía donde había visto nacer terneros y cachorros de perro. Más tarde, su madre iría a visitarla una vez por semana y se sentaría a tomar café y fumar en su cocina diminuta mientras la mujer, la señora Chernovich, hacía botar a Epstein sobre sus rodillas. Aquella mujer tenía un efecto mágico sobre él. En su regazo, el irascible Epstein se tranquilizaba al instante. Cuando se mudaron a Estados Unidos, su madre perdió todo contacto con ella, pero en 1967, cuando Epstein regresó a Tel Aviv por primera vez, nada más acabar la guerra, se fue derecho a la esquina que lo había visto nacer, cruzó la calle y llamó al timbre. La señora Chernovich se asomó a la barandilla del balcón desde el que llevaba todos esos años viendo pasar el mundo. En cuanto entró en su cocina diminuta y se sentó a la mesa, Epstein experimentó esa extraña sensación que otras personas seguramente llamarían paz. «Tendrías que haberle pedido que te vendiera la mesa», había sido el memorable comentario de Maya, que por entonces tenía ocho años, al conocer la anécdota.

La sensación de frío lo sorprendió, pero siguió avanzando con decisión hasta que el agua le llegó por la cintura. Vistas desde una perspectiva inverosímil, allí estaban sus piernas, verdosas y envueltas en burbujas, al borde de la gran pendiente que descendía hasta el fondo del mar. ¿Qué había realmente allá abajo, Mayashka? El botín de griegos y filisteos, y también los propios griegos y filisteos.

El viento soplaba con fuerza y las olas rompían por encima de la escollera. Se había acabado la temporada de baño, y la playa estaba desierta salvo por un reducido grupo de rusos. Una de las mujeres, de pechos caídos,

muslos voluminosos y una larga cruz plateada que se balanceaba de aquí para allá, dejó un bebé gordo y empapado sobre la silla: «¡Acabo de encontrarla en el agua!» Epstein sabía capear el oleaje, pues se había criado a orillas del Atlántico. Conteniendo el aliento, se zambulló y empezó a nadar en el agua turbulenta, que parecía bullir llena de vida, de algo casi eléctrico. O quizá fuera él, Epstein, quien conducía sus energías a través de una nueva inmensidad. Ingrávido, dio una voltereta bajo la superficie.

Cuando volvió a sacar la cabeza, una ola enorme iba hacia él. Se zambulló de nuevo y se dejó zarandear de aquí para allá. Nadó mar adentro, con las brazadas largas y poderosas de su juventud. Pensar flotando en el mar no tenía nada que ver con pensar en tierra firme. Quería ir más allá del rompiente, hasta esa zona en calma donde podría pensar como sólo es posible cuando el mar nos acuna. El mundo nos sostiene en todo momento, pero no lo sentimos físicamente, no somos conscientes de su efecto. No podemos sacar consuelo alguno de ese sostén que ejerce sobre nosotros, y que sólo alcanzamos a percibir como un vacío neutral. Pero el mar sí lo sentimos. Envueltos en él, arrojados de un modo tan firme, acunados con tanta delicadeza, nuestros pensamientos se organizan de un modo muy distinto y toman otras formas. Se ven liberados hasta lo abstracto. Tocados por la fluidez. Y así, flotando boca arriba en la gran bañera que era el origen de la vida, Epstein estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no vio el colosal muro de agua que avanzaba en su dirección hasta que lo tuvo encima.

Fue uno de los rusos, grande como un oso, quien lo arrastró hasta la orilla, boqueando y luchando por respirar. No había pasado demasiado tiempo sumergido, pero había tragado mucha agua. La expulsó tras unas cuantas arcadas y, apoyando la cara en la arena, intentó recuperar el aliento. Con el pelo apelmazado a un lado de la cabeza, el bañador colgando de las caderas, Epstein jadeaba, estupefacto.

Esa noche, mientras cenaba en un restaurante de Rothschild que había escogido su sobrino, empezó a sonarle el móvil. No había podido recuperar el que se le había extraviado. La delegación palestina había abandonado el hotel de Nueva York al alba; para cuando la ayudante de Epstein llegó allí, ya estaban sobrevolando Nueva Escocia. A la altura del Ártico, un desconocido se había arrojado con el abrigo de cachemira de Epstein, quizá mientras

cotilleaba sus fotos. Pero de momento no podía hacer nada al respecto, así que había sustituido el viejo móvil por uno nuevo. Aún no se había acostumbrado al tono de llamada, y cuando por fin comprendió que era su teléfono el que sonaba y lo sacó del bolsillo, no pudo identificar a la persona que llamaba porque no había podido descargar todavía su agenda de contactos. El móvil siguió sonando mientras Epstein dudaba, sin saber qué hacer. ¿Debía contestar? ¡Él, que siempre se ponía al teléfono, que en cierta ocasión hasta lo había hecho en medio del *Mesías* de Händel dirigido por Levine! La mujer ciega con un corte de pelo asimétrico que nunca se perdía un concierto y escuchaba la música con cara de arrobamiento místico casi le había echado encima a su pastor alemán. Durante el intermedio se había despachado a gusto con Epstein, que la había mandado a hacer puñetas — ¡había mandado a hacer puñetas a una mujer ciega! ¿Acaso no había que dispensarles el mismo trato que a todos los demás?— y luego, la vez siguiente, cuando había visto al perro comiendo una chocolatina que había encontrado en el pasillo, no había hecho nada por impedirselo, aunque esa misma noche se había despertado con sudores fríos, imaginando a la mujer en la sala de urgencias del veterinario, mirando al techo con aquellos ojos empañados, de un azul lechoso, mientras esperaba que le hicieran un lavado de estómago al animal. Sí, él siempre se ponía al teléfono, aunque sólo fuera para decir que no podía ponerse en ese momento, que llamaría más tarde. Toda su vida giraba en torno a esa gran predisposición a contestar, antes incluso de saber cuál era la pregunta. Finalmente, Epstein aporreó la pantalla con un dedo para aceptar la llamada.

—¡Jules! Soy Menachem Klausner.

—Rabino —dijo Epstein—, qué sorpresa. —Al otro lado de la mesa, Moti arqueó las cejas, pero siguió engullendo pasta *cacio e pepe*—. ¿Cómo me has encontrado?

Habían viajado a Israel en el mismo avión. Mientras pasaba el control de seguridad en el aeropuerto John F. Kennedy, Epstein había oído que lo llamaban por su nombre, pero al mirar a su alrededor no había visto a nadie, así que había acabado de anudarse los zapatos, había cogido la maleta de mano y se había ido a toda prisa hacia la sala VIP para hacer unas últimas llamadas. Cuando llevaba dos horas de vuelo y dormitaba con el respaldo del asiento completamente reclinado, lo despertaron unas persistentes palmaditas

en el hombro. No, no quería un tentempié de frutos secos. Pero cuando levantó una punta del antifaz lo que vio no fue el rostro maquillado de la azafata, sino a un hombre barbudo inclinado sobre él, lo bastante cerca para que Epstein distinguiera los poros dilatados de su nariz. Miró a Klausner entornando los ojos, luchando contra el sopor, y estuvo tentado de volver a ponerse el antifaz, pero el rabino le apretó el brazo con firmeza. Sus ojos azules refulgían.

—¡Me ha parecido verte! Es el *bashert*, que tú y yo viajemos a Israel en el mismo avión. ¿Puedo? —preguntó, y antes de que Epstein tuviera tiempo de contestar, el voluminoso rabino pasó por encima de sus piernas y se dejó caer en el asiento libre de la ventanilla.

—¿Qué haces en *sabbat*? —preguntaba ahora Klausner al otro lado de la línea.

—¿*Sabbat*? —repuso Epstein. En Tel Aviv, el día de descanso que empezaba el viernes al caer la noche y se alargaba hasta el atardecer del sábado siempre había representado un incordio para Epstein, pues todo estaba cerrado y la ciudad entera echaba la persiana en pos de una paz ancestral perdida. Hasta sus habitantes menos creyentes adoraban hablar sobre ese ambiente especial que se adueñaba de la ciudad los viernes por la tarde, cuando las calles se vaciaban y el mundo se entregaba a una especie de tregua, como si lo hubieran sacado del río del tiempo para poder devolverlo a su cauce de forma deliberada, ritual. Sin embargo, en lo que respectaba a Epstein, un paréntesis en la productividad dictado por el Estado no era más que una imposición.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Safed? —sugirió Klausner—. Puedo recogerte y llevarte yo mismo. Servicio puerta a puerta; más fácil, imposible. El viernes por la mañana tengo que ir a Tel Aviv de todos modos, para una reunión. ¿Dónde te alojas?

—En el Hilton. Pero ahora mismo no tengo la agenda delante.

—Puedo esperar.

—Estoy en un restaurante. ¿Puedes llamarme por la mañana?

—Quedamos que te vienes conmigo, y si hay algún imprevisto, me llamas. Si no sé nada de ti, estaré en el vestíbulo el viernes a la una. Sólo son dos horas de trayecto, tendremos tiempo de sobra para llegar allí antes de que empiece el *sabbat*.

Pero Epstein sólo lo escuchaba a medias, pues sentía el repentino impulso de contar al rabino que horas antes había estado en un tris de ahogarse. Que lo habían sacado del agua justo a tiempo. Aún tenía el estómago revuelto; no podía probar bocado. Había intentado contárselo a Moti, aunque sólo fuera para justificar su falta de apetito, pero tras poner el grito en el cielo entre grandes aspavientos, su primo había vuelto a concentrarse en los vinos de la carta.

El día siguiente lo pasó atareado con llamadas a Schloss, que estaba introduciendo cambios en su testamento ahora que Epstein tenía menos pertenencias que dejar a sus herederos, y con otra reunión sobre las posibles aplicaciones prácticas de su afán filantrópico, esta vez de la mano de la Orquesta Filarmónica de Israel. Había quedado con Zubin Mehta en persona. Ataviado con un abrigo italiano y una bufanda de seda, el maestro Mehta había paseado con él por las inmediaciones del auditorio Bronfman. Epstein tal vez no fuera un pez gordo, pero sus dos millones de dólares podrían dotar de fondos la cátedra de violín Edith y Solomon Epstein. Sus padres eran grandes aficionados a la música. Solomon había tocado el violín hasta cumplir los trece años, cuando se había acabado el dinero para las clases de música. En casa solían poner discos por las noches, le comentó al director de orquesta, y él oía la música desde su cama a través de la puerta abierta. Cuando tenía seis años, su madre lo había llevado a escuchar a... pero de pronto, para su bochorno, no lograba recordar el nombre del gran pianista que había subido al escenario y se había acercado al piano como un agente funerario se acercaría a un ataúd.

La ayudante de Mehta restó importancia a este lapsus y apuntó todo lo demás en un bloc de notas amarillo. Después se sentaron a tomar café en la luz blanca y deslumbrante de la plaza Habima. Todavía intentando recuperar el nombre del pianista, Epstein desenterró el recuerdo de algo que había sucedido más o menos por las mismas fechas. Una tarde calurosa estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados después de la siesta cuando tuvo la visión de una araña. Distinguió nítidamente su abdomen de color naranja con forma de reloj de arena, las patas de un tono tostado con rayas oscuras en las articulaciones. Y entonces, muy despacio, abrió los ojos y allí estaba la araña, en la pared de enfrente, tal como la había visto en sus pensamientos. Sólo

cuando su madre entró en el cuarto y empezó a chillar supo que se trataba de una viuda marrón. Le hubiese gustado que la ayudante apuntara también esa anécdota en su bloc de notas, pues le parecía de gran importancia.

Pero el maestro Mehta seguía hablando, y su atención saltaba sin descanso del móvil, que zumbaba constantemente, a las flores moradas que trepaban entrelazadas por el muro, y de éstas al lodazal de la política israelí (no se tenía por un profeta, afirmó, pero la situación no pintaba nada bien). Después le habló de un concierto que daría en Bombay, donde podría dirigir obras de Wagner, algo impensable en Tel Aviv. Epstein había oído decir que Mehta tenía cinco hijos de cuatro madres distintas; al parecer, no sentía la necesidad de poner fin a una historia antes de empezar otra.

Cuando se levantaron para darse la mano, Epstein tocó el abrigo de Mehta y le dijo que había tenido uno muy parecido. El director de orquesta se limitó a sonreír vagamente, pensando ya en otra cosa. Más tarde, Epstein supo que la orquesta no tenía un solo músico palestino y, consciente de que sus hijas le leerían la cartilla si le hacía una donación, centró su interés en el Museo de Israel.

Entre unas cosas y otras había olvidado la invitación de Klausner y no la recordó hasta el viernes a mediodía, cuando intentó hacer una reserva para cenar y el recepcionista le advirtió que el restaurante en cuestión estaría cerrado por el *sabbat*. Una hora después, a la una en punto de la tarde, lo llamaron a la habitación para decirle que el rabino estaba abajo esperándolo. Epstein sopesó la situación. Aún estaba a tiempo de echarse atrás. ¿De veras quería pasar las siguientes dos horas metido en un coche con Klausner y seguir toda la noche a su merced? En el avión, cuando había sugerido que Epstein lo acompañara a visitar Safed, el rabino había insistido para que se alojara en la pensión Gilgul. No era un cuatro estrellas, había dicho, pero le darían su mejor habitación. Sin embargo, Epstein no tenía intención de quedarse a pasar la noche. Llamaría a un taxi para que lo recogiera en cuanto empezara a cansarse de la hospitalidad de Klausner. Había estado en Safed treinta años atrás, y sólo recordaba los puestos que vendían orfebrería de plata a pie de carretera y los interminables escalones de piedra alfombrados de musgo. Un lugar hermoso, había dicho Klausner de esa aldea enclavada en las montañas de la Alta Galilea que atraía a los místicos desde hacía quinientos años. Un lugar de aire tonificante y luz incomparable. El rabino

llegó incluso a insinuar que tal vez Epstein estuviera interesado en las enseñanzas que se impartían en Gilgul. «¿Y qué quieres que aprenda?», preguntó Epstein, arqueando una ceja, a lo que Klausner contestó citando una leyenda jasídica sobre un estudiante que va a visitar a su maestro, un gran rabino, y a su regreso, cuando le preguntan qué ha aprendido, contesta que ha aprendido cómo se anuda los zapatos el rabino. Señalando los mocasines negros de Klausner, desgastados en el talón, Epstein repitió las palabras de su padre: «¿Y así te ganas la vida?»

Siempre se había enorgullecido de su capacidad para descubrir la verdadera naturaleza de los demás, para ver más allá de la superficie. Pero aún no sabía qué pensar de Klausner. Era un gran comunicador, y había logrado atraer a cientos de almas sedientas de respuestas hasta su montaña mágica desde los lejanos aeropuertos de Nueva York y Los Ángeles. Arrastrar a Epstein desde Tel Aviv no era nada para él. Y sin embargo había algo en la mirada del rabino —no su atención, pues el mundo siempre había escuchado atentamente a Epstein, sino más bien su profundidad, la sugerencia de cierta capacidad interna— que parecía encerrar la promesa de comprensión. Los acontecimientos de la víspera —la pérdida del abrigo, el atraco, la carroza fúnebre que transportaba el largo y reluciente ataúd de ébano que había recordado aquella misma noche, con un escalofrío, cuando se había subido a la oscura limusina que lo esperaba— habían dejado a Epstein un poco melancólico. Tal vez se debiera a una hipersensibilidad fruto de la emoción, pero se descubrió deseando abrir su corazón a Klausner. A grandes rasgos, le habló del año anterior: empezó por la muerte de sus padres, tras la cual, y para el estupor de familiares y amigos, había puesto fin a un matrimonio largo y básicamente estable y se había jubilado del bufete de abogados, y por último le habló del deseo irresistible de soltar lastre que subyacía a todo lo anterior y que lo había impulsado a regalar buena parte de sus pertenencias.

El rabino se atusó la barba con sus largos y delgados dedos, y al cabo pronunció una palabra que Epstein no alcanzó a comprender. *Tzimtzum*, repitió Klausner, y explicó que se trataba de un término clave de la cábala. ¿Cómo lo hace el infinito —el *Ein Sof*, el ser sin fin, como se denomina a Dios— para crear algo finito en el seno de lo que ya es infinito? Más aún, ¿cómo explicar la paradoja de la presencia y la ausencia simultáneas de Dios

en el mundo? Había sido un místico del siglo XVI, Isaac Luria, quien había desarrollado la respuesta en Safed quinientos años atrás: cuando Dios sintió el deseo de crear el mundo, primero se retiró a sí mismo y luego lo creó en el vacío resultante. *Tzimtzum* era la palabra con la que Luria se refería a esa contracción divina, explicó Klausner, que era la necesaria precursora de la creación. Ese fenómeno primigenio se veía como un *continuum* que resonaba constantemente no sólo en la Torá, sino también en nuestras vidas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo —continuó Klausner, volviéndose a medias en su asiento, que carecía del espacio para las piernas que le daba el púlpito—, Dios creó a Eva a partir de una costilla de Adán. ¿Por qué? Porque primero tenía que crear un espacio vacío en Adán para hacerle hueco a la experiencia del otro. ¿Sabías que Chava, Eva en hebreo, significa «experiencia»?

Era una pregunta retórica, y Epstein, que estaba acostumbrado a emplearlas, no se molestó en contestar.

—Para crear al hombre, Dios hubo de apartarse a sí mismo, y podría decirse que la característica que mejor define a la humanidad es esa ausencia. Es una ausencia que nos atormenta porque, al haber sido creados por Dios, conservamos un recuerdo de lo infinito que nos genera un profundo anhelo. Pero esa misma ausencia es lo que nos permite tener libre albedrío. El hecho de desobedecer la orden divina de no comer el fruto del árbol prohibido puede interpretarse como un rechazo de la obediencia en favor del libre albedrío y la búsqueda del conocimiento autónomo. Pero, por descontado, fue Dios quien sugirió la idea de comer el fruto de ese árbol. Fue Dios quien sembró esa idea en Eva. Y también puede interpretarse como la estrategia elegida por Dios para que Adán y Eva se enfrentaran al espacio que había quedado vacío en su interior, el espacio en el que Dios parece estar ausente. Desde ese punto de vista, es Eva, cuya creación exigió un vacío físico en Adán, quien lo lleva a descubrir el vacío metafísico en su propio interior que habrá de lamentar para siempre, por más que trate de llenarlo con su libertad y albedrío.

Ese concepto también estaba presente en la historia de Moisés, continuó Klausner. El hombre elegido para hablar en nombre de su pueblo hubo de privarse primero del habla. De niño, se metió un trozo de carbón ardiente en la boca y se quemó la lengua, por lo que no podía articular palabra, y fue esta

ausencia de habla la que hizo posible que se llenara con el discurso de Dios.

—Por eso los rabinos nos dicen que un corazón roto está más lleno que uno intacto, porque un corazón roto tiene un vacío, y ese vacío se presta a que lo llenen de infinito.

—¿Qué tratas de decirme? —preguntó Epstein, con una carcajada sarcástica—. ¿Que me aplique el cuento?

El avión entró en una zona de turbulencias y empezó a dar bandazos, y Klausner centró toda su atención en buscar desesperadamente las correas del cinturón de seguridad. Le confesó a Epstein su temor a volar y se tragó dos pastillas con un vaso de zumo de piña tras haber engatusado a la azafata para que se lo sirviera después de que ésta le advirtiese que debía volver a su asiento de la clase turista. Ahora, con las manos ahuecadas en torno al rostro, volvía a escrutar el cielo oscuro como si pudiera descubrir en él la causa de la inestabilidad.

El peligro pasó y la azafata acudió para ahuyentar a Klausner con un mantelito individual blanco para la mesa plegable. Iban a servir la cena, por lo que el rabino tenía que volver a su asiento. Viendo que se le agotaba el tiempo, Klausner fue directo al grano. Aunque le encantaría dedicarse por completo a Gilgul, aseguró, últimamente invertía buena parte de su tiempo en la comisión que organizaba la reunión de los descendientes del rey David que tendría lugar el próximo mes en Jerusalén. Nunca se había hecho nada parecido. ¡Se esperaba la asistencia de un millar de personas! Había querido sacar el tema en el Plaza, añadió, pero Epstein se había ido antes de que pudiera hacerlo. ¿Aceptaría su invitación para asistir al acto? Sería un honor contar con él. ¿Y se plantearía la posibilidad de unirse al consejo asesor? Sólo tendría que poner su nombre y hacer una donación.

Ajá, pensó Epstein, así que de eso se trataba. Pero si el hastío se adueñó de su mente, no así de su corazón, porque al oír la palabra «Jerusalén» —que por algún motivo no sólo permanecía inmune a su propia antigüedad, a todo el dolor y las incontables paradojas que acumulaba, y a su colección de errores humanos, sino que además todo ello parecía contribuir a su majestuosidad—, recordó la visión de sus colinas ancestrales y sintió que su corazón, el mismo que bombeaba sangre diluida a causa de los anticoagulantes, se expandía de pronto.

Le dijo a Klausner que se lo pensaría, aunque en realidad no tenía

intención de hacerlo. Sintió el impulso repentino de enseñarle algunas fotos de sus hijos, por si le había transmitido una imagen confusa de sí mismo con toda aquella monserga sobre la necesidad de desprenderse de las cosas, de soltar lastre. Sus radiantes hijos y nietos, que eran la prueba de su apego al mundo. Había que esforzarse para encontrar el parecido. A Jonah, más moreno que sus hermanas, le bastaba con unas horas de exposición solar para coger color. Para convertirse en un vendedor de alfombras marroquí, solía bromear Epstein. Pero su madre siempre había dicho que tenía el pelo de un dios griego. Maya lucía la misma cabellera oscura, pero para cuando la concibieron ya habían repartido toda la melanina entre sus hermanos, por lo que tenía la piel clara y se quemaba con facilidad.

Lucie no parecía marroquí ni griega, ni tan siquiera judía. Tenía un aire nórdico, tocado por la gracia de la nieve y aclarado por el frío. Y sin embargo había algo en sus rostros, cierta vivacidad, que todos compartían.

Pero en cuanto Epstein sacó el móvil para enseñarle las fotos al rabino, recordó que no tenía ni una. Sus miles de fotos habían desaparecido, al igual que el palestino. Epstein volvió a pensar en el hombre que llevaba su abrigo, que para entonces habría llegado ya a Ramala o Nablus y lo habría colgado en el armario, para sorpresa de su mujer.

Sin nada que enseñar, Epstein le preguntó a Klausner cómo había conseguido que lo invitaran a la reunión con Abás en el Plaza, a lo que el rabino contestó que era un viejo amigo de Joseph Telushkin. Pero Epstein no conocía a nadie que se llamara así.

—No es un descendiente —repuso Klausner, pero con un brillo en la mirada, como si fuera perfectamente consciente de la imagen que jugaba a proyectar, la del judío que aspira a encarnar un cliché, que en su piadosa lucha contra la extinción está dispuesto a convertirse en una copia de una copia de una copia. Epstein llevaba toda la vida viéndolos, a esos hombres cuyos trajes oscuros no hacían sino subrayar el hecho de que, después de tantas copias, la tinta se había ido difuminando, perdiendo intensidad. Pero ése no era el caso de Klausner.

Ahora el rabino lo estaba esperando en el vestíbulo del Hilton. Por la ventana de cristal templado de la habitación, Epstein alcanzaba a ver la colina de Jaffa en cuyo vientre miles de años yacían vencidos y soñaban, devueltos

al útero. Una sensación de languidez se adueñó de él, y al no estar acostumbrado a ella, incómodo ante lo que implicaba, hizo un esfuerzo por levantarse. Recogió los séqueles que había sobre la mesilla de noche, se los metió en el bolsillo y sacó del armario varios billetes grandes que guardó en la cartera. Ya fuera paseando por los verdes jardines del Instituto Weizmann, visitando la casa bajo la mirada severa del primer presidente de Israel, que lo seguía desde sus retratos al óleo, o de camino a la Universidad Ben Gurión, donde vio enormes aves carroñeras alimentándose en el desierto, o incluso sentado a la mesa con su primo Moti, todas las conversaciones que había tenido en los últimos días compartían un mismo subtexto: el dinero. Epstein estaba harto. Haría una contribución simbólica a la operación cabalística de Klausner y daría el asunto por zanjado. Quería hablar con el rabino de otras cosas.

Al doblar la esquina de la columna de ascensores del vestíbulo, vio a Klausner por detrás. Llevaba puesto el mismo traje mugriento. Epstein reconoció una hilacha que seguía colgando del dobladillo de la chaqueta porque el rabino no se había molestado en cortarla, y en la espalda lo que parecía una huella de pie polvoriento. Llevaba una bufanda de lana azul marino al cuello. Klausner lo saludó efusivamente, cogiéndolo por los hombros y estrechándolos con afecto. Carecía de la torpeza física de los ortodoxos, que a menudo parecían querer alejarse tanto como fuera posible de sus propios cuerpos y se encogían como si pretendieran recluirse en lo más recóndito de sus cráneos. Epstein se preguntó si Klausner era creyente de nacimiento o si había abrazado la religión más tarde. Se preguntó si debajo de aquel traje mal cortado no habría un cuerpo que en tiempos había jugado al baloncesto, había luchado en un ring, había rodado desnudo con una chica sobre la hierba, un cuerpo que había satisfecho su casi constante búsqueda de libertad y placer. Imaginando estas escenas tan prosaicas, Epstein sintió en el pecho el cálido aleteo de la amistad.

Siguió al rabino y salió por la puerta giratoria, cruzó la calle y fue hacia un coche destartado y torcido respecto al bordillo, que parecía más abandonado que aparcado de forma intencionada. Klausner abrió la portezuela del copiloto y empezó a trastear en el interior del vehículo; sacó botellas de plástico vacías y una caja de cartón atada con cordel que arrojó al maletero. Viéndolo desde atrás, Epstein preguntó al rabino si también

regentaba un punto de reciclaje.

—En cierto sentido —replicó éste con una gran sonrisa, y se sentó al volante. Incluso con el asiento totalmente echado hacia atrás, sus rodillas seguían dobladas en un ángulo poco natural.

Epstein se acomodó en el asiento contiguo. Unos cables deshilachados asomaban en el salpicadero, como un reproche, allí donde alguien había arrancado de cuajo el equipo de música. El motor arrancó con una sacudida y, tras virar bruscamente para esquivar un Mercedes aparcado, el rabino bajó la pendiente empinada por la que se accedía al hotel.

—Tendrás que disculparme, el Bentley está en el mecánico —dijo Klausner, bajando de un manotazo la palanca del intermitente y mirando a Epstein con el rabillo del ojo para ver qué tal le sentaba la broma. Pero éste, que en el pasado había tenido un Bentley, se limitó a sonreír ligeramente.

Dos horas más tarde, cuando habían dejado atrás la carretera de la costa y ya ganaban altitud, empezó a lloviznar. El coche no tenía limpiaparabrisas, tal vez porque quienquiera que se había llevado el equipo de música había visto también en ellos una mercancía valiosa. Pero Klausner, al que para entonces Epstein tenía por incombustible, alargó el brazo hacia fuera como si tal cosa y frotó el cristal con un trapo sucio sin ni siquiera levantar el pie del acelerador. Repetía ese gesto cada pocos minutos sin interrumpir su exégesis de la vida y enseñanzas de Luria. Prometió llevar a Epstein a visitar la casa de Safed en la que Luria había vivido, el patio donde sus estudiantes se habían reunido para seguir al maestro hasta los campos, bailando y cantando salmos para dar la bienvenida a la reina del *sabbat*.

Epstein sonrió para sus adentros al tiempo que miraba por la ventanilla. Le seguiría la corriente sin interferir. Una semana antes jamás habría dicho que estaría allí, en el coche de un rabino místico, de camino a Safed. La idea de haber llegado hasta allí sin haber dado una sola instrucción lo complacía. Se había pasado la vida luchando por decidir el resultado, pero al parecer la víspera del sexto día había llegado también para él. La tierra ancestral se extendía a su alrededor. Todas las vidas son extrañas, pensó. Cuando bajó la ventanilla del coche, el aire olía a pino. Notó cierta levedad mental. El sol ya estaba bajo. El tráfico en la autopista los había retrasado, y la reina del *sabbat* les pisaba los talones. Sin embargo, al dirigir la vista hacia las colinas que

parecían dormir plácidamente, experimentó de pronto la sensación de tener todo el tiempo del mundo.

Llegaron a Safed y se abrieron paso entre calles angostas, en las que los comercios ya habían echado el cierre. En dos ocasiones tuvieron que detenerse y dar marcha atrás para dejar pasar a los buses turísticos, en cuyas ventanillas altas asomaban los rostros fatigados pero satisfechos de quienes acababan de beber de la fuente de la autenticidad. Más allá del centro, los turistas y artistas escaseaban cada vez más, hasta que ya no vieron más que judíos jasídicos, pegándose a los muros de las casas y aferrándose a sus bolsas de plástico para dejar pasar el coche, que avanzaba con dificultad por las callejuelas. ¿De dónde venía la extraña obsesión de los judíos ortodoxos por las bolsas de plástico?, se preguntó Epstein. ¿Cómo se explicaba que un pueblo que había vagado sin rumbo durante miles de años no invirtiera más en un buen equipaje? Ni siquiera usaban maletines, y se presentaban en el juzgado con sus documentos legales metidos en bolsas de la panadería kosher; lo había visto cientos de veces. Ahora negaban con la cabeza, contrariados, al ver a Klausner, no porque casi les rebanaba la nariz al pasar, sino por ir conduciendo cuando estaba a punto de empezar el *sabbat*. Pero cuatro minutos antes de que sonara la campana, el rabino viró bruscamente para enfilar un camino de acceso situado en las afueras de la ciudad y se detuvo frente a un edificio cuya fachada de piedra moteada recordaba el color de las muelas, acaso las de alguien demasiado viejo para poder usarlas.

Klausner se apeó de un salto, cantando para sus adentros con vozarrón de tenor. Epstein se quedó allí plantado, en el aire puro y fresco, contemplando el valle donde Jesús había obrado sus milagros. Un gallo cacareó a lo lejos y, como si le diera la réplica, un perro ladró en la distancia. Si no fuera por la antena parabólica instalada sobre las tejas de barro, podría haber creído que el rabino lo había hecho recular en el tiempo hasta una época en que el mundo aún no era consecuencia.

—Bienvenido a Gilgul —dijo Klausner, levantando la voz y enfilando el sendero a toda prisa—. Ven, nos estarán esperando.

Epstein se quedó donde estaba, apreciando las vistas.

Pero de pronto su móvil empezó a sonar otra vez, tan estridente que se habría oído hasta en la lejana Nazaret. Era su ayudante, que llamaba desde Nueva York. Buenas noticias, dijo: creía tener una pista sobre el paradero de

su abrigo.

RUMBO A CANAÁN

Después de separarme de Friedman, pasé el resto de la noche atrapada entre el sueño y la vigilia. Cada vez que cerraba los ojos y me dejaba vencer por un leve y agitado duermevela, mi mente se llenaba con las hileras y columnas de ventanas del hotel, que se iluminaban y rechinaban como una máquina tragaperras o un ábaco gigante. No alcanzaba a entender el significado de todos aquellos cálculos frenéticos y repetitivos. Sólo sabía que eran importantes para mí y para lo que me depararía la vida. Todas las cosas que habían pasado ese día daban vueltas en mi mente, distorsionadas, y en un momento dado me convencí de que Kafka en persona estaba sentado en la silla de la ventana, vuelto a medias hacia el balcón. Estaba segura de su presencia, tanto como lo estaría un instante después de lo absurdo que era aquello en lo que había creído sólo segundos antes. Allí estaba el rostro que había estudiado tantas veces, el de la foto tomada durante su último año de vida: un hombre de cuarenta años con la mirada febril —ya fuera por la enfermedad o la emoción de la fuga—, los pómulos salientes en el rostro demacrado, las orejas puntiagudas que se apartaban del cráneo como si algo tirara de ellas con fuerza hacia arriba y hacia fuera. Retorcidas por la tensión, ya no parecían meramente humanas. ¿Acaso esas orejas no habían sido siempre la prueba de que una incomprensible transformación estaba ya en marcha?

De pronto la puerta del balcón se entreabrió, y por la rendija entró el lento y dulce arrullo del mar. De vez en cuando Kafka levantaba un pie con delicadeza y acariciaba las largas cortinas con el tobillo delgado y sin vello. Su desasosiego llenaba la estancia, cargado de malos augurios, y en algún rincón de mi subconsciente la fantasía suicida que Kafka había ensayado a menudo en su diario, y que consistía en tirarse por la ventana y estrellarse en

la acera de abajo, debió de solaparse con el hombre que había muerto tras caer desde el balcón del hotel.

Pero Kafka, mi Kafka, no parecía interesado en salir al balcón, por lo que me convencí de que intentaba decidir si casarse o no con alguna de las mujeres que habían desfilado por su vida. Al leer sus cartas y diarios uno no puede evitar la sensación de que, después de sus escritos, ésa era la cuestión que más lo absorbía. Sopesé vagamente la posibilidad de decirle que había derrochado demasiadas energías en todo ello. Que sus desvelos eran inútiles, que estaba en lo cierto al sospechar que el matrimonio no era para él, y que lo que se le antojaba un fracaso y una debilidad podría verse también como una muestra de salud. Una muestra de salud, podría haber añadido, que yo había empezado a sospechar que compartía con él, en tanto en cuanto definamos la salud como esa parte de uno mismo que reconoce lo que nos enferma.

Al año siguiente yo también cumpliría cuarenta, y se me ocurrió que, si mi vida había sido concebida en el Hilton, no era descabellado pensar que mi muerte también lo sería. Que en eso debía centrarse mi investigación. En la niebla de la semiconsciencia, la idea no me asustó. Parecía no sólo lógica, sino también amparada por una razón profunda, y justo antes de que por fin me quedara dormida, me infundió una extraña esperanza.

Por la mañana el sol entraba a raudales por las ventanas y alguien me despertó llamando bruscamente a la puerta. Me levanté de la cama y fui a abrir con paso tambaleante. Era una camarera de habitaciones que había acudido a reponer el orden desde su lejana Eritrea o Sudán natal. Llevaba en el carro una gran pila de toallas immaculadas y jaboncillos de bordes festoneados envueltos en papel. Abarcó con la mirada la habitación que quedaba a mi espalda, las sábanas revueltas y los cojines desperdigados, como evaluando la tarea que tenía ante sí. Habría visto de todo. Una mujer que apenas había pegado ojo en toda la noche no era rival para ella. Pero se dio cuenta de que me había despertado y empezó a dar media vuelta. Entonces se me ocurrió que, si alguien sabía qué le había pasado al hombre que había saltado o se había caído desde el balcón, debía de ser ella.

La llamé cuando ya se iba y le expliqué que no tardaría en abandonar el hotel, por lo que podía empezar a limpiar. Podía empezar a borrar mi presencia, por así decirlo, para que el siguiente huésped pudiera disfrutar de

la ilusión de alojarse en una habitación especialmente hecha para él sin pensar en la larga lista de personas que habían dormido en esa misma cama.

La seguí hasta el baño, donde empezó a trajinar alrededor del lavamanos. Al ver que me quedaba allí merodeando, me sostuvo la mirada a través del espejo.

—¿Más toallas?

—No hace falta, gracias. Pero quería preguntarle una cosa.

La mujer se enderezó al tiempo que se secaba las manos en el delantal.

—¿Sabe usted algo sobre el huésped que se cayó por el balcón hace unos meses?

Un gesto de confusión, o quizá recelo, ensombreció su rostro.

Volví a probar suerte:

—El hombre que se cayó desde allí —añadí, señalando las ventanas, el cielo, el mar—. ¿Un hombre que murió...?

Al ver que esto último no provocaba reacción alguna, deslicé un dedo rápidamente por mi garganta, como el polaco sin escrúpulos de *Shoah* que enseñó a Claude Lanzmann cómo, desde los terraplenes de las vías del tren, les decía por señas a los judíos que se dirigían a su propia muerte. No sabría decir por qué lo hice.

—No inglés.

La mujer se inclinó para recoger una toalla sucia del suelo y se escabulló del baño, hurtando el cuerpo al pasar junto a mí. Cogió toallas limpias del carro, las dejó sobre la cama deshecha y me dijo que volvería más tarde. La puerta se cerró con un chasquido a su espalda.

De nuevo a solas, me invadió el desánimo. Durante meses me había aferrado a la idea de que aquella fea mole encerraba algún tipo de promesa. Incapaz de hacerla realidad, había dejado que me dominara, y en lugar de darme por vencida y pasar a otra cosa había hecho las maletas, me había ido derecha a la mole y hasta me había alojado en ella, y allí estaba, acosando a una pobre mujer para que me confirmara que alguien se había arrojado desde el balcón porque eso me permitiría creer que allí había una historia digna de ser contada.

Hice la maleta, loca por salir del hotel e irme al piso de mi hermana, en la

calle Brenner, donde solía quedarme cuando viajaba a Tel Aviv. Ella sólo vivía allí una parte del año, y en ese momento estaba de vuelta en California. No sería la primera vez que pasaba unos días escribiendo en su piso vacío, por lo que quería creer que, fuera ya del Hilton, pero tampoco demasiado lejos de él, tal vez podría sentarme y empezar de una vez la novela sobre el hotel, o inspirada de algún modo en su estructura, que llevaba medio año intentando abordar y de la que no había escrito un solo capítulo.

En las noticias de la tele dijeron que no había habido más ataques con misiles. Había sido una noche tan poco interesante, desde el punto de vista informativo, que entre las imágenes de archivo de Gaza y un discurso del ministro de Defensa, que apenas se distinguía del de Cultura, emitieron un reportaje sobre el avistamiento de un cetáceo en la costa de Israel, al norte de Tel Aviv. Se trataba de una ballena gris, una especie que no se veía en el Mediterráneo desde hacía unos doscientos cincuenta años, pues la caza la había abocado a la extinción en todo el hemisferio norte. Pero ahora un ejemplar solitario había sido visto nadando desde Herzliya hasta Jaffa antes de volver a desaparecer en las profundidades marinas. En el reportaje intervenía un representante del Centro para la Investigación y Recuperación de Mamíferos Marinos, que explicó que la ballena estaba en los huesos y que seguramente se había perdido. Creían que se había desorientado al encontrar el hielo fundido en el paso del Noroeste, y que sin los puntos de referencia habituales había virado al sur en lugar de ir hacia el norte y había acabado en aguas israelíes. Sentada en la cama del hotel, vi en las borrosas imágenes captadas por la cámara cómo el animal lanzaba un chorro de agua al aire y, tras una pausa larga, erguía la inmensa cola surcada de cicatrices.

Salí al balcón para contemplar las vistas por última vez. O para escudriñar el mar en busca de la ballena. O tan sólo para volver a confirmar lo cerca que estaba Gaza en realidad. En un barco pequeño con motor fuera borda no se tardaría demasiado en recorrer las cerca de cuarenta millas náuticas que nos separaban del lugar desde el que los palestinos contemplaban el mismo horizonte, la misma promesa de espacio infinito, sin poder ir a ninguna parte.

Abajo, en el vestíbulo, había cola delante del mostrador de recepción. Acababa de llegar un numeroso grupo de huéspedes: tías, tíos y primos llegados de todos los rincones de Estados Unidos para celebrar el paso a la

edad adulta de uno de los suyos. Encaramado a una maleta de Louis Vuitton que parecía a punto de reventar, el chico intentaba apurar una cajita de confites Nerd agitándola directamente sobre su boca abierta. Esperé mi turno, viendo cómo el guardia de seguridad apostado ante la puerta hurgaba en un enorme bolso de mano de color blanco que albergaba entre sus pliegues de suave piel toda una dimensión desconocida. Yo también quería echarle un vistazo. La mujer morena con las uñas pintadas que esperaba pacientemente a que el guardia le devolviera el bolso creía que éste lo registraba en busca de un arma o una bomba, pero la meticulosa dedicación del hombre sugería que estaba buscando algo mucho más importante.

El director del hotel salió de su oficina. Al verme se le iluminó el rostro y vino hacia mí con paso resuelto. Tomó mi mano entre las suyas y me preguntó por mi abuelo, al que conocía desde hacía veinte años. Le dije que había muerto el año anterior. El hombre no se lo podía creer y parecía a punto de sugerir que me lo había inventado, tal como inventaba todas las cosas que aseguraba que habían pasado en mis libros. Pero debió de pensárselo y, tras darme el pésame, me preguntó si me había gustado la cesta de fruta que había enviado a mi habitación. Le dije que sí, porque de nada serviría revelarle que no había recibido la cesta de fruta, y causaría un revuelo considerable. Le expliqué que iba a marcharme. Más sorpresa y preocupación: ¿no acababa de llegar? El director me guió hasta el principio de la cola, dejando atrás el grupo del *bar mitzvah*, y pasó al otro lado del mostrador para atenderme en persona, todo ello con movimientos ágiles y elegantes. Después de cobrarme la estancia, me acompañó hasta la puerta y ordenó al portero que me consiguiera un taxi. Parecía tener prisa por despedirse de mí. Seguramente porque tenía muchas otras cosas de las que ocuparse, pero se me ocurrió que tal vez se hubiese enterado de mi interés por el hombre que había muerto al caer desde el balcón. Effie, o incluso Matti, mi amigo periodista, podían haber llamado al hotel en mi nombre, y sus indagaciones habrían llegado a oídos del director. O, quién sabe, tal vez la camarera de habitaciones, alarmada, hubiese informado a su superior. Mientras pensaba todo eso, mi equipaje fue a parar al maletero del taxi que ya me esperaba, y antes de que pudiera formularle la pregunta adecuada, el director me había hecho subir al asiento trasero del coche. Con aire de alegre profesionalidad me sonrió, cerró la portezuela sin vacilar y golpeó con los nudillos la carrocería del taxi para

que se pusiera en marcha.

No llevábamos ni cinco minutos de camino cuando el taxista pegó un volantazo y detuvo el coche junto a la acera. Oí el claxon de un autobús, y al mirar por la luna trasera vi cómo se precipitaba hacia nosotros, frenaba con un chirrido y se detenía a un palmo del parachoques trasero del taxi. El taxista se apeó, maldijo al conductor del autobús y abrió el capó del coche, desapareciendo así de mi campo visual. Lo seguí hasta la parte delantera del coche y le pregunté qué pasaba, pero el hombre hizo caso omiso de mi presencia y siguió inspeccionando las entrañas sobrecalentadas del motor. Los transeúntes se paraban a mirar. En Estados Unidos nadie tiene tiempo que perder, pero en Oriente Próximo sí hay tiempo, así que el mundo se observa con más detenimiento, y cuando eso ocurre se forman opiniones sobre aquello que se observa y, como es natural, no siempre coinciden entre sí, de modo que la abundancia de tiempo, en determinada ecuación, conduce a la discrepancia. Entonces estalló una discusión sobre si el taxista debería haber parado el coche donde lo hizo, impidiendo el paso al autobús. Un hombre con la camiseta de tirantes manchada de sudor se unió al taxista, que estaba debajo del capó, y ambos empezaron a discutir también sobre lo que sucedía allí. Para mi marido el mundo siempre era lo que aparentaba ser, mientras que para mí nunca era lo que aparentaba ser, pero en Israel nadie se pone de acuerdo jamás sobre la apariencia del mundo, y pese a la violencia que conllevan las discusiones interminables, ese reconocimiento elemental del desacuerdo siempre había supuesto un alivio para mí.

Repetí la pregunta, y por fin el taxista alzó el rostro sudoroso, sacó las escasas conclusiones sobre mí que necesitaba recabar, se fue con parsimonia hacia la parte trasera del coche, abrió el maletero, dejó mi maleta en la calle y se puso a trajinar otra vez en el motor. Arrastré la maleta hasta la acera, y la pequeña multitud que se había congregado allí se apartó apenas lo suficiente para dejarme pasar. Me detuve más arriba, en la calle, a unos cuantos metros de distancia, y escudriñé los coches que venían en mi dirección en busca de otro taxi. Pero era hora punta, y todos los que pasaban estaban ocupados. Finalmente avisté un *sherut* —un taxi compartido que sigue una ruta fija y se detiene por el camino cada vez que alguien lo pide a voz en grito— y lo llamé por señas. Pero justo cuando el coche empezaba a frenar para

recogerme, otro vehículo se detuvo delante de mí y el conductor bajó la ventanilla.

Era Friedman, todavía con su chaleco de reportero.

—*Nu?* —saludó, empleando la antigua fórmula yidis para preguntarle a alguien cómo estaba—. ¿Qué ha pasado?

Alargando el brazo por encima del asiento contiguo, abrió la portezuela y luego bajó el volumen de la sinfonía que sonaba en la radio.

¿Me subí a su coche? La literatura tal vez no pueda sostener la ausencia de forma, pero la vida tampoco lo tiene fácil, puesto que se ve procesada por la mente, cuya función es generar coherencia a toda costa. Generar, en otras palabras, un relato creíble.

—¿Va a decirme que esto es fruto del azar? —le pregunté mientras él se reincorporaba al tráfico—. ¿Mi taxi tiene una avería y da la casualidad de que pasaba usted por aquí en este preciso instante?

Pero lo cierto es que me había sentido aliviada al verlo.

—He ido al Hilton a dejarte esto.

Sin apartar los ojos de la carretera, alargó el brazo por detrás de mi asiento, cogió una bolsa de papel marrón, grande y mugrienta, y la dejó sobre mi regazo.

—En el hotel me han dicho que acababas de irte, y he recordado que pretendías instalarte en el piso de tu hermana en la calle Brenner. Iba hacia allí cuando te he visto esperando en la acera.

No recordaba haber mencionado el piso de mi hermana, pero era verdad que tenía ciertas lagunas provocadas por la falta de sueño. La víspera había olvidado por completo que había quedado para tomar café con mi traductor al hebreo, y después de visitar a un viejo amigo, el coreógrafo Ohad Naharin, me había dejado el bolso en su piso. Y sin embargo también estaba dispuesta a creer que Friedman sabía todo lo que había que saber sobre mí; que había leído mi expediente. Puede incluso que quisiera creerlo, puesto que eso me eximía de toda responsabilidad.

Al abrir la bolsa de papel, percibí olor a moho. En ella se amontonaban sin orden ni concierto frágiles ediciones en tapa blanda de las obras de Kafka con los lomos cuarteados por el uso.

—Para ayudarte a pensar —dijo Friedman, sin entrar en detalles.

Cerré la bolsa estrujándola entre mis manos. Estábamos parados en un semáforo, y una pareja joven cruzó la calle por delante del coche. Iban cogidos de la cintura. El chico era guapísimo, como sólo puede serlo alguien que se ha criado en una tierra soleada. La camisa desabotonada dejaba ver todo su cuello. Me volví hacia Friedman, que estaba ocupado recolocando el espejo retrovisor. Parecía demasiado mayor para conducir. La mano derecha le temblaba, de eso no había duda. ¿Y si, al igual que Effie, el primo de mi padre, también él había entrado en esa edad crepuscular en la que, a fuerza de no usarla, la realidad empieza a desdibujarse?

El semáforo se puso en verde y Friedman dobló hacia la izquierda para enfilarse por Allenby. Unos minutos después habíamos llegado a la pequeña y tranquila calle de mi hermana. Señalé el número dieciséis, presidido por el aparcamiento sobre el que se alzaba el edificio y una pequeña zona ajardinada que se las arreglaba para parecer desnuda y asilvestrada a la vez. Ambos nos bajamos del coche; Friedman con la ayuda de su bastón, que descansaba sobre el asiento trasero, lleno de pelos de perro. Ese día llevaba los pies callosos metidos en unas sandalias de piel que dejaban a la vista las uñas agrietadas. Saqué la maleta de un maletero por segunda vez en lo que llevaba de día.

—¿Siempre viajas con tanto equipaje?

Repliqué que en mi familia nadie viajaba tan ligero de equipaje como yo, que mis padres y hermanos no pasaban ni una noche fuera de casa sin llevarse tres maletas cada uno.

—¿Y eso los hace felices?

—Qué tendrá que ver la felicidad. Para ellos, se trata de estar preparados.

—Preparados para la desgracia. Porque para la felicidad no hace falta prepararse.

Se volvió y miró hacia las ventanas del primer piso, donde vivía mi hermana, ocultas tras los postigos metálicos. La música de Lady Gaga resonaba desde la guardería de enfrente.

—¿Puedes escribir ahí dentro?

Tardé unos instantes en contestar, fingiendo que sopesaba la respuesta. Fingiendo, por así decirlo, que había alguna posibilidad de que escribiera allí dentro, aun a sabiendas de que no sería capaz de hacerlo.

—Si quiere saber la verdad —reconocí—, últimamente me cuesta

escribir. Estoy en un punto muerto.

—Razón de más para probar algo nuevo.

—¿Como qué? ¿Poner fin a lo que Kafka no pudo terminar, o decidí abandonar, como buena parte de lo que escribió? ¿Obras que salieron a la luz pese a todo, aun estando inconclusas, sin menoscabo de su valor? Aunque la tarea no me intimidara, la sensación de transgresión me resultaría insoportable. Bastante angustia me producen mis propios escritos.

El sol se colaba entre las hojas enormes de un árbol del caucho y moteaba el rostro de Friedman; una sonrisa afloró a sus labios resecos. Sonreía para sus adentros como hacen los sabios ante la insensatez ajena.

—¿Crees que tu obra te pertenece? —preguntó a media voz.

—¿A quién, si no?

—A los judíos.

Rompí a reír. Pero Friedman ya había dado media vuelta y hurgaba en los abultados bolsillos de su chaleco, uno a uno. Sus manos de piel apergaminada y salpicada de manchas palpaban y toqueteaban los bolsillos, abriendo los cierres de velcro. Era un suplicio que podía durar todo el día; iba cargado como si fuera un hombre bomba.

Entre risas, me vino a la mente la famosa frase del diario de Kafka, «¿Qué tengo en común con los judíos? Si apenas tengo nada en común conmigo mismo», que se citaba a menudo en el incansable debate sobre el peso de la cultura judía en la obra del autor. Luego estaba lo que había escrito en una carta a Milena, aquello de que le gustaría meter a todos los judíos —incluido él mismo— en un cajón hasta que se asfixiaran, abriéndolo y cerrándolo de vez en cuando para comprobar cómo les iba.

Friedman no dijo nada. Seguía rebuscando en los bolsillos del chaleco, que para entonces yo imaginaba repletos de papelitos, encargos que debía entregar a otros escritores con el fin de mantener en marcha la gran maquinaria de la literatura judía. Pero al final no sacó nada de los bolsillos, y o bien olvidó qué andaba buscando, o bien perdió el interés. La literatura judía tendría que esperar, del mismo modo que todas las cosas judías esperan una perfección que, en el fondo, no queremos que llegue.

—Usted mismo lo ha dicho —le recordé—: a nadie le importan ya los libros. Un día los judíos se despertaron y comprendieron que lo último que necesitaban era otro escritor judío. Así que cada cual vuelve a ser dueño de sí

mismo.

Un gesto de reproche hizo que los surcos ya de por sí profundos de su frente parecieran más profundos todavía.

—Tu trabajo es bueno. Pero esa falsa ingenuidad es un problema. Da la impresión de inmadurez. No sales bien parada en las entrevistas.

De pronto sentí una fatiga inmensa y cogí mi maleta por el asa.

—Dígame, señor Friedman, ¿qué es lo que quiere de mí?

Él cogió la bolsa con los libros de Kafka del murete sobre el que la había dejado y me la tendió. Estaba un poco rasgada por abajo, parecía a punto de abrirse y dejar caer su contenido. Alargué las manos instintivamente para impedir que los libros acabaran desparramados en la acera.

—Me halaga que se haya puesto en contacto conmigo, lo digo en serio, pero no soy la escritora que busca. Lo mío me cuesta escribir mis propios libros. Mi vida ya es bastante complicada. No pretendo contribuir a la historia de los judíos.

Arrastré la maleta hacia el edificio de mi hermana. Pero Friedman no había acabado.

—¿Historia? ¿Quién ha dicho nada de la historia? Los judíos nunca han aprendido nada de la historia. Un día echaremos la vista atrás y veremos la historia judía como un accidente, una aberración, y lo que entonces cobrará importancia es lo que nunca ha dejado de tenerla: la memoria de los judíos. Y ahí, en el reino de la memoria, que siempre será incompatible con la historia, la literatura judía sigue albergando la esperanza de ejercer alguna influencia.

Dicho esto, abrió la portezuela del coche, arrojó el bastón metálico a su interior, se sentó al volante y puso el motor en marcha.

—Te recogeré mañana a las diez de la mañana —anunció por la ventanilla bajada—. ¿Te gusta el mar Muerto? Prepara una muda para una noche. En el desierto hace frío cuando se pone el sol.

Luego se despidió alzando la palma abierta de la mano y se marchó con el sonido de cristales rotos crujiendo bajo las ruedas.

Acostada en la habitación de matrimonio de mi hermana, me quedé dormida al fin. Cuando me desperté, echaba de menos mi casa de un modo físico, tal como físicos eran los síntomas de los soldados mercenarios que, en

el siglo XVII, habían caído enfermos por estar muy lejos de sus casas, los primeros a los que se había diagnosticado la nostalgia como dolencia. Aunque nunca lo había experimentado con tanta intensidad, el anhelo de algo respecto a lo cual me sentía escindida, que no era un tiempo ni un lugar sino algo sin forma ni nombre, me había acompañado desde niña. Aunque ahora comprendo que, en cierto sentido, llevaba en mi interior esa escisión: la división que suponía estar aquí y al mismo tiempo no estar aquí, sino más bien «allí».

Había pasado los primeros años de mi vida adulta pensando y escribiendo sobre esa desazón. A mi modo, había intentado abordarla en la primera novela que escribí, pero al final la única cura verdadera que encontré para ella también era física: primero la intimidad con los cuerpos de los hombres que me habían querido, y más tarde con mis hijos. Sus cuerpos siempre me habían anclado. Cuando los abrazaba y notaba su peso contra mi propio cuerpo, sabía que estaba aquí y no allí, como un recordatorio que se renovaba cada día cuando se subían a mi cama por la mañana. Y saber que estaba aquí era en cierto sentido lo mismo que querer estar aquí, porque sus cuerpos generaban una reacción muy poderosa en el mío, un apego que no necesitaba cuestionarse a sí mismo porque ¿qué podía ser más lógico o más natural? Por la noche, mi marido me daba la espalda y se dormía en su lado de la cama, y yo le daba la espalda y me dormía en el mío, y como no encontrábamos la manera de cruzar hasta el otro lado, porque habíamos confundido la falta de deseo de cruzar con el temor a hacerlo, y el temor a cruzar con la incapacidad para hacerlo, cada uno de nosotros se dormía tratando de alcanzar otro lugar distinto. Y sólo por la mañana, cuando uno de nuestros hijos se colaba en nuestra cama, conservando aún la calidez del sueño, nos sentíamos reparados y devueltos al lugar donde estábamos, y recordábamos el intenso apego que nos unía a él.

Tumbada boca abajo en la cama de mi hermana, intenté razonar con la angustia que me iba invadiendo poco a poco. La conocía no sólo de los numerosos viajes que me habían llevado lejos de casa, sino también de cuando dejaba a los niños en el colegio por la mañana y les costaba horrores despedirse de mí, cuando tenía que apartar sus manitas de mí a la fuerza y secarles las lágrimas de las mejillas y luego darles la espalda y salir por la puerta, como siempre nos decían las maestras que debíamos hacer. Cuanto

más se alargaba la despedida, más dolorosa resultaba para el niño, eso decían, y lo que había que hacer en esos casos, con tal de ayudarlo, era separarse de él con una caricia breve y marcharse rápidamente. A nuestro alrededor siempre había niños que no parecían tener problema alguno con este trámite diario. No experimentaban la separación de sus progenitores como una ruptura o un motivo de angustia. Pero ninguno de mis hijos lo tuvo fácil. Cuando el mayor cumplió tres años y empezó a ir a preescolar unas pocas horas por la mañana, el momento de la separación siempre lo afligía tanto que, hacia finales de octubre, la psicóloga de la escuela nos citó, a mi marido y a mí, a una reunión a la que también asistieron las maestras y la directora de la escuela. Detrás de la psicóloga, unas hojas de papel colorido y pegadas con celo a la ventana revoloteaban agitadas por la corriente de aire que subía desde el radiador. «Cuando su hijo llora —nos informó la psicóloga—, no es el llanto normal de un niño.» «¿Y qué es, si no?», pregunté. «A nosotros —y al decir esto miró a sus colegas de uno en uno con gesto solemne, como buscando su apoyo— nos parece una cuestión existencial.»

Discutí con la psicóloga. Defendí la felicidad y el bienestar de mi hijo y negué una desesperación que fuera más allá de lo meramente circunstancial. «Deberíais verlo en casa —les dije—. ¡Un niño que derrocha alegría! ¡Rebosante de humor, lleno de vida!» Eché mano de una abundante colección de anécdotas para demostrar mis afirmaciones, pero más tarde, después de que se acabara la reunión, el comentario de la psicóloga siguió calando en mí.

Con el tiempo, el momento de la separación se fue haciendo cada vez más fácil. Mi hijo iba contento a clase, y hubo períodos largos en los que no tenía el menor problema con las despedidas. Pero el temor a la separación nunca lo abandonó del todo, y de vez en cuando tenía algún acceso de pánico a la puerta de la escuela. Mientras él me suplicaba que no lo obligara a ir a clase, yo conservaba la calma y lo hacía entrar en razón, pero media hora después —cuando ya no le quedaban fuerzas para seguir resistiéndose y, resignado al fin, cruzaba el umbral enjugándose las lágrimas y yo me iba en la dirección contraria sin mirar atrás— me asaltaba la tristeza. Podían pasar horas hasta que por fin lograba concentrarme en lo que estuviera escribiendo, y cuando se acercaba el momento de ir a recogerlo salía de casa antes de tiempo y corría sin necesidad. Y aunque sería fácil afirmar que sencillamente sufría por mi hijo, creo que si me hubiese examinado más de cerca todos esos años habría

tenido que reconocer la posibilidad de que todo hubiese empezado con mi propia angustia y mi soledad, y que las de mis hijos —primero el mayor, y luego el más pequeño— fueran réplicas de las mías, porque en lo más profundo de sus seres comprendían que sólo en su presencia, sólo estando unida a ellos, me sentía verdaderamente presente, y que ellos eran la razón por la que no me iba.

Llamé a casa por Skype. Se puso mi marido, y luego las caritas de los chicos aparecieron como flotando en la pantalla. Me informaron de que nada había muerto desde que me había ido; ninguna de las hormigas que quedaban en la colonia de hormigas, ni los gusanos de la harina, ni los conejillos de Indias, ni nuestro perro, que estaba viejo y ciego, aunque ellos en cambio parecían haber crecido o cambiado de algún otro modo durante mi breve ausencia. ¿Cómo no iban a hacerlo? Todos los días sustituían los átomos con los que habían nacido por otros que absorbían de su entorno. La niñez es un proceso por el que uno se recompone poco a poco tomando materiales prestados del mundo. En un instante que pasa inadvertido, el niño pierde el último átomo que heredó de su madre. El intercambio se ha completado, y el niño pasa a ser todo él mundo y nada más que mundo. O lo que es lo mismo: se queda a solas consigo mismo.

Mi hijo menor me habló de la redacción que había escrito la víspera, sobre un volcán con un cuadrado atascado en el estómago. Tenía un problema (el volcán, no el cuadrado, porque éste por lo menos estaba muerto). Unos soldados habían ido a verlo y le habían dicho que fuera a la Tormenta del Alba. Me preguntó si había oído hablar de la Tormenta del Alba. Resulta que en el centro de la Tormenta del Alba hay un puntito minúsculo que es la Tormenta de la Perdición, y ése, me informó mi hijo, es el lugar más tórrido del mundo.

A su espalda, veía la imagen familiar de los armarios azules de la cocina, la ventana, los viejos fogones, y recordé lo que solía sentir por la noche, después de que los chicos se hubiesen dormido, o por las mañanas, cuando volvía de dejarlos en el colegio, momentos en los que intentaba detectar de nuevo la presencia de otra vida.

Empecé a hablarles de la gran ballena gris que se había perdido y había acabado varada frente a la costa de Tel Aviv, pero no tardé en captar las

primeras señales de angustia en sus voces y comprendí que había sido un error. ¡Ja, ja, ja!, exclamé, sin saber todavía a ciencia cierta cómo salvarlos de aquel pequeño fiasco, aquel charco de tristeza en el que no deberían caer bajo ningún concepto so pena de ahogarse, pues nunca les habían ofrecido la oportunidad de aprender a nadar. Habíamos puesto tanto empeño en su felicidad, mi marido y yo, nos habíamos tomado tantas molestias para blindar sus vidas frente a la tristeza, que habían aprendido a temerla como sus abuelos habían temido a los nazis o la escasez de alimentos. Aunque no fuera inmune a las pesadillas recurrentes de toda madre judía, en las que me veía intentando esconder a mis hijos bajo los tablones del suelo o cargándolos en brazos en una marcha de la muerte, lo cierto es que pensaba más a menudo en lo mucho que aprenderían como personas si tuvieran que vérselas unas semanas en algún bosque polaco, huyendo campo a través para salvar la vida.

Pero ¿acaso no era posible, me apresuré a sugerirles, que los científicos estuvieran completamente equivocados? ¿Que la ballena no hubiese ido a parar allí por error, sino por su propia voluntad, aislándose del grupo con gran esfuerzo y poniendo en peligro su vida para no traicionar su naturaleza? ¿Que la ballena se hubiese embarcado en una gran aventura?

Salvados una vez más, mis hijos empezaron a impacientarse. Finalmente, mi marido reapareció en la pantalla. En dos ocasiones, su rostro se pixeló y quedó congelado en expresiones que no tenían traducción cabal. Pero incluso cuando la imagen era buena, había algo inusual en su aspecto. A lo largo de los últimos meses, también él había empezado a cambiar. Si observas algo durante mucho tiempo, hay un momento en el que la familiaridad se troca en extrañeza. Tal vez no fuera más que cansancio, que mi cerebro economizaba energía interrumpiendo el flujo de asociaciones y perspectivas almacenadas que usa a cada instante para llenar los espacios en blanco y dar sentido a la información que los ojos le transmiten. O tal vez fueran los primeros síntomas de un Alzheimer al que creía estar predestinada, tal como lo había estado mi abuela. Fuera como fuese, me descubría cada vez más a menudo escrutando a mi marido con la misma curiosidad con que observaba a los pasajeros del tren, pero más intensa todavía, y con una sorpresa añadida, puesto que durante casi una década su rostro había sido para mí epítome de lo familiar, hasta que un buen día abandonó ese reino para adentrarse en lo *unheimlich*.

Él había seguido las noticias y quería saber qué tal iban las cosas en Tel Aviv, y qué rumbo parecían haber tomado. Le dije que de momento todo estaba tranquilo. Era posible que Israel no lanzara ningún ataque aéreo, aunque tan pronto como pronuncié estas palabras me di cuenta de que en el fondo no me las creía. Entonces me preguntó si no tenía ganas de volver a casa. Si no tenía miedo. Por mí no, contesté, y repetí lo que había oído decir a otros: que había más probabilidades de ser arrollado por un coche que alcanzado por un misil.

Luego me preguntó qué tal me iba, y qué había estado haciendo desde mi partida. De pronto esa pregunta tan simple, que tan pocas veces me había hecho, me pareció inmanejable. No podía contestarla, tal como no podía decirle qué tal me había ido, ni lo que había estado haciendo a lo largo de la década que llevábamos casados. Habíamos pasado todo ese tiempo intercambiando palabras, pero en algún momento debieron de verse privadas de poder y propósito, y ahora, como un barco sin velas, ya no eran capaces de llevarnos a ningún sitio. Las palabras intercambiadas no nos acercaban el uno al otro, ni a ninguna forma de entendimiento. No nos estaba permitido usar las palabras que hubiésemos querido usar —la rigidez que nace del miedo nos lo impedía—, y las palabras que sí podíamos usar eran, desde mi punto de vista, irrelevantes. Aun así lo intenté: le conté que el tiempo había mejorado, que me había bañado en la piscina del Hilton, que había visto a Ohad, a Hana y a nuestro amigo Matti. Le hablé del ambiente en el refugio antiaéreo y de los estruendos que a veces hacían temblar las paredes. Pero no le dije una sola palabra sobre Eliezer Friedman.

*

Una esquina del piso de mi hermana se abría al follaje oscuro y coriáceo de un árbol que aseguraba un ambiente húmedo y sombrío, un paraíso para las arañas, y en esa pequeña galería había colocado un sillón de piel que en su día había costado una fortuna y que durante un cuarto de siglo había estado en el piso de nuestros abuelos. En invierno, cuando llovía, era posible cerrar los postigos metálicos, pero por lo demás el sillón, que mis abuelos habían atesorado como si de una reliquia se tratara, usándolo en contadas ocasiones y protegiéndolo del sol mediterráneo con una sábana, quedaba expuesto a los

elementos. Ese acto de rebeldía o simple naturalidad por parte de mi hermana me parecía de lo más transgresor. A menudo me sentaba en el sillón sólo para refrenar el impulso de taparlo.

Abrí la primera página de las *Parábolas y paradojas* de Kafka y empecé a leer:

Muchos se quejaban de que los sabios se expresaban siempre mediante símiles, inservibles para la vida cotidiana, que es la única que tenemos. Cuando el sabio dice: «Ve al otro lado», no quiere decir que tenga uno que cambiar de acera, lo cual, al fin y al cabo, se podría conseguir si el resultado valiera la pena, sino que se refiere a no se sabe qué legendario otro lado, algo que no conocemos, que él mismo no puede precisar y que, por lo tanto, no puede sernos de mucha utilidad.

Me invadió un vago sentimiento de frustración. Cuando pensaba en Kafka sin tener presente su obra, casi siempre olvidaba esa sensación. Pensaba en las escenas icónicas de su vida, sobre las que había leído tanto que podía evocarlas en mi mente como si fueran escenas de una película: el ejercicio físico frente a la ventana abierta; la escritura febril a medianoche, encorvado sobre su escritorio; los días de sufrimiento pasados entre las sábanas blancas, desinfectadas, de un sanatorio tras otro.

Pero para Kafka la frustración era más que un tema, era toda una dimensión de la existencia, y en cuanto empezamos a leerlo regresamos a esa dimensión. Nunca hay solución a las situaciones inicialmente desagradables y más tarde exasperantes que se plantean en su obra; sólo la experiencia inmensa, interminable, de esas situaciones, la resistencia casi tántrica a la frustración que no sirve para nada, excepto para templar el alma frente a lo absurdo. Hasta los sabios caen en la trampa: nos dicen que vayamos a un lugar, pero no tenemos manera de ir hasta allí, y lo que es peor: ellos no saben más que nosotros sobre ese lugar. Ni siquiera hay pruebas de que exista. Qué más da que los sabios sean finitos y, sin embargo, se empeñen en dirigirnos hacia el infinito. Según los cálculos de Kafka, que no pueden refutarse que digamos, son inútiles. Desvían nuestra atención hacia un legendario otro lado, pero no pueden llevarnos hasta él.

Me salté unas pocas páginas y releí el que siempre me ha parecido uno de

los pasajes más inolvidables de la obra de Kafka, una parte de *El proceso* que decidió publicar aparte. Un hombre se acerca al guardián que custodia la Ley y pide que lo deje pasar. Éste se lo niega, pero no a las claras, sino que le dice que tal vez lo reciban más tarde. El hombre no puede avanzar, pero tampoco puede volver sobre sus pasos, por lo que se sienta en el taburete que le ofrece el guardián y espera ante la puerta abierta de la Ley, que no le está permitido franquear. De hecho, se diría que la puerta sólo permanece abierta para tentarlo con la idea de cruzarla. El hombre pasa toda una vida esperando, una vida en el umbral de la Ley, y cada vez que intenta entrar se lo impiden. Se hace mayor, no ve bien, apenas oye. Su tiempo de vida se agota al fin, y «se le acumulan en la cabeza todas las experiencias vividas aquel tiempo hasta concretarse en una pregunta». Con su último aliento, susurra al guardián: «Todos aspiran a entrar en la Ley, ¿cómo es que en tantos años nadie más que yo ha solicitado entrar?» A lo que el guardián contesta a voz en grito para que lo oiga el moribundo: «Nadie más podía conseguir aquí el permiso, pues esta entrada sólo estaba destinada a ti. Ahora me iré y la cerraré.»

En la guardería de enfrente, Lady Gaga había enmudecido y los niños empezaron a cantar. La melodía me resultaba familiar, al igual que la letra, aunque sólo entendía palabras sueltas. Me crié oyendo hablar en hebreo — entre otras cosas, era la lengua en la que mis padres discutían—, pero nunca llegué a hablarlo con fluidez. Y aun así su sonoridad tenía para mí una cualidad íntima, como una lengua materna que hubiese olvidado, y a lo largo de los años había empezado a estudiarla en numerosas ocasiones. Kafka también había estudiado hebreo durante sus últimos años de vida, en previsión de su soñado viaje a Palestina. Pero, claro está, nunca llegó a hacer la aliyá, que en hebreo significa literalmente «ascensión», y puede que en el fondo intuyera que nunca «ascendería», del mismo modo que nadie puede «pasar al otro lado», sino que debe limitarse a esperar ante la puerta abierta. Tras ver una película sobre los primeros colonizadores judíos de Palestina, Kafka escribió en su diario lo siguiente a propósito de Moisés:

La naturaleza de la peregrinación por el desierto. [...] A lo largo de toda su vida siente la inminencia de Canaán; es increíble que no vaya a ver esa tierra hasta la víspera de su muerte. [...] No porque su vida fuera demasiado corta, sino porque era una vida humana.

Nadie ha habitado el umbral más concienzudamente que Kafka. El umbral de la felicidad; del otro lado; de Canaán; de la puerta que se abre sólo para nosotros. El umbral de la fuga, de la transformación. De un grandioso entendimiento final. Nadie ha hecho tanto arte de ello. Y sin embargo, si Kafka nunca resulta siniestro ni nihilista, es porque para alcanzar siquiera el umbral se requiere cierta predisposición a la esperanza y un anhelo intenso. Claro que existe una puerta, una forma de ascender o pasar al otro lado. Lo que ocurre es que difícilmente podremos alcanzarla, o reconocerla, o franquearla en esta vida.

Esa noche fui a una clase de baile que se celebraba en una antigua escuela con las paredes amarillas y los marcos de las ventanas pintados de azul celeste. Me encanta bailar, pero cuando comprendí que debería haber intentado ser bailarina en vez de escritora ya era demasiado tarde. Cada vez estoy más convencida de que mi verdadera felicidad reside en el baile, y que cuando escribo lo que trato de hacer en el fondo es bailar, y como eso es imposible, porque el baile prescinde de la lengua, la escritura nunca me satisface del todo. Escribir es, en cierto sentido, intentar comprender, por lo que es algo que siempre sucede a posteriori, siempre es un proceso que consiste en tamizar el pasado y que se traduce, con un poco de suerte, en un conjunto de marcas indelebles sobre una página en blanco. Pero bailar es hacerse disponible —al placer, a una explosión, a la quietud— y sólo puede darse en el presente; un instante después de ocurrir, ya se ha desvanecido. El baile desaparece constantemente, dice Ohad a menudo. Las conexiones abstractas que genera en el público en cuanto emoción dotada de forma, el entusiasmo que nace de nuestro universo personal de sentimientos e imaginación, todo ello se deriva de su desvanecimiento. No tenemos ni la más remota idea de cómo bailaba la gente cuando se escribió el libro del Génesis. No sabemos, por ejemplo, qué aspecto tenía David cuando bailó ante Dios con toda su fuerza. Y aunque lo supiéramos, la única manera de que ese baile volviera a cobrar vida sería en el cuerpo de un bailarín que viviera en el presente, que lo hiciera inmediato para nosotros un instante antes de que volviera a desvanecerse. Pero la escritura, cuyo fin es alcanzar un significado atemporal, tiene que mentirse a sí misma acerca del tiempo. Principalmente, debe creer en alguna forma de inmutabilidad, y por eso

consideramos que las mejores obras de la literatura universal son aquellas que han resistido al paso de cientos o incluso miles de años. Y esa mentira que nos contamos a nosotros mismos cuando nos ponemos a escribir me hace sentir cada vez más incómoda.

Así que me encanta bailar, pero en ningún lugar lo disfruto tanto como en esta aula de la escuela amarilla, en estas viejas estancias por cuyos ventanales se ven las flores rojas de unos árboles que me brindan un placer infinito aunque nunca me he molestado en aprender su nombre, mientras en la planta de arriba Ohad ensaya con su compañía en una habitación con vistas al mar. La profesora nos dijo que deberíamos intentar sentir pequeños derrumbamientos en nuestro interior mientras nos movíamos, derrumbamientos que eran invisibles desde fuera pero que sucedían en nuestro interior de todos modos. Y luego, al cabo de unos minutos, dijo que deberíamos sentir un derrumbamiento continuo, suave pero ininterrumpido, como si nevara en nuestro interior.

Después de la clase me fui andando hasta la playa. Me senté en la arena y me dio por pensar que todo lo que había a mi espalda había sido en tiempos un desierto. Un buen día, un hombre obstinado vino hasta aquí y trazó unas líneas sobre la arena, y luego sesenta y seis familias obstinadas se reunieron en una duna y se repartieron sendas parcelas de terreno por sorteo; usaron conchas marinas a modo de mojones y luego se dedicaron a construir casas igualmente obstinadas y a plantar árboles obstinados, y de ese acto primigenio de obstinación nació toda una ciudad obstinada que se expandió tanto y tan deprisa que nadie podría habérselo imaginado, y hoy cuatrocientas mil personas viven en Tel Aviv con la misma obstinada determinación. La brisa marina es igual de obstinada. Desgasta las fachadas de los edificios, oxida y corroe, aquí nada permanece nuevo, pero a sus habitantes les da igual, pues eso les permite negarse obstinadamente a arreglar nada. Y cuando algún advenedizo recién llegado de Europa o América emplea sus divisas en devolver la blancura a lo blanco y alisar lo poroso, nadie dice nada porque todos saben que sólo es cuestión de tiempo, y cuando —más pronto que tarde— el lugar recupera su aspecto decrepito se ponen contentos y respiran mejor al pasar por allí, no porque se alegren de las desgracias ajenas, no porque no le deseen lo mejor a su nuevo vecino, quienquiera que sea y aunque sólo pase

por allí una vez al año, sino porque lo que más ansiamos, por encima incluso del amor o la felicidad, es la coherencia. En nuestro fuero interno, sobre todo, pero también en la vida de la que somos una pequeña parte.

La marea arrojaba a la orilla residuos plásticos que el mar había triturado hasta convertirlos en confeti, pedacitos de colores que sembraban la arena y se arremolinaban en la superficie de las olas. La narración tal vez no pueda sostener la ausencia de forma, pero la vida tampoco lo tiene fácil. ¿Fue eso lo que escribí? Lo que debería haber escrito es «la vida humana». Porque la naturaleza crea la forma pero también la destruye, y es el equilibrio entre ambas acciones lo que la imbuye de tanta paz. Pero si la fuerza de la mente humana reside en su capacidad para crear formas a partir de lo amorfo, y para dotar al mundo de significado mediante las estructuras del lenguaje, su debilidad yace en su reticencia o negativa a destruir esas formas. Nos sentimos apegados a ellas y tememos lo amorfo. Nos enseñan a temerlo desde la más tierna infancia.

A veces, mientras leía cuentos a mis hijos por la noche, me acudía a la mente la idea perversa de que, al repetirles los mismos cuentos de hadas, relatos bíblicos y leyendas que la humanidad llevaba contando desde hace cientos o miles de años, no les estaba haciendo un regalo sino más bien arrebatándoles algo, privándolos de las infinitas posibilidades de interpretar el mundo al grabar en sus mentes, de un modo tan temprano y tan profundo, los ancestrales cauces de acción y consecuencia. Noche tras noche, los instruía en lo convencional, que no dejaba de serlo por hermosas y emocionantes que fueran las historias. He aquí las diversas formas que la vida puede adoptar, les estaba diciendo. Y sin embargo, aún recordaba el tiempo en que la mente de mi hijo mayor no producía formas conocidas ni seguía patrones familiares, cuando sus preguntas urgentes y extrañas sobre el mundo nos lo revelaban como si lo viéramos por primera vez. Su perspectiva nos parecía una forma de genialidad, y aun así seguimos educándolo en las formas convencionales, por más que nos frustraran. Por amor. Para que supiera orientarse en un mundo en el que no le quedaba más remedio que vivir. Y poco a poco sus pensamientos fueron sorprendiéndonos cada vez menos, y sus preguntas se centraron en el significado de las palabras que salían en los libros que ahora leía solo. Las noches en que yo les releía la historia de Noé, o de Jonás, o de Odiseo, tenía la impresión de que esas hermosas leyendas, que los

apaciguaban y hacían que sus ojos brillaran, eran también una forma de vínculo entre nosotros.

Volví andando a casa por una de las callejuelas que subían desde el mar, y para cuando llegué a la calle Brenner era tarde y me dolían las piernas, pero seguía sin poder conciliar el sueño.

«Que os parezca que estáis a punto de desplomaros —había dicho la profesora de baile—, pero no os desploméis todavía.»

A las dos o tres de la madrugada empezaron a sonar las sirenas. Me fui abajo y me encontré con una anciana y su hija en el hueco de la escalera de hormigón. Entonces las sirenas dejaron de ulular, y en el silencio que siguió agachamos la cabeza. Cuando sonó la explosión atronadora, la anciana alzó los ojos y me sonrió. La suya era una sonrisa tan fuera de lugar que sólo podía deberse a la senilidad. Antes de volver a la cama, saqué unas pocas prendas de la maleta y las metí de cualquier manera en una bolsa de plástico que encontré debajo del fregadero. Viva la improvisación, podría haber dicho. O también que a esa hora acostumbraba a preparar el equipaje de los viajes que no tenía intención de emprender. O que marchándome me ahorraba tener que enfrentarme al reto de comenzar a escribir la novela que para entonces sabía casi con toda seguridad que nunca empezaría, aunque seguía aferrándome a un resquicio de esperanza. Encendí el ordenador y repasé las noticias, pero aún no informaban de nada. Escribí un email a mi marido para decirle que tal vez necesitara un poco de tiempo. Que tal vez mi ausencia se alargara más de lo previsto. Más allá de eso, no le di ninguna explicación para lo que se convertiría en mi silencio.

ES Y NO ES

Epstein entró en la casa. Entró en ella con una canción en la cabeza. Entró en ella tal como uno se adentra en su propia soledad, sin esperanza de llenarla. Un hombre como Klausner por fuerza debía de tener subalternos, así que no le sorprendió encontrar a tres o cuatro yendo de aquí para allá, ajetreados con la llegada tanto del *sabbat* como de Klausner. Vestían vaqueros y sudaderas, y de no ser por las kipás, podrían haber pasado por desaliñados estudiantes de cualquier residencia universitaria. Todos menos uno, un joven negro con patillas poco pobladas que se abrían paso lentamente hacia el resto de la barba rala y que ya lucía el piadoso uniforme ortodoxo de chaqueta oscura y camisa blanca. Desde el rincón, encorvado sobre una guitarra, evaluó a Epstein con la mirada sin detener el movimiento grácil de sus dedos sobre las cuerdas. ¿Cómo habría ido a parar allí?, se preguntó Epstein, intentando reconocer la melodía. Imaginó a la madre del chico con las sienes encanecidas, frente a la ventana de su piso del Bronx, junto al árbol de Navidad decorado. Más tarde, cuando se reunieron en torno a una mesa puesta para diez personas, se hicieron las presentaciones y Epstein se enteró de que el melancólico guitarrista se llamaba Peretz Chaim. No pudo contenerse: «Pero ¿cómo te llamas realmente?», preguntó. A lo que el joven, cuyos modales eran exquisitos, repuso con solemnidad que Peretz Chaim era su verdadero nombre, tan verdadero como Jules Epstein.

Tras enviar un email desde el anticuado ordenador situado detrás del mostrador de recepción con la vaga esperanza de que llegara a su destinatario antes del *sabbat*, y de comprobar por segunda vez que todas las luces estaban encendidas, Klausner arrastró a Epstein de vuelta a la calle y lo guió por las estrechas calles hasta la antigua sinagoga que quería enseñarle, para que se empapara del ambiente, dijo, frotando entre sí las yemas de dos dedos en un

gesto que para Epstein significaba dinero, más que un ambiente especial. Para que respirara la espiritualidad del lugar. Al bajar por un callejón con peldaños de piedra, surgió ante sus ojos el gran cementerio que se extendía allá abajo, en el valle, sembrado de cipreses cuya silueta afilada parecía esculpida por elementos que nada tenían que ver con el sol, el viento o la lluvia.

Los grandes sabios de eras pretéritas yacían bajo tumbas pintadas de azul. Epstein había visto ese mismo color por doquier en la ciudad, en los adoquines y las puertas, en la lechada que rellenaba los huecos entre las ásperas piedras de las casas. Era una tradición, le explicó Klausner, para ahuyentar el mal de ojo. «Un poco pagana —añadió, encogiéndose de hombros—, pero ¿qué tiene de malo?»

Llegaron a una puerta en forma de arco y, tras cruzar un patio adoquinado, entraron en una estancia de techos altos y muros enjalbegados, abarrotada de hombres con abrigo oscuro y flecos colgando de la cintura. El constante trajín de los presentes no parecía obedecer a ningún orden. Algunos recitaban una oración o se mecían de aquí para allá, con las barbas erizadas en el trance de comunicarse con el Todopoderoso, mientras los demás se tomaban un descanso para charlar y acercarse a una mesa en la que había pastel y botellas de refresco de naranja. Klausner tendió a Epstein una kipá de satén blanco que cogió de una mesa. Éste examinó el interior del bonete. A saber en cuántas cabezas había estado. Iba a metérsela en el bolsillo, pero el hombre que había al otro lado de la mesa, el encargado de las kipás, lo estaba mirando con los ojos entornados y cara de pocos amigos, así que Epstein le guiñó un ojo y se la puso sobre la coronilla.

Entonces, como si se moviera al dictado de un lejano electromagnetismo, todo el grupo empezó a cantar al unísono. Epstein, que sintió el impulso de sumarse al coro —no cantando, sino más bien gritando alguna expresión incoherente, a lo síndrome de Tourette, que se perdiera en el barullo general—, abrió la boca pero volvió a cerrarla al instante porque se vio apartado de un empujón por los fieles que se agolpaban desde atrás. Cuando el cántico llegó a su fin y dio paso de nuevo a la salmodia dispersa de las plegarias, Klausner estaba charlando con un hombre todavía más corpulento que él, con una barba tan hirsuta y pelirroja como la de Esaú.

Al verse aislado, Epstein se dejó arrastrar por la multitud en la dirección opuesta, más allá de los estantes con libros dorados y cestos con flores de

seda. Atrapado en un torbellino de abrigos negros, vio una silla enorme de madera noble con patas en forma de garras de águila, adosada a lo que parecía una cuna. Dios santo, ¿no era el artilugio que usaban para hacer las circuncisiones? ¡Qué barbaridad! Luego reparó en una abertura en la pared, y con tal de alejarse de la silla bajó los escalones que conducían a una estancia pequeña y cavernosa en la que brillaban con luz titilante varias velas de aspecto grasiento. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio que no estaba solo: había un hombre legañoso sentado en un banquito. Allí dentro se respiraba un aire húmedo, enrarecido, impregnado del olor corporal del hombre. En la pared, una pequeña placa de bronce que Epstein intentó descifrar a la tenue luz de las velas certificaba que el famoso Luria había acudido allí para rezar quinientos años atrás.

Aquel hombrecillo consumido le manoseaba la pierna, ofreciéndole algo. Sintió un acceso de claustrofobia, como si estuviera a punto de quedarse sin oxígeno. Un salmo, ¿quería recitar un salmo? ¿Era eso lo que pedía el hombre, una bendición del sabio? En el regazo del anciano había un paquete de galletas, y cuando Epstein rechazó el libro de salmos, el hombre blandió el paquete a ciegas en su dirección. No, no, tampoco quería una galleta, y al ver que el hombre seguía tirándole de la pernera del pantalón, Epstein se agachó, apartó de un tirón su garra artrítica y puso pies en polvorosa.

Media hora más tarde, de vuelta en Gilgul, Klausner tenía de nuevo la frente perlada de sudor. Por segunda vez en lo que iba de semana, Epstein se descubrió compartiendo mesa con un grupo de judíos rendidos a la retórica del rabino. Pero a diferencia de los líderes de la comunidad judía estadounidense, que se reunían con desgana y sin reparar en gastos para ensayar sus viejas posturas, los estudiantes congregados en torno a esa humilde mesa de madera parecían despiertos y llenos de vida, abiertos a los milagros. Epstein miró con avidez a su alrededor y esperó a que empezara la función. En las alturas de Safed, bajo su propio tejado místico, Klausner se movía con más naturalidad aún que en el Plaza. Y esa noche Epstein era su invitado de honor, así que preparó su discurso pensando especialmente en él, si es que se puede decir que lo preparó, pues las palabras parecían brotar de manera espontánea de sus labios. Meciéndose sobre la punta de los pies, empezó a lo grande:

—¡Esta noche, tenemos entre nosotros a un hombre que desciende del rey

David!

Todos se volvieron para mirarlo. Epstein, que descendía de Edie y Sol, no se molestó en corregirlo, del mismo modo que nadie se molestaría en corregir a un mago al verlo sacar de la manga una carta de más.

Del rey de Israel, Klausner saltó al Mesías, que según las Escrituras saldría de entre los descendientes de David. Y del Mesías saltó al fin de los tiempos. Y del fin de los tiempos al inicio de los tiempos, el momento en que Dios se retiró para hacerle hueco al mundo finito, pues el tiempo sólo puede existir en ausencia de lo eterno. Y de la ausencia de luz divina, con sus ojos azules centelleando a la luz de las velas, el rabino saltó al vacío, cuya oscuridad albergaba el potencial del mundo. Y del vacío que albergaba el potencial del mundo saltó a la creación del mundo, con sus días y sus medidas.

Y así, ese rabino alto y ágil nacido en Cleveland y trasplantado a la ancestral tierra bíblica saltó, como Jackie Joyner, de lo infinito a lo finito. Epstein lo seguía a medias. Sus pensamientos esa noche eran difusos, le costaba concentrarse. Las palabras parecían atravesarlo al son de un aria de Vivaldi cuyo latido regular se le había metido en la cabeza desde que se había despertado esa mañana en el Hilton.

—Pero lo finito recuerda lo infinito —sentenció Klausner, alzando uno de sus largos dedos—. ¡Sigue conteniendo el anhelo de lo infinito!

«El anhelo de lo infinito», repitió Epstein para sus adentros, sopesando la frase en su mente tal como sopesaría un martillo para asegurarse de que sería capaz de hundir el clavo. Pero las palabras se desvanecieron entre sus manos sin levantar más que polvo.

—Y así, todas las cosas de este mundo desean regresar a ese punto, recuperar su naturaleza infinita. Ese proceso de reparación, ese proceso hermoso donde los haya al que podemos referirnos como *tikkun*, es el sistema operativo de este mundo. *Tikkun olam*, la transformación del mundo, que no puede ocurrir sin *tikkun ha'nefesh*, nuestra propia transformación interna. En cuanto nos adentramos en el pensamiento judío, en los interrogantes que plantea, nos adentramos en ese proceso. Porque ¿qué es preguntar sino vaciar un espacio, un espacio que busca llenarse de nuevo con su porción de infinito?

Epstein miró de reojo a la persona que tenía a su lado, una chica menuda

y pálida que llevaba un piercing en la ceja y fruncía el ceño en señal de concentración. Parecía joven, más incluso que Maya, y solemne como una imagen sagrada. Daba la impresión de haber sobrevivido a una catástrofe. ¿Sabría qué hacer con su porción de infinito cuando por fin la alcanzara? Observando sus nudillos tatuados, Epstein no hubiese sabido decirlo. Desalentado, echó un vistazo al reloj; aún quedaba hora y media para que llegara el taxi que supuestamente iría a recogerlo. Se le ocurrió llamar a Maya, o darle noticias a Schloss, o ponerse en contacto con la directora de desarrollo del Museo de Israel, a la que era muy probable que sorprendiera en el perfumado jardín de su casa de Israel, y tras disculparse por molestarla un viernes por la noche, le anunciaría que había decidido donarle dos millones de dólares para costear una escultura monumental en nombre de sus padres. Algo herrumbroso, inamovible, imponente, que se titularía simplemente «Edie y Sol».

Su padre primero, y luego, sin previo aviso, su madre. Él llevaba años muriéndose, se moría desde que Epstein tenía uso de razón, pero ella iba a vivir para siempre, pues, de lo contrario, ¿cómo iba a decir la última palabra? Epstein había enterrado a su padre, se había encargado de todo, y había hecho un panegírico tan conmovedor que todos los parientes, hasta los más lejanos, habían pedido una copia del texto. Pero él no había podido darles nada, pues había hablado de forma espontánea. Jonah y sus primos sacaron a hombros el ataúd de pino. «¡Los pies en los tablones! —había gritado el sepulturero—. ¡En los tablones!» El hombre había colocado a lo largo de la sepultura dos tablones delgados sobre los que debían apoyarse para bajar el ataúd ayudándose de cuerdas, pero les costaba sostener el peso, los zapatos de vestir resbalaban sobre la tierra suelta y no veían dónde ponían los pies. Esa noche, cuando todos se habían ido, Epstein lloró a solas recordando la expresión de su padre en la cama de hospital, cuando, al ver sus propias piernas desnudas y magulladas, había preguntado: «¿Cómo he acabado hecho una piltrafa?»

Pero Epstein aún podía manejar la pesada maquinaria del duelo, y desvió su mente de los lugares que podían causar una mayor destrucción. Se encargó de que los parientes religiosos viajaran en avión desde Cleveland y California, se encargó de encontrar a alguien para que recitara el *kadish* diario, e incluso se había encargado de pagar la lápida al pedrero con un año

de antelación, pero no pudo encargarse de su madre, que siempre se había encargado de todo y no quería su ayuda, que nunca había querido la ayuda de nadie, que se había ofendido cuando él se la había ofrecido y que una buena mañana, cuando no habían pasado ni tres meses desde la muerte de su marido, mientras bajaba a solas en el ascensor de Sunny Isles, había sufrido un infarto. Había muerto en la parte trasera de una ambulancia, sin más compañía que la del paramédico.

Y entonces Epstein tuvo que hacerlo todo otra vez desde el principio, y cumplió con su deber, pero se comportaba como un autómata. La gente le hablaba y él apenas los escuchaba, se alejaba mientras estaban dándole el pésame. Nadie se lo tenía en cuenta, lo achacaban a la conmoción. Tres semanas después se subió a un avión de vuelta a Miami, él solo. Su hermana Joanie no quiso participar en la selección de las pertenencias de sus padres. Como con todo lo demás, delegó en su eficiente hermano. Mientras revisaba las posesiones de sus padres, Epstein era consciente de que buscaba algo, alguna prueba de lo que siempre había sabido pese a que nadie se lo había dicho, porque pronunciar siquiera una palabra sobre el pasado de su padre era atentar contra las leyes que regían su mundo. Incluso entonces, mientras rebuscaba con manos temblorosas en los cajones de su padre, era incapaz de hablar siquiera para sus adentros sobre la mujer y el hijo pequeño que su padre había perdido en la guerra. No habría sabido decir cómo se había enterado. Los orígenes de ese conocimiento —no, no era conocimiento, sino una intuición innata— le resultaban inaccesibles, pero hasta donde alcanzaba su memoria, esa intuición siempre lo había acompañado. Lo había moldeado todo. Su conciencia había crecido en torno a ese vacío, que nunca llegó a tocar, dejado por el primer hijo de su padre.

Al final no había encontrado nada, salvo una caja de zapatos en la que había viejas fotos de su madre que él nunca había visto, y en las que salía embarazada de él, con el viento azotándole el pelo, el rostro bronceado por el sol de Oriente Próximo, las facciones dibujadas con trazo profundo y fuerte. Manejándose, ya entonces, según su propio sistema. No es que fuera desorganizada, pero hacía las cosas a su manera. Su orden interno permanecía oculto a los demás, y eso daba la impresión de que era impenetrable. De nada le sirvió haber pasado toda una vida a su lado, inspeccionar las pilas de cajas de su armario o revisar sus papeles; Epstein no era capaz de descifrar el

código. Conchita tampoco le sirvió de ayuda. Se preparó él mismo una taza de café instantáneo mientras ella vagaba como alma en pena y llamaba a Lima desde el teléfono del dormitorio. En el aparador, detrás de las cajas de té intactas, Epstein había visto una lata de Ladurée, un regalo suyo, que había comprado a su madre en uno de sus viajes a París. Al abrirla, encontró lo que parecía un puñado de abalorios grises en el fondo, pero cuando los observó esparcidos en la palma de su mano, se sorprendió al comprobar que eran dientes de leche. Sus propios dientes, que su madre —de la que nunca habría esperado el menor amago de sentimentalismo— había guardado durante sesenta años. Se sintió profundamente conmovido, se le llenaron los ojos de lágrimas; sintió el impulso de enseñárselos a alguien, y estaba a punto de llamar a Conchita cuando su móvil empezó a sonar, así que se los metió distraídamente en el bolsillo y sólo se acordó de ellos cuando ya era demasiado tarde, pues había enviado los pantalones a la tintorería. Con un estremecimiento, imaginó esos dientes diminutos bajando por el desagüe junto con el agua sucia.

El rabino concluyó su sermón y bendijo las jalás dispuestas sobre la mesa. Klausner arrancó varios trozos de las hogazas trenzadas, los dejó caer sobre un plato con sal, se metió uno en la boca y esparció los demás sobre la mesa. Era una forma de crudeza que Epstein tenía fama de apreciar, la crudeza de la pasión que se niega a enmascararse tras los modales. ¿De qué le ha servido la etiqueta a nadie? Así empezaba el pequeño discurso que le gustaba dar a Lianne en el largo trayecto de vuelta de casa de sus suegros, mientras el bosque frondoso y ancestral de Connecticut iba pasando al otro lado de las ventanillas. La evolución humana había equivocado el rumbo debido a la eliminación paulatina de toda necesidad. Una vez que la supervivencia había quedado asegurada, pasó a haber tiempo para la frivolidad y el adorno superfluo, lo que a su vez desembocó en un absurdo retorcimiento de las normas del decoro. Cuánta energía derrochada en cumplir con las convenciones sociales, que a la postre no generaban sino opresión y equívocos. La familia de Lianne y sus formalidades mojigatas eran su fuente de inspiración, pero una vez que empezaba ya no había forma de acallarlos hasta que llegaban al aparcamiento de Manhattan. ¡La humanidad podría haber ido en otra dirección, dejando expuesta su naturaleza íntima!

Lianne, incapaz de invertir el rumbo de la evolución, sacaba del bolso un ejemplar del *New Yorker* y lo hojeaba en silencio. Con ella siempre había sido así. Epstein nunca podía ir más allá de la superficie. Tal vez fuera el deseo lo que lo había mantenido a su lado durante tanto tiempo: había intentado una y otra vez derribar ese otro muro, vencer sus defensas y alcanzar su reducto más íntimo. Al cabo de un rato, perdía las ganas de discutir. Su propio mundo lo hastiaba. Aquellos fueron los meses que culminaron con el anuncio a Lianne de que no podía seguir casado con ella. Mientras cenaban en el Four Seasons para celebrar que la sobrina de su mujer cumplía dieciséis años, un camarero ataviado con chaqueta blanca había recogido su servilleta del suelo y había vuelto a dejarla sobre su regazo, y en ese instante Epstein había sentido el impulso de levantarse de un brinco y proclamar algo a voz en grito. Pero ¿el qué? Imaginó al resto de los comensales volviéndose hacia él, mudos de perplejidad, mientras los rostros de los camareros se crispaban y las cortinillas metálicas dejaban al fin de moverse, así que lo que hizo fue excusarse, y de camino al lavabo indicó al *maître* que le llevara a su sobrina el postre de caramelo hilado con una bengala en lugar de la clásica vela de cumpleaños.

Ahora, al pensar en el rostro de Lianne, surcado de arrugas finas, con una expresión de vaga sorpresa, como siempre que abría los ojos por la mañana, Epstein sintió una punzada de dolor. Siempre lo había irritado aquella expresión de desconcierto. Nada más despertar, él podía meterse de cabeza en una discusión, habiendo ensayado su postura durante toda la noche entre sueños, pero ella dormía y olvidaba, y se despertaba perpleja. ¿Por qué no se parecía más a él? Epstein recordó que, la noche que él le había dicho que no podía seguir casado con ella, Lianne le había replicado que no era dueño de sí, que aún no se había recuperado de la muerte de sus padres y que no era el momento de tomar decisiones precipitadas. Pero, al ver cómo le temblaba un párpado, Epstein había comprendido que ella sabía algo que ni siquiera él acababa de comprender todavía. Que, lejos de sentirse perpleja, Lianne había llegado a sus propias conclusiones. Algo había cedido, y lo había percibido en ese instante, los frágiles huesos quebrándose uno tras otro bajo sus dedos. Nunca hubiese dicho que sería así. Lo había imaginado como una tarea titánica, casi imposible, pero no tuvo que hacer apenas nada. Qué cosa tan leve y delicada era un matrimonio. ¿Habría sido más cuidadoso a lo largo de

todos esos años, de haberlo sabido? ¿O lo habría roto mucho tiempo atrás?

De la cocina de Gilgul salieron platos humeantes. En una cacerola quemada había un pollo entero, desplumado y amarillo, bullendo en su propia grasa. Epstein se preguntó, medio en broma, medio en serio, si Klausner le arrancaría los muslos de cuajo y los arrojaría sobre la mesa como había hecho con el pan. Pero una de las chicas, lesbiana a juzgar por su aspecto, se puso a trocearlo con un cuchillo de trinchar. Una bandeja abarrotada de carne con patatas circuló por la mesa hasta llegar a Epstein. Apenas había comido desde que había estado a punto de ahogarse. Tenía el estómago cerrado. ¿A cuenta de qué? ¿De haber tragado un poquito de mar? Desde más allá de la tumba, su madre arremetió contra él. ¿Qué diantres le pasaba? El humo de un cigarrillo eterno flotaba en torno a ella. ¡Si siempre había tenido un estómago de acero! Epstein tomó un trago de vino agrio y empezó a comer el pollo grasiento. Haciendo de tripas corazón, lo engulló. Todo se reducía al poder de la mente sobre el cuerpo. Tiempo atrás, cuando Jonah y Lucie aún eran pequeños, le habían diagnosticado un melanoma maligno. En otoño, un pequeño lunar que tenía en el pecho había empezado a cambiar de color, como las hojas de los árboles. Pero una vez que el médico lo hubo rascado y enviado al laboratorio, le había dado la noticia de que era su propia muerte la que estaba creciendo allí, desplegando sus colores. La tasa de supervivencia era del diez por ciento, le había dicho el médico con gesto grave. Mientras tanto, no había nada que hacer. Al salir de la consulta, mientras caminaba por Central Park West bajo el sol vigorizante, un Epstein tembloroso había tomado una decisión: viviría. No le habló a nadie del diagnóstico, ni siquiera a Lianne. Y nunca volvió a la consulta del médico. Los años fueron pasando, uno tras otro, y la pequeña cicatriz blanca de su pecho se fue desvaneciendo hasta volverse imperceptible. Su muerte se volvió imperceptible. En cierta ocasión, al pasar por aquella dirección olvidada, sus ojos se posaron por casualidad en la placa de latón con el nombre del médico y sintió un escalofrío. Se ciñó la bufanda al cuello y se rió para sus adentros. ¡La mente había vencido a la materia! Sí, Epstein se había curado a sí mismo del ceceo, de varias debilidades, de fracasos, de agotamientos, de todo tipo de incapacidades y, por si fuera poco, se había curado a sí mismo de cáncer. Un estómago de acero y una voluntad de hierro. Allí donde se alzaba un muro, él

lo atravesaba. Por supuesto que podría con la cena, pese a las náuseas que sentía al masticar.

Así las cosas, no fue hasta mucho más tarde —la sobremesa se alargó, y luego los comensales se pusieron a cantar liderados por Klausner, que los llevó hasta la apoteosis final golpeando la mesa rítmicamente con la gigantesca palma de su mano, haciendo traquetear platos y cubiertos— cuando Epstein, ahíto e incapaz ya de soportar aquel malestar en el estómago, se levantó y, avanzando a tientas por el pasillo oscuro en busca de un cuarto de baño, se topó con ella.

La puerta había quedado entornada, y una luz cálida se derramaba hacia el pasillo. Al acercarse, oyó el suave murmullo del agua. Ni se le ocurrió dar media vuelta. No era propio de él dar media vuelta ante nada, siempre había sido muy curioso, siempre había creído que el mundo era algo que se le ofrecía para que lo contemplara sin cortapisas. Pero cuando miró por la rendija, lo que vio le provocó un aluvión de sentimientos. Se llevó la mano al vientre y contuvo la respiración, pero la joven que estaba sentada en la bañera con el mentón apoyado en las rodillas debió de intuir su presencia, porque de un modo lento, casi parsimonioso, sin levantar la cabeza, volvió el rostro en su dirección. El pelo negro, cortado por encima de la nuca, le cayó sobre el rostro y sus ojos se posaron tranquilamente en él. Su mirada era tan directa y desconcertante que Epstein tuvo la sensación de que algo se rasgaba en su interior. Costuras que llevaban tiempo a punto de ceder, pero eso poco importaba. Perplejo, retrocedió, y al hacerlo dio un traspié. En la oscuridad perdió el equilibrio y, abriendo los brazos en busca de un asidero, golpeó la pared con las palmas de las manos. Al oírlo, ella se levantó de un brinco con un chapoteo.

Sólo entonces comprendió Epstein que la joven no lo había visto. En la oscuridad no podía haberlo hecho. Pero por un instante él sí la había visto de cuerpo entero, y los regueros de agua que resbalaban por su piel. Luego la puerta se cerró de golpe.

Epstein notó que se le revolvía el estómago y echó a correr por el pasillo. Al llegar a la puerta principal, la abrió de un empujón y se precipitó a la calle. La temperatura había bajado, y en el cielo formidable las estrellas brillaban, aceradas por el frío. Se abrió paso a trompicones entre la áspera maleza, que

le llegaba hasta las rodillas. Un olor vegetal, húmedo, se elevó desde la tierra, liberado por las hierbas que se partían bajo sus pies. Doblado en dos, empezó a vomitar. No podía parar, y cuando creía que ya no le quedaba nada que sacar, siguió vomitando. Resollando, purgado al fin de su gran esfuerzo, vio cómo el vaho de su propio aliento se desvanecía en el aire.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y se enderezó; se notaba las piernas todavía flojas. Al día siguiente llamaría al médico sin falta. Algo no iba bien. Volvió la vista hacia la casa, plateada por la luz de la luna. ¿Qué estaba haciendo allí? Esa noche no era dueño de sí mismo. De hecho, hacía ya algún tiempo que tenía esa sensación. Se había tomado un descanso de su propia personalidad. ¿Acaso era eso? ¿Necesitaba dejar de ser Epstein a todas horas? ¿Y no era posible que, mientras se tomaba un descanso de la lógica que lo había acompañado toda la vida, de la razón que adoraba por encima de todas las cosas, hubiese visto una aparición?

No se sentía con fuerzas para volver adentro. Abriéndose paso entre las ortigas, siguió avanzando a ciegas. Fue a parar a un lado de la casa, donde había bloques de piedra y tejas esparcidas en pilas desordenadas, y una pala clavada en la tierra pedregosa. Allí nada se terminaba nunca: el mundo se reconstruía una y otra vez en el mismo lugar, con los mismos materiales rotos. Epstein tropezó y le entró tierra en el zapato. Apoyándose en el muro de la casa, se quitó el mocasín italiano y sacudió la tierra de su interior. Aún no estaba listo para ser enterrado. El muro retenía el calor del sol. Temblando, intentó absorberlo hasta que se sintió traspasado por un pensamiento: ¿y si aquella joven no era una aparición, ni mucho menos, sino la amante carnal de Klausner? ¿Y si el rabino hablaba sin cesar de los reinos espirituales y de la revelación de la luz divina, blandiendo su varita mística, pero en el fondo vivía tan condicionado como el que más por las leyes terrenales? ¿O acaso era su mujer? ¿Había mencionado Klausner que estuviera casado? ¿Era posible que ella, un mundo en sí misma, escuchara a Klausner ataviada con una larga falda de color anodino y medias gruesas, la cabeza tapada por un casco de pelo sin vida?¹

Epstein bordeó la casa hasta la parte trasera, donde vio una ventana iluminada. ¿Qué más? Debería volver a Tel Aviv, a su hotel, donde podría quedarse dormido en la cama de matrimonio extragrande, la única forma de grandeza a la que aspiraba, y despertar a su antigua visión del mundo. El taxi

ya habría salido para ir a recogerlo. Volvería por donde había llegado, desharía el camino por las calles de Safed, ahora sumidas en la oscuridad, bajaría por la falda de la montaña oscura, cruzando el valle oscuro, avanzaría a lo largo del mar oscuro y reluciente, todo a la inversa de lo que antes había sido, pues en eso consiste vivir en un mundo finito, ¿verdad? En una vida de opuestos, de hacer y deshacer, de estar y no estar, de ser y no ser. Toda su vida se había dedicado a convertir lo que no era en lo que sí era, ¿verdad? A fuerza de quererlo, había dotado de una existencia deslumbrante a aquello que no existía y no podía existir. ¿Cuántas veces había tenido esa misma sensación, apostado en lo alto de la montaña de su vida? En las habitaciones resplandecientes de su casa, mientras los camareros se afanaban en repartir cócteles entre los invitados reunidos para celebrar su cumpleaños; mientras contemplaba a sus hermosas hijas, que revelaban aplomo e inteligencia en cada uno de sus gestos; al despertar bajo un techo con vigas del siglo XVI y un edredón blanco en una habitación con vistas a las cimas nevadas de los Alpes; cuando oía a su nieto tocar el pequeño violoncelo que le había regalado y veía en el brillo de la madera cálida y oscura el lustre de una buena vida. Una vida plena. Una vida arrebatada a la inexistencia una y otra vez. Había momentos en los que las puertas del ascensor se abrían como las cortinas de un escenario al hogar donde Lianne y él habían criado a sus hijos, y el mundo que desvelaban parecía construido con tanto detalle que no acababa de creérselo. No podía creer lo que la fe en sí mismo, su inmensa ambición y su esfuerzo incesante habían alcanzado.

Se sentía exhausto. Una parte de sí mismo deseaba descolgar el teléfono y chillarle a alguien. Pero ¿chillar el qué? ¿Qué era lo que, a esas alturas, seguía necesitando corrección?

Estaba a punto de alcanzar la ventana cuando un crujido entre la maleza lo puso alerta. La luz lo había deslumbrado, y sin embargo intuía que, fuera lo que fuese lo que se movía en la oscuridad, tenía más de humano que de animal.

—¿Quién anda ahí? —preguntó. Por toda respuesta, se oyó el ladrido lejano de un perro que protestaba por no haber conseguido lo que quería. Pero Epstein notaba una presencia cercana, y puesto que aún no estaba listo para entregarse en cuerpo y alma a lo inexplicable, volvió a preguntar—: Eh, ¿quién anda ahí?

—Soy yo. —La voz grave sonó muy cerca de Epstein, a su espalda. Se dio la vuelta.

—¿Quién?

—Peretz Chaim.

—Peretz... —Epstein soltó el aire retenido y sintió que le flaqueaban las piernas—. Casi me da un infarto. ¿Qué haces aquí?

—Iba a preguntarte lo mismo.

—No te pases de listo. He salido a mear. El discurso del rabino se me ha subido a la cabeza. Necesitaba un poco de aire fresco.

—¿Y el aire es más fresco aquí atrás?

Epstein tal vez no fuera dueño de sí mismo, pero tampoco había dejado de ser quien era, y recogió el guante de forma instintiva.

—¿Cómo te llama tu madre, Peretz?

—No me llama.

—Pero de algún modo te llamaría cuando eras pequeño.

—Me llamaba Eddie.

—Eddie. Eddie es un nombre con el que me imagino yendo por la vida. Hasta tenía un tío que se llamaba así. Yo que tú me habría quedado con Eddie.

Pero Peretz Chaim también era rápido, o tal vez se sintiera envalentonado por el vino de la cena.

—¿Te habrías quedado estancado, quieres decir?

Epstein recordó que al parecer su propio abuelo, al que no había llegado a conocer, había cambiado de nombre cuatro veces para que el mal de ojo no diera con él. Pero entonces el mundo era más grande. Era más fácil que no te encontrarán.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí, Peretz Chaim?

Pero las circunstancias ofrecieron una vía de escape al joven, porque justo en ese instante la luz de la ventana que tenían a su espalda se apagó y los sumió en la oscuridad.

—Hora de irse a dormir —susurró Peretz Chaim.

Epstein se sintió vencer por el agotamiento. Decidió acostarse allí mismo, al pie de la ventana de la desconocida, y cerrar los ojos. Por la mañana, lo vería todo distinto.

—El rabino nos está esperando —dijo al fin Peretz Chaim—. Me ha pedido que viniera a buscarte.

Epstein percibió el reproche en su tono y, sin embargo, ¿acaso no estaban ambos en el mismo bando? ¿No habían llegado allí tarde, de forma imprevista, pero por su propia voluntad? De pronto se vio a sí mismo luciendo una absurda barba desmañada y una chaqueta oscura, convertido en la copia de una copia para poder rozar siquiera algo remotamente original.

Alcanzaba a oler el sudor del chico. Alargó el brazo y posó una mano sobre su hombro ancho.

—Dime, Peretz, tengo que saberlo... ¿Quién es ella?

Pero el joven soltó una risotada, le dio la espalda y desapareció en la oscuridad. Si a alguien debía lealtad, no era a Epstein. Estaba claro que no lo tenía en gran estima.

Envió de vuelta el taxi que había ido a recogerlo desde Tel Aviv, tras pagar al taxista la tarifa acordada de setecientos séqueles, más otros cien de propina, a través de la ventanilla. El hombre, que trataba de decidir si debía enfadarse o no, acabó encogiéndose de hombros —¿a él qué más le daba?—, contó el dinero y puso la marcha atrás. Epstein esperó hasta que el sonido del motor se hubo extinguido y la noche volvió a llenarse con sus silenciosas e inconmensurables distancias. Era un error, lo sabía. Tendría que haberse marchado en ese taxi, tendría que haber huido mientras podía hacia las dimensiones familiares de su mundo. A la mañana del día siguiente podría haberse sentado al sol en el balcón y tomado un zumo de naranja. Tendría que haberse ido, pero no pudo.

De vuelta en la casa, Epstein siguió un rumor de voces que lo llevó hasta la cocina. La chica que la noche anterior había empuñado el cuchillo de trinchar estaba ahora preparando café con el agua caliente de un termo mientras parloteaba sin cesar y aseguraba a quien quisiera escucharla que Maimónides se revolvería en su tumba si oyera al rabino. A juzgar por su forma de hablar, se diría que había conocido en persona al médico del siglo XI. Según Maimónides, aseguró, la existencia de Dios es absoluta. No posee atributos, nunca ha habido en él un nuevo elemento. La joven siguió hablando hasta que el taciturno Peretz Chaim —cuyo nombre, según supo Epstein, significaba «nacido de una explosión»— tomó la palabra para decir

que, pese a todo, Maimónides defendía la existencia de los milagros. Era un hombre medieval, venía a decir Peretz, y por tanto aceptaba por igual la razón y la revelación. Pero la chica no se dio por vencida, y si Peretz Chaim hubiese hecho justicia a su nombre, la discusión podría haber llegado a las manos. Sin embargo, el apacible guitarrista que aún no había explotado, pero quizá lo hiciera algún día, tiró la toalla y la conversación se centró en la quesería artesanal que algunos de ellos visitarían al día siguiente, regentada por una mujer cuyo marido ortodoxo cultivaba marihuana en la parte de atrás de la casa.

Epstein encontró al rabino en el estudio tomando un brandy, rechazó su invitación para que se uniera a él y le pidió que lo guiara hasta su dormitorio. El rabino se mostró encantado de que se quedara a pasar la noche. Al día siguiente le enseñaría toda la casa, las paredes y los arcos que había restaurado, ¡devolviéndoles su esplendor tras un siglo de abandono! Le enseñaría el aula, la pequeña biblioteca con su colección de libros donados por la familia Solokov. Preguntó a Epstein si conocía a los Solokov, de la calle Setenta y Nueve. Su hijo, que no tenía el menor interés en el judaísmo, de hecho no se interesaba por nada en absoluto, había llegado hasta allí sumido en la más absoluta apatía, y tras su estancia en Gilgul había decidido estudiar filosofía, luego botánica medicinal, y tras cruzar la India con una mochila a la espalda había combinado las dos vertientes de la sabiduría conquistada para abrir un centro de yoga neshamá en Williamsburg, donde también vendía tinturas. Profundamente agradecidos, los Solokov habían donado tres mil libros a Klausner. Epstein no dijo nada. Y también el dinero para las estanterías, añadió el rabino.

Al ver su habitación, Epstein comprobó que era tan austera como le habían asegurado: una cama, una ventana, una silla y un armario pequeño, lleno tan sólo del olor de siglos pasados. Una lámpara arrojaba sombras sobre la pared. En un rincón había un lavamanos triangular, y junto a éste una toalla áspera y rígida colgada de un gancho en la pared. ¿Cuántos peregrinos se habrían secado con ella? Klausner, que merodeaba a su espalda, le habló entonces de la reunión de los descendientes de David. Con una donación mínima, tal vez pudieran conseguir a Robert Alter como ponente destacado. No era su candidato ideal, pero Alter atraía a un público muy amplio y tenía previsto visitar la ciudad esa semana.

¿Y cuál habría sido su candidato ideal?, preguntó Epstein, que en otros tiempos podía conversar incluso estando dormido.

El propio David, contestó Klausner, volviéndose con brusquedad, y en el brillo ahora familiar de la mirada del rabino Epstein creyó distinguir algo más, algo que tal vez hubiese tomado por un destello de locura de no haber sido tan consciente de su propia fatiga y aturdimiento.

—¿De veras crees que David es mi antepasado directo? —preguntó a media voz.

—Lo sé.

Finalmente, incapaz de seguir en pie, el peregrino Epstein colgó su chaqueta y se desplomó sobre la cama al tiempo que se le levantaban las piernas. Por un instante, tuvo la absurda sensación de que el rabino se inclinaría para arroparlo. Pero, tras haber pillado al fin la indirecta, Klausner le dio las buenas noches y prometió despertarlo temprano al día siguiente. Justo antes de que cerrara la puerta, Epstein lo llamó.

—¡Menachem!

Klausner se volvió y asomó el rostro, ruborizado de entusiasmo.

—¿Sí?

—¿Qué hacías antes de dedicarte a esto?

—¿Antes de Gilgul, te refieres?

—Algo me dice que no siempre has sido religioso.

—Sigo sin ser religioso —repuso Klausner con una sonrisa. Pero entonces recordó quién era y recuperó el gesto serio—. Sí, ahí hay una buena historia.

—Sin ánimo de ofender, me gustaría más oír hablar de eso que de los arcos restaurados.

—Te contaré todo lo que quieras saber.

—Y otra cosa —añadió Epstein, recordando algo de pronto—: ¿Por qué decidiste poner «Gilgul» a este sitio? El nombre se me atraganta un poco, la verdad.

—El nombre Livnot U'Lehibanot, «construir y ser construido», ya lo habían cogido los del local que hay calle abajo, junto con una donación de la Asociación Judía de Palm Beach.

—¿Y a qué se dedican?

—A la *Hitbodedut*. Meditación jasídica. Al finalizar cada retiro, envían a los alumnos al bosque, para que mediten en soledad. Para que canten y griten. Para que se sientan elevados. De vez en cuando se les pierde alguno y tienen que llamar a una unidad de salvamento para que venga a rescatarlo.

Pero Gilgul era mejor de lo que sonaba, dijo Klausner, y explicó que la palabra significaba «ciclo» o «rueda», pero que en la cábala se refería a la transmigración del alma, a un reino espiritual superior, para quien está preparado. Y a veces también a otros reinos menos placenteros, claro está.

Cuando Jules Epstein apagó la lámpara de la mesilla de noche, su alma se revolvió bajo las sábanas acartonadas y se vio devuelto a la inextricable oscuridad que había escudriñado durante incontables noches, cuando no podía conciliar el sueño y en su mente retomaba las discusiones, y recopilaba las pruebas que le daban la razón. ¿Acaso le parecía distinta la implacable oscuridad que reinaba en su interior durante el alto el fuego decretado desde hacía unos meses?

La expresión bélica le había venido a la mente de forma espontánea, repleta de significado. Pues sólo en el escenario de ese alto el fuego —en su silencio sobrecogedor, en la suspensión de una orden previa— había cobrado plena conciencia de lo que ya sólo podía ver como una guerra. Una guerra épica, cuyas numerosas batallas ya no era capaz de nombrar ni recordar, salvo por el hecho de que las había ganado en su mayoría, a un precio en el que prefería no pensar. Había atacado y se había defendido. Dormía con el arma bajo la almohada y se despertaba listo para la lucha. El día no empezaba para él, había dicho Lucie en cierta ocasión, hasta que se las veía con alguien o algo. Pero él lo había vivido como una señal de salud. De vitalidad. De creatividad, incluso, por destructivas que fueran las consecuencias. ¡El mundo estaba lleno de imbéciles! Vivir enzarzado en una disputa tras otra, siempre en guardia, en un estado de conflicto constante, nunca había mermado sus fuerzas, sino todo lo contrario. «¡Dejadme en paz!», bramaba a veces, cuando discutía con sus padres o con Lianne, pero en realidad la paz no le resultaba atractiva, pues en el fondo implicaba quedarse a solas consigo mismo. Su padre solía pegarle con el cinturón. Lo hacía repetidamente por las faltas más nimias; lo arrinconaba mientras sacaba el cinturón de piel negra de las presillas del pantalón para azotar su piel desnuda. Y sin embargo, era el

espectro de su padre, yaciendo inerte en la cama con las cortinas corridas a las diez de la mañana, lo que había despertado su propia ira. El temor que sentía de niño, cuando pasaba de puntillas por delante de la puerta de su habitación, se trocó más tarde en furia: ¿por qué no hacía acopio de fuerzas y se sobreponía a la enfermedad? ¿Por qué no se levantaba y salía hecho un basilisco? Epstein no soportaba verlo en semejante estado, así que empezó a pasar mucho tiempo fuera de casa, donde las energías luminosas bullían, imparables. Cuando no estaba en cama deprimido, su padre seguía siendo intratable por otros motivos: se mostraba obstinado e irascible, quería hacerlo todo a su manera. Atrapado entre Sol y Edie, que vivían perpendiculares a todo y paralelos a nada, que no dejaban pasar ni una y siempre tenían que opinar sobre todo, Epstein se había criado entre extremos. O permanecía impávido e indiferente a todo o luchaba con uñas y dientes. En la calle, donde le daba el aire fresco y la luz del sol, se había entregado a la refriega. Era el primero en atacar. Había descubierto que podía ser despiadado. «Saúl mató a miles de guerreros, pero David mató a más de diez mil.» Tanto se creció, tan prendado estaba de su propio poder, que cierta noche volvió a casa y cuando su padre, plantado en la cocina con el batín lleno de manchas, empezó a meterse con él, se dio la vuelta, blandió el puño y le asestó un golpe en la cara. Lo golpeó y luego lloró como un niño mientras sujetaba un trozo de hielo sobre el ojo grotescamente hinchado de su progenitor.

Epstein se tocó su propio ojo de manera instintiva, se levantó de la cama y se acercó descalzo a la ventana. ¿Qué sabría él de relaciones benévolas?

Aún estaba a tiempo de regresar a Tel Aviv. Podría decirle al taxista que volviera a por él, recorrer el pasillo todavía en penumbra hasta el coche que lo estaría esperando con el motor en marcha, enviar un mensaje a Klausner con la excusa de una reunión olvidada. Podría ultimar los detalles de una donación al Instituto Weizmann o al Museo de Israel en recuerdo de sus padres, podría liquidar la cuenta del hotel, podría despedirse de Moti, que acudiría al vestíbulo del hotel con manchas de sudor en las axilas para decirle adiós y recibir el habitual sobre de dinero, podría hacer las maletas y volver al aeropuerto, y abandonar así la ciudad en la que había nacido y a la que había regresado incontables veces para recuperar algo que nunca acertaría a definir, volar a mil kilómetros por hora en dirección opuesta al corazón del poeta Judá Leví y ver cómo la costa Este de Estados Unidos surgía en medio

de la oscuridad inabarcable. Y después de que el piloto, luchando contra fuertes rachas de viento, lograra aterrizar el avión ladeándolo entre los aplausos aislados de quienes apenas podían creer que seguían con vida, podría salir del aeropuerto saltándose la cola de los controles de seguridad, subirse a un taxi, pasar como una exhalación por delante de Gran Central, desierta a las cuatro y media de la madrugada, vislumbrar el perfil de Manhattan recortado sobre el horizonte y experimentar la oleada de emociones que siente al regresar quien vuelve de un lugar lejano al que creía haber llegado para quedarse. Podría haber vuelto a casa de haber querido. Pero no lo hizo, de modo que ahora pasarían otras cosas.

Sintió que había soltado lastre. Todo aquello, personas y objetos que lo mantenían sujeto a sus propias señas de identidad, se había desvanecido. Apoyó la frente en la ventana y contempló la inmensidad del cielo, delimitada hacia abajo por la línea irregular de las masas primigenias. Se sintió enardecido, no sólo por las vistas, sino también por su propia consciencia. Algo se había visto desplazado, y en el espacio resultante los nervios transportaban sentimientos desnudos y carentes de propósito. Tanteó ese espacio con delicadeza y descubrió, como suele pasar con todas las ausencias, que el vacío era mucho mayor que lo que en otras épocas había ocupado su lugar.

UN *KADISH* POR KAFKA

Por la mañana volvía a reinar la calma y el cielo estaba sereno, sin una sola nube. Apenas había pegado ojo, y como solía pasarme en las noches de insomnio, había sentido que la orilla de la razón, con sus familiares hitos y accidentes geográficos, se alejaba cada vez más de mí, y me había invadido el temor a ser la responsable de ese alejamiento, como si de algún modo lo buscara y hubiese escogido la privación de sueño como forma de alcanzarlo. Me senté a tomar una taza de café amargo en el balcón de mi hermana. La claridad me molestaba, pero desde allí podría ver llegar a Friedman, aunque estaba tan agotada que casi deseaba que no acudiera a nuestra cita. Sentada en el sillón de mi abuela, recordé que solía llevarme al mar Muerto cuando era niña. Preparaba un almuerzo para llevar y nos subíamos al autobús que salía de la estación central en dirección al desierto, y un par de horas más tarde estábamos las dos flotando boca arriba en el agua salada, de un azul eléctrico, que era cuanto quedaba de un mar extinto, con las montañas ancestrales de Moab a nuestra espalda. Flotando en una concentración de historia reducida mediante la lenta evaporación del tiempo, mi abuela luciendo su gorro de baño decorado con flores de goma. Imaginé a Friedman flotando también en el mar Muerto, con sus gafas de cristales ahumados, controlando la transmisión de la literatura nacional mientras sus greñas blancas ondeaban a ambos lados de la cabeza como formas de vida subacuática.

A las diez en punto se presentó en su destartalado Mazda blanco, por cuyas ventanillas fluían los acordes de otra sinfonía. Me levanté del viejo sillón y guardé mi ejemplar de *Parábolas y paradojas* en la misma bolsa de plástico en la que había puesto una muda. Como una autómatas, cogí el bañador y lo metí también en la bolsa. Eché un vistazo al ordenador que había quedado abierto sobre la mesa desde la noche anterior, cuando había

mandado un email a casa, y al salir tomé la precaución de cerrar ambas cerraduras, la de arriba y la de abajo, tal como mi hermana me había pedido que hiciera cuando fuera a ausentarme del piso durante algún tiempo. Al bajar por la escalera me vi envuelta en una penumbra fresca, y el súbito contraste con la claridad del piso me hizo sentir mareada, como si alguien hubiese quitado de pronto el tejado que cubría mis pensamientos dejando entrar una fría ráfaga de espacio. Más allá del agotamiento debe de haber algo más, tal como se supone que más allá del hambre hay una lucidez y una levedad exacerbadas. Pero yo siempre había preferido leer sobre los estados de conciencia alterados más que arriesgarme a vivirlos personalmente. Mi mente ya era demasiado permeable de por sí, y los escasos viajes psicodélicos en los que me había embarcado sólo me habían dado a probar de manera fugaz la euforia antes de sumirme en el pánico. Me senté en los escalones y dejé caer la cabeza entre las rodillas.

Por las ventanillas del coche en marcha entraba una brisa cálida. Friedman me había traído pastas de chocolate y, sintiéndome mejor, las había ido comiendo una tras otra. Su perra había apoyado la cabeza en mi hombro, y notaba su respiración en la oreja. Cuando había quedado para cenar con Matti un par de días antes y le había hablado del otro Friedman al que había conocido, que tal vez fuera un antiguo agente del Mossad, él se había echado a reír y me había dicho que si todos los israelíes que insinuaban trabajar para la agencia de espionaje lo hicieran realmente, ésta sería la empresa que más empleo generaba en todo el país. Piensa en todos los secretos domésticos triviales que el Mossad ha contribuido a encubrir sin comerlo ni beberlo, dijo. Lo cierto es que para entonces yo no creía de veras que fueran a llamarme para escribir el final de la obra teatral de Kafka. Ahora la idea me parecía tan descabellada que no merecía ser tomada en serio. Entre la perra y las pastas, la bolsa de papel arrugada y llena de maltrechas ediciones de bolsillo, los gatos, el Mossad y Friedman, que tal vez sólo buscara una forma de entretener sus ociosos días de jubilado, todo aquello me parecía poco menos que un juego. Yo también estaba ociosa, tras haber renunciado temporalmente a mi anterior propósito. Me refiero al propósito de escribir una novela, aunque en realidad nunca es una novela lo que soñamos con escribir, sino algo de alcance mucho más amplio a lo que nos referimos con

la palabra «novela», para disimular nuestros delirios de grandeza o una esperanza difusa. Ya no podía escribir una novela, del mismo modo que no podía obligarme a hacer planes, porque en el fondo el problema que tenía en mi trabajo y en mi vida era el mismo: había empezado a desconfiar de todas las formas posibles que podía dar a las cosas. O había perdido directamente la fe en mi capacidad para dar forma a las cosas.

Me había apuntado al viaje, me dije a mí misma mientras Friedman cambiaba de marcha, sin más aspiración que la de dejar atrás el ulular de las sirenas y visitar el desierto de Judea, un lugar que me gustaba como el que más. Me gustaban su luz y olor, sus millones de años, miles de los cuales había asimilado a través de fuentes conocidas y desconocidas, y los llevaba grabados a un nivel tan profundo que era imposible distinguirlos de la memoria. Si no pregunté adónde nos dirigíamos exactamente ni por qué, fue porque no quería saberlo. Lo que quería era reclinar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos, ponerme en las manos de otra persona durante un rato para poder descansar y no pensar.

Para descansar, pero también —habría aventurado de no estar tan agotada — para verme arrastrada hasta algún lugar al que no tenía pensado ir. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había permitido que eso sucediera. Tenía la impresión de llevar toda la vida haciendo planes. A decir verdad, se me daba de fábula, tanto la parte de planificación como la de ejecución: paso a paso, mis planes se iban concretando con tal exactitud que, de haberlos estudiado más detenidamente, me habría percatado de que mi rigor nacía de cierta clase de miedo. De joven, creía que viviría tan libremente como los escritores y artistas, a los que veía como héroes. Pero al final no tuve el valor suficiente para resistirme a la corriente que me arrastraba hacia lo convencional. Aún no había llegado lo bastante lejos en el profundo, amargo, deslumbrante conocimiento de uno mismo que me permitiría saber qué podría y qué no podría soportar —hasta qué punto estaba preparada para la privación, el desorden, la pasión, la inestabilidad, el placer y el dolor— cuando me decanté por componer un relato para mi propia vida y me dediqué en cuerpo y alma a vivirlo. Escribir sobre vidas ajenas puede enmascarar, durante algún tiempo, el hecho de que los planes que uno ha hecho para su propia vida lo han aislado de lo desconocido en lugar de acercarlo a él. En el fondo, siempre lo había sabido. Pero si por la noche mi

cuerpo se estremecía mientras intentaba conciliar el sueño, como hizo la noche que accedí a casarme con mi futuro marido junto a un resplandeciente lago negro, intentaba no hacer caso de esas señales, tal como intentamos no pensar demasiado en el tornillo que sobra tras montar la cama en la que tendremos que acostarnos. Y no sólo porque me faltara valor para reconocer todo aquello que intuía sobre mí misma, o sobre el hombre con el que había accedido a compartir mi vida. No hacía caso de esas señales porque también anhelaba la belleza y la solidez de la forma a la que toda la naturaleza —y unos pocos miles de años de cultura judía— reserva su mayor alabanza: la que componen madre, padre e hijo. Así que desoí la voz de la responsabilidad que me hubiese obligado a anticipar qué nos pasaría a todos una vez que la forma se hubiese constituido, una vez que todos los átomos se hubiesen alineado en nosotros. En vez de eso, temerosa de la clase de emociones violentas que había conocido de niña en el seno familiar, me até de pies y manos a un hombre que parecía tener un don prodigioso para la constancia, pasara lo que pasase de puertas adentro y de puertas afuera. Y luego me até de pies y manos al hábito y el horario de una vida meticulosamente organizada, disciplinada y sana, como si todo lo demás dependiera del orden, como si para asegurar el bienestar y la felicidad de mis hijos tuviera que atar de pies y manos no sólo todas mis horas y días, sino también mis pensamientos y mi espíritu. Mientras tanto mi otra vida, la que no tenía forma ni nombre, se volvía cada vez más difusa, menos accesible, hasta que al fin conseguí darle portazo.

Enfilamos la calle Rey Jorge, dejando atrás la entrada a un parque al que yo había ido con mis hijos a menudo para que jugaran y treparan a una inmensa red de cuerda con forma de pirámide desde cuya cima decían ver el mar. Friedman me dijo que teníamos que hacer una parada rápida antes de ponernos en camino. Pensé que quizá se había olvidado algo en casa y empecé a preguntarme por su vida. Imaginé su apartamento repleto de viejos libros e inventé una mujer para él, de pecho abundante, pragmática, con el pelo corto y canoso tan común en cierta clase de mujeres israelíes de más de sesenta años. Pelo de kibbutznik, lo llama un amigo mío, aunque a mí siempre me ha recordado los campos de concentración, o lo haría si la severidad del corte no se viera dulcificada a menudo por unos pendientes

enormes y un nieto. Una Yehudit o Ruth nacida en Haifa, hija de un médico alemán y de una pianista que daba clases de música, ambos supervivientes, de cuya oscuridad esa tal Yehudit o Ruth había tenido que liberarse para convertirse en psicóloga y pasar su vida adulta intentando comprender los traumas ajenos. La clase de mujer cuya cocina era un lugar acogedor en el que la gente se reunía cuando no estaba trabajando, que salía a pasear todas las mañanas con las mismas dos amigas desde hacía cuarenta años. Ya le había cogido cariño, a esa Yehudit o Ruth, ya estaba lista para sentarme a la mesa de su cocina, cubierta con un hule de estampado floral, y contárselo todo. Pero no íbamos hacia el piso de Friedman, sino hacia la calle bautizada en honor del pulidor de lentes holandés.

Friedman aparcó el coche delante del edificio al que me había llevado dos días antes, donde Kafka y los gatos convivían en pecado a la espera del veredicto de los jueces. Pensaba que iba a darme otra charla, pero esta vez se bajó del coche y me dijo que esperara allí. Sólo tardaría unos minutos, prometió, y antes de que pudiera protestar se fue dando un portazo y cruzó la calle ayudándose de su bastón.

La perra se quedó gimiendo, sin quitarle ojo a su amo hasta que desapareció en el interior del edificio, y entonces empezó a aullar como si fuera la víctima de una injusticia terrible. Iba de aquí para allá en el asiento cuyo tapizado de piel cuarteada delataba un largo historial de esperas angustiosas. Intenté tranquilizarla, pero poco podía hacer sin saber su nombre ni las palabras que comprendería. Cuando empezó a respirar tan agitadamente que parecía a punto de ahogarse, salté por encima de la palanca de cambios y me senté con ella en el asiento trasero. La perra pasó por encima de mis piernas unas pocas veces hasta que al fin se resignó a su suerte y se desplomó en el asiento, dejando las patas delanteras sobre mi regazo. La acaricié tirando con suavidad de la piel flácida de su cuello, tal como solía hacer al perro con el que había convivido durante casi tanto tiempo como con mi marido.

Pasaron diez, quince minutos. Me vino a la mente una anécdota que me había contado un amigo muchos años atrás, sobre un viaje que había hecho a Praga en su juventud. Cierta noche, borracho como una cuba, se le había metido en la cabeza que tenía que ir a besar la sinagoga Vieja-Nueva, que quedaba justo enfrente del edificio en el que se alojaba. A la mañana

siguiente se despertó sano y salvo, todavía abrazado a la sinagoga, bajo la mirada atenta —o eso imaginó— del golem supuestamente enterrado en el desván. Esa tarde decidió ir al cementerio judío de Strasznitz para visitar la tumba de Kafka. Según me dijo, el escritor estaba enterrado junto a su padre, lo que venía a ser algo así como la peor afrenta que podría haber imaginado. Mi amigo decidió decir un *kadish* por Kafka. Al terminar, se dio la vuelta para marcharse y se topó con una lápida idéntica a la del escritor. Se quedó allí plantado, perplejo. Unos minutos después, unos chicos se acercaron con aire despreocupado y le explicaron que acababan de hacer la réplica de la lápida de Kafka para una película que se estaba rodando, y la habían dejado allí mientras se iban a almorzar. Mi amigo me confesó que había dicho el *kadish* ante la réplica. Luego ayudó a los chicos a cargarla en el camión. El calco que habían hecho de la lápida auténtica estaba allí tirado, y les pidió permiso para quedárselo.

Me preguntaba qué estaría haciendo Friedman allí dentro. La respiración cálida de la perra se estabilizó y se hizo rítmica. Imaginé las habitaciones abarrotadas tras las rejas de las ventanas, el aire húmedo a causa de las plantas de interior que dejaban caer sus hojas amarillentas sobre los manuscritos de Kafka, desperdigados y cada vez más desvaídos, hediendo a feromonas gatunas. Frustrada por no poder verlo todo con mis propios ojos, desalojé suavemente a la perra de mi regazo y me apeé del coche. No había rastro de los gatos —tal vez estuvieran reunidos dentro, retozando sobre la tinta de Praga—, pero su olor seguía flotando en el aire, y a juzgar por los bolecitos sucios que vi en el suelo no tardarían en volver. El nombre de Eva Hoffe era el último de una hilera de timbres, pero cuando me asomé al vestíbulo para echar un vistazo a su puerta imaginé el ojo amplificado de la solterona desgredada parpadeando al otro lado de la mirilla y, volviendo sobre mis pasos, busqué cobijo bajo las grandes hojas de una higuera, apartando a manotazos una telaraña pegajosa.

Después de mi primer encuentro con Friedman busqué en internet información sobre el juicio de los archivos de Kafka, y tuve ocasión de corroborar todo lo que me había dicho: el caso, que seguía en los tribunales, se reducía a si los manuscritos de Kafka —y en cierto sentido, el propio Kafka— se consideraban patrimonio nacional o propiedad privada. Hasta ahora no se había emitido ningún veredicto, pero el tribunal había accedido a

la petición de la Biblioteca Nacional de inventariar los documentos que Eva Hoffe tenía en su poder. Eva, que a menudo se refería al archivo como si fuera una extensión de sus propias extremidades, lo había equiparado a una violación. Finalmente, tras dos apelaciones rechazadas, había entregado a regañadientes las llaves de varias cajas de seguridad de Tel Aviv, pero no coincidían con las cerraduras. El día que los abogados las abrieron por fin, varios testigos vieron a Eva persiguiéndolos en el banco, gritando que los papeles le pertenecían. Sin embargo, por enajenada que pareciera a veces, por estrambóticas que fueran las anécdotas que circulaban sobre su comportamiento, por más que al Estado de Israel le costara aceptar que un escritor judío que significaba tanto para tantos pudiera no ser patrimonio nacional, sus reivindicaciones tenían cierta base legal. El resultado del inventario no se había hecho público, pero *Haaretz* había confirmado que Eva Hoffe custodiaba una gran cantidad de manuscritos originales de Kafka, y o bien eran de todos y de nadie, o bien de Israel, o bien suyos y nada más que suyos.

Me acerqué a la hilera de ventanas de la planta baja y vi que tras el enrejado de pesados barrotes blancos había una segunda capa de malla metálica de la que se usaba para enjaular animales pequeños. Dentro estaba demasiado oscuro para distinguir nada. Bordeando el edificio, descubrí que en el muro lateral la situación era peor todavía: los ventanales en saliente, concebidos como una especie de galería acristalada, quedaban tapados grotescamente por las rejas oxidadas y la malla mugrienta, parcheada y reforzada en las esquinas por la diligencia enérgica que nace de la paranoia. O acaso no fuera tanto el reflejo de una mente enferma que ha perdido contacto con la realidad, cavilé, cuanto de la absurda realidad que contra todo pronóstico albergaba en su interior, un botín tan único y valioso que había quienes no se detendrían ante nada para hacerse con él. Supuestamente alguien había allanado el piso un par de años antes, aunque los informes del incidente publicados en la prensa israelí sugerían que podría tratarse de un montaje orquestado por la propia Eva.

Oí cómo algo se movía. Desenfocando un poco la mirada para que la malla metálica se desdibujara sobre el fondo, vi el escuálido gato negro que se había colado entre la reja y la malla y se escabullía ahora por el angosto espacio entre ambas. De haber creído en esas cosas —y supongo que sí creía

en esas cosas—, tal vez me lo hubiese tomado como un augurio. Un instante después, oí a alguien arrastrando un objeto escalera abajo, algo pesado como un cadáver, y volví sobre mis pasos a toda prisa. Al doblar la esquina que daba a la fachada, vi cómo Friedman salía del edificio tirando de una maleta negra con los respaldos sueltos a lo largo de las costuras y el asa envuelta en cinta de embalar. Era una maleta más propia de un vendedor ambulante de cálices ceremoniales que de un agente del Mossad, aunque estuviera jubilado y adscrito al insignificante departamento de Literatura Judía. Todo lo cual no impidió que el corazón me diera un vuelco al pensar que en su interior podía haber parte de la obra perdida de Kafka.

Fuera lo que fuese, Friedman no soltaba prenda. Todavía no, dijo, mirando por el espejo retrovisor mientras nos alejábamos. Primero tenía que explicarme ciertas cosas. Sugirió que nos detuviéramos en Jerusalén, de camino al desierto, y almorzáramos en un pequeño y tranquilo restaurante vegetariano del centro cultural Confederation House, en el barrio de Yemin Moshe, con vistas a la muralla de la Ciudad Vieja. Allí podríamos hablar sin que nadie nos molestara.



Por si la situación no era ya harto extraña, a partir del momento en que la maleta pasó a nuestras manos todo se volvió mucho más extraño todavía. En retrospectiva, tengo la impresión de que, antes de la maleta, yo vivía en un mundo de leyes familiares en circunstancias atípicas, pero a partir de entonces esas leyes familiares empezaron a diluirse y a cambiar de un modo casi imperceptible. Es más: tengo la impresión de que llevaba mucho tiempo buscando ese cambio sin saberlo, es decir, buscando la maleta, esa maleta de cuya existencia era consciente, en cierto sentido, desde que tenía siete años, cuando me la regalaron en un cuento. Pero había tenido que esperar todos esos años para que finalmente se abriera y entrara en mi vida.

El cuento me lo contó la mujer que nos cuidaba a mi hermano y a mí de pequeños. Vivió en nuestra casa casi una década, desde que tenía veintidós años, pero nunca se nos habría ocurrido llamarla «niñera», ni siquiera «canguro»; era demasiado atípica para eso, demasiado libre y poco convencional. También tenía una faceta mística importante, y aunque se

había criado en una familia católica, sus creencias bebían de muchas fuentes y no se sometían al dictado de ninguna. Su habitación estaba llena de cristales y aerografías hechas por ella de diosas, magos y personajes de Disney, y lucía alrededor del cuello un pequeño retrato de Jesús con una corona de espinas cuyos hilitos de sangre nos producían una mezcla de fascinación y asco. Pero no veíamos ni rastro de devoción o sumisión en Anna; las historias que nos contaba sobre su infancia siempre hablaban de subversión, no sólo hacia las autoridades que gobernaban su vida, sino también hacia todo aquello que aceptaba someterse a las leyes de la normalidad, y por tanto negaba la magia que ella vislumbraba al filo de todas las cosas. Esa historia en particular era sobre un encargo que le habían hecho cuando tenía diecinueve años, poco antes de venirse a vivir con nosotros. Más que de un encargo, cabría hablar de una misión, pues lo único que tenía que hacer era recoger una maleta negra en plena noche y llevarla hasta un punto que quedaba a tres horas de distancia en coche. No recuerdo qué palabras empleó Anna para describir la naturaleza de lo que contenía la maleta, pero nos quedó claro que era algo ilícito, y que ella corría peligro al emprender ese viaje. La historia se centraba en ese trayecto angustioso, por una carretera tortuosa y oscura, durante el cual se percataba de que la seguía un coche que era una réplica exacta del que ella conducía. Le suplicamos que nos dijera qué había en la maleta, pero ella se negó. Mi hermano aventuró que estaba llena de dinero, y yo que contenía un collar mágico. Pero Anna, que en ciertos aspectos nos conocía mejor que nuestros propios padres, dijo que tendríamos que esperar hasta el *bar mitzvah* de mi hermano, para el que todavía faltaban cuatro años, para descubrir la respuesta.

Los años fueron pasando, y de tarde en tarde mi hermano o yo sacábamos el tema de la maleta para ver si Anna se avenía por fin a revelar el secreto, pero ella se limitaba a recordarnos que debíamos esperar hasta el momento acordado. Y entonces, por fin, llegó el día del *bar mitzvah* de mi hermano y pasó sin que le planteáramos la ansiada pregunta. Seguramente para entonces lo habíamos olvidado, o éramos lo bastante mayores para intuir la respuesta, o queríamos ahorrarnos la vergüenza de preguntar. Pero lo cierto es que el misterio quedó sin resolver, y el regalo que Anna nos había hecho, en forma de una historia y una maleta, sobrevivió a las incontables cosas que nos regalaron durante todos esos años y que acabaron perdidas u olvidadas.

*

Con Kafka en el maletero, Friedman se incorporó a la autopista. Dejamos atrás palmeras y cipreses, campos sobre los cuales oscuras bandadas de estorninos cambiaban de rumbo súbitamente, todos a una. Dejamos atrás la nueva ciudad de Modi'in, más allá de la cual el paisaje envejecía y la blanca calavera del mundo asomaba bajo la hierba. Dejamos atrás laderas ceñidas por los muros ruinosos de bancales abandonados mucho tiempo atrás, pero cuyas hileras de olivos ancestrales seguían en pie, varias aldeas árabes y un pastor que seguía a su rebaño de ovejas colina abajo, moviéndose con agilidad. Una valla metálica apareció a ambos lados de la carretera, coronada por una concertina de alambre de cuchillas, y pasamos por un punto de control en el que la policía montaba guardia equipada con cascos antidisturbios y uniformes oscuros, abultados por chalecos antibalas. Unos kilómetros más allá, la valla se vio reemplazada por unos imponentes muros de hormigón que se extendían hasta las afueras de Jerusalén, donde daban paso a un pinar. Entramos en la ciudad, dejamos atrás el parque Sacher y nos abrimos paso entre las calles de Rehavia, más allá del molino de viento de Montefiore, recientemente restaurado, y el también remozado hotel Rey David que en tiempos fuera objetivo de las bombas, tierra de nadie y —no hace tanto— escenario de la boda de mi hermano.

Friedman detuvo el coche en un pequeño aparcamiento contiguo a un parque, dejó salir a la perra y juntos bajamos por una ladera amplia y poblada de cuervos. El edificio de piedra de la Confederation House era la única construcción visible, rodeada por un jardín de olivos y palmeras, perfumado de lavanda. El restaurante estaba desierto, y la solitaria camarera nos guió hasta la mesa de la ventana que daba a la muralla construida por Solimán el Magnífico al otro lado del angosto valle. La perra se dejó caer con un gruñido a los pies de su amo, enfundados en sandalias. Mientras la camarera iba a buscarle un cuenco con agua, Friedman se entretuvo revisando las fotocopias arrugadas que había sacado del coche, embutidas en un portafolios de piel. Sólo después de que la camarera, que al parecer era también la cocinera, nos tomara nota y se escabullera en dirección a la cocina, se avino por fin a hablar. Se inclinó hacia delante y, tras echar un último e innecesario vistazo

al local vacío, empezó su relato a media voz.

A lo largo de las siguientes dos horas lo oí desgranar una historia extraordinaria. Era tan rocambolesca que al principio di por sentado que Effie el fabulador me había puesto en manos de uno de los suyos, quién sabe si también aquejado de delirios. Decidí que lo escucharía hasta el final, pero en cuanto acabáramos de comer me excusaría y llamaría a Effie. Él me había metido en esto, así que ya podía ir sacándome. Cuando menos, podría llevarme de vuelta a Tel Aviv.

Y sin embargo, cuanto más hablaba Friedman, menos claro tenía si debía creerle o no. Sabía que lo que me estaba contando era sumamente improbable, y también que, si por una extraña casualidad hubiese pasado de veras, era imposible que hubiese permanecido en secreto todo ese tiempo. Habían transcurrido casi noventa años desde la muerte de Kafka en un sanatorio en las afueras de Viena. Pero ante la persuasiva elocuencia de Friedman, su autoridad natural y su conocimiento aparentemente exhaustivo de la vida de Kafka, me descubrí empezando a contemplar la remota y más que improbable posibilidad de que estuviera en lo cierto. Y supongo que, como sucede con todas las cosas inverosímiles que nos planteamos, quería creer que podía ser verdad, que Kafka había cruzado al fin el umbral, se había escabullido por la puerta cuando ésta estaba a punto de cerrarse y había desaparecido adentrándose en el futuro. Que treinta y cinco años después de su funeral en Praga y su traslado en secreto a Palestina, había muerto mientras dormía una noche de octubre de 1956, conocido tan sólo —por los pocos que lo conocían— como Anshel Peleg, jardinero de profesión. Que en Tel Aviv, no muy lejos del piso de mi hermana, podía haber una casa, y detrás de esa casa un jardín, y en ese jardín, ahora abandonado e invadido por la maleza, un naranjo que Kafka había plantado con sus propias manos. La última vez que Friedman había estado allí, me dijo, un cuervo se había precipitado desde las alturas y había caído muerto a sus pies como si tal cosa, sin justificación alguna.

||

GILGUL

Su nombre hebreo, Anshel, fue lo único que conservó de su antigua vida. Es un diminutivo yidis de Asher, intercambiable con Amshel, que proviene asimismo de *amsel*, «mirlo» en alemán. Podría haberlo cambiado fácilmente por un nombre más común entre quienes emigraban a Palestina, como Chaim, Moshe o Yaakov, pero conservaba el eco del apellido al que se había visto obligado a renunciar —y que un día se haría más famoso de lo que nunca hubiese podido imaginar—, pues *kavka* en checo significa «grajilla», una palabra tan común que Hermann Kafka escogió esa especie de cuervo como logotipo para su negocio de ropa y géneros selectos. El que su hijo Franz se sintiera atraído por la metamorfosis de lo humano en animal, y que a veces el escritor se identificara más con su faceta animal, quedaba patente en una obra que algún día se leería en todo el mundo. Que con su reluciente casco de pelo negro —que le nacía de la frente como si llevara calada una gorra austera—, sus ojos de mirada penetrante separados entre sí y su nariz aguileña se pareciera más a una grajilla que a ningún otro animal es quizá uno de esos accidentes del azar, aseguró Friedman, que aparecen en sus numerosos relatos y se revelan de forma magistral como el reflejo de un deseo íntimo y contradictorio. Que el apellido que adoptó, Peleg, fuera habitual entre quienes llegaron a Israel durante la tercera aliyá sugiere que alguien lo eligió en aras del anonimato, seguramente alguna autoridad que no vería motivo alguno para oponerse al nombre de pila Anshel ni acertaría a reconocer el mirlo que Kafka había colado en su interior.

Apenas sobrevivió a la travesía. Cuando el barco atracó en Haifa, los marineros, que le habían tomado afecto a ese hombre pálido, afable y extremadamente delgado, tuvieron que sacarlo acostado en una camilla, así que lo primero que Kafka vio de la tierra prometida fue el cielo de un azul

resplandeciente, sin una sola nube, que la cubría como una cúpula. Un niño que había ido al muelle a recibir a un pariente lejano rompió a llorar al verlo, pues lo tomó por un cadáver. Así, lo primero que Kafka oyó decir en hebreo a su llegada a Palestina fue: «¿De qué ha muerto, padre?» Y ese hombre extremadamente delgado, que para sus adentros siempre había sido póstumo, sonrió por primera vez en una semana mientras contemplaba el cielo.

—Llevaba años preparándose para escenificar su propia muerte, ¿verdad? «¡Marcharse de aquí, sólo marcharse de aquí!...» ¿Recuerdas esa cita? —preguntó Friedman con la mirada enturbiada por las sombras que arrojaban sus propias gafas—. Es lo que grita el jinete en una de sus parábolas cuando le preguntan adónde va, pero bien podría ser el epitafio grabado en la lápida de Kafka en el cementerio judío de Praga. Toda su vida soñó con escapar, pero no tuvo fuerzas ni para abandonar el piso de sus padres. Vivir atrapado y confinado en un entorno desconcertante y hostil a nuestras circunstancias íntimas, en el que estamos condenados a la incomprensión más obtusa y al maltrato porque no vemos ninguna vía de escape... Con estos mimbres, no hace falta que te lo recuerde, Kafka escribió una obra sublime. Ninguno de sus personajes, ni Josef K., ni Gregor Samsa, ni el artista del hambre, ni el ratón que huye mientras el mundo se estrecha, yendo derecho hacia la trampa sin comprender que lo único que tiene que hacer es cambiar de dirección, ni uno solo de ellos logra escapar a sus absurdas circunstancias existenciales; lo único que pueden hacer es morir a causa de ellas.

»A nadie puede extrañar que Kafka creyera que sus mejores pasajes eran representaciones de su propia muerte. En cierta ocasión le dijo a Brod que el secreto de esos pasajes era que, mientras sus trasuntos ficcionales sufrían y se creían víctimas de una muerte cruel e injusta, él se regocijaba en la idea de morir. No porque quisiera poner fin a su vida —añadió Friedman, bajando la voz y encorvándose sobre la mesa para acercarse más a mí—, sino porque creía que en realidad nunca había llegado a vivir. —La luz atravesaba el pelo blanco y algodonoso de Friedman, que por momentos parecía una aureola—. Cuando Kafka imaginó su propio funeral en una carta dirigida a Brod —añadió—, se describió como un cadáver que siempre lo había sido y que por fin recibía sepultura.

Llevó su tiempo, pero la tuberculosis que lo habría matado en Praga empezó a remitir en Palestina. Y por más que sintamos la tentación de

relacionar su cura con los cuidados de sus excelentes médicos, o sus frecuentes excursiones al desierto, donde el aire seco habría sentado de maravilla a sus pulmones, según Friedman hacerlo sería atribuir a la realidad unos poderes que en el fondo pertenecían al propio Kafka. Siempre había sostenido que su enfermedad pulmonar, al igual que el insomnio y las migrañas, no era sino un desbordamiento de su enfermedad espiritual. Una enfermedad que nacía del hecho de sentirse atrapado y asfixiado, sin el aire que necesitaba para respirar ni el refugio para escribir. Cuando tuvo su primera hemorragia y la sangre manaba sin parar, había experimentado un atisbo de euforia. Nunca se había sentido mejor, escribiría más tarde, y esa noche durmió a pierna suelta por primera vez en años. Para él, su terrible enfermedad suponía el cumplimiento de un profundo anhelo. Y aunque acabaría matándolo casi con toda probabilidad, apuntó Friedman, hasta que eso sucediera sería su escapatoria de todo: del matrimonio, del trabajo, de Praga y de su propia familia. En cuanto supo que estaba enfermo rompió su compromiso con Felice, y nada más hacerlo solicitó la baja por incapacidad a la Compañía de Seguros de Accidentes Laborales en la que trabajaba. Sólo le concedieron una baja temporal, pero los ocho meses que siguieron fueron, en palabras de Kafka, los más felices de su vida. Los pasó en la granja que su hermana Ottla tenía en Zürau, en un estado rayano en la euforia, trabajando en el jardín y los campos, dando de comer a los animales y escribiendo. Siempre había creído que los trastornos nerviosos de su generación se debían al hecho de vivir desarraigados respecto al medio rural de sus padres y abuelos, alejados de sí mismos en los claustrofóbicos confines de la sociedad urbana. Pero sólo durante su convalecencia en Zürau, me dijo Friedman, Kafka tuvo la oportunidad de experimentar de primera mano el efecto reconstituyente de vivir en contacto con la tierra. Se declaró fascinado por las escuelas agrícolas sionistas que se estaban fundando por toda Europa e intentó convencer a Ottla y a varios de sus amigos para que se unieran a una de esas escuelas. Ese mismo año había empezado a aprender hebreo por su cuenta, y en Zürau se aplicó a fondo y estudió sesenta y cinco lecciones de su libro de texto, progresando lo suficiente para poder escribirle a Brod en hebreo. Entretejidos, dijo Friedman, los anhelos de una relación perdida con la tierra y de una lengua ancestral cristalizaron en algo más concreto, y fue durante ese período cuando Kafka empezó a pensar seriamente en hacer realidad su fantasía de emigrar a Palestina.

Puede que nunca fuera un sionista tan entusiasta o entregado como sus amigos más íntimos, apuntó Friedman. Max Brod, Felix Weltsch y Hugo Bergmann, su amigo más antiguo de la escuela, participaron de forma activa en el movimiento, primero sumándose a la asociación estudiantil Bar Kochba de Praga, más tarde publicando artículos, impartiendo charlas y comprometiéndose a emprender la aliyá. Pero las palabras más famosas de Kafka sobre el sionismo —«Lo admiro, y me produce náuseas»— dicen más sobre su propia personalidad que sobre cualquier otra cosa, una personalidad que no podía someterse a ninguna ideología. Leía los diarios y revistas sionistas de forma compulsiva, y publicaba en ellos sus relatos. Acudió al congreso sionista de Viena y hasta se comprometió a difundir la venta de acciones de Hapoalim, el banco de los obreros. Fue gracias a pensadores como Buber y Berdyczewski, cuyas conferencias había escuchado en Praga, como Kafka entró en contacto con las leyendas populares jasídicas, los relatos midrásicos y el misticismo cabalístico que habrían de ejercer una influencia profunda en su obra. Y cuanto más lo fascinaban y absorbían esos textos, señaló Friedman, más se prendaba de esa lejana, primigenia, tierra perdida en la que tenían su origen y a la que hacían referencia.

—Y sin embargo —añadió Friedman, alzando uno de sus gruesos dedos—, para comprender por qué Kafka debía morir para venir aquí, por qué estaba dispuesto a sacrificarlo todo con tal de hacer ese viaje, hay que tener en cuenta un hecho sustancial: no fue la potencial realidad de Israel la que inspiró sus fantasías, sino su irrealidad.

Llegados a este punto Friedman hizo una pausa y dejó que sus ojos grises y acuosos se posaran sobre mí. De nuevo, tuve la impresión de que estaba deliberando, de que aún no había llegado a ninguna conclusión sobre mi persona, aunque parecía demasiado tarde para eso, ahora que estábamos sentados el uno frente al otro, con la maleta de Kafka en el maletero del coche y su secreto sobre la mesa.

Friedman me preguntó si recordaba la primera carta que Kafka le había escrito a Felice, pero le había escrito cerca de ochocientas cartas. No, contesté, no recordaba la primera. Bueno, se habían conocido pocas semanas antes, prosiguió Friedman, y Kafka se le presentó de nuevo por escrito recordándole que ella había prometido acompañarlo a Palestina. Podría decirse que, en cierto sentido, toda su relación se basaba en esa premisa

fantasiosa, afirmó Friedman, que permaneció inalterada a lo largo de cinco años, pues Kafka debió de intuir desde el principio que no querría o no podría casarse con ella. Cuando su relación epistolar ya estaba en marcha y Felice se disculpó por tardar tanto en contestar a sus cartas, Kafka le dijo que no era culpa suya, que no podía saber adónde —o ni tan siquiera a quién— dirigir sus misivas, porque no había manera de dar con él. El hombre que nunca había existido realmente, que sólo creía existir de veras en la irrealidad de la literatura, no tenía una dirección física en este mundo.

—¿Lo entiendes? —preguntó Friedman—. En cierto sentido, Palestina era el único lugar tan irreal como la literatura, porque había sido inventado por la literatura tiempo atrás y porque «estaba aún por inventar». Así que, si quería tener un hogar espiritual, un lugar en el que realmente pudiera vivir, sólo podía ser aquí.

La fantasía de una relación con Felice quizá empezara con la fantasía de una vida en Palestina, continuó Friedman, pero esa última fue a la única a la que Kafka nunca renunció. Se limitó a cambiar de forma a lo largo de los años. Se imaginaba dedicándose al trabajo manual en un kibutz, alimentándose de pan, agua y dátiles. Incluso escribió un manifiesto por el que habría de regirse semejante lugar, «Trabajadores sin posesiones», en el que establecía una jornada de trabajo de seis horas como máximo, la limitación de la propiedad individual a unos pocos libros y prendas de vestir, y la ausencia total de abogados y tribunales, puesto que las relaciones personales se basarían en la confianza. Más tarde, cuando Hugo Bergmann hizo la aliyá y se convirtió en director de la Biblioteca Nacional Judía de Jerusalén, Kafka imaginó para sí mismo una pequeña mesa de encuadernador situada en un rincón, donde lo dejarían en paz entre libros viejos y olor a cola.

Pero era la última fantasía de Kafka, la que mantuvo viva durante el año previo a su muerte en Europa, la que Friedman consideraba más hermosa, tal vez por tratarse de la más kafkiana. Ese último año, conoció y se enamoró de la hija de un rabino jasídico llamada Dora Diamant con la que compartía el sueño de emigrar a Palestina. Decidieron que abrirían un restaurante en Tel Aviv, en el que Dora cocinaría y Kafka trabajaría como camarero. Hablaba de ese sueño cada vez más a menudo, sobre todo con su joven profesora de hebreo, Puah Ben-Tovim, quien años más tarde señalaría que Dora no sabía

cocinar y que Kafka habría sido un pésimo camarero, pero también que durante esos años abundaban en Tel Aviv restaurantes regentados por parejas similares, y en ese sentido la fantasía surrealista de Kafka era más real de lo que cabría suponer.

—¿No te lo imaginas? —me preguntó Friedman sonriendo, divertido—. ¿Las mesas de madera y el póster desvaído del castillo de Praga colgado en la pared como un guiño irónico, el típico *kuchen* expuesto en el mostrador bajo una campana de cristal? ¿Y qué me dices de ese camarero con una mata de pelo negro que dibujaba un pico sobre la frente, ataviado con una chaqueta corta y oscura, intentando aplastar una mosca con una sonrisita socarrona?

Hablando en susurros para que no lo oyeran los descendientes de Kafka que secaban vasos junto a la máquina de café, Friedman me contó que cerca de treinta años atrás uno de los biógrafos del escritor había localizado a Puah Ben-Tovim en Jerusalén y la había entrevistado para el *New York Times*. Entonces se hacía llamar doctora Puah Menczel, tenía casi ochenta años y leer su entrevista entre líneas era ver cómo se ponía en marcha «la máquina de niebla de Kafka», como la llamaba Friedman, una máquina alimentada por Brod, pero que nunca hubiese existido sin Bergmann y Puah, que habían desempeñado un papel decisivo en el plan para enviar a Kafka a Palestina en secreto. Puah había trabajado en la biblioteca de Bergmann a los dieciocho años, y cuenta la leyenda que cuando éste se percató de que su intelecto estaba desaprovechado en ese puesto la envió a estudiar matemáticas a Praga y se tomó la molestia de buscarle alojamiento en casa de sus propios padres. Esto último es lo que levanta sospechas, reconoció Friedman. O lo haría si revisáramos con espíritu crítico la biografía oficial de Puah, según la cual Bergmann la envió a Praga no como su emisaria, no para empezar a trabajar en un plan clandestino que ya empezaba a tomar forma, sino sencillamente como un acto de generosidad, y sólo más tarde habría decidido ponerla en contacto con Kafka, al que empezó a dar clases privadas de hebreo dos veces por semana.

Cuando Puah llegó a Praga en 1921, Kafka estaba ya muy enfermo. En la entrevista concedida al cándido biógrafo que logró localizarla sesenta años después, Puah describió los dolorosos ataques de tos que interrumpían las clases y los inmensos ojos negros de Kafka implorándole que no se detuviera, que le enseñara una palabra más. Hacia el final, dominaba el hebreo lo

suficiente para que pudieran leer juntos parte de una novela de Brenner. Pero en el artículo del *Times* su biógrafo señala también que, tras abandonar los estudios de matemáticas y mudarse a Alemania —adonde Kafka la siguió y se instaló en la casa contigua al campamento de verano para niños judíos en el que ella trabajaba—, Puah Ben-Tovim desapareció sin dejar rastro y nunca más volvió a verse con él. Entre las pilas de recuerdos recogidos más tarde — en su mayoría inexactos o de dudosa veracidad— al rebufo de la fama póstuma de Kafka, no hay una sola palabra sobre Puah Ben-Tovim, señala el biógrafo. Y cuando por fin da con ella en Jerusalén, y la antigua profesora tiene la gentileza de invitarlo a su piso abarrotado de libros, justifica ese alejamiento diciendo simplemente que Kafka se debatía como un náufrago sin tabla de salvación y se hubiese aferrado a cualquiera que se acercara a él. Ella quería vivir su propia vida, y no tenía fuerzas ni ganas para cuidar de un hombre muy enfermo que le sacaba veinte años. No lo hubiese hecho ni siquiera de haber sabido entonces lo que sabía ahora sobre él.

—En otras palabras, su versión de los hechos era intachable —concluyó Friedman—. Se las arregló para zafarse, aplacando definitivamente la curiosidad del biógrafo. Y ahora está muerta, así que no podemos preguntarle nada.

Sin embargo, de no ser por ella, y sobre todo, de no ser por Hugo Bergmann, la muerte de Kafka habría sido tal como él la había imaginado. Como él la había imaginado y como Brod se encargó de contarla más tarde: el cadáver descarnado bajando a la sepultura, la escena de muerte tantas veces ensayada representada al fin de un modo irrevocable, el autor de uno de los relatos más inquietantes e inolvidables jamás escritos sobre la metamorfosis abandonando este mundo sin haber protagonizado su propia transformación. Que el final de su vida no fuera ése se debe tan sólo al pequeño cónclave encabezado por Bergmann, que además de Puah y Max Brod incluía a Salman Schocken, sin el cual el viaje a Palestina y la subsistencia de Kafka en Israel a lo largo de las décadas siguientes hubiesen sido económicamente inviables.

—El nombre de Schocken te sonará, sin duda, de la editorial homónima que publicó toda la obra de Kafka en Alemania y más tarde en Estados Unidos. Cuando Bergmann lo abordó en el verano de 1923, Schocken era tan sólo el acaudalado propietario de una cadena de grandes almacenes en

Alemania, pero también había fundado junto con Buber la revista mensual de corte sionista *Der Jude*, que había publicado dos de los relatos de Kafka. Ya era conocido como el mecenas de la literatura judía, pues para entonces hacía más de una década que apoyaba en solitario a Agnon. Así que Bergmann le escribió, aseguró Friedman, y en el otoño de 1922 Brod viajó a Berlín para entrevistarse con Schocken en persona y comentar la situación de Kafka.

Más tarde fue Brod quien se llevó todo el mérito por haber salvado a Kafka. Si alguien se acuerda de Hugo Bergmann es porque fue el primer rector de la Universidad Hebrea, y un profesor de filosofía que escribió sobre la trascendencia. A diferencia de Brod, nunca buscó reconocimiento alguno por el papel que había desempeñado en la salvación de Kafka.

—Al revés —continuó Friedman—, estaba dispuesto a pasar a la historia como el chivo expiatorio, el villano egoísta frente al héroe magnánimo que encarnaba Brod. Según relata el propio Brod, fue gracias al entusiasta estímulo de Bergmann que Kafka hizo al fin planes para emigrar a Palestina en octubre de 1923; consistían en viajar hasta allí con la mujer de Bergmann e instalarse con la familia de ésta en Jerusalén hasta que se hubiese recuperado y adaptado a la nueva realidad. Pero, supuestamente, poco antes de la fecha señalada, Bergmann habría cambiado de idea. Temiendo que Kafka infectara a sus hijos de tuberculosis, y que cuidar de un hombre tan enfermo fuera una carga excesiva para su mujer, retiró la invitación. El que nadie haya cuestionado la verosimilitud de una decisión tan repentina y cruel por parte de quien durante veinte años había sido uno de los mejores amigos de Kafka —aventuró Friedman—, puede achacarse quizá al hecho de que para entonces el mundo se había acostumbrado a oír hablar de aquellos que, durante el Holocausto, habían negado cobijo incluso a sus seres más queridos por temor a arriesgar la propia vida. Pero lo cierto es que, sin Hugo Bergmann, Kafka jamás hubiese llegado a Palestina, sino que habría aceptado la cadena perpetua en la que se había convertido su existencia y habría vivido sometido a la tiranía de su padre. Tampoco hubiese salido de Europa, donde, de haber sobrevivido a la tuberculosis, habría muerto a manos de los nazis junto con sus tres hermanas. En 1974 Bergmann recibió el Premio Israel por su «especial contribución a la sociedad y el Estado de Israel», pero sólo unos pocos conocían el verdadero alcance de esa contribución.

En 1924 Max Brod era el único que seguía viviendo en Praga, y por tanto

era el único que podía haber heredado los manuscritos de Kafka a la muerte de éste y asumido la responsabilidad de controlar su destino, empezando supuestamente por desobedecer la última voluntad del autor, que quería quemarlo todo. Y puesto que Brod era escritor, ante la necesidad de apartar a todos los demás de la historia se convirtió también en guardián de la leyenda de Kafka. Y dado que esa leyenda no existía aún, y que Kafka seguía siendo casi un total desconocido, Brod se convirtió en el factótum de esa leyenda. Más tarde afirmaría que, justo después de la muerte de su amigo, estaba demasiado afligido para empezar a trabajar en su biografía. Para colmo, se sentía abrumado por la laboriosa tarea de revisar y ordenar todos los papeles de Kafka, crear una bibliografía y preparar los manuscritos para su publicación. Así que lo que hizo fue escribir lo que llamó *eine lebendige Dichtung*, es decir, «una creación literaria viviente», una novela en clave en la que pintaba el retrato original del santo enfermizo y sufriente en el que se han basado desde entonces todas las semblanzas de Kafka.

—*Zauberreich der Liebe* —dijo Friedman—, o *El mágico reino del amor* es, por si no queda claro sólo en el título, una sarta de paparruchas que habría caído en el olvido al día siguiente de su publicación de no ser por un personaje llamado Richard Garta. Al principio de la novela, Garta, que es escritor, ha muerto en Praga, por lo que nunca llegamos a conocerlo en persona, sino sólo a través de los recuerdos del protagonista, Christoph Nowy, amigo íntimo de Garta y albacea de su patrimonio literario. Nowy recuerda a Garta constantemente, de un modo casi obsesivo, y para sus adentros le hace preguntas a las que llega incluso a contestar por su amigo muerto. En ese sentido, la novela proporciona no sólo un retrato original de Kafka, sino también las razones de Brod para construir una imagen de éste a través de sus propios recuerdos destilados. Del mismo modo que los lectores de *Zauberreich der Liebe* nunca podrán conocer al angelical Garta si no es por mediación de Nowy, tampoco el mundo, ni siquiera hoy, ha conocido a Kafka sino a través del prisma del Garta de Brod.

Friedman empezó a rebuscar en el portafolios de piel que había sacado del coche hasta dar con una fotocopia arrugada.

—«Garta» —empezó a leer—, que «era el más modesto de cuantos sabios y profetas han pisado la tierra», que «de haber confiado más en sí mismo se habría convertido en un faro de la humanidad». —Friedman hizo una pausa y

me miró arqueando las cejas—. Una auténtica bazofia, ¿verdad? —dijo, amagando una sonrisa—. Y sin embargo, en un plano puramente estratégico no se le puede negar cierta genialidad, al igual que en la ocurrencia de negarse a cumplir la última voluntad de un Kafka moribundo que le habría ordenado coger todos sus escritos y quemarlos sin haberlos leído. Cuando el mundo fue descubriendo poco a poco al Kafka de Brod, éste demostró ser irresistible. Y aunque el nacimiento de la leyenda es atribuible a la astucia de Brod, en las décadas siguientes una multitud de kafkológos se encargaría de ampliarla y adornarla, regocijándose en la fabricación de más mitología kafkiana sin cuestionar jamás su fuente. ¡Casi todo lo que sabemos sobre Kafka, casi todo, se puede rastrear hasta Brod! Incluso lo que hemos deducido a partir de sus cartas y diarios, ya que, por descontado, Brod se encargó de recopilarlos y editarlos. Él presentó a Kafka al mundo, y a partir de ese instante controló hasta el último detalle de la imagen y reputación de su amigo hasta que él mismo murió en 1968 y dejó la obra de Kafka en manos de su amante, Esther Hoffe, envuelta en la dosis justa de confusión y desorden para garantizar que su autoridad perduraría y que el golem de Kafka que él había moldeado con sus propias manos seguiría vagando por el mundo para siempre. Pero nos dejó una gran pista. Creo que no pudo reprimirse — afirmó Friedman.

La tentación de sacarlo todo a la luz y revelar la genialidad de su propio plan era demasiado fuerte, por lo que ocultó la verdad dejándola a la vista de todos. En *Zauberreich der Liebe*, Nowy viaja a Palestina para reunirse con el hermano pequeño de Garta, que ha hecho la aliyá y vive en un kibutz. Por él se entera de que Garta era un sionista, y no sólo simpatizaba con el movimiento, sino que además sus creencias y actividades sionistas eran parte esencial de su vida y su identidad personal. La revelación sorprende sobremanera a Nowy, que nunca habría sospechado la pasión oculta de su mejor amigo. Para colmo, el hermano de Garta le dice también que éste escribía secretamente en hebreo, y que había sido el «espectacular contenido» de esas libretas en hebreo lo que lo había convencido para hacer la aliyá y convertirse en colono.

—¿Lo ves? —preguntó Friedman, volviendo a arquear las cejas—. ¿Libretas escritas en hebreo? Si estuvieras leyendo *Zauberreich der Liebe* en busca de pistas sobre Kafka, seguramente te preguntarías: «¿Qué libretas

escritas en hebreo?»

»Cuando por fin Brod se decidió a redactar una biografía de Kafka digna de ese nombre, describió su “solitaria reserva” explicando, por ejemplo, que eran amigos desde hacía años cuando Kafka le reveló que escribía. Y sin embargo, en cierto sentido, la ampulosa novela de Brod, y toda la mitología a la que dio origen, oculta un juego más sutil, que revela y a la vez oculta al verdadero Kafka. Ni un solo crítico ha indagado jamás en la referencia a esas libretas escritas en hebreo, ni en la insinuación de que Kafka dominaba esta lengua. Las únicas libretas “hebreas” de Kafka de las que hay constancia son los cuadernillos en octavo que usaba en sus clases con Puah, como el de la gastada cubierta azul que se conserva en los archivos de la Biblioteca Nacional de Israel, donde Brod lo depositó. Entre sus páginas hay listas de palabras alemanas traducidas al hebreo en la familiar caligrafía de Kafka, palabras que no podrían encajar mejor en la leyenda.

Friedman revolvió el contenido del portafolios, sacó otra maltrecha fotocopia y señaló las palabras según las iba traduciendo:

Inocente

Sufrimiento

Doloroso

Asco

Aterrador

Frágil

Genial

—Alguien menos avezado en la materia podría tomarlo por una parodia del sufriente Kafka de Brod, ¡el que supuestamente murió en un sanatorio a la edad de cuarenta años! Pero hay otra historia detrás de ésta —añadió Friedman—. ¿Lo entiendes? —preguntó de nuevo, pero como yo no acababa de comprenderlo, y de hecho tenía la extraña sensación de que cada vez entendía menos cosas, sólo se me ocurría seguir mirándolo con lo que confiaba pareciera un gesto de entendimiento—. Una historia sobre la vida póstuma de Kafka —dijo Friedman— que cuenta cómo se exilió en esa lengua ancestral y nueva a un tiempo, tal como se exilió en carne y hueso en una tierra ancestral y nueva a un tiempo. Una historia en la que «pasó al otro

lado» al hebreo, que es la traducción literal de *Ivrit*, que viene de Abrahán, el primer hebreo, o de *Ivri*, el que cruzó el río Jordán para llegar a Israel. En hebreo, la traducción de *La metamorfosis* es *Ha Gilgul*. Sabes qué significa *gilgul*, ¿verdad? El título apenas varía en yidis, *Der Gilgul*. Lo que quiere decir —apuntó Friedman— que para los judíos *La metamorfosis* siempre ha sido un relato no sobre el cambio de una forma a otra, sino sobre la continuidad del alma a través de distintas realidades materiales.

Friedman guardó silencio al fin y se volvió para contemplar las vistas. Seguí su mirada hasta los campanarios y la puerta de Jaffa, intentando asimilar todo lo que acababa de escuchar. Pero la autoridad natural de Friedman y su metódica presentación de las pruebas no eran lo único que me impedía rechazar su razonamiento y achacarlo a los delirios de un estudioso que había perdido la cordura. Si de pronto me vi rendida ante él, dispuesta a creer lo que en un primer momento se me había antojado inconcebible, fue porque alcanzaba a sentir en mi propio cuerpo la claustrofobia de Kafka y su anhelo de otro mundo, y comprendí que su única vía de escape tenía que ser final e irreversible. Y porque, entre las dos versiones posibles de la vida y muerte de Kafka, la que Friedman acababa de esbozar tenía una forma más hermosa, más compleja pero también más sutil, y por tanto más cercana a la verdad. A la luz de esa versión, la que hasta entonces tenía por familiar me pareció de pronto torpe, rimbombante y cargada de tópicos.

Sólo un detalle parecía no encajar: la pasividad de Kafka ante el destino de su obra. Al editarla, Brod no había tenido miramientos. La había cortado, corregido, reordenado y puntuado a su antojo. Había publicado libros que Kafka consideraba inacabados. Una cosa es que te conviertan en santo, pero ¿cómo creer que Kafka se habría mantenido al margen y en silencio mientras Brod llevaba a cabo semejante carnicería?

—¿Qué te hace suponer que no fue Kafka quien introdujo todos esos cambios? —preguntó Friedman—. ¿O que no hubiera razones extraliterarias que justificaran las decisiones editoriales de Brod? ¿Nunca te has preguntado por qué *América* no se publicó con el título que le había puesto Kafka, *Der Verschollene*? ¿Sabes qué significa *Der Verschollene*? «El hombre que desapareció.» O incluso «aquel cuyo paradero nadie conoce». Apenas tres años después de la muerte de Kafka en Praga, semejante título era sencillamente impensable.

»En cuanto a la publicación de las supuestas obras inacabadas de Kafka —continuó Friedman—, ¿no te parece que se trata de una triquiñuela brillante? Piénsalo: ¿qué escritor no querría que sus relatos, novelas y obras dramáticas se publicaran con la advertencia de que los había dejado inacabados, de que la muerte o cualquier otro obstáculo insalvable le había impedido elevar su obra al estado de perfección que había querido alcanzar, una perfección que latía en su interior y que habría acabado plasmando en esa obra si se le hubiera concedido más tiempo?

El camarero se acercó a la mesa para llevarse los platos, pero, aunque había pasado más de una hora, ninguno de nosotros había tocado la comida, así que volvió a llenar los vasos de agua y regresó a la cocina.

Le pregunté dónde había vivido Kafka en Israel, y Friedman me dijo que, a su llegada, lo habían instalado en una casa cercana a la de los Bergmann. A lo largo del verano, su salud había ido mejorando de forma paulatina. Era fundamental que su presencia en Israel se mantuviera en secreto, y más allá del pequeño cónclave directamente involucrado en el plan, la única persona que estaba al tanto de todo era su hermana Ottla. En cuanto desembarcó en Haifa, dejó de ser Kafka, el escritor. No era más que un judío de Praga, escuálido y enfermo, que se recuperaba en el clima templado de su nuevo país. Ese otoño, Agnon volvió a Palestina tras pasar doce años en Alemania —donde un incendio había destruido todos sus libros y manuscritos—, pero nada sugiere que los dos escritores coincidieran jamás. Schocken instaló a Agnon en una casa del barrio de Talpiot, y unos meses después trasladó a Kafka a otra casa situada en la recién inaugurada ciudad jardín de Rehavia, donde abundaban los judíos alemanes y donde sus aposentos daban a unos campos de labranza. Por las tardes, después de la *Schlafstunde*,² durante la cual era obligatorio guardar silencio en todas las calles y escaleras de Rehavia, salía y se sentaba debajo de un árbol en aquella parcela de tierra que nadie había cultivado desde hacía siglos. Empezó a entretenerse en el campo —desherbando por aquí, podando por allá— y no tardó en comprobar que, si bien en Europa nunca había pasado de ser un jardinero aceptable o incluso mediocre, en Palestina todo lo que tocaba parecía crecer a ojos vistas. Else Bergmann le regaló unos catálogos de semillas, y no tardó en encargarse de azafranes de primavera y bulbos de lirio de Argelia. Un visitante que se asomara al jardín por las tardes tal vez viera a un hombre delgado aquejado

de tos, encorvado sobre un rosal cuyas raíces abonaba con sales de Epsom, o bien quitando piedras del suelo. En poco tiempo, la parcela que se extendía tras la casa de Rehavia empezó a florecer.

Friedman me contó que, no hacía mucho, se había topado con lo siguiente en los *Diarios* de Kafka: «Hasta cierto punto, ahora tienes la posibilidad, si realmente existe tal posibilidad, de comenzar. No la desperdicies.» Y unas páginas más allá: «Oh, hermoso instante, versión magistral, jardín salvaje. Doblas la esquina al salir de la casa y en el camino del jardín te sale al encuentro la diosa de la Fortuna.»

—Estas entradas del diario estaban fechadas en los primeros días de su estancia en Zürau, pero yo no puedo evitar creer —dijo Friedman— que en realidad las escribió instalado ya en la casa de Rehavia.

Cuando le expresé mi confusión, él hurgó por última vez en el portafolios de piel y extrajo de su interior otra fotocopia que deslizó sobre la mesa. El pasaje en cuestión, subrayado con trazo tembloroso, decía: «¿Por qué quise abandonar este mundo?»

¿Por qué quería yo irme de este mundo? Porque «él» no me dejaba vivir en este mundo, en su mundo. De todos modos, no tengo derecho a emitir un juicio tan rotundo, pues ahora ya soy ciudadano de ese otro mundo, el cual es al mundo ordinario como el desierto a la tierra cultivada (hace cuarenta años que emigré de Canaán); miro hacia atrás como un extranjero, también en ese otro mundo soy —esto lo he aportado como herencia de mi padre— el más pequeño y angustiado de todos, ciertamente, y en él soy capaz de vivir en virtud únicamente de la organización especial que allí existe.

Leí el extraordinario pasaje tres veces. En la esquina superior derecha de la página aparecía el título del libro al que pertenecía, *Cartas a Felice*. Cuando levanté la mirada otra vez, Friedman me observaba.

—No hará falta que te recuerde —susurró— que Schocken no publicó estas cartas hasta 1963.

Esforzándome por seguirle el ritmo, le pregunté si estaba insinuando que había textos escritos por Kafka después de 1924 que Brod había colado entre las páginas de sus cartas y diarios al editarlos. Una de las comisuras de su

boca se elevó en un amago de sonrisa.

—Dime, querida —empezó—, ¿de veras crees que Kafka escribió ochocientas cartas a una sola mujer?

Poco a poco, empezaba a sospechar qué podía querer Friedman de mí: no que escribiera el final de una obra teatral empezada por Kafka, sino que narrara el verdadero final de su vida. Max Brod había desaparecido mucho tiempo atrás, con su niebla y su bazofia literaria. Eva Hoffe no tardaría en unírsele. Mientras tanto, el Tribunal Supremo emitiría al fin su veredicto, y si Hoffe perdía, algo más que probable, tendría que ceder al Estado de Israel los archivos ocultos de Kafka, por lo que la falsa muerte de éste y su traslado secreto a Palestina saldrían por fin a la luz. ¿Pretendía Friedman adelantarse a ese instante para controlar cómo se contaba lo sucedido, para moldear a través de la ficción la historia de la vida tras la muerte de Kafka en Israel, tal como Brod había moldeado la historia canónica de su vida y muerte en Europa?

Como si intuyera que estaba al tanto de sus intenciones, Friedman se apresuró a concluir el relato. El flamante barrio de Rehavia, dijo, no tardó en llenarse de intelectuales procedentes de Berlín y Viena que jugaban en la *Tennisplatz*, se reunían en los cafés que ellos mismos regentaban y construían casas de estilo art déco similares a las que habían dejado en Renania. Kafka se había instalado allí en 1925, el mismo año en que Brod publicó *El proceso* en Europa. Si ya lo atormentaba la posibilidad de toparse en Rehavia con algún conocido de Praga, al año siguiente, cuando se publicó *El castillo* en Europa, la situación se hizo insostenible. A petición propia, Kafka fue trasladado a un kibutz al norte de Israel, cerca del mar de Galilea. Allí le proporcionaron una casa sencilla junto a un campo de limoneros y, también a petición propia, empezó a trabajar a las órdenes del jardinero jefe. No tardó en acostumbrarse a la vida en el kibutz. Si bien al principio sus demás habitantes no veían con buenos ojos el carácter huraño y solitario de Kafka, andando el tiempo se ganó la reputación de jardinero solvente que pasaba largas horas entre sus plantas, y después de que encontrara una cura para el antiguo sicómoro bajo cuya generosa sombra se reunían los habitantes del kibutz, su posición se vio reforzada y pudo seguir viviendo a su aire sin que nadie lo molestara. Era muy querido entre los niños por los muñequitos y aviones de madera de balsa que hacía para ellos, y también por su pícaro

sentido del humor. Kafka adoraba nadar, y por lo menos una vez a la semana se bañaba en el mar de Galilea, adentrándose en sus aguas hasta que las figuras de la orilla quedaban reducidas a pequeños puntos negros.

—Durante los quince años siguientes vivió en el anonimato del kibutz. El escritor Kafka se hizo famoso en el resto del mundo —dijo Friedman—, pero en Israel seguía siendo un desconocido. La primera traducción al hebreo de una novela suya no vio la luz hasta 1945, cuando Schocken publicó *América*. Por su parte, *El proceso* no se tradujo al hebreo hasta 1951, y *El castillo*, hasta 1967. Schocken tenía buenos motivos para demorar tanto tiempo la publicación de su obra, pero Kafka no conoció el éxito en Israel ni siquiera cuando pasó a estar disponible en hebreo. Era un escritor del Galut o diáspora, alguien que encarnaba el vacío del exilio, y que además había acatado la sentencia de un padre autoritario, algo que no casaba con la musculosa cultura sionista, que exigía una ruptura total con el pasado y el derrocamiento de la figura paterna. No fue hasta 1983, con ocasión del centenario de su nacimiento, cuando por fin se celebró en Israel un congreso en torno a la figura de Kafka, pero aún es imposible encontrar una edición de sus obras completas en hebreo. Sin embargo, esta indiferencia fue lo que le permitió mantener el anonimato y conservar la libertad.

Hermann Kafka, que había estado a punto de desmayarse en el funeral de Franz, nunca superó la muerte de su hijo. Su salud se deterioró rápidamente, se vio confinado por una silla de ruedas y, en 1931, el padre cruel y dominante a cuya tiranía y obtusa incomprensión achacaba Kafka buena parte de su sufrimiento, murió convertido en una sombra del hombre que había sido. Es imposible no imaginar a Kafka sufriendo, si bien de un modo distinto, al saber que la muerte que él había escenificado con tanta minuciosidad, y el duelo que había alimentado sus fantasías pueriles, habían acelerado el fallecimiento de su padre. Tal vez se preguntaría si era realmente el coloso que tanto temor le inspiraba. En marzo de 1939, las tropas de Hitler invadieron Praga, y en 1941 las dos hermanas mayores de Kafka y sus respectivas familias fueron enviadas al gueto de Lodz. Otta permaneció en Praga hasta agosto de 1942, cuando la trasladaron al campo de concentración de Terezín. Es casi seguro que los dos hermanos intercambiaron correspondencia, pero si algo se conserva debe de estar enterrado entre los legajos de la calle Spinoza. En octubre del año siguiente, según Friedman,

Ottla se ofreció como voluntaria para acompañar a un grupo de niños desde Terezín hasta lo que ella consideraba un destino seguro en el extranjero, pero los llevaron a Auschwitz, donde murieron en las cámaras de gas. La última carta de Ottla que se conoce iba dirigida a su marido, que no era judío y por tanto había podido quedarse en Praga con las dos hijas de ambos. En ella le decía que todo iba bien, y es de suponer que le escribiría algo similar a su hermano. Pasaron casi seis meses más hasta que Kafka recibió la noticia de su muerte.

—No creo que volviera a ser el mismo después de aquello —afirmó Friedman. No tardó en abandonar el kibutz y, a principios de 1944, se instaló en varios pisos de Tel Aviv. Se movía incesantemente, atormentado por la idea de ser descubierto. A finales de 1953, el jardinero Anshel Peleg se mudó por última vez. Había aprendido a amar el desierto durante los primeros tiempos de su estancia en Israel, cuando los médicos le habían recomendado el aire seco para los pulmones. Tras quince años en el kibutz y su deambular infatigable por la ciudad, había acumulado muy pocas pertenencias. Max Brod, que para entonces también vivía en Tel Aviv, conservaba todos sus escritos. Y así, con poco más que una maleta pequeña y una mochila repleta de libros, partió hacia el desierto en el jeep que Schocken había puesto a su disposición.

BOSQUES DE ISRAEL

Epstein soñó que paseaba por un bosque ancestral. Hacía frío, tanto que su aliento flotaba condensado en el aire. Las agujas negras de los pinos estaban cubiertas de nieve y un olor a resina impregnaba el ambiente. Todo estaba oscuro —la tierra húmeda, las majestuosas ramas de los árboles bañadas en la delicada luz tamizada, las nubes, la corteza, las piñas que colgaban de las alturas—, todo excepto la nieve blanca y el par de pantuflas rojas que llevaba puestas. Rodeado por esos árboles imponentes, tuvo la sensación de que estaba protegido, a salvo de cualquier daño. No corría ni un soplo de brisa. El mundo parecía sumido en una quietud que se parecía mucho a la alegría. Anduvo largo rato, notando el crujido de la nieve bajo los pies, y sólo cuando tropezó con una raíz que atravesaba el sendero miró hacia abajo y reconoció las pantuflas. Estaban hechas de fieltro rojo, se las había llevado la prima de su madre de Europa y eran más bonitas que funcionales, pues las suelas eran tan finas que apenas si lo protegían del suelo frío. De pronto tuvo la sensación de hallarse ante algo largamente olvidado pero muy familiar, y en ese instante se le ocurrió que, en el fondo, nunca había dejado atrás la infancia. En virtud de algún fenómeno desconocido, ignorado por todos y sobre todo por sí mismo, había seguido siendo un niño todo ese tiempo.

Finalmente llegó a un claro del bosque en cuyo centro había un pedestal de piedra. Se inclinó, retiró la nieve y bajo sus dedos helados aparecieron unas letras doradas:

EN RECUERDO DE SOL Y EDIE
EL SOL Y LA TIERRA

Cuando se despertó, estaba temblando y descubrió que había empapado

las sábanas de sudor. Se abrió paso a trompicones por la habitación de hotel y apagó el aparato de aire acondicionado, que escupía ráfagas heladas. Descorrió las pesadas cortinas y comprobó que se había hecho de día. Abrió la puerta corredera que daba al balcón y una cálida brisa se coló en la habitación, transportando el rumor del oleaje. Notó el sol en la piel e inhaló el aire salobre. Con el pijama húmedo de sudor, se asomó a la barandilla y entornó los ojos ante la luz dorada que hacía centellear la superficie del agua. Pensó en volver a bañarse en el mar. Le sentaría bien tras la extraña intensidad de los últimos días. Recordó al ruso que lo había sacado del agua, que se había limitado a reír y darle una palmada en la espalda cuando Epstein le había ofrecido dinero, y le había dicho que se contentaba con saber que no se acercaría a la orilla. Pero ¿por qué no iba a bañarse otra vez? Precisamente porque había estado a punto de ahogarse, debería entrar en el mar con paso resuelto, antes de que el miedo se hiciera fuerte y no se lo permitiera. Epstein era un buen nadador, siempre lo había sido. Esta vez no se despistaría. De todos modos, el mar estaba más sereno que aquel otro día.

Sin embargo, cuando volvió al ambiente fresco de la habitación en busca de su bañador, le vino a la mente el sueño del bosque, la oscuridad y la nieve blanca, todo igual de vívido que antes. De pronto, creyó captar algo de su esencia y se detuvo, eufórico, al pie de la cama deshecha. Se dejó caer sobre el edredón, pero al cabo de un instante se levantó de un brinco y se puso a dar vueltas por la habitación. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Salió de nuevo al balcón y sacó el torso por encima de la barandilla para abarcar todo el paisaje. ¡Por supuesto, eso era, le iba como anillo al dedo!

Hurgó entre las sábanas sudorosas en busca del móvil, y por un instante pensó en el que había perdido. Quién sabía adónde habría ido a parar. Seguramente a Ramala, donde alguien lo usaría para llamar a Damasco. En la cama deshecha no había nada. Buscó en el escritorio, y luego volvió sobre sus pasos y levantó el libro que había dejado abierto boca abajo en la mesilla de noche antes de dormirse. Allí estaba el móvil nuevo, bajo sus páginas. Marcó el número de su ayudante, Sharon, pero al segundo timbrado recordó que en Nueva York era de madrugada. Al sexto timbrado se dio por vencido y decidió llamar a su primo.

—Moti, soy Jules.

—Un segundo.! אררר! אררר תכיתח; ¡Esto es increíble! Este hijo de puta me

ha colgado. ¿Qué decías? Adelante, te escucho.

—Un segundo.! חרא חרא! חתיכת חרא! ;Esto es increíble! Este hijo de puta me ha colgado. ¿Qué decías? Adelante, te escucho

—¿Con quién tengo que hablar para plantar...?

—נבלה!

—¿Qué?

—Perdona, ¿con quién tienes que hablar para qué?

—Para plantar árboles.

—¿Árboles? Como cuando... cómo se dice...

—¡Árboles! Tal como se ha hecho en Israel desde antes de su fundación. Mi madre solía mandarme a recaudar fondos con una cajita de hojalata blanquiazul. —Epstein recordaba el tintineo de las monedas en el interior de la lata mientras corría de casa en casa, pero no recordaba el nombre de la fundación—. Árboles para las laderas de Jerusalén, creo. No lo sé, para el monte Hebrón. Más tarde, en la escuela hebrea, nos enseñaron la foto de unos niños, con el típico *kova tembel*, plantando los árboles para los que nosotros habíamos reunido dinero en Estados Unidos.

—¿Te refieres a Keren Kayemeth LeIsrael?

—Sí, espera... el Fondo Nacional Judío, ¿verdad? ¿Puedes ponerme en contacto con alguien de allí?

—¿Te ha dado por plantar árboles, Yuda? —preguntó Moti, usando el apodo hebreo por el que Epstein era conocido de niño.

—Árboles no —repuso con un hilo de voz—, sino un bosque entero.

Se le puso la carne de gallina al recordar la quietud que reinaba bajo las delicadas y oscuras ramas.

—Ya tenemos bastantes árboles. El problema es el agua. Lo último que sé es que quieren convertir el agua salada en fruta. No me extrañaría que intentaran convencerte para que excaves un agujero en el suelo en vez de plantar árboles. «Embalse de Edith y Solomon Epstein.»

Epstein imaginó el embalse dedicado a sus padres y la lluvia cayendo en invierno.

—Pues claro que siguen plantando árboles —replicó con brusquedad—. ¿Puedes conseguirme ese número o no? Si es que no, hablaré con el recepcionista.

Pero Moti ni en sueños dejaría que Epstein acudiera a otro en busca de un favor que él podía prestarle y por el que tal vez más tarde se viera recompensado.

—Dame media hora —le dijo, encendiendo un cigarrillo y exhalando el humo sin apartar la boca del auricular. Cuando llegara a Petah Tikvah haría un par de llamadas. Tal vez conociera a alguien que tuviera un contacto allí. Epstein no lo dudaba; no había nada que Moti —que había luchado en tres guerras, se había casado y divorciado dos veces, y ejercido más oficios de los que Epstein alcanzaba a recordar— no pudiera conseguir de un modo u otro.

—Diles que quiero plantar un bosque. Un pinar que se extienda hasta perderse de vista.

—Claro, un bosque de dos millones de dólares, se lo diré. Pero, válgame Dios, me duele sólo de pensarlo. Si cambiaras de idea, me gustaría enseñarte algo, todo cristal y mármol italiano, y un jacuzzi con unas vistas que llegan hasta Sicilia.

Pese a sus reticencias, Moti lo llamó esa misma tarde para decirle que ya estaba todo arreglado.

—Tenemos una reunión con ellos mañana —dijo—. A la una en punto en el Cantina.

—Gracias. Pero no hace falta que vengas. Te sentirías como un pez fuera del agua. No habrá mujeres desnudas.

—Eso es lo que me preocupa. Lo que hagas con tu vida es asunto tuyo, pero tienes sesenta y ocho años, Yuda, no vas a vivir para siempre, y aquí estás, divorciado al fin, libre, y no haces más que pensar en rabinos y bosques, ajeno al hecho de que siempre hay mujeres desnudas por todas partes. Ahora mismo estoy viendo una que lleva puesto un vestido amarillo. Y es una forma de júbilo que jamás encontrarás en un bosque dedicado a tus padres, te lo aseguro. Además, si no me falla la memoria, los árboles les importaban un pepino. ¿Me equivoco, Yuda? Pero una mujer, he ahí algo que tu padre, que en paz descansa, habría comprendido. Piensa en lo que te estoy diciendo. Nos vemos mañana a la una —añadió, y antes de volver a la ceremonia fúnebre a la que había ido a presentar sus respetos llamó al propietario del Cantina para decirle que le reservara su mejor botella de chardonnay.

Unos días más tarde, Epstein estaba en lo alto de una montaña, rodeado por la jefa del departamento de Promoción del Fondo Nacional Judío, una experta en gestión forestal y Moti, que había insistido en escaparse de la agencia inmobiliaria en la que trabajaba para acompañar a su primo. La directora de desarrollo del FNJ estaba de viaje, pero Epstein se había negado a esperar, así que habían enviado en su lugar a la jefa de promoción, una publicista menuda con gafas de sol baratas que se había equivocado de zapatos. Había pasado todo el día al volante y, después de llevarlo a visitar tres parajes distintos, se encontraba ahora en los últimos confines del territorio que gestionaba y empezaba a perder la paciencia. El último bosque que lo llevó a ver había sido arrasado por un incendio y necesitaba una reforestación urgente. Su donación bastaría para replantar toda la zona, le explicó. Algún día, sus hijos podrían pasear a la sombra fresca del bosque de sus abuelos, así como los hijos de sus hijos y, Dios mediante, también los hijos de éstos.

Pero Epstein había negado con la cabeza mientras inspeccionaba aquel paisaje de tocones calcinados.

—No es esto —murmuró, y se fue hacia el coche.

¿Qué era lo que buscaba, exactamente?, preguntó la jefa de promoción, apretando el paso para darle alcance.

—Ya lo has oído —intervino Moti desde atrás, dejándose caer una vez más en el asiento trasero del coche, al lado de la experta forestal, una joven con pantalones cortos de color caqui que hablaba con soltura de todo lo arbóreo y que, en opinión de Moti, era lo único que había valido la pena de toda la jornada—. Dice que no vale, así que no vale. *Yallah*.

La jefa de promoción se sentó al volante, se bajó la tira de la sandalia y se frotó el talón rozado mientras Epstein se limitaba a repetir que reconocería el lugar cuando lo viera. Así que la mujer se tragó la frustración y arrancó el coche, poniendo el aire acondicionado a la máxima potencia y secándose el sudor de la frente con un pañuelo de papel que se llevó parte del maquillaje anaranjado. A su espalda, Moti hizo amago de sacar un cigarrillo del paquete abollado, pero ante la mirada de reproche que le lanzó Galit, la experta forestal, volvió a guardar el paquete en el bolsillo, se aclaró la garganta y cogió el móvil por enésima vez para comprobar si había conexión. Galit se inclinó hacia delante y le habló a Epstein de la labor de reforestación que la

fundación estaba llevando a cabo en barrancos y torrentes estacionales para frenar la erosión. Pero Epstein no estaba interesado en reforestar barrancos, así que al cabo de un rato Galit también enmudeció y se recostó en su asiento, habiéndole contado casi todo lo que sabía sobre la región mediterránea, las zonas iranoturánica y saharosíndica, los climas árido y semiárido, las precipitaciones medias anuales, la cantidad de semillas plantadas por kilómetro cuadrado, la calidad del suelo, los montes y llanuras, la falla del Jordán, la litología del monte Hebrón, las ventajas del roble mediterráneo, el alfóncigo, el algarrobo, el tamarisco, el pino de Aleppo y la espina santa, nombres que parecieron agitar algo en la conciencia de Epstein sin llegar a rozar siquiera lo que de veras quería saber.

Veinte minutos más tarde recuperaron la conexión telefónica y el móvil de la jefa de promoción vibró al recibir un mensaje del despacho en el que le sugerían visitar un último lugar. Moti se desplomó en el asiento con un gemido y echó la cabeza hacia atrás, ya fuera por los mensajes que le habían entrado en tropel o porque ya creía que el dinero de Epstein estaba a salvo, y que por tanto había cumplido su objetivo del día.

Volviendo la cabeza despacio, abrió los ojos y miró a Galit.

—Cielo —dijo en hebreo, sin levantar la voz—, ¿hay algo que te guste, aparte de los árboles? Porque si haces que esto del bosque no salga adelante, te conseguiré una semana en un hotel de Eilat con tu novio. Es de un amigo mío y está justo delante del mar Rojo. Podrás bucear, tumbarte en la playa, y ya verás como no tardas en olvidarte de todo eso de la erosión.

Al ver que, por toda respuesta, Galit revolvía los ojos, Moti apartó el rostro y se puso a contemplar el desierto.

Y así, tras recorrer de nuevo el valle del Jordán hasta el monte Hebrón, eran casi las cinco de la tarde cuando por fin llegaron al lugar sugerido, la ladera de una montaña al norte del desierto del Néguev. Y allí, donde no había nada salvo el cielo y la tierra pedregosa que se teñía de rojo y dorado con la puesta de sol, le pidieron a Epstein que imaginara un bosque.

La luz llenó su mente. La llenó hasta colmarla, amenazando con desbordarse. Luego la sensación pasó y su mente se vació de esa luz que dejó a su paso el asombro, como un sedimento, una arena fina, tan antigua como el mundo. Aturdido, Epstein se apartó de los demás, se subió a un risco que

sobresalía en lo alto de la ladera empinada y vio incontables hileras de árboles jóvenes que desplegaban sus ramas bajo un sol de justicia.

Hubo un tiempo, le había dicho Galit, en que todo el sur y el este del Mediterráneo, desde el Líbano hasta el norte de África y Grecia, era un bosque inmenso. Pero cada nueva guerra lo había ido diezmado, convirtiéndolo en flotas de barcos que habían acabado en el fondo del mar junto con su tripulación. Y poco a poco, según se habían ido arrancando árboles y arando campos para cultivarlos, la tierra se había ido agostando y el suelo fértil se había visto azotado por vientos abrasadores, o arrastrado por la lluvia y los ríos, y allí donde en tiempos habían florecido seiscientas ciudades a orillas del Mediterráneo, la población fue menguando y la arena se adueñó de todo, sepultando bajo las dunas las ruinas de urbes vacías. Ya en una fecha tan temprana como el siglo IV a. C., Platón había escrito sobre la devastación de los bosques que otrora habían poblado toda el Ática, de los que para entonces no quedaba más que el esqueleto de la tierra. Y lo mismo había sucedido allí, según Galit. Los árboles del monte Líbano se talaron para construir los templos de Tiro y Sidón, y más tarde el primer y segundo templo de Jerusalén. En el año 590 a. C., Isaías profetizó la destrucción de los bosques de Sarón, Carmelo y Basán, y cerca de quinientos años más tarde, Tito Flavio Josefo describió la aniquilación de grandes masas forestales durante las guerras judeorromanas. También Jerusalén se alzaba antaño entre pinos, almendros y olivos, y lo mismo podría decirse de toda la región, cubierta desde los montes de Judea hasta la costa por una selva oscura y exuberante. Una extensión de verde que invitaba al descanso, como la propia palabra en inglés —*forest*: «*for rest*»—, comprendió Epstein tras toda una vida pronunciándola sin haber caído en ello.

Moti se le acercó por detrás, encendió un cigarrillo y exhaló el humo con un sentido suspiro. Hasta él había enmudecido ante la inmensidad del paisaje. Permanecieron juntos en silencio, como dos viejos amigos que hubiesen hablado de muchas cosas personales a lo largo de sus vidas, cuando en realidad, aunque se conocían desde la infancia, nunca habían hablado —lo que se dice hablar— de nada en absoluto.

—¿Qué les ven los judíos a los montes? —preguntó Epstein al fin, más para sí mismo que dirigiéndose a Moti—. Se pasan la vida escalándolos para experimentar cosas importantes.

—Y no tardan en bajar corriendo. —Moti aplastó la colilla contra una piedra—. A no ser que otros los tengan que bajar en una bolsa de plástico, como en Masada o en Beaufort, o como le pasó al hijo de Itzy. Personalmente, prefiero quedarme abajo.

Pero Epstein le daba la espalda, así que Moti no alcanzó a ver su reacción, si es que la hubo.

—Yuda —dijo al cabo de un buen rato—, ¿qué estamos haciendo aquí? Lo digo en serio. Te conozco desde que tengo uso de razón. Estos días no pareces tú. Te olvidas de las cosas, el otro día no recordabas el nombre de Chaya aunque llevas cincuenta años llamándola, y luego dejaste la cartera en la mesa después de pagar. Además, has adelgazado. ¿Has ido al médico?

Pero Epstein no lo escuchaba, o había decidido no escucharlo, o no tenía ganas de contestar. Pasaron varios minutos, en los que ambos siguieron contemplando en silencio las lejanas colinas doradas, hasta que al fin Epstein habló.

—Recuerdo cuando tenía siete u ocho años, poco después de que nos mudáramos a Estados Unidos. Había un chico, dos o tres años mayor que yo, que se metía conmigo al salir de clase. Un día volví a casa con la nariz sangrando. Mi padre me sorprendió en el pasillo y me sonsacó lo que había pasado. Se puso hecho una furia: «¡Tienes que volver allí ahora mismo con un palo y abrirle la cabeza!» Mi madre lo oyó y vino corriendo. «¿Qué dices?», le gritó. «Esto es América. Aquí no se hacen las cosas así.» «¿Y cómo se hacen las cosas aquí?», bramó mi padre. «Yendo a las autoridades», repuso mi madre. «¿Las autoridades?», repitió mi padre, burlándose de ella. «¿Las autoridades? ¿Y qué crees que harán las autoridades? Además, eso sería chivarse, y nuestro Yuda no es ningún chivato.» Mi madre le dijo a voz en cuello que yo nunca sería un bárbaro como él. Entonces mi padre se volvió hacia mí, y comprendí que se lo estaba replanteando. «Escucha», me dijo al fin, entornando los ojos. «Olvídate del palo. Te vas derecho hacia él y lo coges así», empezó, agarrándome por el cuello con una de sus manazas y acercando mi cara a la suya. «Y le dices: “Como vuelvas a hacer eso, te mato”», añadió.

Moti se echó a reír, aliviado al reconocer en esas palabras al viejo y familiar Epstein que siempre tenía alguna anécdota en la punta de la lengua.

—¿Crees que tu madre habría querido esto? —preguntó Moti,

adelantando el mentón para señalar la yerma ladera del monte—. ¿Por eso lo haces?

«Haz lo que quieras, eres un hombre libre», solía decirle su madre, que era su particular forma de decir: «Haz lo que quieras, si lo que quieres es matarme.» La independencia de Epstein llevaba cosida dentro del dobladillo la autoridad de su madre, de modo que incluso en los momentos de mayor libertad personal la notaba tirando de él como la fuerza de la gravedad. Incluso cuando se alejaba de ella, estaba yendo hacia su madre. Toda la lealtad y la traición de las que Epstein era capaz tenían su origen en ese forcejeo constante, esa relación de tira y afloja, aunque más tarde se hiciera extensible a otros sujetos. No, su madre no había sido una influencia apaciguadora. Su joya preferida era un collar de perlas de dos vueltas y, a veces, cuando lo veía alrededor de su cuello, Epstein no podía evitar pensar que su apego a ellas tenía algo ver con la partícula irritante que albergaban en su interior y que estaba en el origen de su brillo. Del mismo modo, ella lo había llevado a un estado de vitalidad efervescente mediante la provocación.

—Mi madre quería, como mucho, un banco en un parquecillo de Sunny Isles.

—¿Y entonces, a qué viene esto? No lo entiendo, Yuda. De verdad que no. Perdona que me meta donde no me llaman, pero tus padres eran personas frugales. No les gustaba derrochar. Un árbol, dos árboles, vale. Pero ¿cuatrocientos mil? ¿Para qué? ¿Recuerdas cuando llegué a América con veintiún años? Tu madre no me dejaba tirar ni las uñas cuando me las cortaba.

Epstein no recordaba que Moti hubiese estado en casa de sus padres. Para entonces él estaba casado, y tanto Jonah como Lucie habrían nacido ya. Vivía absorbido por el trabajo en el bufete y metido en mil batallas.

—Tus padres me llevaron a visitaros. Estuve en vuestro piso de Park Avenue, que era como de otro mundo. No conocía a nadie que viviera como vosotros. Me invitaste a almorzar en un restaurante de postín y te empeñaste en pedir langosta porque querías darme el gusto, o impresionarme, o burlarte un poco de mí, no habría sabido decirlo. Y en ésas llegó el camarero con un bicharraco rojo escarlata, un insecto aterrador, y lo plantó delante de mí, y yo no podía dejar de pensar en las plagas de langostas rojas gigantes que llegaban cada siete años y acababan varadas en la playa. Tú te levantaste y te

fuiste al lavabo, y me dejaste solo ante el peligro. Al cabo de un rato, incapaz de soportar la mirada fija de aquellos ojillos relucientes como dos cuentas negras, le tapé la cabeza con la servilleta.

Epstein sonrió. No recordaba esa anécdota, pero se veía muy capaz de hacer algo así.

—Esa noche regresé a la casa de Long Beach y tu madre me puso a dormir en tu vieja habitación. Estando allí tumbado en tu cama, oyendo cómo tus padres se peleaban en la cocina, no podía dejar de pensar en la langosta. Por primera vez desde que había llegado, eché de menos mi casa. Lo único que quería era volver a Israel, donde tal vez tuviéramos plagas de langostas, pero eran mis langostas, y por lo menos entendía qué significaban. Estaba allí tendido, oyendo a tus padres despellejándose sin piedad y pensando en cómo habría sido tu vida entre esas paredes cuando de pronto algo golpeó la pared con un ruido sordo. Luego vino el silencio. Para entonces yo ya era un hombre hecho y derecho, acababa de hacer la mili y tenía los reflejos de un soldado, así que me levanté de un brinco y me fui corriendo a la cocina. Encontré a tu madre apoyada en la pared, con las manos en la cara, como si se la sujetara, y comprendí que en todas partes cuecen habas, y fue como si estuviera de vuelta en la cocina de mi niñez, con mi propia madre.

Epstein alzó la vista hacia el cielo, que se derramaba ensangrentado hacia poniente. Si hubiese conocido mejor esa faceta de Moti, oculta bajo su aspereza y sus ocurrencias sarcásticas, o si la idea en sí no fuese tan abstracta, tal vez habría comentado la extrañeza que le producía ver cómo unas pocas imágenes surgidas del caos se convertían en un momento dado, y gracias a su intensidad impercedera, en el resumen de toda una vida, lo único que nos llevaremos cuando esa misma vida llegue a su fin. Y en el caso de Epstein esas imágenes eran casi todas de violencia: la de su padre y la suya propia.

Pero lo que dijo fue:

—Cuando recuerdo a mis padres, me digo: por Dios, cuántas discusiones. Cuántas peleas. Cuánto afán de destrucción. Es extraño, pero cuando pienso en ello me doy cuenta de que mis padres nunca me animaron a hacer nada, a construir nada. Sólo a desmontar las cosas, a hacerlas pedazos. El otro día se me ocurrió que sólo he desarrollado la creatividad en la discusión, en el debate. Porque así me he definido siempre: primero contra ellos, luego contra todo y todos los demás.

—¿Qué intentas decirme? ¿De eso se trata? ¿Un deseo tardío de abandonar la lucha y hacer algo con tus propias manos? Yuda, apuntemonos a clases de alfarería, te lo ruego. Te ahorrarás mucho dinero. Ahora que lo pienso, conozco a un pintor que tiene su propio estudio en Jaffa. Por una módica cantidad, estará encantado de pasar un mes en Río mientras tú te instalas en su casa.

Pero Epstein no le rió la gracia.

—A ver, lo que pasa es que no acabo de entenderlo. Tienes tres hijos. Eres un gran abogado. Has construido una vida impresionante. ¿No es suficiente creación? Si estuviéramos hablando de mí, que he fracasado estrepitosamente en casi todo, sería otro cantar.

—¿Te consideras un fracaso? —preguntó Epstein con sincero interés.

—Es una parte de mí, fuertemente vinculada al hecho de ser judío y de pertenecer a una tribu maldita.

Epstein se volvió para mirar a su primo, pero en ese instante Moti se levantó, subiéndose la cinturilla de los vaqueros, que le quedaban holgados, tomó una foto del paisaje con el móvil, y en su rostro indolente Epstein no halló esperanza alguna de ser comprendido. Se volvió de nuevo hacia el desierto, incendiado por el sol crepuscular.

—Ya lo tengo... —murmuró—. Ve a decirle que éste es el lugar.

Nadie habló en el camino de vuelta. Un velo de oscuridad se posó sobre las colinas y la temperatura bajó en picado. Epstein abrió la ventanilla y el aire frío irrumpió en sus pulmones. Empezó a tararear a media voz el aria de Vivaldi. ¿Cómo era? *Cum dederit*, algo, algo, algo, *somnum*. Casi podía escuchar al contratenor y ver al pastor alemán de la mujer ciega con los ojos cerrados, oyendo más allá del espectro auditivo humano.

El móvil le vibró en el bolsillo y fingió no notar lo. Pero cuando empezó a vibrar otra vez, con renovada urgencia, lo sacó y vio que era Klausner quien lo estaba llamando y que ése era su tercer intento de hablar con él. Al ver la fecha, supuso que lo llamaría a propósito de la reunión. Miró de nuevo el paisaje crepuscular y, pese a su natural escéptico, sintió un pequeño escalofrío al pensar que el verdadero David habría vivido, luchado, amado y muerto en aquella misma tierra.

Cuando el móvil volvió a sonar, se dio por vencido y contestó para zanjar

el tema de una vez por todas.

—¡Jules! ¿Dónde te metes? ¿Ya estás en Jerusalén?

—No.

—¿Pues dónde?

—En el desierto.

—¿El desierto? ¿Qué haces en el desierto? ¡Vamos a empezar dentro de una hora!

—Vaya, ¿es esta noche? He estado liado.

—Menos mal que he podido localizarte. Empezaba a preocuparme. Aún hay tiempo. Estoy en el vestíbulo ahora mismo, supervisando los preparativos... espera un segundo... los músicos acaban de llegar.

—Escucha, estoy volviendo a Tel Aviv. Ha sido un día muy largo.

—No tienes por qué quedarte más de media hora. Ven aunque sólo sea para ver el ambiente, comer algo. Jerusalén no está tan lejos. No quiero que te lo pierdas, Jules.

Epstein sintió la mano sarmentosa del hombrecillo que lo había abordado en el santuario de Safed tirando una vez más de la pernera de su pantalón. Pero esta vez no pensaba ceder.

—Y pensar que el Mesías tal vez esté en la lista de invitados... Pero no, de verdad que no puedo.

Klausner no se tomó a mal la broma, pero no iba a aceptar un no por respuesta, y le dijo que volvería a llamarlo al cabo de media hora. Epstein le deseó buenas noches y apagó el móvil.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó Moti.

—Era mi rabino.

—Madre de Dios, ¿qué te he dicho?

Pero Epstein estaba realmente agotado. Tantas horas pasadas en el coche, el sol y la compañía de otros habían agotado sus reservas de energía. Lo único que quería era darse una ducha para quitarse el polvo y tumbarse a solas en la cama con el aire acondicionado en marcha, pensando en el bosque que algún día cubriría la ladera de la montaña, meciéndose, rebosante de vida, a la luz de la luna. Moti no podía entenderlo. Tampoco Schloss lo haría. Ni Lianne, que nunca lo había entendido a él, que en el fondo no había querido verlo, por más que él intentara descubrirse ante ella tal como era. Ya

no necesitaba que lo entendieran. Era casi de noche. Bajó la ventanilla del todo para que el viento ahogara la voz de su primo e inhaló el aire perfumado del desierto.

No acudió a la reunión, pero esa noche no pudo conciliar el sueño pese a estar exhausto, por lo que se quedó despierto leyendo el maltrecho libro que había dejado sobre la mesilla de noche. Una tarde, bajando por la calle Allenby, lo había visto en una vitrina llena de libros en inglés con los lomos desteñidos por el sol, que había azulado todos los colores. Tras enfilarse el callejón estrecho, se había adentrado en la librería, concurrida y polvorienta, para preguntar por el libro. El propietario estaba escuchando jazz mientras cuadraba las cuentas sentado a un escritorio abarrotado de cosas. Nadie se interesaba por el contenido de esa vitrina desde hacía siglos, y le llevó un buen rato dar con la llave, pero finalmente logró abrirla tras algún forcejeo, liberando un olor rancio a aire estancado y papel en descomposición. El librero sacó de la vitrina el Libro de los Salmos, que Epstein guardó debajo del brazo. Luego salió a la calle atestada de gente y echó a andar en dirección al mar.

¿Acaso había un héroe bíblico más complejo que David? Había manipulado el amor de Saúl, de Jonatán, de Mical y de Betsabé, de todos aquellos que se acercaron a él. Era un guerrero y un asesino sediento de poder, dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de proclamarse rey. Traicionaba sin pestañear. Mataba sin pestañear. No se arredraba ante nada para ver cumplidos sus deseos. Cogía lo que quería. Y luego, para que pudiera redimir sus actos, los autores de David le atribuyeron los poemas más conmovedores jamás escritos. Como si, al final de su vida, hubiese descubierto casi por casualidad su verdadera naturaleza. Su estado de gracia.

Al día siguiente Epstein durmió hasta tarde. Lo despertó el teléfono de la habitación. Era el recepcionista. Había alguien esperándolo abajo.

—¿Quién es? —preguntó, todavía adormilado. No esperaba a nadie; no le quedaba dinero para donaciones.

—Yael —informó el recepcionista.

Epstein se espabiló y miró el despertador entornando los ojos. Eran poco más de las ocho.

—¿Yael qué más? —preguntó. No conocía a ninguna Yael, salvo la prima de su madre, que estaba enterrada en Haifa. Hubo un silencio, como si al otro lado de la línea hubieran tapado el auricular, y luego oyó una voz femenina.

—¿Hola?

—¿Sí?

—Soy Yael. —La mujer hizo una pausa, como si esperara que Epstein hiciera memoria.

¿Tan mal estaba?, se preguntó frotándose los ojos con un nudillo reseco.

—Tengo una cosa para ti. Mi padre quiso que me asegurara de que llegaba a tus manos.

Todavía aturdido, Epstein recordó que la mañana del domingo, con los primeros rayos de sol, incapaz de quedarse un minuto más en la incómoda camita de Gilgul, se había mojado la cara con agua fría y había ido en busca de una taza de té para calmar su estómago, todavía revuelto. De camino a la cocina casi se había dado de bruces con Peretz Chaim, que salía de su habitación. Se había remangado la camisa y se estaba ciñendo la correa negra de la filacteria en torno al bíceps como un yonqui se ceñiría el torniquete. Pero fue Epstein el que sintió ahora el ansia voraz, la sed de la vena que va derecha al corazón. Se llevó la mano al pecho, por encima del músculo palpitante que no podía bombear su sangre espesa.

—¿Te lo dejo aquí, en recepción? —preguntó la mujer—. Tengo un poco de prisa.

—¡No! Espera —repuso Epstein apresuradamente, levantándose y buscando los pantalones—. Espera, ahora mismo bajo.

Con dedos temblorosos, pasó los botones por los ojales de la camisa, se lavó los dientes, se mojó la cara y se detuvo a contemplar su reflejo empapado, sorprendido al descubrir lo mucho que le había crecido el pelo.

La vio en el vestíbulo antes de que ella lo descubriera, inclinada sobre el teléfono, la frente pálida y amplia arrugada en un gesto ceñudo. Vestía unos vaqueros y una chaqueta de piel, y ahora que la veía con ropa Epstein advirtió que su particular Betsabé tenía un piercing en la nariz, un diminuto diamante. Pero cuando se acercó a ella creyó reconocer algo familiar en su perfil, algún parecido en el que no había reparado aquella noche de hacía dos semanas. Cuando pronunció su nombre, la joven alzó la cabeza y sus miradas se

encontraron por segunda vez, pero si recordaba la primera lo disimuló bien.

Le contó que estaba escribiendo un guión sobre la vida de David y había asistido a la reunión de su padre en Jerusalén con el director de la película. Hacia el final de la velada, cuando ella se disponía a volver en coche a Tel Aviv, el rabino le había pedido que le llevara algo, le explicó, y sacó de su bolso una carpeta dorada que llevaba impresas las palabras «Dinastía davídica» y un escudo con el león del reino de Judea y la estrella de David. La joven le tendió la carpeta, pero Epstein se quedó inmóvil.

—¿Estás haciendo una película? —preguntó, sin salir de su asombro—. ¿Sobre David?

—¿A qué viene la sorpresa? Cuando se lo cuento a la gente, siempre reaccionan igual. Pero nunca se ha hecho una buena película sobre David, a diferencia de Moisés, aunque es el personaje más complejo, perfectamente desarrollado y fascinante de toda la Biblia.

—No es eso. Lo que pasa es que da la casualidad de que... —Pero se abstuvo de contarle que llevaba muchas noches leyendo los Salmos. Que algo en su naturaleza fuerte e imperfecta podía remontarse a un relato ancestral—. De que me interesa la figura de David.

—Entonces deberías haber venido anoche.

—¿Tú crees?

Con una sonrisa socarrona, Yael le contó que los invitados habían entrado pasando por debajo del falso arco de piedra, custodiado por dos guardianes con vestimentas palaciegas que los iban anunciando con un toque de corneta. Ya en el vestíbulo, una arpista con un vestido larguísimo de terciopelo acariciaba las cuerdas doradas de su instrumento.

—Tendrías que haberlo visto —dijo—, no faltaba detalle.

Yael miró su móvil de reojo y le dijo que lo sentía pero tenía que marcharse. Había quedado con alguien y llegaba tarde.

—¿Adónde tienes que ir? —preguntó Epstein.

—A Jaffa.

—Yo también voy hacia allí. ¿Te acerco en taxi? Me gustaría saber más cosas sobre esa película.

Lo que no dijo fue que le gustaría saber qué había impulsado a la hija del rabino, que contemplaba con mirada irónica el gran proyecto de su padre y

parecía vivir de espaldas a la religión, a embarcarse en una película sobre David.

Yael se puso las gafas de sol y sonrió levemente mientras levantaba su pesada bolsa del suelo.

—Pero nosotros ya nos conocemos, ¿verdad?

LLEVAR LA CARGA

Después de abandonar el restaurante de la Confederation House, no habíamos avanzado más de diez minutos cuando una hilera de vehículos verdes del ejército cortó la carretera. El tráfico procedente del noroeste estaba interrumpido y los soldados mandaban parar todos los coches para registrarlos. Friedman cambió de emisora para sintonizar las noticias, que inundaron el interior del coche con entrecortada urgencia. Cuando le pregunté qué estaba pasando, me dijo que podía ser cualquier cosa: una brecha en el muro, una amenaza de bomba, un ataque terrorista en la ciudad.

El ambiente se iba enrareciendo por momentos mientras avanzábamos despacio hasta el punto de control. Cuando por fin nos tocó pasarlo, dos soldados con armas automáticas en bandolera rodearon el coche, se asomaron a todas las ventanillas y registraron los bajos del vehículo con un espejo acoplado a un largo mango. No entendía ni sus preguntas ni las respuestas de Friedman, que me parecían mucho más prolijas de lo necesario para satisfacer a unos adolescentes uniformados que cumplían órdenes que apenas significaban nada para ellos. La chica era alta, caminaba torciendo los pies hacia dentro y su rostro todavía acribillado de acné encerraba una promesa de belleza. El chico era achaparrado, peludo y arrogante, demasiado sediento del poder que le daban las circunstancias. Friedman, que ya estaba tenso, no tardó en manifestar su irritación ante el interrogatorio, lo que no hizo sino avivar la petulancia del chico, pues no se le podía considerar un hombre hecho y derecho, y tal vez fuera ése el problema, o uno de los muchos problemas. Esperé que Friedman echara mano de los contactos secretos que nos valdrían la liberación inmediata y un aluvión de disculpas abochornadas. Pero cuando por fin sacó la cartera de uno de los voluminosos bolsillos de su chaleco, la tarjeta que extrajo y tendió con la temblorosa mano derecha no era

más que un carnet de identidad normal y corriente. El soldado se lo arrancó de la mano, lo estudió brevemente y luego se volvió hacia mí y me habló en hebreo.

—Soy estadounidense.

—¿Qué hace con él? —preguntó, señalando a Friedman con el mentón, donde tenía un hoyuelo, como una huella dactilar, en el que su barba oscura y cerrada se negaba a crecer.

—¿A qué se refiere?

—¿De qué lo conoce?

—Nos conocimos hace un par de días.

—¿Por qué?

Friedman intentó interrumpirlo en hebreo, pero el soldado lo hizo callar levantando la palma de la mano y dirigiéndole unas pocas palabras bruscas.

—¿Por qué motivo lo conoció? —preguntó de nuevo.

Se me pasaron por la cabeza varias respuestas. Podía decirle que Friedman era una especie de pariente lejano con el que mi padre me había pedido que me pusiera en contacto, una mentira que por lo menos tenía una relación tangencial con la verdad.

—No tenemos todo el día.

—Él trabaja en un proyecto en el que ha pensado que tal vez me interesara colaborar —dije al fin, en lo que me pareció una respuesta bastante inocua hasta que las palabras brotaron de mis labios.

El soldado arqueó las pobladas cejas, uniéndolas entre sí de modo que formaban un largo trazo peludo sobre su frente, y luego se fue hacia la parte trasera del coche y abrió el maletero.

—No me ha dejado terminar —le dije levantando la voz, intentando enmendar mi error mientras conservaba la ilusión de que no podía importarme menos lo que pensara, de que su mísera cuota de poder no tenía el menor efecto sobre mí—. Soy escritora, por si le interesa. Escribo novelas.

Pero esta frase y su significado se me antojaron lamentables.

—¿Ha hecho usted el equipaje? —preguntó, señalando la maleta de la calle Spinoza.

—¿Yo? —repetí, titubeante. A nuestro alrededor, los demás coches pasaban sin detenerse y sus pasajeros nos miraban con ojos achinados, sin

disimular su curiosidad. Pensé que sería todo un detalle que uno de ellos me reconociera y se apeara del coche para decirme que había bautizado a un pobre niño como uno de mis personajes. Pero conforme iban pasando a cierta distancia de nosotros, se hizo evidente que mi fantasía tenía pocas probabilidades de hacerse realidad, lo que en cierto sentido cósmico era incluso de agradecer, pues el momento en que los lectores se vuelven útiles a los escritores debería ser siempre motivo de sospecha.

—¿Ha estado la maleta con usted en todo momento? ¿Nadie le ha pedido que lleve una carga en el coche?

Sabía que debería haber mentido descaradamente, pero dije:

—No, no he hecho yo la maleta. La hemos recogido hace una hora en Tel Aviv. Pero dentro no hay más que papeles. Adelante, compruébelo.

Se me ocurrió preguntarle si había leído a Kafka. Seguro que en su instituto de Ra'anana o Givatayim le habían hecho leer *La metamorfosis*, o *Ha Gilgul*, o comoquiera que se llamara en hebreo.

—Esto no es más que un malentendido —continué—. Todo se aclarará en cuanto abra usted la...

Sentí la presión de la mano de Friedman en mi brazo, pero era demasiado tarde. El soldado se había descolgado el walkie-talkie del cinturón y estaba hablando con su superior. Una réplica embrollada, en una voz gutural y plagada de interferencias, llegó como venida de muy lejos. El soldado la escuchó sin apartar los ojos de la maleta, y cuando llegó su turno de hablar, tuve la impresión de que hacía toda una disquisición, no sólo sobre la maltrecha maleta sacada del piso de la anciana hija de la amante de Max Brod, sino sobre muchas otras cosas: los patrones de la historia, la naturaleza imperfecta de las relaciones humanas, la ironía de lo inconmensurable, la genialidad de Kafka. Dos veces lo oí pronunciar su nombre, dándonos la espalda y señalando con gesto expansivo las estribaciones montañosas, donde fragmentos de piedra blanca afloraban como huesos entre la tierra roja: «Kafka», y luego de nuevo, «Franz Kafka», aunque más tarde me pregunté si no habría oído la palabra *davka*, que no tiene traducción en inglés más allá de su significado literal, «precisamente», pero que resume la costumbre judía de hacer algo sólo por llevar la contraria.

—¿No puedes hacer nada? —pregunté a Friedman entre dientes, a punto de perder la paciencia con todo aquello a lo que se suponía que debería

doblegarme, y a lo que hasta entonces me había sometido sin oponer resistencia—. ¿Por qué no hablas con alguien de más arriba?

El soldado, todavía gesticulando al teléfono, sacó la maleta del coche y la dejó caer al suelo, donde aterrizó con un golpe sordo. Tiró con brusquedad del asa plegable y la llevó hasta la mujer soldado, que tanteó su peso con gesto escéptico, como si sospechara que llevábamos el cadáver del mismísimo Kafka embutido en su interior. Despacio, empezó a tirar de la maleta hacia la hilera de vehículos militares.

—¿Crees que no lo he intentado? —repuso Friedman.

Sonaba resignado, incluso melancólico. Hasta entonces me las había arreglado para dotarlo de cierta autoridad que ahora se desvanecía ante mis ojos. Parecía no sólo mayor, sino también desvalido, y esa invencible primera persona del plural —ese «nosotros»— que había invocado al hablar del orgullo que generaba mi obra, se había diluido de pronto en un excéntrico singular.

—Quería un problema, así que se lo ha inventado. En el fondo es esperanzador, ¿no crees? Que no sólo atormenten a los árabes, quiero decir.

El soldado rodeó el coche y se detuvo en mi lado.

—¿Me enseña su pasaporte?

Hurgué en el bolso hasta encontrarlo en el fondo. Con los ojos entornados, el soldado observó la fotografía y luego mi rostro, varias veces. Es verdad que la foto tenía unos cuantos años.

—Quítese las gafas.

Todo se volvió borroso a mi alrededor.

—En la foto está más guapa —me espetó, y se guardó el pasaporte en el bolsillo de la camisa.

Nos ordenó que nos bajáramos del coche. La perra, que hasta entonces había permanecido tranquila, empezó a ladrar como una posesa en cuanto Friedman asió el picaporte. El soldado dio un respingo y las manos se le fueron instintivamente al fusil. Me preparé para lo peor, imaginando que una bala atravesaba el cráneo del animal, pero un instante después el chico relajó los dedos y, con cautela, introdujo la mano abierta por la ventanilla del coche y acarició a la perra. Una vaga sonrisa afloró a sus labios.

—Espere aquí —me ordenó, todavía empuñando el fusil—. Ahora vendrá alguien.

Sólo cuando vi que Friedman se alejaba con su ajado portafolios de piel apretado contra el pecho y se volvía para mirarme antes de desaparecer en la parte trasera de un camión militar, empecé a sospechar con pánico creciente que no tenía derecho a llevarse lo que se había llevado del piso de Eva Hoffe. Repasé mentalmente la escena de Friedman saliendo a toda prisa del edificio de la calle Spinoza y secándose el sudor de la frente mientras arrancaba el coche.

¿Dónde me había metido? ¿Por qué no lo había interrogado cuando salió de la fortaleza inexpugnable que era el piso de Hoffe arrastrando una maleta? ¿Qué más daba quién fuera en realidad? Ni el mismísimo David Ben Gurión habría superado el recelo de una mujer que custodiaba aquellos documentos de forma obsesiva tras la muerte de su madre, que afirmaba sentirse biológicamente vinculada a ellos, que había luchado con uñas y dientes para conservarlos en su poder y que, en sus propias palabras, sólo permitiría que se los arrebataran por encima de su cadáver. ¿Qué me había llevado a creer que Friedman, precisamente Friedman, con su chaleco de explorador y sus gafas de sol tintadas, disfrutaba de privilegios especiales que le habrían permitido sacar de su piso una sola página, no digamos ya una maleta llena de papeles?

Pero todas estas preguntas llegaban demasiado tarde. La soldado de los pies torcidos regresó y, sin mediar palabra, me indicó por señas que la siguiera. Caminaba encorvada, como una de esas chicas que durante años avanzan por la angosta cueva de techo bajo que es su vida hasta que un buen día, si tienen suerte, salen por fin a cielo abierto. Me guió hasta un todoterreno con bancos a cada lado que supuestamente servía para transportar a las tropas.

—Suba.

—¿Ahí dentro? Ni hablar. No me moveré de aquí hasta que me digan qué está pasando. Tengo derecho a hablar con alguien —dije—. Quiero llamar a la embajada estadounidense.

La chica chasqueó la lengua y sacudió los hombros para desplazar la correa del pesado rifle.

—Hablará con alguien. Cálmese. No tiene de qué preocuparse. Puede llamar a quien quiera. Tiene usted un teléfono móvil, ¿verdad?

—Soy una escritora de fama internacional —fue mi estúpida réplica—.

No podéis llevarme de aquí para allá sin un motivo justificado.

—Sé quién es usted —dijo la chica, apartándose un mechón del rostro—. Mi ex novio me regaló uno de sus libros. Si quiere que le sea sincera, no era para mí. Sin ánimo de ofender. Pero relájese, ¿vale? Póngase cómoda. Cuanto antes se suba al todoterreno, antes podrá marcharse. Mi compañero Schectman cuidará de usted.

Entonces intercambió una broma en hebreo con el soldado alto que esperaba junto a la parte trasera del todoterreno. Su rostro me recordaba a la mitad de los chicos con los que había ido al instituto. Alargó la mano para ayudarme a subir, y ese gesto me inspiró una mezcla de confianza y recelo, o puede que sencillamente estuviera demasiado cansada para seguir discutiendo. Bajo el techo de lona del vehículo olía a caucho, moho y sudor.

Cuando el conductor puso el motor en marcha, la chica se dio una palmada en la frente, le dijo a Schectman que esperara un momento y éste levantó la voz para dar instrucciones al conductor. Luego, mientras ella se iba corriendo en busca de lo que quiera que había olvidado, Schectman puso las manos sobre la rodilla y me sonrió.

—Y bien —dijo—, ¿le gusta Israel?

Cuando la soldado volvió, llevaba a la perra de Friedman por el collar. Protesté y traté de explicarle que el animal no era mío, que pertenecía a Friedman, pero ella parecía no conocer la existencia de mi acompañante. Ya se había olvidado de él. «Qué perra más mona», dijo, acariciándola por detrás de las orejas gachas, y añadió que le gustaría tener un perro así, el día que por fin pudiera largarse de allí.

—Adelante —dije, esperanzada—, puedes quedártela.

Pero Schectman se apeó de un salto, cogió a la perra en brazos y se subió otra vez al todoterreno, y por un instante, mientras la sostenía contra el pecho, tuve la impresión de que, entre los tres, componíamos una especie de estrafalario belén. Luego la perra se revolvió para bajar al suelo del todoterreno —como si supiera algo que yo ignoraba, como si también ella hubiese olvidado la existencia de Friedman—, me lamió las rodillas, dio un par de vueltas sobre sí misma y se hizo un ovillo a mis pies. Desde fuera, la soldado me tendió la bolsa de plástico, la que había cogido del piso de mi hermana con una muda limpia y el bañador, y Schectman la guardó con cuidado debajo de su asiento, junto a la maleta de Friedman.

El motor del todoterreno se puso en marcha con un rugido y avanzamos a trompicones por el arcén cubierto de grava hasta que sus enormes neumáticos empezaron a rodar por el asfalto. Pero en lugar de dar media vuelta y regresar a Jerusalén, seguimos en la misma dirección que Friedman había tomado, yendo derechos hacia el lugar en el que todas las cosas planeadas y construidas se acababan para dar paso, de un modo tan repentino como irrevocable, al desierto. Y mientras lo hacíamos me vino a la mente la imagen incongruente de los jardines de Kafka, que según me había contado Friedman, el autor había cultivado allí donde había vivido, tanto en el kibutz del norte como en las traseras de las casas que había habitado en Tel Aviv, hasta que al final su fama creciente —porque en realidad nunca llegó a envejecer, nunca dejó de ser exactamente como ese Kafka del que no podemos evitar enamorarnos un poco cuando lo vemos por primera vez en una postal— lo obligó a abandonar la ciudad para siempre. Imaginaba sus jardines rebosantes de rosales y madresevas, cactus y enormes y perfumadas lilas. Mientras el vehículo militar avanzaba pesadamente entre las colinas de color amarillo, vi a Kafka con desconcertante claridad, apoyando con delicadeza una pala pequeña contra un muro de piedra y mirando al cielo como si buscara alguna señal de lluvia inminente. Y de pronto —siempre llegan de pronto esos brillantes destellos de la niñez— recordé algo que había pasado un año después de que mi hermano encontrara aquel pendiente en la piscina del Hilton. Estábamos en Londres, con los abuelos, porque mis padres se habían ido de viaje a Rusia, y una tarde mi hermano y yo sentimos el deseo irrefrenable de comprar las chokolatinas que vendían en una tienda cercana. No sé por qué no le pedimos dinero a la abuela. Seguramente creíamos que nos lo negaría, o nos dejamos arrastrar por la emoción de conseguir las escondidas. En el jardín que había delante de su casa pareada, mi abuelo cultivaba rosas que siguen siendo para mí el arquetipo de una rosa. No puedo pensar en esa palabra, ni pronunciarla siquiera, sin evocar aquellas delicadas y fragantes flores inglesas. Mi hermano y yo sacamos de la cocina las pesadas tijeras de podar de mi abuela y aplastamos los tallos de las rosas entre sus hojas metálicas, justo por debajo del cáliz, hasta que las grandes corolas cayeron rodando. Sin inmutarnos, envolvimos aquellos muñones en papel de plata y decidimos que haría falta alguna mentira para persuadir a la gente de que los comprara. Salimos a la calle y empezamos a pregonar: «¡Compre una rosa, compre una rosa, a favor de los niños pobres!» Una

mujer se detuvo. La recuerdo encantadora, con el pelo oscuro y perfectamente recogido bajo el gorro de lana. Dejó en el suelo las bolsas que llevaba. «¿Seguro que es para los niños pobres?», nos preguntó. Más tarde fue aquella pregunta la que nos desarmó. Ella nos había dado la oportunidad de recapacitar y confesar la verdad, pero en lugar de aprovecharla seguimos cavando nuestra propia tumba. Asentimos: sí, segurísimo. Ella sacó la cartera y nos alivió de aquella carga, seis u ocho rosas en total. Mi hermano cogió las monedas y echamos a andar deprisa sin despegar los labios, pero según nos acercábamos a la tienda un oscuro y aplastante sentimiento de culpa se adueñó de nosotros. Habíamos hecho algo que no podíamos deshacer: habíamos descabezado las rosas del abuelo, las habíamos vendido y mentido a una desconocida, todo por un capricho. La sensación de permanencia de nuestra fechoría, nuestra incapacidad para repararla, pesaba como una losa. No recuerdo si fui yo la que me volví hacia mi hermano y hablé al fin, o si fue al revés, pero sí recuerdo las palabras con claridad: «¿Estás sintiendo lo mismo que yo?» No había más que hablar. Nos agachamos en la tierra, junto a la acera, excavamos un agujero y enterramos las monedas. Que nunca diríamos una sola palabra de lo que habíamos hecho era algo implícito. Un día, les conté esta anécdota a mis hijos. Les encantó, me pedían que se la volviera a contar una y otra vez. Durante días, siguieron sacando el tema. Pero ¿por qué enterrasteis el dinero?, me preguntaba mi hijo con insistencia. Para deshacernos de él, contestaba yo. Pero sigue allí, reponía él, negando con la cabeza. Aún hoy, si alguien fuera hasta allí y excavara en el lugar preciso, encontraría las monedas.

De vez en cuando una ráfaga de viento se colaba por la parte trasera del todoterreno y levantaba los faldones laterales de lona, que revoloteaban como un pájaro enjaulado, y entonces Schectman me sostenía la mirada y osaba sonreírme, y la suya era una sonrisa dulce y comprensiva, tal vez incluso un punto triste, y la perra, cuyo nombre yo no había llegado a preguntar, gemía como si hubiese vivido mil vidas y conociera el final de todas las historias.

EL ÚLTIMO REY

Epstein, que lo estaba descubriendo todo como si lo viviera por primera vez —el blanco centelleo de las olas, la llamada del almuecín al alba, la pérdida de apetito, la creciente levedad del cuerpo, cierta liberación respecto al orden, el progresivo distanciamiento de lo racional, los milagros, la poesía—, se instaló en un piso donde no se le habría ocurrido vivir ni en mil años, suponiendo que llevara mil años vivo, lo que —habida cuenta de que, por encima de todo, se estaba descubriendo a sí mismo como por primera vez— bien podría ser cierto. El sol no lo despertó porque ya estaba despierto, con todas las ventanas abiertas de par en par para que las olas retumbaran como si rompieran allí dentro, entre las paredes de su habitación. Agitado, andando descalzo de aquí para allá, descubrió que todo el suelo se inclinaba hacia el desagüe de la ducha, como si la casa se hubiese construido pensando en el día en que el mar intentaría al fin engullirla. El agente inmobiliario apenas había abierto la puerta del piso cuando Epstein le había anunciado que se lo quedaba y le había ofrecido un adelanto de tres meses en efectivo. Con sus zapatos relucientes, debía de parecer fuera de lugar en ese piso destartado o, lo que es lo mismo, encajaba a la perfección. ¿Cuántas veces lo había visto el agente inmobiliario? El típico estadounidense adinerado que había viajado a Israel para probar la rica y auténtica cultura judía que todos sus dólares americanos habían contribuido a proteger, para asegurarse de que seguía vivita y coleando y que por tanto no tenía demasiado que lamentar; uno de esos hombres que iban en busca de nuevas emociones en el convulso ambiente pasional de Oriente Próximo. El agente inmobiliario había tenido la astucia de inflar el precio del alquiler y le había asegurado que era una oferta especial por ser amigo de Yael. Pero le bastó ver la cara de embeleso de Epstein, rindiéndose ante el horizonte, para lamentar no haberlo inflado

todavía más. Sin embargo, sabía que no podía fiarse del primer arrebato de entusiasmo estadounidense. Sabía que llegaban allí y durante la primera semana se enamoraban de la urgencia, la afición a discutir y la calidez de los israelíes, de verlos sentados en las terrazas, charlando y metiéndose en las vidas unos de otros; de que pese a vivir obsesionados con las fronteras externas, las hayan abolido de puertas adentro. De que no exista la enfermedad de la soledad, de que cada taxista sea un profeta y cada mercader del zoco te cuente la vida de su hermano y su mujer, y que de pronto el tipo que está detrás de ti en la cola se meta en la conversación, y que al poco la pésima calidad de las toallas te dé absolutamente igual porque las historias y el caos y la locura —¡toda esa vida!— son mucho más importantes. Llegaban a Tel Aviv y les parecía el colmo de la sensualidad: el mar y su poderío, la cercanía de la violencia y la sed de vida, y el hecho de que pese a vivir siempre inmersos en una crisis existencial, y de intuir que su país está perdido, por lo menos los israelíes habitan un mundo en el que nada da igual y por el que vale la pena luchar. Por encima de todo, se enamoraban de cómo se sentían estando allí. «Éste es el lugar del que procedemos», pensaban mientras se agachaban para cruzar el muro de las lamentaciones, enfilaban los angostos túneles excavados por Bar Kojba, escalaban hasta la cima de Masada, sentían el sol del Mediterráneo en su piel, se internaban a pie en el desierto de Judea, acampaban en el Néguev o visitaban la aldea de Kinneret, donde unos niños que podrían ser sus hijos crecen asilvestrados y descalzos, y mantienen con el pasado básicamente una relación de discontinuidad: «Esto es lo que no sabíamos que nos habíamos perdido.»

Pero el agente inmobiliario sabía de sobra que, pasada una o dos semanas, los estadounidenses empiezan a verlo todo de otro modo. La fuerza empieza a parecerse demasiado a la agresión, la franqueza se convierte en imposición y surge la incomodidad ante el hecho de que los israelíes no tengan modales, no respeten el espacio personal, no respeten nada; ¿y nadie tiene nada que hacer en Tel Aviv aparte de estar de cháchara e ir a la playa? La ciudad es un asco, ¿verdad?, todo lo que no es nuevo está que se cae a trozos, huele a pis de gato por todas partes, tienes un problema de alcantarillado justo debajo de la ventana y pasa una semana sin que acuda nadie a arreglarlo, y en realidad no hay quien aguante a los israelíes, son tozudos e incorregibles, inmunes a la lógica, groseros como ellos solos, y resulta que a la mayoría le importa un

bledo todo lo relacionado con la cultura judía, pues sus abuelos y padres se distanciaron de ella todo lo que han podido, y aquellos a los que sí les importa, los colonos, están pasados de vueltas, completamente desquiciados, y la verdad, todo el país es un nido de racistas que odian a los árabes. Así que en un visto y no visto, antes de haber dado la señal para un piso de dos habitaciones en el nuevo rascacielos acristalado que se está construyendo en la zona de Neve Tzedek, los estadounidenses se suben a un taxi que los lleva de vuelta al aeropuerto con las maletas perfumadas de zaatar y cargadas de plata labrada de Hazorfim, y las llaves del Lexus colgadas de un jamsa, el tradicional amuleto con forma de mano.

Así que el agente inmobiliario encendió un cigarrillo, exhaló por la boca una voluta de humo que volvió a inhalar por la nariz y, mirando a su acaudalado cliente con ojos entornados, le dijo que la oferta sólo seguía en pie si estaba dispuesto a acompañarlo en ese mismo instante al cajero automático más cercano. Luego añadió que tenía la moto aparcada delante del edificio, al tiempo que entreabría una ventana para que el olor a mar ayudara a Epstein a pensar. Pero Epstein no necesitaba pensar, y cinco minutos después se aferraba a la cintura del agente inmobiliario mientras pasaban a toda velocidad por encima de los baches, sin importarle un comino que alguien pudiera tomarlo por un cliché.

Esa noche, mientras el sol viraba de naranja a morado, Epstein se plantó con el torso desnudo ante el mar y experimentó un sentimiento de euforia, de libertad, como si fuera un pájaro, y creyó haber entendido al fin por qué había renunciado a tanto, por qué se había desprendido de casi todo: por ese mar. Esa levedad. Ese anhelo. Esa ancestralidad. Esa ductilidad, que le había permitido convertirse en un hombre que esperaba, borracho de los colores de Jaffa, a que su móvil se iluminara con un mensaje procedente del otro lado; de una existencia más amplia; de Moisés en el monte Sinaí, que lo había visto todo y bajaba corriendo para contárselo; de una mujer a la que no tenía ya nada que ofrecer salvo a sí mismo; del pueblo al que había suplicado que le dejara plantar cuatrocientos mil árboles en una ladera yerma del desierto.

Sus días se volvieron difusos. La línea que separaba el cielo del agua se desvaneció, así como la que lo separaba a él del mundo. Contemplaba las olas y sentía que también él era infinito, que se repetía sin cesar, rebosante de vida invisible. Los renglones de los libros que descansaban en la mesa emergían

ante sus ojos como si flotaran en el agua. Al atardecer salía a pasear, inquieto, expectante, y se perdía entre las estrechas callejuelas hasta que, al doblar una esquina y toparse de nuevo con el mar, se veía despojado de su propia piel.

*

Había sido el responsable de localizaciones quien lo había invitado, y quien ahora hablaba atropelladamente mientras daba sorbos a su segundo expreso y esperaban que Yael se presentara en aquel café de Ajami. Epstein estaba despierto desde las cuatro de la madrugada, y hacía días que no hablaba con nadie, pero el responsable de localizaciones, que lucía una escueta mohicana para disimular sus entradas y era lo bastante flaco para tener una adicción, pero demasiado afable para vivir sometido a ella, llenaba el silencio de Epstein con tal locuacidad que éste no se sentía obligado a decir palabra. La cinematografía israelí, le explicó, estaba en el punto álgido de su creatividad. Hasta el año 2000, los grandes talentos de Israel no hacían películas. Cuando Epstein le preguntó qué hacían los grandes talentos israelíes antes de 2000, el hombre pareció quedarse en blanco.

Pasó media hora y Yael seguía sin llegar, así que el responsable de localizaciones pidió un tercer expreso a la joven camarera, sacó el móvil y empezó a enseñar a su público cautivo fragmentos de vídeos y fotogramas que llevaban su firma. Epstein se detuvo en la fotografía de una vieja casa de Jerusalén: una sala de estar sombría, con el suelo rebajado respecto al resto de la planta, abarrotada de libros y cuadros al óleo, por cuya ventana se atisbaba un pequeño jardín cercado por un muro. No había nada inusual en la estancia, pensó, y sin embargo la unión de todos sus elementos se traducían en algo incuestionablemente cálido, inteligente y acogedor. El responsable de localizaciones le dijo que había visitado otras cincuenta casas hasta dar con ésta. Nada más poner un pie en ella, supo que había encontrado lo que andaba buscando. No hubo que cambiar nada para el rodaje, ni una sola pieza de mobiliario. Hasta el perrito que dormitaba arrellanado en la silla era perfecto. ¡Lo difícil había sido convencer a los dueños! Había tenido que volver en cuatro ocasiones, la última con una pieza obsoleta de ferretería que la pareja necesitaba para arreglar un grifo que goteaba desde tiempos inmemoriales, y que él se había agenciado gracias a un fontanero en cuya tienda había rodado

una escena tiempo atrás. Eso fue lo que le permitió cerrar el trato, una pequeña arandela de cobre que los dueños de la casa habían buscado en vano durante años. Pero no bien se había congraciado con ellos, empezaron los problemas con la vecina de al lado. La anciana hizo cuanto estaba en su mano para entorpecer el rodaje. Se pasaba el día asomada a la ventana y les gritaba, se negaba a encerrar a su gato en casa. Al revés, lo soltaba adrede en el instante en que las cámaras empezaban a filmar. Había que interrumpir las tomas constantemente por culpa de aquella cascarrabias que amenazaba con volver loco al atribulado director. Pero él, Eran, había descubierto el modo de apaciguarla. La escuchó durante horas, y poco a poco llegó a la conclusión de que la anciana estaba celosa. Como una niña pequeña, se sentía excluida, ninguneada, y le bastó con ofrecerle un insignificante papel de extra para que empezara a colaborar con ellos de mil amores. Diez veces habían tenido que rodar la escena en la que la anciana se veía obligada a bajar de la acera, apartada por una silla de ruedas que él había sacado de entre los objetos de atrezo, porque se volvía hacia la cámara con una sonrisa de oreja a oreja, o bien intentaba colar una frase improvisada. Pero había valido la pena, pues a partir de entonces la anciana procuraba no molestar y controlaba a su gato como si fuera una pitón que —Dios nos libre— pudiera escapar y devorar la película entera. Sí, dar con la localización ideal era en realidad la parte más fácil de su trabajo, aunque no lo pareciera. La verdadera esencia de éste consistía en gestionar las fronteras entre el mundo real y el que el director intentaba crear. Partiendo de la realidad presente de casas y calles, muebles y condiciones meteorológicas, el director aspiraba a construir otra realidad, y durante el tiempo que durara la toma le correspondía a él, Eran, custodiar las fronteras entre ambas, asegurarse de que ningún elemento indeseado del mundo real se colara en ese otro mundo, ni interrumpiera o amenazara con desbaratar su delicada estructura. Para conseguirlo, había que combinar múltiples talentos pero, por encima de todo, había que tener un talento especial para tratar con las personas. Después de un rodaje de varias semanas, dijo el responsable de localizaciones, había abusado tanto de ese don de gentes que lo único que quería era vivir como un ermitaño o un misántropo. «¿Y qué haces entonces?», preguntó Epstein.

Pero en ese instante llegó Yael, disculpándose por el retraso pero serena, como si acabara de salir de un cuadro. Si hasta entonces Epstein no había

sentido la apremiante necesidad de hablar, en ese momento comprobó una vez más que en su presencia era poco menos que mudo. Yael llegó en compañía de Dan, el director, un hombre de cuarenta y pocos años, con los ojos pequeños y la nariz afilada y protuberante de un animal que pasara la mayor parte del tiempo escarbando bajo tierra, presa del frenético y eterno deseo de abrirse paso hacia la luz. Epstein ya lo conocía, y le había caído mal desde el primer momento. Saltaba a la vista que estaba interesado en Yael. Sólo de imaginarla entre los tatuajes tribales de sus brazos, sintió ganas de llorar.

El responsable de localizaciones se lanzó a describir con gran entusiasmo el lugar que había encontrado, unas cuevas cercanas al lugar donde se habían hallado los manuscritos del mar Muerto, pero lo bastante alejadas del yacimiento arqueológico para que pudieran rodar allí sin necesidad de permisos y rodeados por un paisaje tan intacto que parecía puramente bíblico. Lo más increíble de las cuevas era su iluminación natural, gracias a un orificio superior por el que el sol entraba a raudales. Era muy posible que el mismísimo David se hubiese escondido en ellas. Cuando menos, era probable que los esenios las habitaran dos mil años atrás mientras se disponían a librar la guerra de los Hijos de la Luz contra los Hijos de las Tinieblas.

Pero tanto el director como Yael, el hijo de las tinieblas y la hija de la luz, estaban de capa caída, y ninguna cueva, por auténtica que fuera, podría levantarles el ánimo. Esa mañana habían recibido una mala noticia: ni Hot ni Yes estaban dispuestos a financiarlos. Gracias a la sinopsis de la película y al argumento que ella había escrito, explicó Yael, habían obtenido ayudas a la producción, tanto del Fondo Cinematográfico de Jerusalén como de la Fundación Rabinovich. Al principio les había parecido suficiente, pero cuando comprendieron qué clase de presupuesto necesitaban para hacer la película como era debido, se vieron faltos de financiación. Albergaban la esperanza de que alguna de las grandes empresas de telecomunicaciones israelíes respaldara el proyecto, pero ninguna se había mostrado interesada. El rodaje debía empezar dentro de dos semanas, y si no conseguían otra fuente de financiación pronto, el proyecto quedaría en agua de borrajas.

—¿Cuánto dinero necesitáis? —preguntó Epstein sin pensarlo, como un acto reflejo.

*

Sus árboles crecían en un kibutz de Kinneret. Un mes después de haber estampado su firma en la donación de dos millones de dólares, por fin lo llevaron a verlos. La directora del Fondo Nacional Judío había vuelto de su viaje por Sudamérica y se encargó personalmente de acompañarlo. Cenaron bajo un emparrado que el kibutz alquilaba para la celebración de bodas y probaron el vino que se producía en el kibutz del otro lado del valle. Volvieron a llenar la copa de Epstein y luego se lo llevaron, un poco achispado, hacia los campos en un tractor. El olor a estiércol impregnaba el aire, pero el paisaje era amplio y fértil, con campos verdes, pastos amarillos y laderas de color marrón. Con los mocasines hundidos en la tierra blanda, contempló las interminables hileras de árboles jóvenes que se mecían en la brisa. «¿Ya está? —preguntó—. ¿Aquí están los cuatrocientos mil árboles?» Le parecía que, pese a ser muchos, seguían sin ser suficientes. La directora del FNJ lo consultó con su ayudante, quien confirmó que faltaba llevar otros cincuenta mil ejemplares jóvenes —no pinos, sino árboles de hoja ancha— desde otro kibutz, pero lo que veía allí, ante sus ojos, era el corazón del bosque de Sol y Edith Epstein.

Sus libros descansaban abiertos sobre la mesa. Estaba leyendo a Isaías y el Kohélet.³ Estaba leyendo las *aggadot* del *Libro de leyendas* de Bialik. El hombre sentado al otro lado de un escritorio abarrotado en la librería de viejo de la calle Allenby había entendido qué clase de libros buscaba y siempre tenía algo para él. Pero ahora, cuando faltaba poco para la medianoche, Epstein abandonó la lectura y empezó una vez más a dar vueltas en su piso de Jaffa. Aún tendrían que pasar seis semanas para que los árboles jóvenes pudieran trasplantarse. El mes de marzo traería consigo la primavera, y entonces el valle florecería de repente, los ranúnculos y los ciclámenes cubrirían las faldas de los montes y los árboles estarían listos. Los arrancarían de raíz, los envolverían en arpillera, los transportarían al monte situado al norte del Néguev y un ejército de jornaleros se encargaría de replantarlos. En Israel, donde el cálido sol apenas dejaba de brillar, los árboles crecían en la mitad de tiempo que en Estados Unidos. Cuando llegara el verano ya habrían alcanzado el pecho de Epstein, y en otoño serían más altos que él. Galit supervisaba el proyecto, pues Epstein había insistido en ello. Tal era su

impaciencia que la llamaba todos los días. En lo tocante a los bosques y árboles, su energía era inagotable, y ella era la única que podía seguirle el ritmo. En cuanto oía la palabra «humus», que Galit usaba para referirse al suelo rico en materia orgánica que los árboles se encargaban de retener y que nutrían al morir, devolviéndole los minerales que habían extraído de las entrañas de la tierra, sentía un escalofrío en la espalda. Desarrolló un gran interés por el tema de la erosión, no sólo en los torrentes y barrancos por cuyos cauces desertizados se precipitaba el agua de las riadas, convertida en una corriente impetuosa que buscaba el camino más corto hacia el mar, sino también en el resto del mundo y a lo largo de la historia. Cuando el librero de la calle Allenby no fue capaz de conseguirle ningún libro sobre gestión forestal, Galit se encargó de que le llevaran ciertos volúmenes a su piso de Jaffa, y así descubrió que los grandes imperios de Asiria, Babilonia, Cartago y Persia habían caído por culpa de las inundaciones y la desertización que había traído consigo la tala indiscriminada de los bosques. Descubrió que la desaparición de la antigua cultura griega vino precedida por la deforestación, y que más tarde la tala salvaje de los bosques vírgenes de Italia estaría en el origen de la caída de Roma. Y todo el rato, mientras él leía y el mar arrojaba grandes olas oscuras contra las ventanas, sus propios árboles seguían creciendo, las hojas desplegándose, las ramas alargándose hacia el cielo.

Epstein cogió el libro de nuevo: «Sálvame, oh, Dios, porque las aguas me han llegado hasta el cuello.»

Su teléfono empezó a sonar.

*Y no hallo dónde poner el pie.
He caído en aguas abismales,
y me cubre la corriente.*

Era Sharon, y al ver que Epstein se ponía por fin al teléfono, algo excepcional en los últimos tiempos, empezó a hablar atropelladamente. Seguía intentando recuperar su móvil y su abrigo. Epstein notó en los pies el tacto frío del piso de Jaffa y tuvo la sensación de que había pasado una eternidad desde todo aquello: Abás en el Plaza, la encargada del guardarropa que cojeaba al andar, el atracador que le había cruzado el pecho con la reluciente hoja de una navaja. Pero Sharon no lo había olvidado y —en ausencia de Epstein, y de instrucciones en sentido contrario— se había

emperrado en resolver el caso. Sin disimular su entusiasmo, le comunicó que había seguido la pista del teléfono hasta Gaza.

«¿Gaza?», había repetido Epstein, volviéndose hacia el sur y mirando por las ventanas oscuras.

Sharon le explicó que, gracias a la aplicación «Buscar mi iPhone», había podido localizarlo a través del GPS, y tras pasar muchas horas al teléfono con un informático de Bombay había podido desactivar el modo «Perdido» y poner en marcha una aplicación que venía instalada de fábrica y que permitía al usuario controlar el móvil a distancia para sacar fotos con él. En cuestión de horas, anunció Sharon con orgullo, al día siguiente como muy tarde, recibiría en su ordenador las fotos tomadas por el teléfono errante de Epstein.

Él imaginó edificios bombardeados guardados en la memoria del móvil perdido, junto con infinidad de fotos de sus nietos que Lucie le había enviado.

El tono de voz de Sharon había cambiado, parecía preocupada. Le preguntó cómo estaba. No había dado señales de vida desde hacía dos semanas, y tampoco había contestado a los mensajes que ella le había dejado. Le preguntó si quería que le reservara el vuelo de regreso.

Él le aseguró que estaba bien, y que de momento no necesitaba que hiciera nada. No quería entrar en detalles, así que se despidió de forma precipitada, sin preguntarle siquiera qué pensaba hacer cuando recibiera las fotos de su móvil desde Gaza.

Se puso una chaqueta y bajó por la escalera a oscuras, sin molestarse en encender la luz. Cuando llegó al descansillo del piso de abajo, un gato se escabulló por una puerta abierta y se enroscó en torno a sus piernas. La vecina salió al rellano, se disculpó, cogió al gato atigrado y lo invitó a tomar el té. Epstein rechazó la invitación con amabilidad. Necesitaba que le diera el aire, explicó. Quizá en otra ocasión.

En el rompeolas, hecho de rocas y bloques de hormigón, había unos hombres árabes pescando en la oscuridad. «¿Qué intentáis pescar?», les preguntó en su rudimentario hebreo. «Comunistas», le contestaron. Al ver que no los entendía, le indicaron por señas, usando el pulgar y el índice, lo pequeños que eran los peces que andaban buscando. Epstein se quedó un rato viendo cómo echaban la caña. Luego tocó el codo del más joven y, señalando el horizonte hacia el sur, le preguntó a qué distancia quedaba Gaza. El chico

lo miró con una sonrisa y recogió el sedal. «¿Por qué? —preguntó—. ¿Quieres ir de visita?» Pero Epstein sólo trataba de calibrar la distancia, una habilidad que parecía abandonarlo poco a poco, y no era la única.

*

Era conocido en Sotheby's. Por los responsables de los cuadros de grandes maestros, los estudios y dibujos firmados por éstos, el arte moderno, las alfombras. También el conservador del departamento de Escultura Primitiva y Vidrio Romano lo conocía bien. A menudo, mientras Epstein pedía su habitual cappuccino en la décima planta, el especialista en tapicerías lo apremiaba para que fuera a ver alguna pieza recién llegada de un taller de Bruselas. En las presentaciones preliminares de las subastas hacía caso omiso de los carteles que prohibían tocar las obras, pues a él le estaba permitido tocar cuanto se le antojara; cuando llegaba a una subasta, su paleta de puja siempre lo estaba esperando. Pero por conocido que fuera, y por más que Sotheby's deseara añadir a sus fondos la extraordinaria *Anunciación* de Epstein —que conocían bien, pues ellos mismos le habían vendido el retablo del siglo XV diez años atrás—, no podían entrar en su piso para recoger la pintura por cuestiones legales. Tampoco había tiempo para que una tercera persona se encargara de transportarla si quería que figurara en la próxima subasta, pues el catálogo se cerraría al cabo de dos días.

Llamar a Schloss era impensable, y lo mismo podría decirse de los tres hijos de Epstein, que habrían puesto el grito en el cielo, cada uno por motivos distintos. Y Sharon se preocupaba tanto por él que no podía arriesgarse a que llamara a Lianne o Maya tras descubrir que había decidido desprenderse de la *Anunciación* para financiar una película sobre la figura bíblica de David. Finalmente decidió llamar al portero de su edificio de la Quinta Avenida. La primera vez que lo intentó, Haaron no estaba, sólo el pequeño ceilandés cuyo nombre olvidaba instantes después de que se lo recordaran. Si le hubiese contestado Jimmy, el japonés esbelto y circunspecto que viajaba en ascensor escudado tras una distante reserva y jamás despegaba los labios, tal vez habría confiado la misión. Pero el ceilandés era demasiado curioso para resultar fiable. Cuando volvió a llamar unas horas después, Haaron ya había empezado su turno y se puso enseguida. Le pidió que esperara un momento

mientras buscaba el bloc de notas amarillo y el bolígrafo que guardaba en un cajón del mostrador del vestíbulo.

—Sí, señor —dijo, sujetando el auricular entre la oreja y el hombro y anotando las instrucciones en un bloc de notas que apoyaba sobre su brazo, en precario equilibrio. No, por supuesto que no era ninguna molestia, podía embalarlo esa misma noche; sí, tendría muchísimo cuidado, casi seiscientos años de antigüedad, realmente extraordinario, sí, señor, por supuesto; y a primera hora del día siguiente lo llevaría a Sotheby's, en la calle Setenta y Dos con York; oh, lo guardaría como oro en paño, claro que sí, la Virgen, señor, ja, ja, muy gracioso, ah, de verdad, una imagen de la Virgen; por descontado, señor Epstein, ninguna molestia en absoluto.

Eran las cinco de la madrugada cuando Haaron acabó su turno. Colgó el uniforme en el despacho del sótano, cogió la llave de repuesto del piso de Epstein, subió en el ascensor y acarició la alfombra de oración hecha en Isfahán que había ante la puerta, tejida para que los hombres se postraran sobre ella y no para que se limpiaran las suelas de los zapatos. Se quitó los suyos y los dejó alineados debajo del banco con patas de bronce. Abrió la puerta con su llave y buscó a tientas el interruptor de la luz, pero se detuvo al vislumbrar el paisaje titilante. Sobrecogido como si lo viera por primera vez, cruzó el salón desierto, tan espacioso que en él cabrían las casas de sus dos hermanos en el Punjab, y dirigió la mirada hacia el parque. El halcón aún estaría durmiendo en su nido. Su nueva pareja no tardaría en poner huevos, y pronto Haaron tendría que alzar la vista al cielo en busca de bandadas de cuervos voraces. El año anterior un polluelo se había caído del árbol justo delante del edificio y él había corrido a salvarlo, interrumpiendo el tráfico, pero tras unos instantes de aturdimiento el pájaro se había incorporado y alzado el vuelo de nuevo. El fiel portero pegó la nariz al cristal frío, pero no alcanzó a ver nada en el cielo todavía oscuro.

Encontró la pintura en la habitación principal, tal como le había indicado Epstein. Era más pequeña de lo que esperaba, y sin embargo su esplendor era tal que en un primer momento no se atrevió a tocarla. Se acercó tanto a la imagen que tuvo la impresión de estar entrometiéndose en algo sumamente íntimo. Y aun así no podía apartar los ojos de la joven Virgen y el ángel. Sólo al cabo de un rato se percató de que en un rincón, medio cortada por el marco, había una tercera figura, un hombre que también contemplaba la

Anunciación con las manos unidas en un gesto de devoción. La presencia furtiva del hombre le resultaba molesta. ¿Quién se suponía que era? ¿José? ¿El inútil de José, que había tenido que colarse en la escena? Pero no, no se parecía a José en absoluto; un hombre con semejante rostro no podía tener nada que ver con la muchacha que irradiaba luz, arrodillada ante el ángel.

El cielo ya empezaba a clarear cuando Haaron salió por la puerta de servicio con un paquete debajo del brazo. La primavera no tardaría en llegar, pero aún hacía tanto frío que su respiración formaba nubes de vaho bajo la luz de las farolas. Aún quedaban tres horas para que Sotheby's abriera, así que se adentró en el parque al tiempo que contemplaba las copas desnudas de los árboles. El banco en el que le gustaba sentarse mientras almorzaba estaba ocupado por un vagabundo con unas botas inmundas, tendido a lo largo del asiento y tapado con una manta raída del color y la textura del fango. «Estará practicando para cuando lo entierren», pensó Haaron, y se dejó caer dos bancos más allá con el precioso paquete en su regazo. Desde allí, la gran extensión de cielo quedaba parcialmente eclipsada por las ramas de un árbol inmenso, pero aún veía lo bastante para poder montar guardia. Durante un rato siguió con los ojos el vuelo frenético de los gorriones. Cuando miró hacia abajo, comprobó con asombro que, bajo la luz de la farola, la aureola de la Virgen seguía resplandeciendo a través del delgado envoltorio. Al pensar que él, hijo de un granjero del Punjab, estaba en Nueva York, sosteniendo una obra maestra pintada en la Italia del siglo XV, sintió el impulso repentino de romper la pequeña tabla en dos y se estremeció. Al darse cuenta de que para sus hermanos semejante objeto no tendría valor alguno, sintió una punzada de tristeza ante ese abismo que ya nunca podría cruzar.

Como si quisiera molestarlo, un cuervo bajó al sesgo, se paseó muy ufano por la hierba y empezó a graznarle. Eran aves agresivas, marrulleras y más listas que el hambre. Parecían recordarlo de cuando había lanzado bellotas a uno de los suyos para proteger a un polluelo de halcón, y ahora le graznaban con furia cada vez que lo veían. Haaron cogió el paquete y se levantó, blandiendo el brazo libre y gritándole: «¡Largo de aquí!» El pájaro echó a volar, y el cielo se reflejó en las negras plumas de sus alas. El vagabundo se removió bajo la superficie marrón de la manta y un instante después asomó la cabeza greñuda, seguida por un rostro de piel curtida.

—¡Gilipollas!

—Lo siento —farfulló Haaron, y volvió a sentarse en el banco.

El vagabundo lo observaba desde su postura horizontal.

—¿Qué buscas, drones?

—Pues no.

—Ayer vi uno que pasó volando justo por delante de esa ventana. —El vagabundo señaló con dedo firme una de las últimas plantas de un edificio al otro lado de la calle—. Se quedó allí planeando durante dos minutos.

—¿En serio?

—Espías —concluyó, apoyándose en un codo.

El parque había empezado a llenarse con los primeros corredores, a los que el vagabundo observaba según pasaban por el sendero.

—Si no buscas drones, ¿qué buscas?

—Un halcón, en realidad.

—Llegas tarde. Un cernícalo. Esta mañana ya ha cogido a una paloma. Le ha arrancado la cabeza de un solo bocado.

—¡No me digas!

Pero el vagabundo se había vuelto a tapar con la manta hasta la nariz.

Haaron se subió la cremallera del abrigo y vio cómo el viento barría rápidamente las nubes del cielo. Sabía que el halcón esperaba a que el sol hubiese salido del todo para cazar. Cuando se dio cuenta de que empezaba a dormitar, el portero parpadeó y se clavó las uñas en la palma de la mano. Después del turno de noche solía irse derecho a casa para meterse en la cama, y poco a poco el cansancio empezó a hacer mella en él. Se le cerraron los párpados y el mentón le cayó sobre el pecho.

No podía llevar mucho tiempo dormido cuando se despertó sobresaltado y vio el vientre blanco del halcón remontando el vuelo en las alturas. Con el corazón desbocado, la cabeza echada hacia atrás, se levantó de un salto y soltó un grito. ¡Ah, qué majestuosidad! ¡Qué hermosura bajo el cielo! El portero no podía creer en su suerte. El halcón planeaba en una corriente de aire, con las alas extendidas y casi inmóviles. Sólo la inclinación de su cuerpo lo hacía girar, dibujando un círculo muy por encima de las copas de los árboles. Luego se detuvo en una tensa quietud, meciéndose en el aire, hasta que de pronto bajó en picado.

Haaroon corrió a su encuentro, apartando las ramas que lo azotaban sin piedad hasta llegar al claro de hierba que había al otro lado de la arboleda. Y allí estaba el pájaro, magnífico, bañado por el sol y encorvado en una postura casi tierna sobre la presa que se debatía entre sus garras. En un instante todo hubo terminado. El ratón colgaba inerte del pico del halcón, que alzó el vuelo batiendo las alas pesadas y se elevó en el aire.

Sólo cuando lo perdió de vista miró Haaroon hacia abajo y advirtió que sus propias manos estaban vacías. Una vez más, soltó un grito. Con el corazón en un puño, volvió corriendo entre los árboles en dirección al banco. Pero antes incluso de llegar vio que el paquete había desaparecido. Negándose a creerlo, deslizó los dedos por el asiento de madera, como si la Virgen pudiera seguir brillando allí, invisible.

Al darse la vuelta, vio que el banco del vagabundo también estaba desierto, salvo por la manta de color marrón que colgaba del asiento, arrebuada. Se le escapó un gemido, se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo ralo. Dio vueltas a la desesperada, buscando entre los senderos y los árboles. Pero, salvo por los gorriones, nada se movía.

HACIA EL DESIERTO

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que Schectman me había dejado allí. En el silencio del desierto, a merced de la fiebre, perdí la noción de todo. Podía haber pasado una semana o diez días, o mucho más. Para entonces, era posible que mi familia me estuviese buscando desesperadamente. Mi padre no se arredraría ante nada y no se daría por vencido hasta encontrarme. Tiene una gran capacidad para organizarse y sabe trabajar bajo una enorme presión. Posee lo que suele llamarse una autoridad natural y una voluntad de hierro. Enseguida se habría puesto en contacto por teléfono con Shimon Peres, con el que mi abuelo se había codeado medio siglo atrás, que había asistido a la boda de mis padres en el Hilton y que en cierta ocasión hasta me había dicho, en el transcurso de una lujosa comida, que había leído mis libros y le habían gustado, aunque no me lo acabé de creer. Pero, pese a todos esos débiles vínculos, lo que Shimon Peres podría haber hecho por mi padre es un misterio, pues para entonces no era más que un símbolo de algo que él mismo daba por perdido. Sí, decidí, mi padre habría sido el líder obvio e indiscutible del equipo de búsqueda, mientras que mi madre, consumida por la angustia, habría sido un ejemplo de desorganización y poco menos que inútil. Seguramente aún no les habían dicho nada a mis hijos. En cuanto a mi marido, la verdad es que no tenía ni idea de cómo habría reaccionado ante la noticia de mi desaparición: era muy posible que se sintiera dividido, quizá incluso aliviado ante la perspectiva de pasar el resto de su vida sin tener que aguantar mi mirada escéptica.

Schectman había dicho que alguien acudiría a recogerme. Había recibido órdenes de dejarme en aquella choza en medio del desierto con la maleta y la perra, y a su debido tiempo, probablemente cuando hubiese terminado mi tarea, alguien iría a por mí. La tarea en sí nunca llegó a mencionarse de forma

explícita. Supongo que se daba por sentado que yo sabía qué estaba haciendo allí. Con cautela, exhibiendo el tímido, delicado orgullo con que un recién casado le enseñaría a su mujer el nuevo hogar de ambos, me hizo pasar al interior de la casa y me mostró la cocina con sus fogones negros, la estrecha cama cubierta con una manta de cuadros escoceses y, por último, la mesa de trabajo, situada junto a la ventana, en cuyo alféizar dos o tres moscas habían pasado a mejor vida. La casa era tan diminuta que resultaba casi cómica en medio de la inmensidad que parecía acecharla por todos lados. Sobre el escritorio había un vaso con unos pocos bolígrafos, una pila de hojas de papel sujetas bajo una suave piedra ovalada y una vieja máquina de escribir. «Pero el teclado es hebreo», dije, aferrándome con torpeza a la bolsa de supermercado que contenía mi muda de ropa limpia. Nunca había usado una máquina de escribir y no tenía intención de usarla, así que si señalé esa circunstancia fue, supongo, para alertar sutilmente a Schectman de lo problemática que era la situación en general. Pero él se mostró indiferente y se limitó a mirar la máquina de escribir con gesto apreciativo, a lo sumo con el interés de quien disfruta desmontando aparatos mecánicos hasta reducirlos a un montón de piezas diminutas.

Se ofreció para preparar café, y yo me quedé de pie, con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados, viéndolo trajinar en esa cocina minúscula. No podía tener más de veinte años, pero su forma de manejarse con el hervidor y los fogones sugería que estaba acostumbrado a valerse por sí mismo desde una edad temprana. La ventana quedaba enmarcada por la clase de visillos blancos que suelen asociarse con los chalets de montaña, como si quienquiera que los había colgado albergara la esperanza de ver relucientes copos de nieve cayendo al otro lado. Pero lo único que se veía era un paisaje calcinado, yermo, que se extendía en todas las direcciones, y al conductor del todoterreno apoyado en el vehículo y fumando un cigarrillo.

Podría haberme negado, o chillado, o haberme enfrentado a ambos de cualquier otro modo para que no me dejaran allí. No podría haber llamado a nadie, porque mi móvil no tenía cobertura. Pero podría haber apelado a sus sentimientos, o al menos a los de Schectman, que de vez en cuando me miraba con aquella sonrisa dulce y triste, como si lamentara tener que dejarme allí sola. Pero no me opuse a ello, y ni siquiera me quejé. Lo más que hice fue señalar que la máquina de escribir no tenía ninguna utilidad para mí.

A lo mejor quería impresionarlo con mi independencia y profesionalidad. O no quería negarle la ilusión de un talento fabuloso que, en cuanto él se marchara, pondría a trabajar por el bien de los judíos. O a lo mejor sospechaba que, llegados a ese punto, ya no había vuelta atrás. Fuera como fuese, desde el momento en que Schectman alargó la mano para ayudarme a subir al todoterreno, me había sometido a todo. A lo que alcanza mi memoria, la única pregunta que le hice fue acerca de Friedman.

Me preocupaba por él, le expliqué a Schectman mientras tomábamos el café. Quería saber adónde lo habían llevado y si estaba bien. Pero Schectman parecía no saber de quién le estaba hablando, y cuando lo presioné reconoció que nunca había oído hablar de ese tal Friedman. Al parecer, había llegado a media película y no sabía nada de lo que había pasado antes de que me pusieran bajo su custodia, ni de lo que pasaría después. Lo único que sabía era su propio papel en todo aquello, que consistía en llevarme desde un control de carretera en las afueras de Jerusalén hasta aquella choza en el desierto, junto con la maleta y la perra. Pero supongo que así se hacen las cosas en el ejército, sin revelar jamás la totalidad del plan a ninguno de los implicados en el mismo. Pensé que, para los militares, la noción de relato tiene que ser completamente distinta. Aprendes a contentarte con tu fragmento de la historia, sin plantearte siquiera cómo encaja en el conjunto y sin preocuparte por ello, porque alguien que sí conoce la historia en su totalidad lo ha planeado todo hasta el último detalle. El relato existe, da igual de dónde proceda o adónde vaya, lo único que tienes que hacer es esmerarte en tu papel, que puedes perfeccionar hasta hacerlo brillar en lo que de otro modo sería una oscuridad tenebrosa. A la luz de este modelo, me parecía el colmo de la vanidad imaginar que uno pudiera llegar a conocer todo el plan y, con esa idea en mente, también yo me olvidé momentáneamente de Friedman. Pero cuando sorprendí a Schectman espíandome parapetado tras su taza de café, todos mis celos regresaron con una fuerza insospechada. Habría dado mucho por saber si Friedman estaba bien. Apenas lo conocía, pero en ese instante lo añoré tal como había añorado a mi abuelo la última vez que lo había visto con vida, en el hospital, cuando le había dicho adiós y él me había contestado «Vuelve, si puedes». Y luego, «Vete, yo me espero. Si no digo nada, abre la puerta». Ahora tenía la impresión de que Friedman había intentado decirme cosas que tardé demasiado en comprender.

Le repetí a Schectman que necesitaba saber qué le había pasado. Mi angustia debía de ser evidente, porque posó una mano en mi hombro y me respondió que no me preocupara. Entonces sentí una gratitud inmensa hacia él, y quise creerlo. Seguramente así es como empieza todo para los prisioneros que desarrollan un vínculo afectivo con sus captores, pensé: un breve e inesperado gesto de compasión despierta lo que sólo puede calificarse de amor. Nos imaginé viendo partidos de fútbol en una tele diminuta que Schectman me llevaría por mi cumpleaños, y que sólo emitiría en árabe.

«Tengo hijos, ¿lo sabías?», le pregunté con voz queda, intentando alargar aquel paréntesis de intimidad. Él negó con la cabeza. «Dos chicos —añadí—. El mayor debe de tener casi la mitad de tu edad.» «¿Y el pequeño?», preguntó por cortesía. Por algún motivo que ignoro, le dije: «El pequeño seguramente esté asomado a la ventana ahora mismo, esperándome.»

Vi cómo un velo de oscuridad toldaba su mirada. Tal vez intentara ponerlo a prueba, comprobar qué sentía en realidad, pero cuando miré hacia abajo vi que eran mis dedos los que temblaban.

Apuramos el café en silencio, y luego él se puso en camino. Antes de irse me ofreció unos cigarrillos que acepté, del mismo modo que habría aceptado cualquier otra cosa que me ofreciera. Desde el umbral lo vi subir al coche y sentarse al lado del conductor. Durante mucho tiempo seguí con la vista el todoterreno, que se fue empequeñeciendo según se alejaba hasta reducirse a una nube de polvo, y cuando no quedaba ni rastro de la nube entré de nuevo en la casa.

Lavé las tazas, las dejé secándose al borde del fregadero y le puse más agua a la perra. Luego entré en la otra estancia de la casa, donde la maleta seguía plantada junto a la puerta. Pero decidí que aún no había llegado el momento de ponerme con eso. Lo que hice fue centrarme en los pocos libros viejos que llenaban los estantes. Estaban todos en hebreo, e intenté descifrar sus títulos. Uno de ellos me llamó la atención. Se titulaba יערות ישראל —*Bosques de Israel*—, y en su interior había fotografías en blanco y negro de lugares que nadie hubiese ubicado en Israel: espesuras selváticas en las que aún parecía posible ser criado por una manada de lobos; oscuros e impenetrables bosques cubiertos de nieve. Estuve estudiando aquellas imágenes durante mucho rato y, puesto que no entendía los pies de foto, me conformé con imaginar lo que ponía en ellos, pero como apenas podía

imaginar qué ponía en los pies de foto de unos bosques que resultaban inconcebibles en Israel, pese a que aparecían reunidos bajo el título *Bosques de Israel*, podía permitirme disfrutar de esa mágica incoherencia. En una de las fotos descubrí una pequeña liebre blanca casi completamente camuflada en la nieve.

En el armario había unas cuantas herramientas oxidadas, un par de palas, lo que parecía una lechera de aluminio, un botiquín de primeros auxilios, varios rollos de cordel, una bufanda de lana, una mochila de lona y un par de babuchas de piel con los talones desgastados. Me quité los zapatos de cualquier manera, me las puse y me fui al cuarto de baño con paso silencioso. El agua del lavamanos salía marrón, como si fuera el propio desierto lo que circulaba por las tuberías, mientras que la de la cocina era sólo turbia y amarga. Bebí de esta última.

Cuando ya había visto todo lo que había que ver dentro de la casa, salí a explorar el exterior. A un lado de la vivienda había una mesita de pícnic acribillada de marcas de cuchillo, y en la parte trasera encontré un pozo de piedra cubierto. Debía de haber un manantial subterráneo o un acuífero en las inmediaciones, porque la maleza crecía con vigor en torno a la casa, así como tres o cuatro árboles bajos y espinosos. Tarayes, quizá, o acacias. La lluvia no tardaría en llegar también allí, y entonces el desierto quedaría alfombrado de verde, pero de momento lo que tenía ante mí era un paisaje seco y estéril, a excepción de unas pocas formas de vida. Vi unos cuantos animales, y deduje que su abrevadero debía de estar cerca. Había cabras monteses en los cerros, y una familia de pequeños antílopes que se acercaba para mordisquear la maleza, y en una ocasión vi a un zorro del desierto con el pelaje ambarino, enormes orejas puntiagudas y el hocico afilado, que pasó correteando por delante de la casa y se detuvo a mirar por la puerta abierta, casi como si esperara saludar a un conocido. Pero en cuanto me vio se escabulló a toda prisa sin molestarse en averiguar nada. También había bastantes ratones que iban y venían a su antojo.

Sólo después de haber registrado la casa por dentro y por fuera me acerqué al escritorio. Me acerqué a él como si tal cosa, debo decir, sin la menor intención de darle un uso práctico, no digamos ya escribir. Y sólo entonces, cuando me senté en la silla y apoyé los dedos distraídamente sobre las teclas de la máquina de escribir, caí en la cuenta de que me habían llevado

a la casa de Kafka. La casa en la que había vivido solo durante la última etapa de su vida, la casa en la que había vivido y muerto por segunda vez, en el ambiente espartano que tanto anhelaba, confinado al fin a lo que había indudablemente en su interior. Comprendí que era allí adonde Friedman había querido llevarme desde el principio.

Poco después, tal vez incluso al día siguiente, caí enferma. Empezó como una sensación de debilidad y pesadez en las extremidades, y en un primer momento pensé que sólo estaba exhausta por la falta de sueño. Pasé toda la tarde tumbada en la cama, mirando lánguidamente por la ventana y contemplando el desierto, tan cambiante como la propia luz. Me quedé allí inmóvil, como si ya estuviera agotada por aquello que me esperaba, fuera lo que fuese. Cuando empecé a temblar, y un dolor sordo se me extendió desde el cráneo hacia las extremidades, pensé que debía de ser psicossomático, una forma de evitar ponerme a escribir, o enfrentarme a lo que de veras me había llevado hasta allí, o reflexionar en serio sobre lo que, en el fondo, sabía que iba a pasar. Había dejado de temer el dolor físico, pero no el emocional, y no sólo el que pudiera sentir yo, sino sobre todo el que podría infligir a mis hijos, del que me sentía obligada a protegerlos con todas mis fuerzas mientras pudiera. Para siempre, si es que podía. Pero para entonces había empezado a intuir que sólo podría posponer su sufrimiento, y que cuanto más lo pospusiera, cuanto más nos empeñáramos su padre y yo en sostener una forma en la que habíamos dejado de creer, más sufrirían a la larga. Debo añadir que también temía el dolor que sentiría mi marido y, por más que así fuera, no me resulta fácil escribir estas palabras. En los años siguientes se comportó de un modo que no dejaría de causarme estupor pese a ser reiterado. Nos separamos de mutuo acuerdo y, aunque ambos sufrimos mucho, creo de veras que habría seguido queriéndolo durante toda mi vida, a ese hombre con el que había tenido dos hijos, que los había colmado de amor, si no fuera porque se convirtió en alguien que yo ya no reconocía. No sólo su rostro, que seguí estudiando con perplejidad durante mucho tiempo después, sino todo su ser. Debe de ocurrir a menudo que, cuando uno se separa de alguien con quien ha pasado mucho tiempo, salen de pronto a la luz cosas que habían quedado silenciadas o reprimidas por la presencia del otro. En los meses que siguen a la ruptura, podemos tener la sensación de que cambiamos

a un ritmo vertiginoso, como en los documentales de la naturaleza en los que semanas de metraje se reproducen a mayor velocidad para mostrarnos el desarrollo de una planta en cuestión de segundos, pero en realidad llevábamos todo ese tiempo cambiando bajo la superficie, y sólo en medio de la libertad recién estrenada, en esa soledad espeluznante, podemos consentir que todos esos cambios subterráneos afloren y se desplieguen en busca de luz. Pero era tanto lo que había quedado silenciado o reprimido entre mi marido y yo que, cuando nos separamos y por fin tomamos cada uno la forma y la luz que nos correspondía, me fue imposible sentirme cercana a la persona que vi surgir ante mis ojos. A lo mejor él no quería o no podía tenerme cerca, algo que no le reprocho. Y ahora que el duelo queda ya lo bastante lejos me he dado cuenta de que, cuando pienso en él, no siento más que sorpresa. Me sorprende que durante un tiempo pudiéramos llegar a creer que avanzábamos en la misma dirección.

¿En qué momento se desentiende alguien de un matrimonio? A diferencia de la promesa de amor y cariño, la promesa de tiempo puede medirse, así que casarse con otra persona equivale a atarse a ella de por vida. Y ahora pienso que dejé atrás mi matrimonio desentendiéndome del tiempo, pues de otro modo no hubiese podido hacerlo, tal como preparé la maleta aprovechando el trance inducido por el insomnio. Despierta en la cama de Kafka, me desentendí del viejo orden del tiempo para adentrarme en otro orden. Más allá de la ventana sólo había tiempo, y lo mismo pasaba dentro: la luz que se desplazaba sobre el suelo era tiempo, al igual que el zumbido eléctrico del generador, el chisporroteo de la bombilla que esparcía una luz mortecina en la habitación, el silbido del viento en la esquina de la casa, todo ello no era más que tiempo arrastrado desde algún lugar y depositado allí tras haber renunciado a toda lógica secuencial.

Hace mucho tiempo, antes de casarme, leí un libro sobre el griego antiguo. Por entonces sentía un interés especial por Grecia, y visité el Peloponeso en compañía de un novio con el que viví durante un tiempo en el largo dedo de la península de Mani, que señala mar adentro con impertinencia, donde ambos intentábamos escribir, pero nos dedicábamos sobre todo a follar y a pelearnos ferozmente en una casita diminuta infestada de ratas. El libro estaba repleto de cosas fascinantes, y recuerdo que estudié con especial interés las palabras que se usaban en griego antiguo para

nombrar el tiempo, que eran dos: *chronos*, que hacía referencia al tiempo cronológico, y *kairós*, que servía para referirse a un período indeterminado en el que ocurre algo de suma importancia, un tiempo que no es cuantitativo sino que posee una naturaleza permanente y contiene lo que podría denominarse «el instante supremo». Y allí, tumbada en la cama de Kafka, tuve la sensación de que era esa clase de tiempo lo que se iba acumulando a mi alrededor, y que cuando me hubiese recuperado un poco, lo pasaría todo cuidadosamente por el tamiz hasta dar con el instante supremo en torno al cual mi vida había girado hasta entonces en secreto. Encontrar esa aguja en un pajar se me antojaba urgente y de la máxima importancia, puesto que seguramente había dejado pasar ese instante sin tener la más remota idea de lo que me ofrecía. Llegué a la conclusión de que debió de pasar en algún momento de mi niñez, como una palomilla que volara hacia la luz y se estampara contra la superficie roma de una malla mosquitera, colocada allí por una incipiente responsabilidad ante lo que se esperaba de mí ahora que había cumplido ocho o diez años, cuando hasta entonces había vivido con todas las puertas y ventanas abiertas de par en par a la noche. Recordé que gracias a ese libro que había leído en el patio delantero de la casucha —mientras en la cocina las ratas correteaban por los cables tensores que sostenían los estantes y mi novio llenaba una página tras otra a la sombra del jardín trasero, como si pasara el tiempo de la forma más inocente hasta que yo encontrara el enésimo motivo para descargar mi furia sobre él— había aprendido también que, en el antiguo arte de la retórica, la palabra *kairós* hacía referencia al instante fugaz en que se produce una abertura que debe cruzarse decididamente, con todas las fuerzas que podamos reunir, si deseamos aniquilar cualquier atisbo de resistencia. Y ahora comprendía que, en mi ignorancia, no había sabido aprovechar o tan siquiera reconocer ese instante que, de haber tenido yo la fuerza necesaria, tal vez me hubiese permitido meterme de cabeza en ese otro mundo que —siempre lo había intuido— subyacía a éste. Había perdido mi oportunidad por no estar atenta, y desde entonces intentaba abrirme paso por las bravas, en vano.

En ocasiones creía estar en la cama de Kafka, en otras no. A veces pienso que, por suerte, casi olvidé quién era Kafka. Su maleta seguía junto a la puerta, pero no siempre recordaba a quién pertenecía, ni qué había en su interior, aunque nunca perdí la noción de que era algo muy importante, y que

pasara lo que pasase no podía perderla. Que la vida de alguien, quizá incluso la mía, dependía de ello. A veces llamaba *Kafka* a la perra, porque era el nombre que tenía más a mano, y porque hacerlo me parecía un arrebato de lucidez. Además, la perra venía cuando la llamaba así, aunque para entonces el pobre animal estaba tan hambriento que seguramente habría acudido a cualquier llamada. A lo mejor era el hambre lo que dotaba a su mirada de una inteligencia tan profunda. Le di todo lo que encontré en el aparador. Creo que ella se lo tomó como un sacrificio más grande de lo que era en realidad, y que eso despertó su lealtad. Pero para cuando me puse enferma apenas quedaba nada en la casa que pudiéramos comer ninguna de las dos, salvo abundantes provisiones de unos ganchitos con sabor a cacahuete de la marca Bamba. Cuando la perra oía el crujido familiar de las bolsas, se acercaba al instante. Grandes nubes de polvo, o quizá de piel muerta, flotaban a su alrededor cuando se movía, y se me metió en la cabeza que también eso era una forma de tiempo, del tiempo que le quedaba de vida.

A veces hablaba con la perra. Largos monólogos que ella escuchaba con las orejas tiesas mientras horticaba en mi bolsillo en busca de migas de ganchitos. En cierta ocasión, cuando no nos quedaba ni uno, me volví hacia ella y le dije: «¿Por qué no te comes un sándwich de carne en conserva?», que era lo que mi abuelo solía decirme desde su cama de hospital, justo antes de preguntarme si se había muerto ya. Pero yo sabía que no estaba muerta; al revés, había momentos en los que, aun estando enferma, me sentía increíblemente viva. Más de lo que me había sentido desde que era una niña. Atenta al sonido de muchas clases de viento, a los movimientos de distensión y contracción de la casa, al aleteo de una mosca que se debatía en una telaraña, a la luz del sol que parecía tocar una nota sorda, constante, a lo largo del suelo. Yo siempre había sido un poco caótica, pese a mi empeño doméstico en demostrar lo contrario, pero ahora que me había quedado sola, tocada por la fiebre, dejé de lavar la ropa en el lavamanos, dormía a menudo durante el día y me despertaba de noche, y no me molestaba en cepillarme el pelo ni en barrer el suelo, sobre el que se iba depositando la fina arena del desierto. En el armario encontré un viejo abrigo de lana y me acostumbré a llevarlo puesto a todas horas, incluso para dormir. Cuando el dolor se volvía insoportable, me fijaba en una mancha pequeña de la pared o del techo, o en un borrón de suciedad en la ventana, y me obligaba a concentrarme en ese

defecto diminuto con todas mis fuerzas, escrudiñándolo con la máxima atención. Ya fuera como resultado de este ejercicio, o de la paciencia que uno desarrolla de forma natural al estar solo y confinado en la cama, poco a poco comprendí que mi mirada se había vuelto más penetrante, y tras experimentar con esa nueva agudeza visual estudiando las hebras de la manta, erizadas como pelos en la pata de un insecto, descubrí que también podía aplicarla cuando miraba hacia dentro. Durante un tiempo, me pareció que sólo necesitaba empuñar la cuchilla de mi mirada para que el sujeto, fuera cual fuese, se rindiera al instante y aceptara ser desollado. Pero entonces un mal presentimiento arrojaba su sombra sobre todos mis pensamientos, crudo y sin adornos, y era sencillamente esto: que me había pasado la mayor parte de mi vida emulando los pensamientos y acciones de otras personas. Que buena parte de lo que había hecho o dicho no era más que un reflejo de lo que se hacía y decía a mi alrededor. Y que, si seguía por ese camino, cualquier atisbo de vida que pudiera brillar aún en mi interior se apagaría sin remedio. De pequeña todo era distinto, pero apenas recordaba esa época, sepultada a gran profundidad. Lo único que sabía a ciencia cierta era que había existido un tiempo en el que observaba el mundo que me rodeaba sin la necesidad de supeditarlo a ningún orden. Simplemente veía, con la singularidad que me hubiese sido concedida al nacer, las cosas en su totalidad, sin necesidad de darles una traducción humana. Nunca podría volver a mirar de esa manera, lo sabía, y sin embargo, estando allí tumbada, tuve la impresión de que no había sabido cumplir la promesa de esa visión que había tenido tiempo atrás, antes de aprender a mirar las cosas como lo hacían los demás, y a copiar lo que decían y hacían, y a moldear mi vida a imagen y semejanza de las suyas, como si nunca hubiese conocido otra forma de ser.

No descarto la posibilidad de que en el fondo me estuviera desollando a mí misma, porque a ratos el dolor era demencial. Atravesaba todo mi cuerpo, hasta alcanzar lo más profundo de mi ser; sólo una vez en la vida he sentido algo parecido. Pero, como he dicho, el dolor físico ya no me asusta. Dejé de hacerlo después del nacimiento de mi primer hijo. La víspera del día que me puse de parto, una mujer vino a casa para traerme ropa de bebé que ya no necesitaba y, sentada en mi sofá, me dijo que, en el trance de dar a luz, lo último que hubiese deseado era estar tendida boca arriba, insensible de cintura para abajo. Al contrario, la única forma que se le ocurría de

enfrentarse al dolor era levantándose y yendo derecha hacia él, abrazándolo con todas sus fuerzas. Sus palabras me parecieron tan cargadas de sentido común que cuando rompí aguas la noche siguiente y me vi de pronto en el hospital, doblada en dos por el dolor, rechacé todo lo que me ofrecieron, incluida la vía que intentaron clavarme en el dorso de la mano desde el momento en que llegué, y a lo largo de las siguientes diecisiete horas me fui al encuentro del dolor que suponía empujar a un bebé de cuatro kilos y medio por un canal que siempre me había parecido más bien estrecho. Cuando al fin recobré la consciencia y la capacidad de hablar después de la pérdida de sangre que supuso aquel desgarro, mientras estaba tumbada en la cama tratando de recoger los jirones dispersos de mi mente, le dije a alguien que llamó para preguntar cómo había sido la experiencia que tenía la sensación de haberme encontrado conmigo misma en un valle oscuro. De haber bajado al valle del infierno y haberme topado allí conmigo misma. Así que este dolor, este desollamiento del yo, o lo que quiera que fuese que me estuviera pasando ahora, no iba a poder conmigo. Era como si me arrancaran todo el ser de cuajo, pero es posible que ese dolor no me asustara porque creía que mi enfermedad, fuera lo que fuese, era también una señal de salud, el siguiente paso de una transformación que ya estaba en marcha.

Debió de ocurrir mientras estaba en el ojo del huracán de la fiebre, pero de pronto me vi a casi un kilómetro de distancia de la casa, sin tener ni la más remota idea de cómo había ido a parar allí. Estaba observando un borrón en el cielo que me parecía un águila volando en círculos. El ave chilló, y como si el chillido hubiese brotado de mi interior, supe de pronto que la presión que sentía detrás de los pulmones era júbilo. Una euforia incontenible, como la que a veces se adueñaba de mí sin previo aviso cuando era una niña. Una alegría tan poderosa que pensé que me rompería el pecho. Y entonces lo hizo, debió de estallar hacia fuera, porque por unos instantes sentí que nada me contenía ya. Subí hasta el cielo y lo atravesé limpiamente. ¿No es ése el significado del éxtasis, tal como nos lo ofrecieron los griegos? En aquel jardín de la península de Mani, atrapada en una espiral de amor e ira, lo había leído: *ex stasis*, «salir de uno mismo». Pero por más que entonces admirara a los griegos, yo nunca podría vivir algo así, y si eres judío y estás en medio del desierto sintiendo que te desgajas de tu propio ser, que estás

desentendiéndote del viejo orden, siempre será algo distinto, ¿verdad? *Lech lecha*,⁴ le dijo Dios a Abrahán cuando éste aún no se había convertido en Abrahán: «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.» Pero en el fondo *Lech lecha* no habla de dejar atrás la tierra natal y cruzar el río hacia la desconocida tierra de Canaán. Interpretarlo de ese modo es no entender su verdadero significado, creo, pues lo que Dios esperaba de Abrahán era algo mucho más difícil, casi imposible: que saliera de sí mismo para poder hacerle hueco a lo que Dios quería que fuera.

El ojo del huracán, no sabría llamarlo de ningún otro modo. Debió de ser también entonces, durante esa súbita inyección de energía que trajo consigo el cese del dolor, cuando decidí arrastrar la cama hasta la calle. Me costó pasarla por la puerta. Tuve que inclinarla para que el cabecero cupiera en el hueco, y por supuesto se quedó atascado, por lo que tuve que saltar por la ventana para poder tirar de él desde fuera. Mientras tiraba con todas mis fuerzas, la perra aullaba desde dentro, correteando de aquí para allá y olisqueando el otro extremo de la cama. Creo que temía que fuera a marcharme y a dejarla atrapada allí dentro. Cuando el cabecero de la cama se desatrancó de repente, me caí hacia atrás y la perra salió disparada de la casa.

Arrastré la cama a lo largo de unos seis metros. Con gran satisfacción, alisé las sábanas y la manta de cuadros escoceses y me tumbé bajo un cielo formidable. Por fin la perra se calmó y se dejó caer en el suelo pedregoso, junto al lecho. Apoyó el hocico en el borde del colchón, como si esperara que yo añadiera algo más. En algún momento de su vida debió de tener una camada de cachorros, tal vez numerosa, porque las mamas le colgaban flácidas a lo largo del vientre. Me pregunté dónde estarían ahora sus cachorros. Me pregunté si alguna vez pensaría en ellos. Es posible que le hablara como lo que era, una criatura que había soportado las penalidades físicas que comporta traer una nueva vida al mundo, que llevaba la historia de la dádiva vital grabada en su cuerpo desde el instante mismo de la concepción, por lo que no tenía más remedio, al parecer, que cumplir esa dádiva. Que había notado la fuerza de esa ley abriéndose paso en su propio cuerpo y se preguntaba si habría alguna diferencia entre eso y el amor. Por lo demás, no recuerdo el tema de nuestras charlas.

Caía la tarde, el desierto se teñía de ocre y la temperatura era perfecta

mientras contemplaba un puñado de nubes rosadas que se deslizaban por el cielo. Estaba contenta con el fruto de mi trabajo. Tanto que al cabo de un rato decidí sacar también el resto de los muebles. El sillón cubierto con un trozo de lona vieja para tapar el desgarrón del asiento, el escritorio y hasta la máquina de escribir, junto con la pila de hojas y el pisapapeles de piedra, que por fin tendría verdadera utilidad, pues sin él las hojas volarían a merced del viento. A primera vista parecía una especie de mercadillo de segunda mano en pleno desierto, que no era ni mucho menos lo que yo tenía en mente, así que dediqué un buen rato a poner orden en aquel caos, midiendo la distancia entre cada par de objetos, disponiéndolo todo como si aspirara a una inexpresable perfección. Cuando estaba casi perfecto, pero no del todo, entré un momento en la casa y volví a salir con las babuchas, que dejé junto a la cama, y *Bosques de Israel*, que deposité en la mesilla de noche.

Entonces me venció el agotamiento. Apenas podía dar un paso más y me desplomé sobre el colchón. No podía imaginar de dónde había sacado fuerzas para hacer todo aquello. Y sin embargo, estando allí tumbada a cielo abierto, me sentí cercana a esa plenitud que a veces intuimos bajo la superficie de todas las cosas, invisible, como escribió Kafka, distante pero no hostil, no reticente, no sorda, y que tal vez vendría a nosotros si la llamáramos por su nombre.

Debí de quedarme dormida. Cuando volví a abrir los ojos era de noche y tiritaba de frío bajo un cielo cuajado de estrellas. Me ceñí el viejo abrigo de lana en torno al cuerpo. Mientras buscaba las constelaciones, recordé el día que aquel novio mío y yo habíamos ido en coche hasta el extremo del nudoso dedo de la península de Mani, donde se suponía que estaba la puerta del Hades. Nuestras antiguas vidas regresan una y otra vez, pero a lo largo de la década que duró mi matrimonio, ese día en concreto me había venido a la mente más a menudo que otros, y ahora volvía a suceder. Me había puesto a cuatro patas para poder asomarme a la pequeña boca de la cueva, y cuando lo hice mi novio me levantó el vestido y me penetró por detrás. La hierba alta se mecía delicadamente en la brisa, y para no gritar clavé los dientes en su brazo. Cuando llegamos a casa, descubrimos que una rata había muerto electrocutada en la caja de fusibles, y esa noche no tuvimos más remedio que apiadarnos el uno del otro en la oscuridad. Y ahora, tumbada de espaldas bajo las estrellas, se me ocurrió que eso era lo que había estado detrás de toda mi

ira griega: el momento abrupto en que la resistencia da paso a un desconcertante sentimiento de amor. No creo que haya conocido ninguna manifestación real de amor que no haya ido acompañada de violencia, y en ese instante, tumbada bajo el cielo del desierto, supe que nunca volvería a confiar en ninguna otra forma de amor.

Estaba demasiado débil para arrastrar de vuelta a la casa nada más aparte de la cama. La dejé en medio de la estancia y descubrí que desde allí podía abarcar las tres ventanas. El único libro que tenía en inglés era *Parábolas y paradojas*, y tras releer unas pocas veces la parte sobre el paraíso miré hacia fuera por las tres ventanas y de pronto caí en la cuenta de algo sobre Kafka que hasta entonces se me había escapado por completo, pues nunca había reconocido el umbral que estaba en el origen de todos los demás umbrales en su obra, el que separa el paraíso de este mundo. Kafka había dicho en cierta ocasión que entendía mejor que nadie la caída de Adán. Según él, la mayor parte de las personas veían en la expulsión del jardín del Edén un castigo por probar el fruto del árbol prohibido. Sin embargo, en su opinión, el exilio del paraíso fue la consecuencia de no haber comido del árbol de la vida. Si hubiésemos probado el fruto de ese otro árbol que también se alzaba en el centro del jardín, habríamos despertado a la presencia de lo eterno en nuestro interior, a eso que Kafka llamaba «lo indestructible». Todos nos parecemos bastante en nuestra capacidad para discernir el bien del mal, escribió. La diferencia viene después de haber hecho esa distinción, cuando tenemos que esforzarnos para actuar en consecuencia. Pero puesto que carecemos de la capacidad para actuar de acuerdo con nuestro conocimiento moral, todos nuestros esfuerzos se ven abocados al fracaso, y al final lo único que conseguimos es destruirnos en el intento. Nada nos gustaría más que borrar la noción del bien y el mal que nos fue dada cuando probamos el fruto prohibido, pero como no podemos hacerlo creamos racionalizaciones, de las que el mundo está repleto. «Es posible que todo el mundo visible — reflexionó Kafka— no sea sino la racionalización de un hombre que trata de hallar un instante de descanso.» Pero ¿cómo vamos a descansar? Fingiendo que la noción del bien y del mal puede ser un fin en sí misma. Mientras tanto, seguimos haciendo caso omiso de esa fuerza eterna e indestructible que late en nuestro interior, tal como Adán y Eva hicieron caso omiso del árbol de la

vida, y así les fue. Seguimos haciendo caso omiso de ese árbol aunque no podamos vivir sin creer que está ahí, en nuestro interior, alargando las ramas hacia arriba mientras las hojas se despliegan en busca de la luz. En ese sentido, el umbral entre el paraíso y este mundo puede ser ilusorio, y puede incluso que nunca hayamos abandonado el Edén, sugirió Kafka. En ese sentido, puede que sigamos viviendo en él sin saberlo.

*

Era evidente que nadie iba a volver a por mí. Tal vez se hubiesen olvidado de que me habían dejado allí. O tal vez la única persona, fuera quien fuese, que estaba al tanto de toda la historia había tenido que marcharse o había muerto en la guerra. Un *kadish* por la historia completa. Yo ni siquiera había intentado hacer mi parte; la maleta seguía intacta allí donde Schectman la había dejado. Pero no, eso no era del todo cierto. Antes de caer enferma, y unas pocas veces más estando ya febril, había pensado mucho sobre la vida después de la muerte de Kafka. Imaginaba sobre todo sus jardines. Tal vez fuera la aridez del desierto que me rodeaba lo que despertó mi ansia de verdor, del olor a descomposición vegetal, casi abrumador por su intensidad, del follaje exuberante, pero me descubrí evocando una y otra vez los senderos perfumados en los que se atareaban infinitos insectos, las pérgolas, árboles frutales y enredaderas. Y a Kafka entre unos y otros, ora trabajando, ora descansando, mezclando turba o cal, tocando los brotes verdes, separando cepellones, contemplando el ir y venir de las abejas, vistiendo aquel sempiterno traje oscuro de agencia funeraria. Nunca lo imaginaba con ropa apropiada para trabajar al aire libre o en un clima caluroso. Incluso cuando mi visión de sus jardines cambió para adaptarse a lo que sabía que podía cultivarse allí, cuando los llené de madreselvas y granados, seguía sin poder verlo ataviado con nada salvo aquel traje austero. Con el traje, y a veces también con ese extraño bombín que parecía demasiado pequeño para su cabeza, como si bastara un soplo de brisa para que saliera volando. Si me costaba aceptar la idea de que se hubiera deshecho de sus viejas ropas, por inadecuadas que fueran en su nueva vida, supongo que era porque tampoco podía aceptar que hubiese preferido sembrar, regar, abonar y podar un árbol en vez de organizar la luz que se colaba entre sus hojas, hacerlo atravesar

trescientos años en una frase o dos y matarlo al fin con un huracán que depositaría demasiada sal en sus raíces y lo condenaría a caer bajo el hacha. No podía, en fin, aceptar que Kafka hubiera querido pasar sus días bregando con las severas condiciones y las limitaciones que imponía la naturaleza cuando sus poderes le habrían permitido superarlas para alcanzar algo que, en su prosa, siempre había estado íntimamente unido a lo eterno.

Había un diccionario de hebreo en la balda, y lo hojeé tratando de imaginar que, tras su muerte en Praga, Kafka había cambiado el alemán por esa lengua y había seguido escribiendo en esos caracteres ancestrales. Que el resultado de la unión entre Kafka y el hebreo era lo que en realidad había permanecido oculto todo ese tiempo en la fortaleza del piso de Eva Hoffe en la calle Spinoza, protegido por un doble enrejado y su paranoia. ¿Existía algo parecido a una obra póstuma de Kafka? ¿Era posible que el trasfondo implícito del proceso judicial abierto entre la Biblioteca Nacional de Israel y Eva Hoffe, en cuanto heredera de Brod, fuera en realidad la lucha por preservar el mito frente al empeño de reclamar la figura de Kafka por parte de un Estado que se ve a sí mismo como representante y culminación de la cultura judía, y que depende de una superación de la diáspora, de la noción mesiánica de que sólo en Israel puede un judío serlo de veras? Recordé de pronto la enigmática sonrisa que bailaba en los labios de Friedman aquel día, cuando me había dejado en el piso de mi hermana: «¿Crees que tu obra te pertenece?» Sólo ahora, que ya no estaba, me sentía lista para discutir con él, para decirle que el sionismo nunca podría utilizar la literatura para sus fines, puesto que éste se basa en un final —de la diáspora, del pasado, del problema judío—, mientras que la literatura reside en la esfera de lo infinito, y quienes escriben no vislumbran final alguno. Un periodista que había entrevistado en cierta ocasión a Eva Hoffe le preguntó qué creía que opinaría Kafka de todo aquello si siguiera vivo. «Kafka no habría durado ni dos minutos en este país», había sido su tajante réplica.

La perra me observaba desde su rincón cuando me levanté para devolver el diccionario de hebreo a la balda. Apenas se había movido de allí mientras yo estaba enferma, y sólo se ponía a gemir cuando tenía que salir a aliviarse. Por lo demás, no se apartó de mí. No me resultará fácil olvidar la mirada de sus ojos húmedos y oscuros: como si entendiera lo que ni yo misma comprendía. Pero ahora parecía saber que la fiebre había remitido, porque

empezó a estirarse y a moverse de aquí para allá, y hasta golpeaba la cola en el suelo, como si también intuyera que el tiempo volvía a ponerse en marcha. Cuando fui a la cocina para ponerle un poco de agua, se levantó de un salto y me siguió al trote con vitalidad renovada, como si durante mi enfermedad se hubiese quitado muchos años de encima. No nos quedaba nada que comer, la cocina estaba vacía. Yo no tenía el menor interés en morirme de hambre, ni en ver morir a la perra. Había oído los rugidos de su estómago toda la noche.

La maleta seguía esperando junto a la puerta. En cuanto puse la mano sobre el asa, la perra empezó a jadear de emoción. La arrastré por la habitación vacía bajo su mirada. Era mucho más ligera de lo que había supuesto. Tanto que por un instante me pregunté si el ejército me habría dejado la maleta equivocada, o si Friedman había sacado realmente algo de la calle Spinoza.

Llené unos tarros grandes con agua y los puse en la mochila de lona mohosa que había encontrado en el armario ropero. Seguía llevando puesto el abrigo que tal vez hubiese pertenecido a Kafka, pero en vez de devolverlo a su percha me lo abotoné hasta arriba. Luego eché un último vistazo a la estancia, que no parecía retener más recuerdo de mi paso por allí que del suyo. Corrí las cortinas, tan delgadas que apenas impedían el paso de la luz. Un *kadish* por Kafka. Que su alma perviva envuelta en las vueltas de la vida. Tal vez él hubiese vivido allí, pero yo nunca podría hacerlo. Tenía dos hijos que me necesitaban, y a los que yo también necesitaba, y el tiempo en que habría sido capaz de vivir confinada a lo que indudablemente había en mi interior se acabó el día que los traje al mundo.

Abrí la puerta, y la perra no vaciló. Salió corriendo, se me adelantó treinta o cuarenta pasos y luego se dio la vuelta para esperarme. Parecía tratar de decirme que conocía el camino, que podía seguirla sin temor. Los muebles continuaban dispuestos bajo el cielo. Alineadas en el suelo polvoriento, las babuchas esperaban a quienquiera que fuese a venir. La lluvia no tardaría en llegar y en descargar con fuerza sobre todas las cosas. Me volví para mirar la casa, que desde fuera parecía todavía más insignificante.

La perra abría la marcha a pasos apresurados, y sólo se detenía para olfatear el suelo y asegurarse de que la seguía. Yo iba arrastrando la maleta, que avanzaba a trompicones por el suelo pedregoso. Como suele suceder, lo que en un primer momento parecía ligero no tardó en hacerse pesado. Si me

quedaba muy rezagada, la perra volvía sobre sus pasos y se pegaba a mis talones, y cuando me detenía y me sentaba en el suelo, ella se ponía a gemir y me lamía la cara.

Anduvimos durante horas. El sol empezó a ponerse por el oeste y proyectó nuestras propias sombras ante nosotras. Tenía las palmas de las manos desolladas y llenas de ampollas, había perdido la sensibilidad en los brazos y para entonces mi creencia en el don sobrenatural de la perra para guiarme se había visto mermada por el temor a morir en medio del desierto y no volver a ver a mis hijos por haber sido tan tonta. No sin cierta repulsa hacia mí misma, renuncié a la tarea de arrastrar una maleta que temía descubrir vacía por un desierto que en tiempos había sido el fondo del mar. La perra la miró con lástima por un instante, y luego alzó el morro hacia el cielo y olisqueó el aire, como si pretendiera demostrarme que ya estaba por otras cosas.

Para cuando alcanzamos la carretera, se había hecho tarde. Sentí la tentación de dejarme caer de rodillas y llorar sobre el asfalto que alguien se había tomado la molestia de llevar hasta allí. Compartí lo que me quedaba de agua con la perra y nos acurrucamos para darnos calor. Caí en un duermevela. Debían de ser casi las seis de la mañana cuando oímos el creciente runrún de un motor que se acercaba desde el otro lado del monte. Me levanté de un brinco. El taxi tomó la curva a toda velocidad y yo agité los brazos en el aire para llamar la atención del conductor, que frenó bruscamente, se acercó a nosotras despacio y bajó la ventanilla. Le expliqué que nos habíamos perdido y necesitábamos ayuda. Él bajó la música mizrají que iba escuchando y sonrió, enseñando un diente de oro. Nos contó que se dirigía a Tel Aviv. Le dije que ése era también nuestro destino. El hombre miró con recelo a la perra, que tenía el cuerpo tenso y rígido. Se la veía lista para saltar sobre él y clavarle los dientes en la yugular si fuera necesario. No se parecía en absoluto a un pastor, ni alemán ni de ningún otro tipo, pero Friedman estaba en lo cierto: eso es lo que era. Un animal extraordinario. Y pensar que casi se la regalé a la soldado. Al salir del hospital, traté de dar con ella. Casi esperaba encontrarla sentada donde la había dejado, frente a la puerta de urgencias. Pero para cuando me dieron el alta seguramente hacía mucho tiempo que se había ido. Había hecho su parte y luego se había ido en busca de su amo. Más tarde también lo busqué, pero Friedman había

desaparecido sin dejar rastro. En las oficinas de la Universidad de Tel Aviv me dijeron que no conocían a ningún Eliezer Friedman, y que nadie con ese nombre había trabajado nunca en el departamento de Literatura, ni en ningún otro, en realidad. Había perdido la tarjeta que me dio. Lo busqué en el listín telefónico, pero aunque había cientos de Friedman en Tel Aviv, tampoco allí encontré un solo Eliezer.

LECH LECHA

Cuando descargó las fotos, no había en ellas escombros ni llamas. La primera mostraba un pie junto a lo que parecían bolsas de plástico de colores. La segunda era una foto borrosa del mismo pie. La tercera no era más que un colorido brochazo. Y así todas, hasta que la sexta foto acabó de descargarse y se abrió en la pantalla, y Epstein se descubrió sosteniendo la mirada de un niño. No tendría más de ocho o nueve años; onces, habida cuenta de que los niños desnutridos aparentan menos edad de la que tienen. En su rostro de expresión pícara había manchurroneos de suciedad, y sus ojos oscuros relucían bajo los arcos de las cejas. Tenía la boca cerrada, y sin embargo parecía estar riendo. Epstein se lo quedó mirando, cautivado, y le llevó un minuto comprender que el abrigo azul marino del que sobresalía ese delicado cuello infantil era el suyo. Imaginó al chico abriéndose paso entre la basura, saltando sobre pilas de neumáticos y escabulléndose por un callejón, arrastrando a su paso el dobladillo hecho jirones como si de un manto se tratara. Entonces el rostro de la pantalla se vio reemplazado repentinamente por una llamada entrante de Schloss, su abogado. Pulsó la tecla roja para redirigirla al buzón de voz, que ya estaba lleno.

Eran las cuatro de la madrugada. Epstein se sentó en el retrete y dejó que el agua caliente de la ducha templara el frío que se le había instalado en los huesos. Debía tener la precaución de guardar el rollo de papel higiénico al otro lado de la puerta, pero en cuanto hizo ese pequeño arreglo empezó a apreciar la comodidad de tener la alcachofa de la ducha justo por encima de un asiento. Se lavó, enjabonando el espacio entre los dedos de los pies, como le había enseñado su madre. El espejo que había sobre el lavamanos se empañó. Se levantó y lo frotó con los dedos, que revelaron sus ojos. Dejó que volvieran a desvanecerse bajo el vaho y repitió el truco. Luego fue en busca

de ropa; temblaba de frío y dejó un rastro de huellas mojadas en el suelo. Desnudo ante el espejo del armario ropero, vio sus piernas delgadas y varicosas y los flácidos pliegues de piel que colgaban alrededor de su vientre. Se apartó del espejo y se vistió de prisa.

Guardó su ejemplar de los Salmos en el maletín, se palpó el bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que llevaba la cartera encima, se puso una bufanda al cuello y se quedó unos instantes inmóvil en la oscuridad, pensando en si olvidaba algo. Luego se fue y cerró la puerta con dos vueltas de llave. El taxi que había llamado lo estaba esperando en la calle. Sorprendido por la potencia de la luz de los faros, un gato maulló. Epstein se sentó al lado del taxista, que lo saludó y tras un minuto de silencio subió el volumen de la música mizrají que iba escuchando en la radio.

El responsable de localizaciones acudió en coche al lugar acordado, al pie de la carretera que atravesaba el desierto, cerca del oasis de Ein Guedi. Se pasó la mano libre por el pelo ralo y le dijo que las cosas iban de mal en peor. Preguntó a Epstein si le importaba que fumase. Éste bajó la ventanilla y dejó entrar el olor a azufre del mar Muerto. Hasta que recibieran los fondos prometidos por Epstein irían justos de presupuesto, por lo que habían tenido que hacer concesiones. Eso había convertido al director de la película, ya temperamental de por sí, en un tirano. Hasta él había llegado a despreciarlo, le confesó. Su única motivación había sido siempre complacer a los directores para los que trabajaba. Lo único que buscaba a cambio de su esfuerzo y las interminables horas que invertía en cada proyecto era que el director estuviera satisfecho. Pero Dan era imposible de complacer. Nada era lo bastante bueno para él. Si no fuera porque tenía tanto talento, nadie lo soportaría. Montaba en cólera por los fallos más nimios y castigaba a sus responsables con grandes humillaciones públicas. Cuando el ayudante de dirección dejó que Betsabé se fuera a casa, creyendo que había terminado su jornada, Dan amenazó con cortarles la polla. Cuando las espinilleras de Goliat no aparecían por ningún lado, también se puso hecho un basilisco. «¡Goliat tiene cuatro frases! —gritó—, y una de ellas es “¡Traedme las espinilleras de bronce!” ¿Así que dónde coño están las espinilleras?» En menos de una hora, los de vestuario habían encontrado unas espinilleras deportivas y las habían pintado de dorado pero, aunque daban bastante el pego, en cuanto Dan las

vio, lanzó una silla por los aires. Al día siguiente, al descubrir que los técnicos no habían llevado la plataforma móvil para rodar una escena de batalla, se fue del plató hecho una furia y sólo se serenó lo bastante para volver después de que Yael se pasara más de una hora encerrada con él en la furgoneta. Pero en lugar de volver en son de paz, lo hizo exigiendo un mayor número de filisteos. En vista de que acababa de despedir al director de reparto y que el presupuesto no les permitía contratar a más extras remunerados —y pese a que para entonces tenía ganas de matar a Dan—, Eran había colgado una convocatoria en Facebook pidiendo voluntarios y le había pedido a su primo, que era una estrella del rock, que la compartiera con sus trescientos mil seguidores insinuando que tal vez se dejaría caer por allí.

—¿Y cuántos se presentaron? —preguntó Epstein.

El responsable de localizaciones se encogió de hombros, tiró el cigarrillo y dijo que lo sabrían al día siguiente. La escena de la batalla se había aplazado hasta que consiguieran una grúa.

Cuando llegaron al lugar elegido para el rodaje empezaba a amanecer. Dan y Yael aún no habían llegado desde el hotel, situado en un kibutz cercano, pero el director de fotografía se afanaba en ponerlo todo a punto y quería empezar lo antes posible, antes de que la luz perdiera su cualidad mágica. Se suponía que iban a rodar tres escenas de David en plena naturaleza mientras huía de Saúl. Primero, David y su banda de marginados y forajidos se presentaban en la casa de Nabal, el acaudalado calebita, y le exigían que les suministrara provisiones, ya que bajo su vigilancia nadie había hecho daño a los pastores y las tres mil ovejas de Nabal. A continuación rodarían la escena de la muerte de Nabal y el matrimonio forzado de su esposa, Abigaíl, con David. A mediodía, cuando el sol estuviera demasiado alto para hacer nada más, el director de fotografía pretendía rodar dentro de la cueva, donde David corta a hurtadillas la orilla del manto de Saúl aprovechando que el rey se está aliviando. Justo antes de la puesta de sol rodarían una última secuencia del final de la película.

David estaba en el camión de producción, en plena sesión de maquillaje. Treinta ovejas se dirigían al set de rodaje, guiadas por un pastor beduino. Saúl, ya vestido y maquillado, se paseaba de aquí para allá, bromeando con los técnicos de iluminación y rodaje, y Epstein pensó que parecía demasiado

ansioso. Junto a éste, Ajinoán, la primera mujer de Saúl, se enroscaba un mechón de pelo alrededor del dedo mientras repasaba sus diálogos a media voz. Le confesó que le estaba costando lo suyo. Epstein le preguntó por qué, y ella le explicó que su papel era uno de los aspectos más controvertidos del guión. Sólo la mencionan dos veces en toda la Biblia: la primera vez como la mujer de Saúl, madre de Jonatán, y la segunda como la esposa de David, con quien al parecer ya está casada cuando éste desposa a Abigaíl. Pero lo que no se menciona ni una sola vez es que David debió de arrebatarse la mujer a Saúl, lo que equivaldría a un intento de derrocar al rey, y que ése es el motivo por el que tuvo que emprender la huida, y por el que Saúl ordenó perseguirlo y acabar con su vida. Pero teniendo en cuenta que el libro de Samuel pretendía establecer el reinado de David como un acto de voluntad divina, su autor no podía ahondar demasiado en la espinosa cuestión de Ajinoán, explicó la propia Ajinoán, puesto que hacerlo hubiese delatado a David como el sátrapa ambicioso y astuto que en el fondo era. Sin embargo, tampoco podía obviar lo que todo el mundo sabía entonces, así que la metió de tapadillo —ah, sí, por cierto, David tenía otra mujer, ejem— y luego edulcoró la historia, como se había visto obligado a hacer con el hecho de que David se uniera a los filisteos y seguramente saqueara a su propio pueblo en Judá, tal como le confesó a Aquis. Pero Yael tenía una perspectiva distinta, le contó Ajinoán. Su David estaba un poco más cerca del hombre real, y además su guión destacaba la importancia de los personajes femeninos, por suerte para Ajinoán, que de lo contrario ni siquiera habría tenido un papel. Aun así, sólo decía tres frases en la escena de la boda, por lo que debía aprovecharlas para transmitir muchas cosas. Dicho esto, tendió el guión a Epstein y le pidió que le hiciera de apuntador.

Tras una larga mañana de trabajo pararon para almorzar, habiendo dejado sólo la escena final para después, pues querían rodarla al atardecer. Pero a las tres y media de la tarde el actor que interpretaba al David anciano aún no se había presentado en el rodaje. Una llamada vía satélite les informó de que Zamir estaba enfermo. En un primer momento creía que no era nada, y por eso no había querido posponer el rodaje, pero al parecer sí era algo. Enviaba saludos desde el hospital Ichilov, donde se estaba sometiendo a unas pruebas. El director, demasiado exhausto para seguir gritando, vertió lentamente lo

que le quedaba de café en el suelo del desierto y se marchó musitando algo para sus adentros. Para entonces apenas quedaba nadie allí. El resto de los actores había regresado al kibutz, y sólo un pequeño grupo había viajado en todoterreno hasta aquel lugar recóndito. Yael había formado un corrillo con el jefe de producción y el productor. Les sacaba una cabeza a ambos, por lo que tenía que inclinarse para que sus voces no se oyeran más allá del círculo. En medio del estrés y el caos del rodaje, era la única que permanecía imperturbable. Sin ella Dan hubiese estado perdido y, al comprender eso, Epstein envidió un poco menos la atención que la joven le dedicaba.

El director estaba arrojando piedrecillas al neumático de la furgoneta cuando el corrillo se dispersó. Epstein, que tomaba un té a sorbitos, vio que Yael se iba hacia Dan. Era realmente hermosa. A diferencia de los demás, no puso una mano sobre el hombro del director, no lo trató como si fuera un niño ni se anduvo con paños calientes. Se limitó a quedarse junto a él con ademán sereno, como una reina, a la espera de que el director recuperara la calma. Sólo entonces empezó a hablar. Al cabo de un rato, ambos se volvieron hacia Epstein, que ladeó la cabeza para mirar al cielo y bebió otro sorbo de té.

Habían empezado por el final, y dos semanas atrás habían rodado la escena en la que Salomón se inclinaba sobre David para escuchar las últimas palabras del rey moribundo. Al anciano David ya no le quedaban diálogos, sólo una larga toma en la que se adentraba en el desierto. Así pues, la pérdida del actor Zamir no tenía por qué dar al traste con todo el rodaje. La última escena reproducía un ambiente crepuscular, iluminado por antorchas y sumido en penumbra. Epstein tenía casi la misma estatura y complexión que Zamir. A lo sumo, habría que acortar el dobladillo de su manto un par de centímetros. La responsable de vestuario se arrodilló frente a él, sosteniendo la aguja entre los labios fruncidos mientras hacía un nudo en el hilo. Pero cuando todos retrocedieron para admirar su trabajo, concluyeron que algo no acababa de funcionar. Epstein enderezó la pesada hebilla del cinturón mientras Yael inclinaba la cabeza hacia Dan. Epstein no parecía lo bastante regio ni vencido, le susurró la costurera mientras daba un retoque rápido e irrelevante a una de sus mangas. El jefe de atrezo dio con una corona dorada, pero brillaba demasiado, por lo que se usó betún negro para deslustrarla.

Se encendieron las antorchas. Lo único que Epstein tenía que hacer era avanzar entre las dos hileras de llamas, alejándose de la cámara, y luego seguir andando hasta que el director gritara «¡corten!». Pero justo cuando empezaron a rodar se levantó una ráfaga de viento que apagó la mitad de las antorchas. Las encendieron de nuevo, pero se apagaron casi al instante. Esa noche habría tormenta, pronosticó alguien. La lluvia, cuando por fin llegaba al desierto, siempre lo hacía de forma violenta. El jefe de producción buscó información en el móvil, un Android, y anunció que había un aviso de lluvias torrenciales en la zona. Tonterías, replicó Dan consultando su iPhone, no había ningún aviso de lluvias torrenciales. Epstein volvió a mirar al cielo, pero no vio una sola nube. La primera estrella ya había salido. El viento soplaba con fuerza y, por más que lo intentara, el técnico de iluminación no lograba que las antorchas quedaran encendidas. Un fuerte olor a keroseno impregnaba el aire. Tendrían que rodar la escena sin ellas, concluyó el jefe de producción, pero Dan no dio su brazo a torcer. Sin la luz de las antorchas, la escena no valía un pimiento.

El director y el jefe de producción seguían discutiendo acaloradamente. El productor no tardó en unírseles, e incluso el director de fotografía, cuya luz se desvanecía por momentos. El viento seguía soplando. Epstein escuchaba en su mente el aria de Vivaldi. Pensó en sus árboles, que seguían creciendo en ese mismo instante. La ladera no podía quedar muy lejos de allí. Se preguntó si habrían empezado ya a transportar los árboles jóvenes. Había perdido la noción del tiempo. Se lo habrían dicho, ¿verdad? Se le ocurrió llamar a Galit, pero había dejado el móvil en el bolsillo de la chaqueta, y alguien de vestuario se la había llevado, junto con sus pantalones.

El manto de lana empezaba a escocerle. Enzarzados en la discusión, ninguno de los presentes se percató de que Epstein se alejaba despacio de la doble hilera de antorchas y cogía su maletín, que estaba debajo de una silla. Se quitó el manto, lo dejó colgado sobre el respaldo de la silla y empezó a subir por la falda del monte en dirección a la cima. Desde allí, vería su ladera. Durante un rato siguió oyendo la discusión. El viento le alborotó el pelo, y cuando se llevó la mano a la cabeza para peinarlo, se dio cuenta de que seguía luciendo la corona empañada. Se la quitó y la depositó sobre una roca lisa. Luego se dio la vuelta y se internó en un barranco esculpido por mil años de agua, mil años de viento. Si la lluvia llegaba, en ausencia de vegetación, el

agua bajaría torrencialmente por las laderas del barranco e inundaría el viejo cauce, arrastrándolo todo a su paso en dirección al mar. La temperatura estaba bajando. Ahora sí que le habría gustado tener su abrigo. Pero mejor que se lo quedara el chico. Para cuando alcanzó la cima, respiraba con dificultad. Los oyó llamándolo desde allá abajo, «¡Jules!», pero sus voces resonaban en la piedra antigua, que devolvía el eco distorsionado de su nombre, de tal forma que parecía repetir la palabra *jews*, «judíos» en inglés: *Jews! Jews! Jews!* El paisaje que tenía ahora ante sus ojos se extendía hasta la distante frontera con Jordania. Cuando alzó la vista, la estrella había desaparecido y las nubes habían borrado la luna del cielo. Alcanzaba a oler la tormenta que se acercaba desde Jerusalén.

*

Y entonces aparecieron los filisteos, coronando la cima del monte, una mole temblorosa que perturbaba la luz y el aire. Algunos de ellos sabían que eran filisteos, otros sólo sabían que formaban parte de algo inmenso que se alzaba como un solo individuo por razones elementales, tal como la ola se eleva, convertida en una masa compacta, para romper en la orilla.

Los filisteos permanecían a la espera. Conteniendo el aliento. Un casco cayó al suelo con estrépito. Una bandera de seda roja hecha jirones restalló agitada por el viento. Un gran silencio se había adueñado del valle. Pero no había ni rastro de David.

Y entonces uno de los filisteos levantó el brazo y sacó una foto con su iPhone. «¿Dónde te has metido?», escribió, y luego, enderezando su arma de combate, pulsó la tecla de envío, lanzando el mensaje a la nube.

YA PRESENTE

Sólo pasé una noche ingresada en urgencias, pero me parecieron tres. La inyección de hidromorfona que finalmente me puso la enfermera me alivió el dolor y me dejó aturdida. Había resistido las horas previas concentrándome en el rostro ancho y hermoso de una mujer etíope que esperaba con paciencia estoica al otro lado de la cortina abierta, meciéndose mientras abrazaba su vientre de embarazada. Pero después de que la aguja entrara y yo empezara a notar un cosquilleo que me subió primero por la columna y más tarde me bajó hasta los dedos de los pies, ya no sentía tanta necesidad de ella, y ella también debió de perder su interés por mí, por lo que quiera que fuese que veía en mi rostro y que servía para mitigar su dolor, porque al cabo de un rato se levantó y se fue, y nunca más volví a verla. Imagino que habrá tenido al bebé, y ese bebé llevará un nombre, mientras que yo ya no tengo el virus cuyo nombre los médicos nunca descubrieron y han renunciado a seguir buscando.

En algún momento comprendí que la noche estaba llegando a su fin por la luz que se colaba a través de una ventana situada por encima de mi cabeza. Algo estaba cambiando también dentro del hospital, o eso pensé estando allí, tumbada de espaldas en la camilla. Una especie de calma se había apoderado de todas las cosas. Al concluir el turno de noche, los médicos y enfermeras, que habían pasado esas horas atendiendo un sinfín de urgencias, se lavarían las manos de todas ellas y volverían a casa, no sin antes haber repasado los casos con sus sustitutos, revisado los expedientes en una apresurada jerigonza médica —quién debía someterse a qué prueba o tratamiento, y cuándo—, hasta que por fin, una vez concluidas todas sus tareas, se cambiarían y saldrían por la puerta automática, al encuentro de un nuevo día. ¿Quién en aquel hospital no deseaba hacer lo mismo? Yo había pensado unas cuantas

veces en desistir de esa espera interminable y escapar por aquella puerta. Hasta lo había intentado una vez: me había bajado de la camilla y me había escabullido por el pasillo con la vía intravenosa todavía puesta, pero no había llegado muy lejos cuando me salió al paso la enfermera de admisiones.

Luego la fiebre empezó a subirme de nuevo, y eso fue lo que acabó llamando la atención de los médicos. De hecho, fue el árabe de la mopa y el estetoscopio quien se percató de mi estado. Desde donde me habían dejado acostada sobre la camilla, medio oculta tras una cortina, podía ver el cubículo que ocupaba la mujer etíope y el pasillo entre ambos espacios limítrofes, el suyo y el mío, por el que iba y venía el personal hospitalario, así como los pacientes de urgencias que pasaban en sillas de ruedas, camillas o —los menos— andando por su propio pie. Recuerdo que el hombre árabe pasó de largo y lo vi empujando la larga mopa rectangular que dejaba a su paso un rastro mojado y reluciente como de babosa. Minutos después volví a verlo, arrastrando la mopa en dirección contraria, y cuando llegó a mi cubículo se detuvo y se asomó para observarme. Tenía unos ojos de mirada afable, oscuros y profundos, y parecía demasiado mayor para desempeñar aquella tarea. Instantes después, dejó la mopa a un lado y se acercó a mí. Se me ocurrió que tal vez fuera a coger el estetoscopio que llevaba colgado al cuello para auscultarme, o al menos esperaba que lo hiciera, porque para entonces necesitaba un acto de bondad. Pero lo que hizo fue alargar el brazo y tocarme la frente con el dorso de la mano, luego la mejilla. Después musitó algo en su lengua y desapareció, dejando la mopa allí, por lo que di por sentado que volvería. Cuando lo hizo, venía acompañado por una enfermera a la que no había visto hasta entonces, de cuerpo esbelto y pelo rubio en el que asomaban las raíces canosas. Pensé que tal vez me hiciese más caso que quienes me habían visto anteriormente, así que intenté explicar una vez más lo que me había pasado.

La enfermera me puso una mano sobre el brazo y se volvió hacia el equipo informático que descansaba sobre una camilla, dejando claro que todo lo que quería saber lo averiguaría no gracias a mí, sino a esa otra fuente de información más fiable. Tras recabar los datos necesarios, se volvió hacia el camillero y le preguntó algo en hebreo, a lo que éste contestó afirmativamente, aprovechando la ocasión para entrar un momento en el cubículo y sacar la mopa sucia y enmarañada. Luego regresó al pasillo y se

quedó allí plantado con aire absorto, girando el mango de la mopa entre las mismas manos con las que me había tomado la temperatura, y cuya precisión se mediría ahora con la del termómetro envuelto en una funda plástica desechable que la enfermera me puso debajo de la lengua. Al poco, éste empezó a pitar con insistencia y la enfermera me lo sacó de la boca con expresión de inquietud que pronto devino alarma.

Se fue, volvió sosteniendo un vaso de papel con un jarabe amargo y desapareció de nuevo, supuestamente para ir en busca del médico. Lo siguiente que recuerdo es que el camillero, que seguía plantado en el pasillo, miró a su alrededor con aire furtivo, primero a izquierda, luego a derecha, y tras llegar a la conclusión de que no había peligro se me acercó de nuevo, dejó la mopa apoyada contra la pared y volvió a posar la mano en mi frente, esta vez con la palma hacia abajo, de modo que noté el tacto gratamente fresco de su piel. Cuando alcé los ojos para mirar su rostro, me dio la sensación de que estaba escuchando con atención, como si se esforzara por oír algo, no con el estetoscopio que seguía colgando inerte alrededor de su cuello, sino con la propia mano. Como si los instrumentos sensibles de sus dedos frescos pudieran leer mis pensamientos. Y aunque sé que es imposible, que el recuerdo que evoqué bajo su tacto aún no me había sucedido, ahí está de todos modos, inmune a la razón.

Con la mano fresca del camillero en la frente, recordé una tarde del invierno siguiente en la que mi amante llegó a casa y entró en el dormitorio con una bolsa en la mano. «Quítate la ropa», me dijo. Era un día soleado, y fuera hacía tanto frío que él tenía las manos heladas pese a llevar puestos los guantes. Recuerdo que, tumbada en la cama, veía las ramas desnudas del plátano, que conservaba sus frutos espinosos a pesar de lo avanzado de la estación. Me quité la blusa pasándola por encima de la cabeza. «Deja las cortinas abiertas», pedí. Por un instante pareció pensárselo. Luego procedió a correrlas de todos modos, y a continuación sacó de la bolsa cuatro sogas negras. Eran bellísimas, negras y sedosas, pero tan gruesas que sólo un cuchillo afilado podría cortarlas. La destreza con que anudó mis muñecas a las barras del cabecero me pilló por sorpresa. «¿Para qué les has dicho que las querías?», pregunté. «Para atar a alguien —contestó—. ¿Y sabes qué me han preguntado?» Negué con la cabeza. «¿Mujer o niña?», dijo, deslizando sus dedos helados por mis pechos, bajando por mis costillas y tirando

delicadamente de mi collar hasta alcanzar el cierre. «¿Qué has contestado?», pregunté, temblando. «Ambas», susurró, y la ternura con que me tocó y comprendió esa sencilla verdad me llenó de paz y me dio ganas de llorar.

Para entonces, la breve guerra del invierno había llegado a su fin. Un solo misil había burlado la Cúpula de Hierro y matado a un hombre en la esquina de las calles Arlozorov y Ben Ezra. La barrera se había agrietado y provocado un desgarrón en el cielo, pero la realidad de ese otro mundo no se precipitó por él como una lluvia torrencial. Sólo hubo otro terrible estallido de violencia en Gaza y luego, por fin, un frágil alto el fuego. Cuando me dieron el alta del hospital pasé otra semana en Tel Aviv, bajo los cuidados de la doctora Geula Bartov, la menuda y enérgica médica de cabecera encargada de supervisar mi recuperación. Puesto que la fiebre se había manifestado de forma errática, la doctora Bartov había insistido en que pospusiera el vuelo de regreso a Nueva York hasta que hubiese pasado cuarenta y ocho horas afebril y tuviéramos los resultados de la batería de pruebas que me habían hecho. Se le hacía extraño que no revelara un mayor interés por saber qué había tenido exactamente. Lo veía como un síntoma y lo achacaba a lo que diagnosticó como apatía.

El dolor había desaparecido, pero me había dejado débil y agotada, y apenas si había recuperado el apetito. Mi padre no había llamado a Peres, pero sí a su primo Effie, que había alertado a la policía, que a su vez se había presentado en el piso de mi hermana, había echado la puerta abajo y — porque estábamos, no lo olvidemos, en Israel— la había dejado medio descolgada. Alguien se lo había tomado como una invitación para entrar en el piso, arrancar la tele de la pared y llevársela, pero no sin antes probar la cama y comerse los melocotones que había dejado en la nevera.

Le dije a mi familia que me había ido de acampada al desierto para documentarme, que había estado unos días sin cobertura y que me había puesto enferma. Al menos de entrada parecieron contentarse con saber que estaba bien y no intentaron sonsacarme más información, aunque mi padre se empeñó en pedir a Effie que fuera a visitarme. Y así fue como me vi abocada a una discusión de dos horas con el segundo intruso que se colaba por la puerta forzada, éste de metro veinticinco de estatura y una terquedad sin límites. Cuando al fin se hizo evidente que no podía llevarme por la fuerza a

su casa de Jerusalén para que me recuperara gracias a los cuidados de Naama, Effie se resignó a acompañarme de vuelta al Hilton en su coche. Por el camino, le pedí que me contara todo lo que supiera sobre Friedman, pero cuanto más hablaba más parecía diluirse la relación de amistad entre ambos, y se fue por las ramas hasta cambiar de tercio mientras yo me preguntaba si lo conocía de veras.

Esta vez me dieron una habitación orientada al norte, con vistas a la piscina y al mar por el oeste. Lo primero que hice fue salir al balcón a saludarlo, y para ello tuve que girar el tronco. El director del hotel llamó para darme la bienvenida, y esta vez la cesta de fruta que envió a mi habitación llegó de veras, repleta de naranjas dulces de Jaffa, de la variedad Shamouti, que significa «lámpara» en árabe. O bien el director había olvidado sus recelos, o sólo habían existido en mi imaginación. Lo vi al día siguiente cuando bajé a desayunar, con su reluciente alfiler dorado en la solapa de la chaqueta, y me saludó con una sonrisa. Y cuando dos oficiales de las fuerzas armadas israelíes devolvieron mi pasaporte en recepción hizo que me lo entregaran en un sobre del Hilton junto con una cajita de bombones.

Pasé esos últimos días de mi estancia en Israel tumbada en una hamaca de la piscina, todavía débil. Tenía la mente en blanco y me costaba concentrarme hasta para leer, así que contemplaba el vaivén de las olas, o seguía con la mirada a los pocos huéspedes que se atrevían a bañarse fuera de temporada, en su mayoría ancianos que nadaban con parsimonia de un lado al otro de la piscina. Pregunté al joven encargado de las sombrillas y las toallas si Itzhak Perlman seguía alojándose en el hotel, pero el pobre nunca había oído hablar de Perlman. No me separaba del móvil con la esperanza de que Friedman me llamara —«sin venir a cuenta», como había dicho Effie aquella primera vez—, pero nunca lo hizo. Aunque ya no tenía fiebre, mis sueños seguían siendo muy vívidos, y cuando dormitaba, Friedman solía aparecer en ellos, mezclado con lo que tuviera más a mano. Aquellos sueños me dejaban agotada y hubiese preferido dormir a pierna suelta, ajena a los desvelos de mi mente, pero por entonces aún daba las gracias por el mero hecho de poder pegar ojo. Me quedaba tomando el sol hasta tarde, después incluso de que el encargado de la piscina retirara las colchonetas de las hamacas. A las cinco de la tarde hay una luz tan hermosa a orillas del Mediterráneo que es fácil imaginar por qué vio nacer y morir tantos imperios: el griego, el asirio, el fenicio y el

cartaginés, el romano, el bizantino, el otomano.

Estando allí tumbada junto a la piscina, alcé la vista un instante hacia la monstruosa mole del Hilton y, haciéndome visera con la mano para protegerme del sol, lo vi en un balcón de la planta quince o dieciséis. No había otra silueta humana en toda la fachada norte del edificio, y por un instante tuve la sensación de que se disponía a hacer un truco de magia. Veinte años atrás, al salir del Lincoln Center, había visto a un corrillo de gente mirando hacia arriba, hacia la fachada de un edificio en cuyas plantas superiores todas las luces estaban apagadas excepto una. Y allí, en el rectángulo iluminado de esa ventana, se veía a una pareja bailando despacio. Tal vez fuera fruto del azar que todas las demás ventanas estuvieran a oscuras, y es posible que la pareja bailara ajena a la pequeña multitud que se había congregado abajo para observarla, pero había algo deliberado en sus movimientos que nos hacía intuir que lo sabían. Creo que fue eso lo que hizo que me fijara en el hombre que estaba en el balcón de la planta quince: una sensación concentrada de resolución y dramatismo que animaba su cuerpo cuando se asomó hacia fuera, inclinándose sobre la barandilla. Me quedé paralizada, sin poder apartar los ojos de él. Pensé que debería llamar al encargado de la piscina y avisarlo, pero ¿qué iba a decirle?

Ocurrió muy deprisa. El hombre llevó el peso del cuerpo hacia delante, se apoyó sobre las manos y pasó una pierna por encima de la barandilla metálica. Una mujer que en ese momento salía de la piscina gritó al verlo, y en cuestión de segundos el hombre había sacado la otra pierna y se había encaramado a la barandilla, con las extremidades inferiores colgando en el vacío, a sesenta metros de altura. De pronto parecía lleno de un potencial enorme, como si el resto de su vida se hubiese precipitado a toda velocidad, agolpándose en su interior. Y entonces saltó con los brazos abiertos, como un pájaro.

Treinta y seis horas después, el taxi al que me subí en el aeropuerto John F. Kennedy avanzaba bajo la luz crepuscular, de un naranja corrosivo, que bañaba los restaurantes de comida rápida y las funerarias, las iglesias baptistas y los judíos ultraortodoxos de Crown Heights que apretaban el paso sobre la nieve sucia, hasta que al fin enfiló mi calle. El taxista esperó a que subiera los escalones de la entrada con la maleta a cuestas. En nuestra casa, las luces estaban encendidas. Por la ventana de la fachada vi a mis hijos

jugando en el suelo con la cabeza inclinada hacia abajo. Ellos no me vieron, y por un instante yo tampoco me vi a mí misma, sentada en un rincón, ya presente.

NOTA DE LA AUTORA

El título de este libro se inspira en los siguientes versos del *Infierno* de Dante que alguien me recitó años atrás durante un largo viaje en coche a Jerusalén:

*A mitad del camino de la vida
yo me encontraba en una selva oscura,
con la senda derecha ya perdida.*

Por la presente eximo de toda responsabilidad a las personas que aparecen nombradas en este libro, incluido Eliezer Friedman. Si alguna vez desea ponerse en contacto conmigo, sabe dónde encontrarme.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Citas de las páginas 9, 141, 142 y 190: *Obras completas de Franz Kafka*, vol. III, *Narraciones y otros escritos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003. Traducción de Adan Kovacsics, Joan Parra Contreras y Juan José del Solar.

Cita de la página 24: *William Shakespeare. Teatro completo II. Comedias y tragicomedias*, Espasa Clásicos, Barcelona, 2012. Traducción de Ángel Luis Pujante.

Cita de la página 98: Hans-Gerd Koch (ed.), *Cuando Kafka vino hacia mí...*, Acantilado, Barcelona, 2009. Traducción de Berta Vias Mahou.

Citas de las páginas 143, 204 y 205: *Obras completas de Franz Kafka*, vol. II, *Diarios. Carta al padre*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

Cita de la página 295: *Comedia. Infierno*, canto primero, Seix Barral, Barcelona, 2004. Traducción de Ángel Crespo.

NOTAS

¹ Entre los judíos ultraortodoxos, es habitual que las mujeres casadas se cubran las piernas en todo momento, vistán ropa de colores sobrios y usen pelucas para no enseñar su pelo natural. (*N. de la t.*)

² «Siesta» en yidis. (*N. de la t.*)

³ Nombre que recibe el Eclesiastés en hebreo. (*N. de la t.*)

⁴ Tercera porción semanal de textos de la Torá en el ciclo anual judaico de lectura del libro sagrado. Incluye textos del Génesis. (*N. de la t.*)